



FREYA ASGARD

**BUSCO
ENCONTRARTE**

*BUSCO
ENCONTRARTE*

*De
Freya Asgard*

Todos los Derechos Reservados

Freya Asgard ©2013

Busco Encontrarte ©

Registro N°1601086207315

2016

Agradecimientos

En esta nueva aventura literaria quiero agradecer, como siempre, a mi familia, a mi esposo y mis hijos que están siempre apoyándome de forma incondicional.

A las socias del Club de mis Presionadoras, que con sus comentarios, presiones y ánimo me ayudan siempre a seguir adelante en esta vorágine que significa escribir.

A mis lectoras de Wattpad que desde un principio me han apoyado, va todo mi amor.

De forma especial quiero agradecer a Cecilia, por su apoyo incondicional y desinteresado, por ser una mujer maravillosa, de las que quedan pocas en este mundo. También a China Yanly por su hermosa portada y, junto a ellas, a Yessebeth Ollarve, que con su grupo Divinas Lectoras me han apoyado mucho.

A Miguel Ángel Rodríguez, al grupo Tarifa Plana y su canción *Busco encontrarte*, en la que se basó esta novela, va todo mi agradecimiento y mi admiración.

A todos los que de una u otra forma me han ayudado en este camino va mi agradecimiento.

Y, por supuesto, a ti, que estás leyendo este libro, gracias por confiar en mi trabajo.

Y recuerden...

Vivir y ser felices es nuestro único trabajo.

Capítulo 1

Sentí en mi cara la mano de Lorenzo como tantas veces. Y no con amor, sino con todo el peso de su rabia. Sabía que me quedarían marcados, un par de días, dedos en mi piel, pero por sobre todo, en el corazón.

—¿Me vas a decir quién era ese tipo? —me interrogó una vez más.

—No lo conozco —aseguré por enésima vez.

Por una estupidez. A la salida del mercado, mi novio observó cuando un hombre me habló para pedir indicaciones por una dirección, sin embargo, él no me creyó, al contrario, pensó que ese tipo y yo teníamos algo así como una relación clandestina y que la supuesta dirección no era más que un código entre los dos para encontrarnos a escondidas. Jamás había visto al hombre y estaba segura que jamás lo volvería a ver.

—Mentirosa. —Alzó la mano y yo cerré los ojos, esperando el golpe.

¿Cómo podía aguantar a un hombre así?, me pregunté como tantas veces. Y una vez más, no tenía respuesta. O sí...

—¿No ves cuánto te amo? —Dejó caer una lágrima.

Yo lo miré unos segundos, ya no sentía lástima por él, la sentí mucho tiempo, intentaba comprenderlo, reafirmarle mi amor, pero ya no podía.

—¿No lo ves, amor? —volvió a preguntar, apoyando su frente en la mía por un momento, luego, unió sus labios con los míos y me besó, posesivo, casi enfurecido. Yo me dejé hacer, sabía que si no lo hacía, vendría la represalia. Y ya no quería.

—Te amo tanto, Miranda, que si tú me dejas, no voy a poder seguir viviendo, sin ti mi vida no tiene sentido. Prométeme que no me dejarás.

—Lorenzo...

—Dime que me amas —exigió.

—Te he demostrado mi amor tantas veces y de mil formas distintas.

—Lo sé, amor, lo sé, perdóname —suplicó acariciando mi roja mejilla—, pero tú me pones tan mal, si tan solo no me dieras motivos, no soporto verte coqueteando con otros hombres...

Motivos. Coqueteando. Durante mucho tiempo creí que de verdad era yo quien le daba motivos, sin embargo, ahora estaba segura que él no necesitaba ningún incentivo para golpearme. No era yo el problema, era él.

Me empujó a la cama y me hizo el amor, si es que al sexo que tuvimos se le puede llamar amor.

La mañana siguiente me fui a mi trabajo ocultando el moretón de mi cara bajo el maquillaje. Y tomé una decisión: lo dejaría.

Llamé a una conocida Corredora de Propiedades y arrendé un departamento pequeño en el sector norte de la ciudad, lejos de donde mi novio solía andar. Me enteré de un trabajo lejos del mío, al cual postulé; aunque era un reemplazo por un mes, no me importó; más adelante podría buscar algo más, lo único que me interesaba en ese momento, era salir de donde estaba. Lo haría sin avisar, de otro modo, Lorenzo jamás lo permitiría. Una vez que quise terminar con él, me golpeó de tal modo que estuve un mes con licencia, me gritó que si no era de él, no sería de nadie. Y no me iba a arriesgar de nuevo, quizás, esta vez, no tendría la suerte de salir viva.

Pasado el mediodía, me llamaron del nuevo trabajo, solicitando una entrevista para las cinco de la tarde. Pedí permiso para salir antes y me fui.

Roberto Cedeño me recibió y luego de ver mis antecedentes y conversar de algunas cosas, cerró la carpeta y me miró satisfecho.

—El trabajo es un reemplazo por un mes —me explicó otra vez—, la secretaria de planta se debe operar por lo que necesito una persona por el tiempo que ella esté fuera. Inicialmente esto sería por un mes, aunque puede alargarse por dos, no creo que más que eso, si usted está dispuesta a trabajar por ese tiempo, el puesto es suyo.

—Necesito este trabajo, aunque solo sea un mes. Será el impulso que me falta —respondí sincera.

Él asintió con la cabeza.

—Magdalena, mi secretaria, se va el próximo lunes, ¿puede comenzar a trabajar el miércoles? Así tendrá tres días para ponerse al tanto de las responsabilidades que se le asignarán antes de quedarse sola en el puesto.

—No hay problema —contesté con seguridad.

Decidí en ese mismo instante que renunciaría al día siguiente; aunque perdiera el sueldo de ese mes, lo que más me importaba en ese momento era salir de las garras de Lorenzo.

Por la mañana me levanté dispuesta a iniciar una nueva vida. Ese día, Lorenzo tenía libre y al siguiente, turno largo en la clínica, lo que significaba que se iría a las seis de la mañana y ya no volvería sino hasta las doce de la noche, lo que me daría tiempo a sacar mis cosas y llevarlas a mi nuevo departamento antes de entrar a mi nuevo trabajo. Y empezar de nuevo.

Nada más llegar a la oficina, me apersoné en la oficina de mi jefe para anunciarle mi renuncia tan abrupta.

—Es por tu novio, ¿verdad? —me preguntó, casi como una afirmación.

—Algo así.

—¿Ya te prohibió trabajar?

Yo lo miré sorprendida.

—Todos sabemos que él te violenta, el problema es que nadie sabía cómo ayudar, pensamos en algún minuto denunciarlo, pero creímos que tal vez fuera peor, sobre todo si tú no querías dejarlo.

—Me voy de esa casa —dije lacónica, de nada servía negar lo innegable.

—Te escapas —afirmó.

—Sí, no puedo seguir con él, por eso tampoco puedo quedarme a trabajar aquí. Me encontraría.

—En ese caso, Miranda, te deseo toda la suerte del mundo, pasa por contabilidad ahora mismo, daré la orden que se te cancele el mes y la indemnización como si nosotros hubiésemos prescindido de tus servicios. Si vas a iniciar una nueva vida lejos de ese hombre, necesitarás dinero. Puedes irte a tu casa ahora mismo para que arregles tus cosas.

—No es necesario, don Agustín —repliqué sin querer parecer malagradecida.

—Sí, lo es, lamento mucho no haber hecho algo más por ti antes, o por lo menos haber hablado contigo, pero ya sabes, a uno le da miedo meterse en líos de pareja, no todas las mujeres quieren ser salvadas.

—Es cierto, hasta hace un tiempo yo era una de esas —admití con pesar.

—Pero ya no, ¿verdad? Ahora lo dejarás e iniciarás una nueva vida lejos de ese hombre.

Asentí. Don Agustín se levantó de su asiento, y lo imité, me abrazó con fuerza.

—Que te vaya muy bien, Miranda, si necesitas algo, cuenta conmigo, si necesitas más dinero, si tienes que irte más lejos para apartarte de él, cuenta conmigo, sin vergüenza, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, don Agustín.

Me dio un afectuoso beso en la mejilla a modo de despedida. Ya no lo volvería a ver. De todos modos, no me fui temprano, no podía, ni quería, volver a casa antes.

Por la tarde, como cada vez que Lorenzo tenía libre, me fue a buscar a la oficina a la salida. Yo iba sacando las llaves de mi coche, apresurada, para llegar a tiempo y que él no pensara que me había quedado con alguien en el trabajo, cuando mi cartera cayó, volcando todo el contenido, desparramándose en el suelo. Un hombre acudió a ayudarme.

—No se preocupe, estoy bien —farfullé con rudeza.

El hombre se me quedó mirando sorprendido, y devolví la mirada con culpa, si Lorenzo nos veía, tendría un duro recuerdo de mi último día con él.

—No necesito su ayuda, puedo sola, no se preocupe, puede irse por donde vino —insistí molesta.

—¿Algún problema, amor? —preguntó Lorenzo, amenazante.

—No —respondió enojado el hombre que intentaba ayudarme, se levantó y se fue.

Yo seguí recogiendo mis cosas bajo la atenta mirada de Lorenzo que no hizo amago por ayudarme.

—¿Vamos, amor? —Me tomó la mano sin esperar respuesta y caminamos hasta mi automóvil.

Me pareció muy extraño que no me celara con el hombre que me ayudó con mi cartera, pero no dije nada, era mejor no hacerlo. Al entrar a la casa, me llevé una sorpresa mayúscula. Mi novio había preparado unos ricos picadillos, tenía unos tragos excéntricos y un ramo de rosas enorme.

—¿Y esto? —consulté algo nerviosa.

—Es para disculparme por lo de ayer —contestó acariciando mi mejilla.

—No tenías que hacerlo.

—Quería hacerlo —respondió simplemente y me besó, con un beso profundo y tierno.

Comimos conversando de todo y de nada y, por un momento, me arrepentí de lo que pensaba hacer, cuando él se comportaba bien, era un amor de persona, en cambio, cuando no...

—¿Qué pasa, amor? —Lorenzo me sacó de mis pensamientos con un dulce beso en los labios.

—Nada, estoy un poco cansada.

—¿Mucho trabajo hoy?

—Sí, demasiado —contesté sin más.

—Deberías hacerme caso y dejar de trabajar, con lo que yo gano, podemos vivir cómodamente los dos.

No contesté.

—Es tarde, ¿vamos a dormir? Mañana voy a irme un poco antes, Andrea tuvo un problema y nos dividiremos su turno con Francisco.

—¿A qué hora te irás?

—A las cuatro.

—No vas a dormir casi nada —repose mirando la hora, era pasada la medianoche.

—No importa, quería estar contigo.

Un nuevo beso y hacer el amor era inminente. Lo hicimos en el sofá y luego nos fuimos a dormir.

Apenas me aseguré que se había ido, me levanté y arreglé un bolso con mi ropa. Antes de las seis salí de casa y me dirigí a mi nuevo departamento. Por fin me liberaba de Lorenzo.

Llegué a mi nuevo trabajo antes de las nueve, me presenté en recepción y me condujeron a la oficina que ocuparía durante el siguiente mes, en el piso dieciséis, a la entrada de la oficina de don Roberto.

Magdalena era una mujer mayor, de unos cincuenta años, muy simpática y agradable; con gusto, me enseñó todo lo que debía saber. La mañana se pasó muy rápido entre muchas cosas que debíamos hacer.

A la hora de almuerzo, me llevó con ella al casino

—Hola, niñas —saludó a un grupo de mujeres que estaban en una mesa reunidas—, les presento a Miranda Valle, ella es quien me reemplazará este mes, espero que la acojan y la traten muy bien, no me dejen mal —bromeó.

—Hola, Miranda —saludaron a coro como si se tratara de niñas de escuela saludando a su profesora.

—Hola —respondí con timidez.

—Siéntate. Ella es Rocío, Ana María, Jacqueline y Sandra —me indicó a cada una de las chicas a medida que las iba nombrando—, ellas trabajan en otras áreas de la empresa, pero todas somos secretarias, y a verás que te llevarás bien con ellas.

—No te vayas a asustar, sí, porque estamos un poco locas —explicó Jacqueline divertida.

—Habla por ti —replicó Sandra tan de buen humor como la primera.

—¿Qué? Ustedes están locas —repuso Ana María.

—A ver, yo sé que ustedes están locas, pero ¿yo? —Rio Rocío.

—No, perdóname, yo sé que ustedes están locas, pero ¿yo?

A la última intervención de Sandra, la carcajada fue general. Eran muy agradables y risueñas; eso me gustó, me sentí en confianza de inmediato, lo cual era muy extraño en mí. Esa dosis de humor que tenían ellas, me haría bien, estaba segura de eso.

A la salida, Magdalena me explicó que se juntaban todas en el ascensor para bajar juntas las siete y cinco en punto. Adentro, iba un hombre que me pareció conocido, pero no supe de dónde, sin embargo, lo dejé pasar, aunque, en mi interior, deseé que no fuera uno de los tantos amigos de Lorenzo. Las chicas lo saludaron con un escueto y respetuoso: “Buenas tardes” y él contestó de igual forma. Yo, como me había quedado pensando en que lo conocía, no lo saludé y me sentí mal por ello, sobre todo al sentir, sobre mí, su mirada insistente.

Las chicas se bajaron en el primer piso, irían a un pub cercano, al cual decliné la invitación, aduciendo que tenía cosas que hacer. El desconocido y yo seguimos hasta el sótano, donde se encontraba el estacionamiento.

—Buenas tardes —murmuró al salir, a toda prisa, del ascensor.

—Buenas... —No alcancé a terminar mi frase cuando ya había desaparecido.

Llegar a mi casa sin temor a haber hecho algo que molestara a Lorenzo, me hizo sentir libre, liberada, feliz.

Sin comer nada y solo sacando de mi bolso la ropa que usaría al día siguiente para ir a trabajar, me acosté. Ya no tenía a quien darle explicaciones si no estaba todo en su lugar. Ya arreglaría el desorden.

De mi departamento y de mi vida.

Capítulo 2

Me senté a la cabecera de la sala de reuniones como siempre, ese era mi lugar y no lo dejaría. Por más que mis hermanos no quisieran que lo fuera. Desde que era apenas un crío me dediqué con mi padre a trabajar, mientras estudiaba, para sacar adelante la empresa; mis dos hermanos menores, Joaquín y Victoria apenas venían apareciendo en escena. Joaquín, recién egresado de Ingeniería comercial, creía que sabía todo lo necesario para hacerse cargo del imperio familiar y Victoria, contadora desde hacía un par de semanas, querían hacerse cargo de todo y dejarnos a Roberto y a mí fuera de circulación. ¿Qué se creían que eran? ¿Acaso no sabían lo que costó sacar adelante esta empresa? No, no lo sabían, porque ellos eran demasiado pequeños para darse cuenta de nada, jamás les faltó el plato de comida, aunque a Roberto y a mí sí. Mientras papá se sacaba los sesos trabajando en un lugar que lo dejaba desgastado por un mísero sueldo, nosotros sufríamos las consecuencias. Hasta que dio un giro a su vida, se desvinculó de su empleador y se dedicó a trabajar haciendo arreglos en las casas de los vecinos, así fue surgiendo poco a poco. Yo iba con él a ayudarlo, hacía trabajo duro con él, acarreando cemento, tierra, gravilla para los trabajos, tiraba pala junto con él. Hasta que, poco a poco, pudo contratar a alguien que nos ayudara. Luego a otro y así, mientras yo luchaba por mantener buenas notas y no perder las becas que había obtenido tanto en el colegio, como después en la universidad. Hacia poco más de diez años, recién pudimos crear la empresa constructora de la que hoy podíamos sentirnos orgullosos. Sin embargo, mi papá no pudo verlo. En el último trabajo que hizo por sí mismo, tuvo un accidente, una caída que lo mató justo antes de dar forma a lo que él siempre soñó. En ese entonces, mis dos hermanos pequeños tenían apenas 15 años. No tuvieron que luchar por becas en sus colegios, menos en la universidad, tampoco tuvieron la necesidad de comer la comida del colegio, porque para eso estábamos nosotros, para darles lo que necesitaran sin tener que mendigar como lo tuvimos que hacer con Roberto, mi gemelo no idéntico que, si bien es cierto, nunca trabajó con nosotros, se preocupaba de sacar buenas notas y ayudar a mamá en casa con los dos gemelos y, cuando se graduó de abogado, pudo ayudarme a afianzar la empresa familiar.

Roberto, entró a la sala, lo que hizo que dejara mis pensamientos de lado.

—¿Qué pasa José Miguel? —me preguntó mi mellizo.

—Nada, pensaba en Joaquín y Victoria.

—Jamás pensé que ellos serían así, después de lo que hicimos por ellos, ahora quieren quitarnos todo. —Se sentó pesadamente en el sillón al lado del mío.

—¿Tú crees que yo sí? No lo esperaba. Ellos no se han sacrificado nada por esta empresa, aun así, tenían su puesto asegurado en ella. No entiendo que hagan esto.

—Nadie lo entiende, hermano.

—¿Qué es lo que no entienden? —preguntó Joaquín entrando al lugar con aire suficiente, seguido por Victoria, que venía con igual actitud.

—Lo que pretenden hacer —respondí cortante.

—¿Qué es lo que no entiendes? No queremos que tus gustos extravagantes echen a perder el trabajo de papá, deberías tenerlo claro —reprochó mi hermana.

—No es así. Primero, sí, papá fundó esto, pero él jamás puso un pie aquí, el que trabajó por sacar esto adelante fuimos Roberto y yo. Y segundo, ustedes no han hecho nada por este lugar. Nada.

—Sí, pero lamentablemente esta es una empresa familiar y si alguien no hace bien su pega (*trabajo*), se va.

—No puedes decir eso, yo hago mi trabajo como corresponde, porque mira bien, todo lo que estás viendo, lo hice yo —repliqué cada vez más enfadado.

—Es cierto, Joaquín, sabes muy bien que, aunque José Miguel y yo somos gemelos, yo trabajé con ellos mucho después de que lo hiciera nuestro hermano, él se sacrificó al lado de nuestro padre por nosotros —acotó Roberto.

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Claro que lo tiene! Él tiene todo el derecho a dejarnos fuera de esto sin ninguna contemplación —defendió mi mellizo. —, sin embargo, no lo ha hecho, por consideración a nosotros y a nuestra madre, pero si así lo quieren, todavía está a tiempo de hacerlo, yo, como abogado, lo ayudaré de buena gana a hacerlo y dejarlos sin nada.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Victoria.

—Puedo. Y lo haré si ustedes siguen con esta estúpida idea de despojar a José Miguel de lo que le corresponde.

—No creo que seas capaz —enfrentó Joaquín.

—Soy muy capaz, créeme, no permitiré que cometan esta injusticia con nuestro hermano.

—Es lo que se merece, mira la vida que lleva, por favor —repuso Victoria un poco más calmada.

—¿Qué vida? Es un hombre serio que cumple con su trabajo.

—¡Es un motoquero y está lleno de tatuajes!

—¿Y?

—Eso no puede ser un hombre serio, parece un delincuente.

—Me cansé —espeté enojado—. Mi vida es mía y yo hago lo que quiero con ella. No soy un delincuente ni nada que se le parezca, el trabajo duro me ha traído hasta donde estoy. A ustedes los llevé yo. No tienen nada que reclamar. Poco les importaba la vida que llevaba mientras yo pagaba todos sus caprichos.

—Eso no es verdad —protestó Joaquín.

—¿Ah, no? ¿Acaso no han tenido todo lo que han querido? Un auto nuevo en cuanto cumplieron los dieciocho, departamento, ropa, gustos. Zapatos —terminé mirando a mi hermana.

—Mira, si nos vas a sacar en cara lo que has hecho por nosotros... —comenzó a decir Victoria.

—No, jamás se me ocurriría hacerlo, pero ustedes me obligan.

—Solo queremos lo que nos corresponde —exigió Joaquín.

—¿Qué les corresponde? Por el amor que les tengo, su puesto de trabajo asegurado con un buen sueldo los estaba esperando, pero si ustedes quieren quitarme lo que es mío sin consideración, no me pidan que yo la tenga con ustedes, porque no será así. Me he sacado la cresta trabajando para ustedes, para que no les faltara nada, por lo mismo, no voy a dejar que tiren mi trabajo a la mierda por un simple capricho y ambición de parte de ustedes.

Victoria me miró con los ojos muy abiertos, nunca les había hablado de esta forma, pero ellos me orillaron a ello.

—¿Qué piensas hacer? —consultó sin dejar su asombro.

—Dejarlos en la calle si es necesario, no llegué hasta aquí para que un par de mocosos me quieran destruir.

—¡No somos mocosos! —exclamó Joaquín.

—¡Tengo doce años más que ustedes! —contesté de mal humor—. ¿Creen que voy a dejar todo lo que he construido en manos de unos niños de veinticinco años? No, a mis treinta y siete no voy a empezar de nuevo porque a ustedes se les antoja.

—Pero es lo justo —afirmó Victoria.

—Lo justo —repitió Roberto negando con la cabeza—. ¿De verdad crees que es lo justo, Vicky?

—Sí.

—¿Quién les dijo a ustedes que hacer esto es lo justo?

—Yo sé que es lo justo, porque ustedes nunca nos han dejado participar.

—¿Cómo que no los hemos dejado participar? —interrogué asombrado—. Ustedes siempre se han excusado detrás de demasiado estudio, nosotros les dimos el tiempo y el espacio para que solo se dedicaran a sacar sus carreras, si hubiesen querido participar, lo hubieran hecho, pero no fue así, no nos culpen a nosotros de lo que ustedes mismos han hecho, al menos háganse cargo de su responsabilidad.

Ambos se callaron, seguramente, no supieron qué decir.

Me levanté de mi asiento y caminé a la puerta sin decir nada.

—¿Dónde vas? —preguntó Joaquín.

Yo no me volví.

—La reunión terminó. Esto queda aquí. Si quieren trabajar, son bienvenidos, pero si me quieren destituir de mi puesto, les aseguro que me iré con todo lo que tengo y todo lo que soy en contra de ustedes.

—Estás loco.

—Sí, estoy loco al darles una oportunidad de que se arrepientan —respondí sin voltear y salí con paso firme, no me quedaría a verles la cara a mis hermanos.

Llegué a mi despacho y Rocío me avisó que mi mamá estaba intentando llamarme. Entré a mi oficina y la llamé.

—Hijo, ¿qué pasó? Joaquín y Victoria iban decididos a quitarte la empresa.

—Lo sé, ya terminó la reunión, no pueden hacerlo y si lo intentan, tendré que tomar medidas más drásticas.

—Esos gemelos han sido un dolor de cabeza —se quejó mi madre—, ni parecidos a ustedes, dos pares de gemelos tan distintos...

—Solo están un poco perdidos, mamá, ellos crecieron con la idea que todo se da fácil en la vida, quizás fue un poco culpa mía también.

—Pero no pueden comportarse así, no pueden irse en contra de su hermano, mucho menos de ti, que les has dado todo. Sacrificaste juventud, vida... amor por ellos. Por nosotros. —Noté un cierto dolor en su voz.

—Está bien, mamá, no te preocupes, ya tomarán conciencia.

—Sí, pero ellos no deberían estar haciendo esto, ¿qué diría tu papá? Se volvería loco. No trabajó ni dio su vida para esto.

—Mamá, quédate tranquila, ¿está bien? No pienses en eso.

—Es que si ellos toman las riendas de la empresa, con el pensamiento que tienen...

—No la tomarán, eso te lo aseguro, tal vez deba hacer algunos cambios de nombre, de dueño, pero no te preocupes, no dejaré que lo hagan, tampoco los dejaré desamparados, sabes que no haría eso.

—Lo sé, hijo, tú haz lo que tengas que hacer.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, hijo, ¿cuándo vienes?

—Esta tarde pasaré a tomar once (*el té*) contigo, ¿te parece?

—Sí, hijo, sabes que me encanta que te pases por acá.

—Nos vemos más tarde entonces.

—Sí, hijo, cuídate.

—Tú también, mamá.

Colgué y me quedé pensando. Mi mamá era una mujer de sesenta años, luchadora hasta el presente, amante de su familia... No se merecía que sus hijos le hicieran pasar estas rabias, mucho menos a esta altura de su vida que necesitaba tranquilidad para pasar el resto de sus días, que esperaba fueran muchos, incluso a mi edad, todavía la necesitaba.

Por lo general, me quedaba más tarde que todos los empleados trabajando, sin embargo aquella tarde, como iba a la casa de mi mamá, me fui más temprano y me topé con las secretarias en pleno y, con ellas, una mujer a la que ya conocía, al menos de vista. Hacía unos días, la encontré a la salida de un edificio donde fui a cerrar unos negocios, allí la vi, de inmediato llamó mi atención, era muy hermosa. La observaba sin ningún pudor cuando vi que su cartera se dio vuelta, botando todo su contenido. Me acerqué a ayudarla, pero ella la rechazó de forma muy brusca, solo cuando apareció el que supuse era su novio, su esposo o quién sabe qué, lo entendí, el hombre echaba chispas por los ojos, con los celos a flor de piel y ella lo miró con miedo. Ahora, estaba entre estas chicas, seguramente era la reemplazante de Magdalena, ya lo averiguaría. Saludé a todas, pero ella no respondió. Se quedó mirando al frente, yo no podía apartar mi vista de ella. Las chicas conversaban animadas de ir a un pub, pero Miranda, ahora sabía que se llamaba así, declinó la invitación, por lo que en el primer piso quedamos solos. Ella se hizo a un lado, como si estar cerca de mí le molestara. Eso terminó por arruinar mi ya apestoso día. En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, salí a toda prisa. Hubiese querido tomarla y besarla, hacerla reaccionar de algún modo, ya que no tenía expresión alguna en su rostro. Resoplé molesto.

—Buenas tardes —me despedí saliendo a toda prisa antes de caer en la tentación.

—Buenas... —Fue todo lo que alcancé a escuchar.

Seguí a toda prisa, no quería devolverme y plantarle un beso que la dejara sin aliento. No. Definitivamente mi frustración me estaba jugando una mala pasada. Ya encontraría el modo de desahogarme... Y no con ella, precisamente.

Capítulo 3

Aquella noche dormí como hacía muchos años no lo hacía. Los diez años que estuve con Lorenzo fueron una tortura desde casi el principio, pensando que en cualquier momento, y por cualquier razón, me golpearía.

No quería recordar; sacudí la cabeza para espantar los malos pensamientos, no quería arruinar mi día con el pasado. Eso había quedado atrás.

Salí de mi edificio para buscar algún lugar donde comprar para tomar desayuno, en mi nuevo hogar no había nada, ya tendría tiempo para ir al supermercado.

Por suerte para mí, había un minimarket en la esquina; el primer piso, al parecer, era solo de locales. Al salir de ese lugar, pasé a llevar a alguien. Yo y mi mala costumbre de mirar siempre al suelo. Alcé mi cara para disculparme, pero ni siquiera alcancé a ver a quien había chocado, solo me pareció escuchar algo así como que ni siquiera me fijaba por donde caminaba. Me dio rabia, pero me encogí de hombros, estaba feliz en este nuevo día en libertad y no permitiría que un amargado me lo echara a perder.

Al volver, en uno de los ascensores había un letrero de "Mantenición", según dijo el conserje, mensualmente se hacían ese tipo de manteniciones por órdenes del dueño, que no era nada preocupante, al contrario, de ese modo se aseguraban que no tuviera problemas. El único problema era la tardanza del otro ascensor.

Cuando abrió sus puertas, venía repleto, por lo que me hice hacia atrás, pegada a la pared, para dejar bajar la gente antes de subir yo, y choqué con alguien que estaba a mi espalda. Quise girarme, pero no había mucho espacio, por lo que solo pedí disculpas de reojo.

—Espero que no sea una molestia para usted compartir el ascensor conmigo. —Lo oí decir.

Cuando el estrecho pasillo quedó desocupado, pude volverme y verlo con claridad, era el hombre del ascensor de la tarde anterior. No entendí sus palabras, sin embargo, no hice caso. Subí y marqué mi piso, el doce; él subió tras de mí, su piso era el veintiuno. Cuando llegó, el ascensor estaba lleno y ahora, ¿subíamos solo los dos? Me sentía incómoda a solas con él en ese espacio tan pequeño y encerrado.

—Hasta luego, y miré por dónde camina —me dijo, cuando las puertas se abrieron y yo puse un pie fuera del ascensor.

—¿Qué quiere decir? —Volví a entrar, no me importó que el ascensor cerrara sus puertas y siguiera subiendo, quería saber a qué se refería.

—Eso. Hoy chocó dos veces conmigo, por no mirar.

—¿Dos?

—En el negocio de la esquina.

Ah, había sido él.

—No lo vi —dije como si nada.

—Tampoco es que le agrade mucho mirarme, ¿me equivoco?

Lo miré de frente por primera vez más detenidamente.

—No entiendo lo que me dice —alegué yo enojada.

—Mi piso —dijo para que me apartara de la entrada—, si quiere seguir discutiendo, la puedo invitar a pasar.

—No, no —me negué, no me quedaría con él allí. Tenía que trabajar, además, ni siquiera lo conocía, tampoco me interesaba hacerlo.

El ascensor se abrió y yo me di la vuelta, daba directo a su casa. ¿Un piso completo era de él?

El hombre dio un bufido, y yo no había salido de la entrada, pasó por mi lado, rozándome. Se paró afuera y se volteó para mirarme directamente.

—¿Ahora ya no le parezco tan desagradable? —preguntó con una mirada intimidante y socarrona.

Di dos pasos atrás sin dejar de mirarlo, mi corazón latía desbocado. Y me arrepentí de haber pretendido enfrentarlo. Su rostro enojado era lo único que distinguía.

Solo en el momento en el que las puertas se cerraron volví a respirar.

Me fui a la oficina casi sin probar el desayuno, tenía un nudo en la garganta que no me dejó comer. Magdalena me esperaba para continuar con la inducción, por lo que el día, al menos, se pasó volando, más con la presencia de las demás chicas, con las que nos juntamos a la hora del descanso matinal y al almuerzo. Con ellas todo era más llevadero, eran de risa fácil y muy acogedoras.

Al día siguiente, viernes, le hicieron una despedida a la secretaria, por lo que la tarde se hizo más corta que la anterior.

El fin de semana me dediqué a ordenar mi nuevo departamento, por lo que el tiempo se me hizo nada. Aun así, terminé el domingo a mediodía. A la hora de almuerzo, bajé a comprar algunas cosas que necesitaba. El minimarket era un pequeño local de tres cortos pasillos, mucho más cortos que los de los supermercados de reconocidas marcas, las dos cajeras estaban de espaldas a la entrada. El pasillo de la derecha era por el que se ingresaba. Recorrí el primer pasillo mirando cada cosa para que no se me olvidara nada, al dar vuelta al pasillo siguiente, vi un tipo algo extraño, agachado comparando unas latas de comida, parecía un motoquero (motociclista), usaba una chaqueta negra, pantalones negros, botas del mismo color con unos dibujos extraños y el pelo algo desordenado. Retrocedí dos pasos y él notó mi presencia, alzó un poco la cabeza, sin mirar. Yo no le vi la cara, cuando iba a girarse a mí, me di la vuelta y caminé apresurada al pasillo contiguo. Intenté relajarme, no podía robarme allí, ¿verdad? No era un lugar tan grande como para hacerlo sin que se dieran cuenta los dependientes del local. Me puse a buscar unas galletas y lo vi de reojo, sin pensarlo, casi por instinto, me fui de allí con celeridad. Huía. Sí, huía de él. Y no me importaba que lo notara. Me fui al primer pasillo y comencé todo de nuevo. Cuando pasé al

pasillo del medio, lo vi en la caja, de espaldas a mí, me quedé mirándolo hasta que iba saliendo. Se dio la vuelta y yo me giré para no verlo ni que me viera que lo estaba observando. Era una cobarde paranoica.

La verdad es que no me gustaban los hombres que vestían así. Ese tipo de personas me daban desconfianza, tal vez porque mi papá siempre decía que todos esos satánicos que vestían de negro, eran delincuentes. Por eso prefería juntarme con gente bien... Como Lorenzo.

Y me sentí mal. Tal vez ese hombre fuera mejor persona que mi ex novio. Resoplé molesta conmigo misma.

Volví a mi apartamento y tiré las bolsas al mesón. ¿Cómo podía ser tanta mi estupidez? Al final, los prejuicios me hicieron escoger a un hombre que parecía ser el mejor partido, un médico, un hombre educado, con un título universitario, dinero y muy atractivo, pero hay que ver en qué terminó.

Decidí no pensar. No quería recordar a Lorenzo ni los diez años que viví con él. Pero no pude evitarlo, su recuerdo volvía cada vez con más fuerza a mi mente. El recuerdo de todos esos años que viví con él. Al principio era todo muy bonito, Lorenzo era un hombre atento, preocupado, celoso también, y quizás debí darme cuenta antes, pero era tan de novela rosa que dejaba pasar todo.

Recuerdo la primera vez que me hizo una escena de celos. En ese momento, pensé que estaba bien, que yo lo había provocado y solo ahora creo que debí terminar en ese momento con él. Pero no fui capaz.

Él llegó de su turno de noche un poco más temprano de lo usual, yo me había levantado y había salido a comprar el pan para el desayuno, quería esperarlo con algo especial, apenas llevábamos viviendo juntos cuatro días. Entonces, cuando llegó, yo no estaba. Salió a buscarme, estaba conversando con un vecino que conocía desde hacía tiempo de la universidad. Lorenzo me encontró y nos fuimos a la casa. Nada más entrar, me tomó con una mano de la cintura para pegarme a él y con la otra, del mentón. Me besó con fuerza, con posesión.

—Tú eres solo mía, ¿lo entiendes?

—Sí, Lorenzo, sabes que sí, ¿por qué te pones así?

—Solo quiero que lo tengas claro.

Bajó su mano de mi cintura y la plantó en mis nalgas apretándome más a su cuerpo mientras me volvía a besar. Se refregó una y otra vez en mí, haciéndome sentir la dureza de su cuerpo.

—Te amo, Miranda, te amo, no sabes cuánto.

Me tomó en sus brazos y me llevó a la cama. Me besó de nuevo con fuerza, agarró mi pelo y lo tiró hacia atrás.

—Tú eres mía, mi amor, solo mía —susurró en mi boca, era una mezcla extraña de ternura y enojo—, y ahora te lo demostraré.

Quitó mi pantalón con violencia y se introdujo en mí de una sola estocada, volvió a besarme con furia.

—Tú eres mía y de ahora en adelante, solo tendrás ganas de mí, nadie más te parecerá suficiente.

Comenzó a moverse dentro de mí golpeando con su pelvis mi sexo, provocando oleadas de placer que me dejaban sin aliento, cuando mi respiración se convirtió en jadeos, se detuvo de golpe, abrí los ojos, él me miraba serio.

—Hoy no, querida, hoy será solo para mí, para que te quede claro que el único que decide cuando tú disfrutas, soy yo.

Eso me llegó como un balde de agua fría. No sabía bien a lo que se refería. Volvió a moverse y antes que yo pudiera llegar al orgasmo, acabó en mi estómago, ensuciando un poco mi blusa.

—Lorenzo... —dije algo frustrada.

—Ya te lo dije, esto era para demostrarte que el que manda aquí, soy yo.

Me dio un corto beso y se levantó, se acomodó el pantalón y frunció el ceño.

—Levántate, tengo hambre.

Me incorporé sin decir nada, no sabía qué decir, estaba total y absolutamente descolocada. Iba a ir al baño, pero él me detuvo de un brazo.

—Primero mi desayuno —ordenó.

Tomé mi pantalón y él me lo quitó de las manos.

—No te vistas. Esto... —Puso su mano en mi trasero y lo sobó—. Esto es mío y tengo el derecho de verlo cuando quiera.

Me fui a la cocina y comencé a preparar el café y las tostadas solo con la blusa, lo que me ponía incómoda y a la vez me excitaba, más aún cuando todavía no lograba satisfacerme.

Serví el desayuno para ambos.

—Yo comeré primero, hoy estás castigada —me dijo.

—¿Por qué?! —pregunté levantando la voz.

—¿Me estás gritando? Mi mujer, ¿me está gritando? —consultó amenazante.

—Lorenzo...

—Miranda, te vi con otro hombre, tú estabas con él cuando pensabas que yo no andaría por aquí, así que sí, estás castigada, si estamos viviendo juntos, me debes respeto, yo soy tu hombre y tú me perteneces.

—No soy un objeto. —Quise gritar, pero no fui capaz.

—Eres mía, Miranda, métete eso en la cabeza.

—Lorenzo...

—¿Vas a seguir desafiándome? ¿Quieres que te dé una lección de verdad?

—¿A qué te refieres?

—Dime, ¿vas a obedecer o tendré que tomar medidas más drásticas?

No contesté, me senté y tomé una tostada.

—No comas —sentenció.

Le di una mordida a mi pan, sabiendo que lo estaba provocando. No obstante, a él no le pareció gracioso. Me tomó de la muñeca con firmeza y me llevó hacia el sofá, se sentó y me colocó sobre sus piernas boca abajo.

—Lo siento, Miranda, pero debes aprender.

Comenzó a darme nalgadas, una tras otra, a ratos, sentía una caricia, luego, más golpes. No eran fuertes, más bien, humillantes. Por alguna extraña razón, me excitaba todo eso, tal vez eso era lo que sentían las mujeres en las novelas que leía. Al terminar de golpearme, me volteó y me besó, con un beso profundo y poderoso.

—Eres mía, Miranda, solo mía. ¿Ahora lo entiendes?

Creí que lo entendí, pero no; claro que él se encargó día a día de hacérmelo entender. De más está decir que aquel día no tomé desayuno.

Sacudí la cabeza a los recuerdos. Ya no me parecía ni excitante, ni amoroso, ni nada similar. Ahora me parecía patético. Y lo odiaba. Y me odiaba a mí por permitirle convertirme en un monigote de sus caprichos y deseos.

Golpeé la mesa con fuerza con mis dos puños. ¡Maldito motoquero! Si no hubiera sido por él, el hilo de mis pensamientos jamás me habrían llevado al recuerdo de Lorenzo.

Capítulo 4

Ahora escapaba. ¿Quién entendía a esa mujer? Luego de que la última vez me enfrentó sin problemas, ahora huía de mí. Y no podía creerlo. Se comportó como una niña huyendo del viejo del saco. ¿Cuál era su problema conmigo? ¿Qué creía que era yo? ¿Un asesino serial?

Decidí no seguir dándole vueltas a esa mujer y ocuparme de lo que realmente era necesario: tendría que despojar a mis hermanos de su parte en la empresa. No me agradaba en lo absoluto, al contrario, me disgustaba bastante, pero ellos no me habían dejado alternativa. O los sacaba yo a ellos o ellos me sacaban a mí. Y no les regalaría todos mis años de esfuerzo para que me dejaran en la calle. Claro que no. Demasiado trabajo y sacrificio me costó llegar hasta donde estaba para que ahora ellos se quedaran con los frutos de mi labor.

Mi móvil sonó y en la pantalla apareció la foto de mi mellizo.

—Roberto —saludé con agrado.

—José Miguel, ya está todo listo, mañana se hará efectivo el traspaso de la empresa a tu nombre, todo quedará como debió ser desde un principio.

—Gracias, hermano, sabes que no les voy a quitar lo que les corresponde, ¿verdad? —Necesitaba la confirmación de él.

—Estoy seguro de ello, José Miguel, confío en ti, en quien no lo hago es en Joaquín y Victoria, ellos sí hubiesen sido capaces de dejarnos en la calle.

—Son jóvenes e impulsivos —defendí.

—Nosotros también tuvimos su edad —rebatí.

Guardé silencio, no supe qué contestar, aunque estaba molesto con ellos, no dejaban de ser mis hermanitos pequeños.

—José Miguel, esto es lo correcto, no te sientas mal, ellos no hubiesen sido capaces de luchar contra sus impulsos y con dinero y poder se hubieran convertido en tiranos.

—Es cierto, Roberto, es solo que jamás me imaginé que tuviera que hacer esto. Nunca.

—Nadie, José Miguel, pero las cosas se dieron así, no hay nada que hacer.

—Es cierto, y muy lamentable.

—Bueno, yo te llamaba para eso, para avisarte que está todo listo y también que ahora voy a salir con mi familia a almorzar, ¿quieres venir con nosotros?

—No, gracias. Disfruten, un abrazo a María Paz y besitos a los niños.

—Gracias, te quiero y quédate tranquilo ¿sí? Esto es lo correcto.

—Yo también te quiero, gracias por apoyarme.

Al colgar, me quedé pensando en Roberto y su familia. María Paz, mi cuñada, era una abogada proveniente de familia de abogados. Era una mujer maravillosa, cálida, dulce y sencilla, un amor como esposa y como madre, también como cuñada. Fue su padre quien hizo incluir una cláusula en la formación de la empresa, que todo era mío y de mi padre solo era la idea, con lo cual, según él, yo me aseguraba que mis hermanos no pudieran quitármela nunca. Eso en un primer momento me chocó, no creía a mis hermanos capaces de algo así, sin embargo, el papá de mi cuñada me aseguró haber visto miles de casos en los que las familias se separaban por culpa de herencias y dinero. Eso era lo que me estaba permitiendo seguir a cargo de la empresa, dejando de lado a mis hermanos. Algo que, ni en mis más remotas pesadillas imaginé. ¡Maldito dinero! Maldito y bendito.

El mismo dinero que nos permitió salir adelante y sacar de la miseria a la familia, es el mismo que me separaba de mis hermanos y el mismo que me había impedido encontrar una mujer, una esposa, tener hijos, formar una familia. Ya tengo treinta y siete años y aún no encuentro una mujer que no solo se fije en mi dinero, ni a la que le interese que la mantenga sin entregar nada a cambio.

La imagen de Miranda apareció en mi cabeza. ¿Por qué huyó de mí esta mañana en el negocio? ¿Sería por mi ropa? Claro, ella estaba acostumbrada a verme con el disfraz de oficina, no con la ropa negra que usaba fuera de ella. Esa mujer no sabía nada de mí, tal vez no le gustara mi forma de vestir... Ni a mis hermanos les agradaba.

Me decidí salir en motocicleta, era lo único que me relajaba y me permitía seguir en esta rutina que no tenía más incentivo que mi familia y mis hermanos... Además de la memoria de papá.

Salí de mi piso, quería, no, necesitaba despejarme de todo lo que estaba ocurriendo en mi vida.

Sin percatarme, marqué el piso doce, el de ella, quizá con el secreto deseo de verla. ¡Estúpido! “A ella ni siquiera le atraes”, me reprimí a mí mismo.

La puerta del ascensor volvió a cerrarse, lo que, en cierto modo, me decepcionó. Volví a enojarme conmigo mismo, me estaba comportando como un idiota, parecía un adolescente detrás de la chica popular del curso que no se había dado cuenta que el nerd existía.

Me subí a mi moto y me detuve antes de salir del estacionamiento. Allí lo vi. El novio de Miranda, parecía enfurecido, con una rabia contenida difícil de disimular. Solo por molestar, aceleré, sin avanzar, justo en el momento en el que pasó frente a mí, me miró queriendo asesinarme, pero no podía ver mi rostro, lo cual provocó en mí una satisfacción difícil de explicar.

Me fui al cerro, no quería pensar en ese hombre con esa mujer que ni siquiera se dignaba a mirarme.

Ni la velocidad, ni el viento, ni la naturaleza, lograron calmarme. Seguía imaginando a Miranda y a ese tipo juntos, en mi edificio, en el departamento, en la cama...

Volví molesto a mi casa. Quería no pensar en nada, sin embargo, entre Miranda, mis hermanos, los problemas del trabajo y mi pasado, me sentía agobiado, con una carga demasiado pesada sobre mis hombros.

Al día siguiente, luego de un arduo día de trabajo, reuniones y revisiones de documentos para hacer el traspaso a mi nombre, bajé en el ascensor a la hora en que salían los empleados, en realidad, no todos, solo las secretarías, quería verla, quería saber por qué no le agradaba a Miranda, qué le había hecho que me odiaba, porque podía asegurar que indiferente no le era.

Subieron. Sí, el clan femenino de la constructora en pleno. Ellas eran un grupo aparte, no porque ellas no quisieran juntarse con los demás, al parecer era al revés.

Miranda me miró e inclinó su cabeza.

—Buenas tardes —saludaron todas a coro, pero yo solo la escuché a ella.

—Buenas tardes —respondí nervioso.

—Jefe, mañana no se le olvide que la reunión se cambió de las nueve a un cuarto para las ocho con el abogado Oyarzún —me indicó mi secretaria.

—Sí, es cierto, gracias, Rocío.

—Si quiere, puedo llegar más temprano —ofreció.

—No, no, no hace falta —contesté con celeridad—, en realidad, no será una reunión como tal, debemos aclarar algunas cosas y afinar algunos detalles, nada más.

Mi joven secretaria afirmó con la cabeza, yo le sonreí, era muy eficiente y yo la apreciaba mucho.

—Chao, Miranda. Hasta mañana, jefe —se despidieron las mujeres en el primer piso.

Miranda no se volvió a mirarme, sé que le extrañó, el otro día ninguna me trató de "jefe".

Al abrirse las puertas, vi al tipo en el estacionamiento subiendo a un automóvil. ¿Había venido por Miranda? Lo que me extrañó, es que el coche no era el de mi acompañante de ascensor, quien lo vio y se echó hacia atrás escondiéndose de él.

—No —musitó.

Me sorprendí, pero reaccioné de inmediato cerrando las puertas del ascensor y marcando el piso de mi oficina. Ahora sí me miró algo confundida.

—¿Pelearon? —consulté sin tapujo.

—Lo dejé —respondió sincera, no tenía sentido que negara algo que era evidente, creo que solo por eso me contestó.

—Está pálida, ¿acaso le tiene miedo?

Ella negó con la cabeza y miró el suelo. No insistí. Yo sabía la respuesta, lo pude ver aquel día que se le cayeron las cosas de la cartera, no obstante, quería escuchar la respuesta de sus propios labios, pero temblaba como una hoja y tampoco la iba a someter a un interrogatorio. Me bastaba con saber que no estaban juntos. Sin pensarlo, puse mi mano en su mejilla y levanté su rostro, quería que me mirase a mí, no al suelo como siempre.

—Todo estará bien, él ya se iba, le daremos un tiempo y nos vamos.

Sus ojos estaban vidriosos. No lloró. Cuando llegamos a mi oficina, se resistió a entrar.

—No pasa nada, Miranda, no soy un asesino en serie ni un violador de mujeres indefensas —asegué con una cuota de humor.

Ella avanzó con paso vacilante, le ofrecí un té, un café, refresco, agua... No aceptó nada.

Yo quería preguntar, quería saber cómo y cuándo había ocurrido el rompimiento. No me atrevía. Me senté tras mi escritorio, en realidad me parapeté detrás de él. Ella solo miraba el suelo, sin decir nada. Yo tampoco hablaba, no me sentía capaz.

Me levanté y serví dos vasos de jugo, lo tendría que aceptar sí o sí. Le alargué el vaso de ella, lo aceptó sin problemas y bebió la mitad del contenido de un solo trago. Yo sonreí, debe haber tenido un nudo en la garganta, si estaban recién peleados, seguro que él querría volver con ella. Yo querría hacerlo.

Me senté en la orilla del escritorio, frente a ella. Ella alzó su vista y me quedó mirando unos segundos, interminables segundos, aunque a mí se me hicieron cortos.

—Así que usted es el jefe de Rocío, el mandamás de la empresa... El gran jefe —lo dijo con un descaro tal, que me hizo sonreír.

—Sí, y usted es la secretaria de mi hermano.

—¿Don Roberto es su hermano? —preguntó sorprendida.

—Mi mellizo para ser exacto.

—No se parecen.

—¡Claro que no! Yo soy mucho más guapo —respondí divertido, ella también estaba mucho más relajada.

Ella rio. Me agradó su risa, era una risa contagiosa, reía con los ojos, era de esas risas que uno no se cansa de contemplar. En general, el rostro de Miranda no tenía expresión alguna, como si sus emociones estuvieran tan dentro de ella que ni a sus ojos se asomaban, en cambio, cuando reía... Cuando reía sus mejillas se iluminaban, sus ojos brillaban y su boca se curvaba seductora y transparente.

—¿Es verdad o no? ¿Soy más guapo que mi hermano?

Miranda entrecerró los ojos y frunció los labios, como pensando en una respuesta. Quise besarla.

—Sí, tengo que admitirlo, aunque don Roberto no está mal, su esposa tiene mucha suerte —comentó.

—María Paz es un amor, yo creo que la suerte la tiene él.

—Sí, son tal para cual, ¿y usted? ¿Qué tal su esposa?

—No tengo, soy soltero, pero no fanático —agregué.

—¿Y no quiere casarse? —preguntó tomando un pequeñísimo sorbo de jugo.

—De querer, quiero, pero no he encontrado a la mujer indicada.

—Quizás es que es muy exigente.

—No sé, puede ser.

—Si busca a la chica perfecta, dudo mucho que la encuentre.

—¿Y qué me dice usted? ¿Qué pasó con su príncipe azul?

—Resultó ser un sapo venenoso —manifestó con pesar y algo de mal humor.

—¿No piensa volver con él o es un enojo temporal?

—¡No! No es algo pasajero, yo lo dejé y esta vez es para siempre.

—¿Terminaron ayer? Con razón estaba tan molesto.

Me miró interrogante y me sentí culpable, como si la hubiese estado espiando o algo peor... Bueno, poco faltó.

—Ayer iba saliendo cuando lo vi fuera del edificio —expliqué para que no pensara mal de mí.

La reacción que tuvo no me la esperaba, si antes se puso pálida, esta vez fue peor, la lividez de su rostro me hizo creer que se desmayaría. Sus manos comenzaron a temblar. ¿Por qué se ponía de ese modo? ¿Qué podía hacer para calmarla? La tomé de los hombros y acerqué mi rostro a ella, con ganas de besarla, pero claramente ese no era momento.

—Miranda, ¿qué pasa?

—Yo lo abandoné el día que comencé a trabajar aquí —confesó casi sin voz.

—¿Lo abandonó? —Me pareció curiosa esa expresión.

—Me escapé, hui —aclaró clavando sus asustadas pupilas en mí.

—La maltrataba. —No fue una pregunta.

—Era muy celoso —afirmó bajando otra vez la cara.

—¿Por qué no lo denuncia?

Ella no contestó, volvió a alzar la vista y sostener mi mirada sin decir nada y con sus ojos, otra vez, sin ninguna expresión. Sin poder contenerme más, posé una mano en su mejilla y la acaricié con el pulgar.

Capítulo 5

¿Por qué ese hombre actuaba así conmigo? ¿Por qué yo reaccionaba así con él? Su mano en mi mejilla quemaba. Sus ojos en los míos, me estremecían.

—Será mejor irnos —logré articular con dificultad.

—Sí, ya debe haberse ido.

—Sí.

—¿Se siente bien para conducir?

—Yo creo.

—Yo creo que no. Vamos.

Pero ninguno se movió. Ni él ni yo, era como si estuviéramos atrapados en nuestras miradas. Y no quería. Ya no quería que ningún hombre me atrapase en sus redes nunca más. No. No quería. Bajé la cara para salir de su hechizo y me levanté. Él también se incorporó. Salimos de la oficina en completo silencio. Uno al lado del otro. Sin siquiera rozarnos. Al llegar al estacionamiento, me entró el pánico de nuevo, no quería salir y encontrarme con Lorenzo. Mi nuevo amigo dio un paso fuera y miro en derredor, luego dirigió su vista hasta mí.

—Ya no está, no se preocupe.

Aun así, no quería salir. Mi vecino me tomó de la mano y casi tuvo que arrastrarme hasta su coche. Me subí con celeridad y cerré los ojos. José Miguel no hizo ningún comentario. Me acompañó hasta la puerta de mi departamento.

—Ahora ya está segura —afirmó.

—Gracias.

—No hay de qué, haría lo mismo por cualquier damisela en peligro, además ¿qué clase de vecino sería si no me asegurara que mi vecina llega bien a su casa? —bromeó.

—Es todo un caballero andante, un Quijote de la Mancha, pero moderno —me burlé de vuelta.

—Así es y ando en busca de mi princesa, ¿conoce a alguna chica que quiera ser mi Dulcinea?

—No, no conozco a ninguna, pero si veo a alguien por ahí, le aviso.

Él no contestó, solo me miró con intensidad, fijo a los ojos, como si no existiera nada más en el mundo que él y yo. Alzó su mano y puso dos dedos bajo mi barbilla.

—Buenas noches, Miranda, nos vemos mañana, tendré que venir por usted, su coche se quedó en el trabajo.

—Puedo irme en metro o caminando.

—¡Nada de eso! —protestó.

—Pero usted mañana debe estar muy temprano en la oficina.

—Después de mi reunión vengo a buscarla.

—¿Y si se atrasa y llego tarde a la empresa?

—¿Qué pasaría? Soy el Gran Jefe. —Me dedicó una sonrisa.

Se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás hasta que llegó al ascensor y se volteó para hacerme un gesto de despedida con la mano.

Entré a mi departamento y sonreí. De inmediato desdibujé mi sonrisa. Ese hombre no era para mí. Tampoco quería enamorarme. Además, estaba tan reciente mi término con Lorenzo que sentía que no era correcto albergar ningún sentimiento o gusto por alguien más. Yo no era así; Lorenzo fue mi primer novio y el único hasta ahora, no podía fijarme tan rápido en alguien más. De hecho, tampoco creía que José Miguel estuviera interesado en mí, él mismo lo dijo: habría hecho lo mismo por cualquier mujer. Debe haberse activado un sentido de protección de su parte. Nada más. Necesitaba sentirme protegida y él me hizo sentir segura. No fue otra cosa. Aparté los pajaritos de mi cabeza, no debería hacerme ilusiones tan pronto. Ni con él, ni con nadie.

Me dispuse a preparar algo de comer. Quería comer algo rico y no tenía nada dulce en el departamento. Decidí bajar al minimarket. Volvía a mi departamento cuando me topé con José Miguel que venía bajando.

—Vaya, el universo se empeña en juntarnos —comentó de buen humor.

—Así parece, aunque si no fuera por lo imposible, pensaría que está siguiéndome.

—¿Y quién me dice a mí que no es usted quien me sigue? —ironizó divertido.

—Já, y estoy volviendo, usted me siguió esta vez.

Había un aire distendido entre ambos.

—Es que ando en busca de alguien que me alimente —bromeó mirando la bolsa de los dulces.

—¡Fresco! ¿Quiere que lo invite a tomar once (el té de la tarde)?

—No diría que no, así podría decirme por qué le caigo tan mal.

—No me cae mal —aseguré extrañada ante esa afirmación. Él levantó una ceja incrédulo—. Es verdad, no sé por qué dice eso.

—Se lo digo si me invita o deja que la invite yo.

Lo pensé un solo segundo.

—Bueno, pero tendré que comprar algunas cosas más, los hombres comen mucho.

—No sabe cuánta hambre tengo —lo dijo con picardía, bajé la cara—. No soy un sicópata asesino —aseguró.

—Vamos a comprar, ¿qué quiere comer? —ofrecí.

—Lo que sea su cariño —sonrió inocente.

—Ah, entonces subamos, tengo agua y vasos —me burlé socarrona.

—Eso es maldad pura —se quejó divertido.

—Vamos a comprar mejor —dije avanzando hacia la salida del edificio.

José Miguel apresuró el paso y caminó lado a lado conmigo, en silencio, hasta el negocio. Saqué pan, compré algunos pasteles más y una bebida. Al llegar a la caja, él canceló la cuenta, sin permitirme protestar.

—Usted invita, yo pago —sentenció.

Entramos a mi departamento y yo me dispuse a preparar las cosas.

—¿Le ayudo en algo?

Lo miré sorprendida, ¿se estaba ofreciendo a ayudarme?

—Eh... No... —No supe qué decir, estaba acostumbrada a hacer todo sola.

Él se acercó de todos modos al mesón de la cocina y abrió los dulces. Tomó unos platos de la repisa y colocó allí los pasteles. Yo, mientras tanto, preparaba el café. Él puso los panes en la panera y la dejó encima.

—Gracias —le dije una vez sentados en la pequeña mesa.

—¿Por qué? El agradecido debería ser yo.

—Por ayudarme —aclaré.

El entrecerró los ojos, al parecer no entendía el por qué le daba las gracias.

—De nada —respondió con un tono extraño.

—¿Y me va a decir por qué cree que yo *le tengo mala*?

—Desde que nos conocimos, ha sido muy ruda conmigo sin ninguna razón.

Yo me puse seria. Sí había razón. Claro que había. El primer día estaba Lorenzo cerca. Luego, no supe quién era.

—¿Me va a contestar? —inquirió buscando mi mirada.

—No sé a qué se refiere —mentí.

—Dejémoslo así, si usted no se había dado cuenta, tal vez solo fueran apreciaciones mías.

—Eso debe ser, tal vez es esquizofrénico —ironicé.

—Paranoico en ese caso —me corrigió él.

—Claro, paranoico; si la esquizofrénica aquí soy yo. —Me reí.

—Usted lo dijo, no yo —respondió socarrón.

—¡Hey! —Fingí molestia.

—Usted lo dijo, no yo. A mí ni siquiera se me había pasado por la cabeza —repuso divertido.

—Ah, sí, claro —repliqué haciéndome la indiferente.

—Claro. Además, usted me trata de loco y la ofendida es usted.

Lo miré y lancé una carcajada. Él se me quedó mirando serio.

—¿Qué pasa? —pregunté sin dejar de reír.

—Cuando ríe, su cara se transforma.

—¿Qué? —Fruñí el ceño—. ¿Me desfiguró mucho?

—No, su rostro cobra vida, toma expresión.

No entendí lo que dijo.

—Cuando está seria, no tiene gestos, como si no tuviera vida, como si estuviera muerta por dentro.

Eso sonó muy fuerte para mí, porque así me sentía. Su mirada culpable me hizo saber que se había arrepentido de sus palabras, pero estaba alegre y me sentía viva.

—Ahora resulta que soy un zombi —reproché de buen humor.

—Algo así —se burló.

Tomé un sorbo de mi café, estaba caliente y me quemé la lengua.

—Eso le pasa por peleona —comentó con sorna.

—¿Yo peleona? Usted me dijo zombi.

—Usted dijo que era zombi, no yo.

—Usted lo corroboró.

—¿Y qué debía hacer?

—Decirme que no, que era la flor más linda del campo, eso hacen los caballeros andantes, así será muy difícil que encuentre a su Dulcinea.

—Aclaremos algo, Miranda. Primero, yo no dije zombi, dije: "algo así"; segundo, hay zombis muy lindas y podría decir que usted es la zombi más hermosa que he conocido.

—¿Conoce muchas? —interrogué desafiante.

—Solo una. A usted.

Enterré mi tenedor en un trozo de pastel y me lo llevé a la boca. Él hizo lo mismo. Yo lo miré, en realidad, sostuve su mirada, porque él no dejaba de observarme.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo de pronto, como si hubiera debatido en su mente si consultar o no.

—De que puede, puede, que yo responda es otra cosa.

—Prométame que no se enojará.

—Ni usted, si no respondo.

—Lo prometo.

—Pregúnteme.

—¿Sigue amando a ese tipo?

Contuve la respiración un momento.

—No —asegué con firmeza.

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?

—Era una sola pregunta —le recordé burlesca.

José Miguel bajó la cabeza.

—Diez largos años.

—¿Diez? Casi toda su vida.

Me encogí de hombros.

—Lo conocí a los diecisiete, empezamos a andar cuando cumplí dieciocho.

—Para la mayoría de edad.

—Sí, de hecho, me pidió pololeo (*ser novios*) en mi cumpleaños, aunque, claro, en ese momento no me di cuenta que él esperó a eso.

—Y se fueron a vivir juntos...

—A los cuatro meses de estar de novios. —Me mordí el labio, ¿por qué tenía que contarle mi vida a un desconocido?

—¿Cuándo comenzó a golpearla?

Lo miré pasmada. ¿Cómo lo sabía?

—No creo que sea correcto tratar un tema así con un desconocido.

—No somos desconocidos. Soy su vecino; su jefe, bueno, técnicamente, jefe de su jefe; su Quijote y ahora... casi amigos. —Hizo una pausa en la que yo no supe qué decir—. ¡Ah! Y compañeros de ascensor.

Sonreí ante esa última afirmación. Los ascensores eran casi nuestro lugar en común.

—Además, ese tipo de cosas jamás deberían ocultarse, lo único que se logra con eso es que el agresor cobre más fuerza sobre la víctima.

—No es un tema fácil de tratar ni de hablar.

—Claro que no, pero ocultarlo cuesta el doble a la larga.

Bajé la cabeza. Él extendió su mano, agarró la mía y la apretó leve, casi imperceptible, suave. Me quedé unos segundos así, su mano era cálida y segura. Alcé la vista y me encontré con su mirada. No sabía qué decir, sabía que él tenía razón, pero no era un tema que quisiera tratar en ese momento.

—No ha comido nada —comenté por decir algo y salir de esa incómoda situación.

—Usted tampoco —expresó con algo de pesar.

—Comamos entonces, creo que hasta se enfrió el café.

—Al menos no se va a quemar —repuso casi con ternura.

—Eso sí —admití algo avergonzada.

Tomó un trozo de pastel con el tenedor y lo extendió hasta mi boca. Me desconcerté, aun así, lo recibí.

—¿Me va a alimentar usted? —intenté bromear.

—No me costaría nada hacerlo.

Tomó otro trozo y me lo volvió a dar en la boca.

—Puedo comer sola —dije algo incómoda y sin ganas de que dejara de hacerlo.

—Ya lo sé, pero es más entretenido así.

—¿Ah, sí?

Entonces, fui yo quien tomó un trozo del dulce y se lo di en la boca. Fue algo sensual. Demasiado para mi gusto. Tiré el tenedor en el plato y me levanté.

—Es tarde —expresé con los nervios a flor de piel y miles de mariposas aleteando en mi interior.

—Miranda...

Tomé mi taza para llevarla al fregadero.

—Miranda, por favor. —Me detuvo de un brazo.

No quería mirarlo, no quería sentir lo que estaba sintiendo.

—Miranda... Mírame.

—Por favor, no me siento bien —dije levantando la vista, en su rostro pude ver la decepción.

Asintió con la cabeza y se encaminó hacia la puerta, justo allí se detuvo.

—Mañana la pasó a buscar después de mi reunión, si me atraso, no se preocupe, yo hablo con mi hermano.

Y se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Yo cerré los ojos y me dejé caer en la silla. ¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? Me había comportado como una caliente sopas y yo no era una niña para no saber lo que estaba pasando, tenía casi treinta años y no podía jugar como una colegiala. Aunque, claro, tampoco es que haya invitado a José Miguel porque quería algo más. No. O tal vez sí. ¡No lo sé! Estaba confundida. Lo único que sabía era que no quería volver a verlo a la cara. Me moría de la vergüenza y pensar en que tenía que verlo por la mañana cuando me pasara a buscar...

Capítulo 6

Entender a esa mujer era muy difícil. Aunque, tal vez, no tanto. Así como yo sentía cosas por ella, ella también las sentía por mí. Quizás, solo fuera algo sexual. Ninguno de los dos éramos niños y, ya pasados los treinta, uno no se anda con simples tomaditas de la mano. Pero ella no quería. Tenía miedo. Y cómo no, si su ex la dejó marcada en cuanto a relaciones amorosas. Más aun tomando en cuenta que él fue un hombre importante en su vida. Diez años con una persona, no es algo fácil de olvidar.

Y lo que ocurrió hoy...

Primero, el asunto en el subterráneo; la intimidad que se formó en mi oficina; luego, nuestro encuentro en el edificio, comprar juntos, preparar la once, comer... Darle de comer. Eso fue muy arriesgado, creí que me mandaría a freír monos al África, pero no, lo acepto, algo incómoda, algo nerviosa, pero de todos modos lo recibí y, cuando lo hizo ella, el rubor subió a sus mejillas, sus ojos brillaron y su rostro cobró vida, aun sin sonreír. En ese momento, pensé en cómo sería hacer el amor con ella, cómo sus gestos demostrarían la pasión. El tenedor golpeando el platillo, me apartó de mis libidinosos pensamientos. Se enojó. No entendí. Al menos en el primer momento, porque después sí lo entendí. No quería sentirse atraída por mí.

Me acosté y coloqué el CD con la música de Tarifa Plana, mi grupo favorito. Me dormí escuchando sus canciones.

Llegué a la oficina a las siete y media. Mi hermano llegó poco después junto a su suegro y mi cuñada.

—Bien, vamos al grano —habló Hernán Oyarzún—. Los documentos ya están listos, solo falta el último trámite para que todo quede a tu nombre, aunque la empresa ya es tuya.

—Muchas gracias, Hernán, de no ser por ti y tus consejos, hubiese perdido todo ahora.

—Siempre hay que resguardarse, es lamentable que el mundo en el que vivimos, el dinero suele ser motivo de quiebres y separaciones familiares. He visto muchos casos de familias que, sin ningún escrúpulo, buscan la forma de despojar a los demás, incluso de lo que por ley les corresponde.

—Como ahora —repuse algo triste.

—Así. Imagínate, tú has hecho todo por tu familia, eres un joven digno de admiración, has trabajado mucho y muy duro para llegar donde estás, sin embargo, ya ves, tus hermanos no valoran eso y pretendían arrebatarle todo lo que tanto esfuerzo te ha costado.

—¿Tú sabías que esto iba a pasar?

—No soy adivino, José Miguel, pero más sabe el diablo por viejo que por diablo —contestó con una sonrisa comprensiva.

—Muchas gracias.

—Nada qué agradecer, muchacho, ustedes son parte de mi familia y siempre estaré dispuesto a ayudar.

Luego de entregarme los documentos que me hacían dueño absoluto de la empresa, se fue con su hija. Miré mi reloj, eran las ocho y veinte, alcanzaba a ir a buscar a Miranda y traerla sin retraso.

—José Miguel, quiero hablar contigo —me dijo mi hermano con gesto sombrío.

—¿Es muy importante?

—Sí.

—¿No puedes esperar hasta las nueve? Tengo algo urgente que hacer en este mismo instante.

Roberto entrecerró los ojos sin comprender mi actitud.

—¿Puedes esperar o no? —repetí.

—Sí, sí, ¿pasa algo malo, tienes algún problema? —me interrogó, curioso.

—No, no, para nada, solo es un compromiso ineludible y urgente, algo corto, voy y vuelvo. Literal. —No quería darle más explicaciones.

—¿Una mujer tan temprano? —ironizó.

—No digas tonterías. —Tomé mi saco del respaldo del sillón y salí apresurado. No quería llegar tarde a buscar a mi vecina.

Ella estaba lista. En cuanto me vio, los colores se encendieron en sus mejillas. Yo sonreí, era inevitable para mí hacerlo al verla así, tan guapa, tan cándida.

—Buenos días —me saludó con timidez.

—Buenos días, Miranda —respondí y aparté la vista, aun cuando me costara, para no hacerla sentir incómoda, después de lo de la noche, seguro quería que la tierra se la tragara.

—Pensé que tal vez no vendría.

—Siempre cumplo mis promesas —aseguré.

—Gracias.

—No tiene nada que agradecer, ¿vamos?

El ambiente estaba tenso, incómodo. Tomó su cartera, se miró en un pequeño espejo, de una de las paredes, de forma rápida y se paró frente a mí.

—Lista. —Sonrió, pero su sonrisa no encendió su cara.

Bajar en el ascensor con ella era un suplicio y una bendición. Una tortura porque la tenía cerca, muy cerca, con tan solo extender mi brazo, podía tocarla, atraerla hasta mí, besarla... Y aquello, que era una tortura, era lo mejor de mi día.

Nos subimos en silencio al coche, la observé sin pudor mientras se colocaba el cinturón de seguridad que, por alguna extraña razón, no cedía.

—¡Ay, no puedo! —se quejó.

Me acerqué y lo jalé, se había pillado en algo y, tras un nuevo jalón, se soltó. Nuestros rostros estaban tan cerca, que podría haberla besado con tan solo acercarme medio milímetro más. Miré sus labios, ella los abrió un poco, podía sentir sus ojos clavados en mí. Todo parecía transcurrir en cámara lenta. Ella jadeó con suavidad, mis deseos de besarla se incrementaron.

—José Miguel... —gimió suplicante.

Volví mis ojos a los suyos y lo que vi, no me gustó. Una mezcla de deseo, nervios y miedo. ¿Miedo? ¿Es que le había dado algún motivo para temerme? Quiso apartarse, pero el respaldo del asiento se lo impidió.

—No voy a lastimarte —asegué con suavidad, apartándome de ella.

Conduje en silencio las pocas cuadras que nos separaban de la oficina.

—Llegamos —anuncié innecesariamente, con unas enormes ganas de hablar y... ¿arreglar las cosas?

Las "cosas" entre ella y yo nunca habían estado bien.

Me bajé molesto, esperé que ella saliera del auto y caminamos hasta el ascensor. En el primer piso, subió Rocío que nos miró sorprendida.

—Buenos días, jefe. Hola, Miranda.

—Hola —saludamos los dos al unísono.

—¿Cómo le fue en la reunión? —preguntó interesada mi secretaria.

—Bien, fue cortísima, así es que aproveché de ir a tomar desayuno —mentí con una sonrisa forzada, supuse que Miranda no quería que la vincularan conmigo o que yo dijera algo por lo que tuviera que dar explicaciones.

—Qué bueno.

—Pues sí, ahora estás hablando con el dueño absoluto de todo esto —dije con melancolía, no me gustaba eso.

—¿Y don Roberto?

—Él cedió, no podíamos hacer otra cosa.

El ascensor se detuvo en el piso de Miranda.

—Buenos días, don José Miguel —se despidió cortés de mí—. Más tarde nos vemos, Rocío.

—Buenos días —respondí como un autómata.

—Chao, Miranda, voy al break (*descanso*) con ustedes, me esperan.

Y sentí celos. Celos de Rocío que era su amiga, que podían tomarse un café a media mañana, que almorzaban juntas...

Me bajé y entré a mi oficina sin hacer caso de Rocío que me iba a hablar. Poco después asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—¿Puedo, jefe? —consultó con una sonrisa pícaro y un gesto divertido.

—Pasa, pasa. —Sonreí, ella siempre me alegraba el día.

—Aquí le dejo las cartas que llegaron.

—Gracias —contesté con algo de mal modo.

—¿Pasa algo malo? —me preguntó directa, como era ella.

—No, Rocío, lo siento, anoche no dormí bien y aunque sé que esto es lo correcto, no me gusta estar enemistado con mis hermanos.

—Debe ser muy difícil estar en su posición. No lo envidio para nada. Excepto por los millones.

La miré, sonreía divertida.

—Dime algo, Rocío, con esto de mis hermanos he andado un poco perdido, esa chica que subía ahora con nosotros...

—Se llama Miranda Valle, es la reemplazante de Magda.

—Trabaja con mi hermano.

—Sí.

Asentí con la cabeza.

—¿No sabía?

—Sabía que iba a llegar alguien, pero Roberto se hizo cargo de la contratación y no pude estar en la despedida de Magdalena, tal vez ahí me hubiese enterado.

—Claro, ¿por qué? No me diga que le gustó —bromeó, y yo me eché a reír.

—No digas tonterías, es que no la había visto antes, bueno, antes del otro día.

—Si es broma, jefe, yo sé que usted jamás se fijaría en una de nosotras.

Ahora la miré directo a los ojos.

—¿Y eso por qué?

—Porque no somos de su clase —respondió fingiendo seriedad.

Yo sonreí algo divertido, a pesar de que no me gustó lo que dijo. Rocío era una mujer de cuarenta años y, por lo que yo sabía, felizmente casada. Me levanté y caminé con paso felino hasta ella.

—¿Me vas a decir, Rocío Sánchez de Bravo que estás enamorado en secreto de mí?

Ahora fue ella quien largó una risotada.

—Claro, jefe, estoy que me derribo por usted.

La abracé por los hombros y ella de mi cintura.

—Ya va a aparecer la indicada —me consoló, ella sí que me conocía.

—Creo que no hay una indicada para mí, Rocío.

—Siempre hay una, jefe, siempre.

—A veces me canso de estar solo.

—¿Puedo hacerle una pregunta y usted me contesta con la verdad?

La aparté y la miré.

—Sabes que sí, siempre y cuando tú no andes ventilando mis secretos por ahí.

—Sabe que jamás.

—Pregunta, entonces.

—Le gusta Miranda, ¿cierto?

—¿Tanto se me nota?

—No sé si tanto, pero yo sí lo noté, el primer día no apartaba su vista de ella.

Creo que me puse rojo.

—Y después tampoco —agregó.

—Pero a ella no le agrado en lo más mínimo —me aparté de ella y volví a mi asiento.

—Ella tiene miedo, no sé su historia de vida, pero se nota que tiene un gran dolor en su alma.

No dije nada. Yo sabía cuál era el dolor de su alma y quien se lo había provocado.

—Si necesita algo más, me avisa.

—Gracias, Rocío.

La vi alejarse y cuando abrió la puerta, se volteó y me miró.

—Si a usted le gusta ella, pero no le interesa nada serio, no la utilice, se nota que ha sufrido mucho.

—No te preocupes por eso —afirmé con convicción.

Al quedar solo, pensé en las últimas palabras de mi secretaria. Ella me conocía, los últimos años me había dedicado a ir de conquista en conquista. Lo que ella no sabía era que cada una de esas conquistas, jugaban conmigo en vez de ser al revés, claro que mi ego machista, no me dejaría admitirlo.

A la hora del café de las secretarias, me sentí tentado a negarle el permiso a Rocío, no así de frentón, por supuesto, sino, encargarle un trabajo urgente que no podría dejar para más tarde. Evidentemente, no lo hice, pero también deseé presentarme y allí con ellas, pensamientos que deseché de inmediato. Sin embargo, aquellos fueron los quince minutos más largos de mi vida. Quería verla. Quería hablar con Miranda. El problema era que Rocío ya se había dado cuenta que algo pasaba conmigo y su compañera.

—Don Roberto lo espera en su oficina —me avisó Rocío al volver—. ¿Pasa algo?

—No, no. Gracias, Rocío, voy enseguida.

Salí pasando por el lado de mi secretaria, no quería su mirada inquisitiva.

No estaba. ¡No estaba! A la entrada de la oficina de mi hermano, no había nadie. No estaba Miranda. ¿Por qué no estaba cumpliendo su trabajo? La hora del break había pasado. Abrí la puerta y entré. Me quedé de piedra. Allí, con mi hermano, se encontraba ella.

—Hermano, ven —me llamó mi mellizo—, con los sucesos que han ocurrido, no había tenido ocasión de presentarte a mi nueva secretaria. Ella es Miranda Valle, el reemplazo de Magdalena.

Ella se levantó presta y aguantó la respiración, al tiempo que se paraba cerca de mí, mirándome de frente.

—¿Se conocían? —consultó Roberto extrañado.

—Nos hemos visto un par de veces, sí —contesté y extendí mi mano hacia la empleada de mi hermano—. Buenos días, Miranda, me parece que también somos vecinos —comenté como al pasar.

—Sí, señor, creo que sí —respondió tomando mi mano con la suya, temblaba.

Le sonreí para darle confianza. A mi pesar, le solté la mano, ofrecí asiento de nuevo a mi vecina y también me senté yo.

—¿Qué tal tu nueva secretaria? Es muy bonita, espero que María Paz no se ponga celosa —me burlé.

—No tiene motivos, hermano, yo no se los doy.

—Bien me parece.

—Y la señorita Valle ha sido todo un descubrimiento, es muy eficiente.

—Me alegra oírlo. Y dígame, ¿es usted casada, soltera, divorciada?

Entrecerró los ojos con reproche.

—Simple curiosidad —agregué.

—Soltera. ¿Necesita algo más, don Roberto? Debo terminar el informe a don Mario.

—No, no, gracias, Miranda, a no ser, claro está, que mi hermano, y dueño de la empresa —recalcó lo último—, quiera saber algo más.

—No, me basta con saber que es eficiente y que no tendremos problemas con novios celosos.

Nos levantamos a un tiempo. Nos miramos por un breve segundo.

—Nos vemos más tarde, hermano.

—Paso más tarde por tu oficina si tengo noticias de mi suegro.

—Me avisas.

Me dirigí a la puerta y la abrí, la sostuve para que Miranda pasara primero, di una breve mirada a mi hermano que me miraba extrañado y cerré la puerta tras de mí.

Cuando me volví para ver a Miranda, ella me miraba con sus ojos echando chispas. ¿Qué había hecho ahora?

Capítulo 7

Dos veces. Dos veces había negado que me conocía. Anoche, de haber seguido con el jueguito de la comida, me hubiese besado, incluso, estoy segura, quería hacer el amor conmigo, y hoy, actuaba como si no me conociera.

—¿Qué pasa? —me preguntó como si no supiera.

—Nada —respondí indiferente.

En su frente se formaron dos arrugas

—No creo que sea "nada", pero será mejor conversarlo en la casa.

¿Conversarlo en la casa? Lo dijo como si él y yo viviéramos juntos. Idiota. Todos los hombres eran iguales.

Me senté ante mi escritorio y él apoyó sus dos manos allí, agachándose para quedar a mi altura.

—No somos niños, Miranda, y no me gusta jugar, este no es lugar para discutir, pero esta tarde quiero saber qué hice para te molestaras tanto.

No contesté, simplemente bajé la cara, aparentando concentrarme en los documentos que tenía en mi mesa.

El dio un pequeño golpe en el escritorio con ambas manos y se fue raudo, molesto. Él me negaba a mí y encima se enojaba.

A la hora de almuerzo, nos juntamos con las chicas.

—¿Por qué no me dijeron que don Roberto era el hermano del mandamás de la empresa? Tampoco me dijeron que el que se sube al ascensor con nosotros en las tardes era el gran jefe —les reproché haciéndome la ofendida.

—¿No sabías? ¿Cómo te enteraste? —preguntó Jacqueline.

—Don Roberto me lo presento ahora.

—Ah, por eso mandó llamar a don José Miguel —comentó Rocío.

—Sí, para presentarme con él. Formalmente, porque de vista ya nos conocíamos.

—Bueno, pero no fue tan terrible, ¿o sí? —Ana María se encogió de hombros—. El gran jefe es un amor.

—No, si no es ese el problema —repliqué sin pensar.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? —intervino Rocío un tanto molesta. Todas la miramos—. ¿Qué? ¿Qué les pasa? —espetó.

—¿Qué te pasa a ti? Mírate —respondió Sandra.

—Nada, nada... Me tengo que ir, el "gran jefe" y "mandamás" de esta empresa, tiene una reunión a las dos en punto —explicó con ironía.

Se levantó y se fue sin más. Me sentí culpable, pensando que tal vez se había molestado por lo que dije de su jefe, pero no dije nada malo, ¿verdad?

—Bueno, ahora que no está la defensora del gran jefe, dinos, ¿cuál es el problema? —me preguntó Ana María.

—No, si no es problema, pero es que nos hemos topado varias veces y no sé, yo no sabía que él era el gran jefe y...

—Te sientes que no le has dado el trato que merece —acotó Sandra.

—Sí, algo así.

—Bueno, déjame decirte que él no se cree un dios a quien rendirle pleitesía o adoración —explicó Jacqueline.

—Pero igual soy nueva y...

—¡Nah! No te preocupes, no pasa nada, ¿acaso se portó mal contigo? ¿Te dijo algo? —inquirió Ana María.

—No, no...

—¿Lo ves? No pasa nada —sentenció Jacqueline—. No pienses más en ello, no le des más vueltas.

Sonreí. Después que les dije esta pseudo mentira a las chicas, pensé en lo grosera que había sido con José Miguel y no puedo decir que él lo haya sido conmigo. Y segura estaba que la conversación de la tarde no la dejaría pasar. ¿Qué le diría?

Decidí no pensar en eso y me fui, excusándome de tener mucho trabajo.

Por la tarde, no bajé con las chicas, don Mario había rechazado el contrato final y lo quería corregido con sus propias anotaciones para las siete, por lo que me quedé terminándolo. Estaba concentradísima en ello, cuando dos enormes manos se posaron en el escritorio, alcé la mirada y me encontré con él. José Miguel.

—Señor... —Tragué saliva, nerviosa.

—¿Mi hermano está?

—Sí, señor.

—¿Usted no se piensa ir? —Estaba molesto.

—En un rato, estoy terminando de redactar el informe de don Mario Bascuñán.

—¿Has estado todo el día en eso? —me preguntó sorprendido, por la mañana se suponía que estaba en esto.

—¡No! Él lo devolvió con sus propias acotaciones, señor.

—¿Y Roberto vio esas acotaciones?

—No, señor, dijo que lo reescribiera y luego lo leía cuando lo firmara.

—¿Usted considera que son buenos cambios?

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

—Miranda, ¿son buenos esos cambios? —insistió.

—A mí no me parece, señor. —José Miguel me estaba intimidando.

—Déjeme ver.

Entregué el documento original con las adiciones de nuestro cliente.

—Pero ¿¡qué es esto?! ¿Ese hombre está loco? Todos nuestros trabajos los comenzamos con un pie del treinta por ciento, veinte por ciento más al llevar el cincuenta por ciento de la construcción, y el resto al terminar el trabajo. Jamás hemos hecho el trabajo sin un pago anticipado. ¿Esto lo sabe mi hermano?

—No, señor, intenté decirle, pero ya ve, él dijo que lo transcribiera y luego se lo entregara.

—Primero, deje de llamarme tanto de señor, y segundo, a esto no hay siquiera que darle una vuelta. La respuesta es simple, si no le gusta, que busque otra constructora.

Estaba más enojado que cuando llegó. Don Roberto salió a ver qué ocurría y al ver a José Miguel quedó estático.

—¿Qué pasa, hermano?

—¿Cómo es eso que los clientes ahora ponen sus condiciones para tratar con nosotros?

—Mario Bascuñán es un cliente antiguo.

—Y como tal, debería saber cómo trabajamos.

—Lo sé, pero no podemos darnos el lujo de perderlo.

—¿Perderlo? Todas las constructoras, ¡todas!, cobran el cincuenta por ciento por anticipado, nosotros el treinta, ¿crees que podemos perderlo?

—Él dijo que quería hacer algunos ajustes, de otro modo se iba, no he visto esos ajustes.

—Debiste verlos antes. Haces trabajar a Miranda de más, nosotros no cambiaremos la metodología con la que trabajamos.

—¿Y los complejos habitacionales que proyecta?

—Eso lo podemos hacer nosotros, ¿no te das cuenta? Ese hombre nos necesita más de lo que nosotros lo necesitamos a ellos.

—Sí, puede ser... Tienes razón.

—Claro que la tengo.

Yo estaba en silencio, no sabía qué decir ni qué hacer.

El teléfono de la oficina sonó en ese momento.

—Oficina de Roberto Cedeño —contesté—. Buenas tardes.

—Señorita Miranda, Mario Bascuñán al habla.

—Buenas tardes, don Mario —saludé al hombre mirando a mis dos jefes algo cohibida.

—¿Tiene listo el informe con las correcciones que le envié o tendré que seguir esperando?

José Miguel me pidió el teléfono con una señal de su mano.

—Ya se atrasaron en la mañana en hacérmelo llegar y creo que ahora vamos por las mismas, me parece que usted no es ni la mitad...

—Don Mario... —intenté hablar, pero el cliente no dejaba de protestar era bastante rudo al hablar.

Impaciente, José Miguel tomó el auricular, arrebatándomelo de las manos y escuchó, abrió los ojos, casi pude ver el humo salir de sus orejas.

—¿¡Cómo se te ocurre tratar así a mi secretaria?! —exclamó fuera de sí, yo miré a don Roberto asustada—. No, Mario, soy José Miguel. Sí, pero cada una de las personas que trabaja aquí es mi empleado y tú no tienes ningún derecho a tratarlos de esta forma. Mucho menos a Miranda. No, Mario, si quieres que sigamos trabajando juntos, te espero mañana a las once para que te disculpes personalmente con la señorita Valle.

Entonces fui yo quien abrió mucho los ojos.

—Agradece que no escuchó ella lo que dijiste, aun así, te tendrás que disculpar, nadie le falta el respeto a mi gente. A las once. Adiós.

Con un bufido, me devolvió el teléfono.

—¿Qué pasó, hermano?

—¿Qué le dijo? —me preguntó a mí sin contestar a mi jefe.

—Nada, me preguntó si faltaba mucho para enviarle el nuevo informe.

—¿No la insultó?

—Em... ¿No?

—¿Es una pregunta o una afirmación?

—No, estaba enojado, pero, no... ¿Dijo algo después?

Sostuvo mi mirada por unos segundos.

—No vale la pena.

—¿Me insultó?

—Sí, al menos no lo escucho, eso me deja tranquilo.

Bajé la cabeza, a pesar de todo, él seguía preocupado por mí.

—Roberto —sentenció—, ningún cliente nos va a decir lo que tenemos o no que hacer, mucho menos ellos van a poner las condiciones, ¿me oíste? Eso lo sabes bien. Tampoco puedes poner de escudo a tu secretaria, saben que muchos se creen por encima de ellas.

—Sí, lo siento, estaba con otro problema entre manos y no me preocupé.

—¿Problemas? ¿Pasó algo?

—No, no, nada.

—¿Algo de la oficina?

—No, no —respondió algo incómodo mi jefe.

Yo empecé a guardar todo para irme, sentí que ya no hacía falta en ese lugar.

—¿Con María Paz?

No contestó. Yo terminé de apagar el computador y tomé mi cartera.

—Bueno, me voy, ya no hace falta que me quede, ¿o sí? —dije para dejarlos solos.

—Gracias, Miranda, y disculpa por haberte puesto en aprietos —se disculpó mi jefe.

—Hasta mañana y no se preocupe —respondí poniendo mi mano en su brazo como señal de apoyo—. Que esté bien. Hasta mañana, don José Miguel. —Lo miré breve, apenas un segundo, él extendió su mano y yo la estreché

—Hasta mañana, Miranda, y disculpe mi exabrupto.

—No se preocupe, gracias por defenderme. —Alcé mi rostro y lo miré sonriendo.

—Nos vemos —aseguró con su mirada de felino al acecho.

—Sí.

Me solté de él, miré a mi jefe y me fui hecha una gelatina de nervios.

Me senté en mi auto y tuve que esperar un buen rato para calmar mi respiración y los latidos de mi corazón. ¿Me había defendido? Sí, me defendió, no solo de don Mario, a quien no alcancé a escuchar, sino también de su hermano.

Eché a andar el auto y al mirar por el espejo retrovisor, vi que Lorenzo se subía al mismo auto del otro día. Por suerte no me vio. Esperé a que se fuera, pero al pasar cerca de mi auto, reparó en mí. Se dio vuelta para mirarme. El cielo escuchó mis ruegos y no se bajó. Ya no podría venir a trabajar en mi coche. Yo lo dejaba en el espacio de las visitas, por lo que, si no volvía con él, mi ex novio pensaría que solo estaba allí por aquel día.

Dos golpecitos en el vidrio del copiloto me hicieron saltar y gritar. Era José Miguel. Quitó el seguro de las puertas y él se subió a mi lado.

—¿La vio? —No necesitó decir más.

—Sí.

—¿La habló? ¿Se le acercó?

—No, me vio cuando ya se iba.

—¿Usted está bien?

—No —contesté sincera.

—Ahora nos llevaremos su auto.

Se bajó, yo no comprendí, abrió mi puerta, yo lo miré confundida.

—Ayer nos llevamos mi coche, hoy nos llevamos el suyo, así lo deja bien resguardado en el edificio.

Aun así no comprendí. Me tomó del brazo con delicadeza y me sacó del carro, quedamos muy cerca el uno del otro.

—Yo manejo —dijo con ternura.

Dio la vuelta al auto conmigo, sin soltarme, y luego me hizo subir. Volvió al asiento del conductor y se sentó al volante. Echó a andar.

—¿Puedo saber por qué se enojó conmigo hoy? —me preguntó en el camino.

—¿Yo? —Me hice la desentendida.

—¿Quién más?

—No. No sé.

—Por favor, Miranda, estaba furiosa cuando salimos de la oficina de Roberto.

—Ah, no sé, no me acuerdo.

—Bueno, si no me quiere decir.... Solo recuerde que la única hermana que tengo es doce años menor que yo y mi experiencia con mujeres se reduce a sexo y dinero.

—¿Sexo y dinero?

—Yo les compraba cosas y ellas me daban sexo.

—Eso tiene un nombre.

—Sí, por lo mismo no debía preocuparme de lo que sintieran, ellas mismas no me dejaban entrar en su interior.

—¿Y qué le hace pensar que yo sí quiero dejarlo entrar en mi interior?

—¿Quiere sexo y dinero? —dijo justo al tiempo de detener el auto en el estacionamiento del edificio.

Yo me bajé sin contestar, esperaba que fuera una pregunta retórica.

—Contésteme, Miranda, ¿quiere sexo y dinero? —volvió a preguntar por encima del techo de mi pequeño auto.

—¡Claro que no! —respondí molesta.

Caminé hacia el ascensor y él me alcanzó pocos segundos después.

—Miranda...

Me detuve y lo miré directo a los ojos, él me observaba expectante.

—Mire, señor, usted es el gran jefe de la empresa donde estoy haciendo un reemplazo. Le agradezco todo lo que ha hecho por mí y le pido disculpas por la forma en la que me he comportado con usted, pero nosotros no podemos ser amigos, mucho menos algo más, tampoco soy una puta para cambiar sexo por dinero o cosas.

—No creo que lo sea.

—Por eso, muchas gracias por todo, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Que solo somos vecinos y, además, yo soy su empleada.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que usted por su lado y yo por el mío.

—¿Por qué sigue enojada conmigo?

—No estoy enojada.

—Puede que sea un hombre y no entienda su idioma, tampoco puedo leerle el pensamiento, pero sé que está enojada y no sé por qué.

—Dígame, gran jefe, ¿usted será capaz de presentarme a sus amigos o familia como su "amiga"? No, usted puede querer algo más, pero ante todos me negará como si no existiera, yo no soy de su clase ni estoy a su nivel, se avergonzará de mí. No veo por qué tiene que sentirse obligado a ser mi amigo. Y le aseguro, gran jefe, que un revolcón conmigo no lo tendrá, yo no soy así, no soy una de sus amigas putas.

—Ya sé que no lo eres.

—Entonces, ¿qué quiere?

—Conocerte, ser tu amigo y tal vez, si se da, algo más.

—¿Para qué? Si cree que podrá endulzarme los oídos para que ceda y se saque el gustito conmigo, no lo conseguirá.

—Yo no soy así y sé que tú tampoco.

—¡Sea franco con usted mismo! ¿Me va a decir que no se avergonzará de andar con alguien como yo?

—¡No! Jamás me avergonzaría de ti.

—¿Y por qué hoy me negó dos veces?

Capítulo 8

Eso era. Se enojó porque, según ella, yo la negué. ¡Maldita sea! No la negué. Quería evitarle un mal rato de miradas y preguntas incómodas.

—No es así, Miranda —intenté explicar—, yo no te negué, yo...

—Claro, eso vaya a decírselo a sus amiguitas.

¿Por qué seguía con el tema de mis "amiguitas"? ¿Acaso estaba celosa? Volvió a tomar rumbo al ascensor y al subir, yo marqué mi piso, pero ella no el suyo. Cuando pasamos de largo, lanzó un suspiro y marcó el que seguía, pero ya lo habíamos pasado y no paró. Marcó el siguiente y el siguiente... Y se dio por vencida. Quise abrazarla y asegurarle que todo estaría bien. Al llegar a mi piso, se echó hacia atrás para dejarme la vía libre.

—Va a ir parando en todos los pisos —comenté antes de salir.

—No es asunto suyo.

Me volví para mirarla y detuve la puerta.

—Entonces, ¿todo queda hasta aquí?

—No sé qué es "todo" para usted, pero sí, usted y yo, llegamos hasta aquí.

Asentí con la cabeza, sentí hacerse un nudo mi corazón. Solté la puerta y me eché hacia atrás.

—Adiós, Miranda.

—Adiós, señor Cedeño.

Vi la puerta del ascensor cerrarse sin despegar la vista de ella.

Aquella noche me invadió en sueños. Algunos en los que éramos felices. Otros donde se convertía en una bruja maldita que me hacía la vida imposible.

Al día siguiente, a las once puntual, llegó Mario, les pedí a Roberto y a ella que fueran a mi oficina y me sentí culpable por sacarla de su break, por lo que le dije a Rocío que avisara a las demás que su café se atrasaría unos minutos.

La disculpa de Mario hacia la secretaria, no se hizo esperar.

—Puede retirarse —le dije después a Miranda—, ¿le puede decir a Rocío que ahora sí pueden hacer el alto y que baje con ustedes a tomar su café?

—Gracias, señor —respondió con frialdad.

—Bien, Mario, tú sabes muy bien nuestro modo de trabajar, así que tú decides si lo tomas o dejas —sentencié molesto.

—Es que ahora no tengo dinero, quiero empezar a vender en verde, ahí les podría cancelar su trabajo.

—¿Y eso? No me digas que están mal tus negocios.

—Algo así, una mujer despechada puede ser muy peligrosa y mi ex esposa está volviendo mi vida a cuadritos, se quedó con la mitad de todo lo mío.

—Nosotros no podemos hacernos cargo de tus problemas personales —expresé—, además, el modo que lo hiciste tampoco fue el mejor, conversando se arregla la gente y tú quisiste pasar por encima de nosotros.

—Sí, lo sé, lo siento. ¿Hay algo que se pueda hacer?

—Sí —afirmé—, seremos socios en tu próximo proyecto inmobiliario.

—¿Socios?

—Sí, socios. De otro modo, no habrá trato.

El hombre accedió sin problemas y nos pusimos de acuerdo en el mismo momento de las condiciones bajo las cuales trabajaríamos.

Por la tarde, bajé en el mismo ascensor que Miranda, quería verla, saber si se le había pasado el enojo, pero no, estaba tan fría y distante como el día anterior y la mañana. Llegamos al estacionamiento juntos, pero cada uno tomó rumbo hacia su propio automóvil. Sin hablar, sin siquiera despedirnos.

Llegamos casi a un tiempo al edificio. Yo llegué poco antes. Esperé en mi coche hasta verla aparcar; en cuanto bajó del auto, me fui al ascensor, haciendo de cuenta que no la había visto... O que no me importaba, rogando que no se abriera la puerta, no, hasta que ella llegara a mi lado y poder compartir, aunque fuera unos segundos, ese pequeño lugar donde ya era habitual encontrarnos.

Pero aquella fue la última vez. Dos semanas completas pasaron en las que no supe nada de ella. La veía, sí, iba con cualquier pretexto para verla, ella me saludaba muy cortés... Y muy fría. Su rostro, otra vez, no tenía expresión y no podía saber qué pasaba por su cabeza.

Al cabo de esas dos semanas, le pregunté a Rocío por ella.

—No la he visto bajar con ustedes —expliqué.

—No, porque ella se está yendo un poco más tarde.

—¿Y eso?

—No sé, es un trato que hizo con su hermano, y yo no tengo detalles y ella se negó a hablar de eso cuando le preguntamos.

—Ah. Y entra más tarde.

—Creo que sí, supongo que usted no está metido en eso.

—No, claro que no, es que como no la he visto con ustedes, pensé que tal vez estarían enojadas.

—No, almuerzo con nosotras, sí, y hace el break, pero en la tarde se queda quince minutos más.

—Ah.

—¿Le sigue gustando o ya se le pasó el entusiasmo?

—No, Rocío, sería un tonto si me siguiera gustando. Solo fue la novedad.

¡Mierda! Otra vez la estaba negando. Mi secretaria me observó con una mirada extraña, con censura, compasión, ¡qué sé yo!, pero no me gustó.

—Solo me llamó la atención que ya no bajara con ustedes, es todo —mentí otra vez.

—Yo no he dicho nada —replicó divertida.

—No me gusta la forma en que me miras.

—Se le nota, jefe —dijo seria—, puedo ver en sus ojos la decepción cada tarde en la que ella no sube al ascensor con nosotras. ¿O en realidad cree que no me he dado cuenta que desde que ella llegó a trabajar aquí usted baja en el ascensor a esa hora?

—Son ideas tuyas, Rocío, ya me conoces, soy un picaflor, tú misma me advertiste por ella.

—Sí, pero las flores no han vuelto por aquí.

Me regaló una sonrisa socarrona y salió de la oficina burlándose de mí.

¿Cómo preguntarle a Roberto por qué Miranda salía más tarde? Quedaba poco más de una semana para que Magdalena volviera y, por lo que tenía entendido, todo marchaba bien, así es que volvería en la fecha que tenía planificada. Lo cual no me hacía ninguna gracia. Aunque tampoco es que me gustara tener tan cerca a Miranda... y tan lejos.

Dos días más tarde, el miércoles, pasé por la oficina de mi hermano antes de irme, debía hablar con él por una decisión que había tomado. Allí estaba ella, trabajando como siempre. Sería. Como siempre. Y enojada conmigo.

—Buenas tardes, Miranda, ¿está mi hermano?

—Buenas tardes, sí, está con la señora María Paz.

—Gracias.

Golpeé dos veces, como era mi costumbre y esperé a que me indicara que podía entrar.

—¿Están vestidos? —me burlé entrando a la oficina.

—Ja, ja, chistosito —me regañó mi cuñada.

Me acerqué a ella y le di un efusivo abrazo.

—Cuñadita, ¿cómo estás? Tanto tiempo.

—No te has pasado ningún día por la casa, te has perdido, no me digas que una mujer roba todo tu tiempo.

—Ojalá así fuera, cuñadita —respondí.

En parte tenía razón, Miranda robaba mi atención, pero no la tenía.

—¿Y por qué tan perdido?

—Me voy de viaje.

—¿De viaje? —gritaron los dos al unísono.

—Sí, voy un par de semanas a Francia, para descansar.

—¿Estás bien, cuñadito?

María Paz se acercó a mí con además de profunda preocupación y abrió mis párpados, para ver en su interior, luego puso el dorso de su mano sobre mi frente para saber si tenía fiebre, me tomó el pulso y luego me tocó por varias partes del cuerpo para comprobar que estaba sano.

—Muy simpática, cuñadita. —Fingí molestia.

—Me vas a disculpar, pero en los diez años que llevo con tu hermano y otros tantos de conocerlos, jamás has tomado vacaciones así, por las tuyas, sin que nadie te obligue.

—Los años pesan, cuñada.

—¿Te estás poniendo viejo? ¿Te pondrás gruñón también?

—No. —Reí con ganas—. Solo viejo.

—¿Qué pasa, cuñadito? ¿Por qué no nos dices la verdad? Sabes que puedes confiar en nosotros.

—Deja a mi hermano, amor —intervino Roberto—, si no quiere hablar, por algo será.

—No es que no les quiera contar, es que no hay nada que contar. Estoy cansado. Quiero descansar, despejarme, desconectarme un poco de todo esto. No ha sido fácil recibir el rechazo de mis hermanos y aunque sé que es lo mejor, me siento culpable.

—Ya entenderán —me consoló mi cuñada.

—Eso espero.

—¿Cuándo te vas?

—El viernes.

—¿Y vuelves? —Quiso saber mi hermano.

—No lo sé, yo digo dos semanas, pero quizás al tercer día ya quiera volver.

—Intenta quedarte las dos semanas allá.

Yo también quería eso, pero no estaba seguro de lograr estar tanto tiempo fuera.

Al salir de la oficina, con mi hermano y mi cuñada, vi a Miranda que estaba arreglando sus cosas para retirarse. Mi oportunidad había llegado.

—¿Y usted? ¿Tan pulpo te has vuelto, hermano, que tienes a tu secretaria aquí hasta esta hora? —intenté parecer casual.

—No, ¿cómo crees? Fue ella quien me pidió este cambio de horario. Entra quince minutos más tarde también.

—¿Y eso? ¿Tiene un amorío con la sámana, señorita Valle? —intenté bromear.

—No —respondió algo avergonzada.

—¡Pesado! —me reclamó mi cuñada.

—¿¡Qué?! Solo hice una pregunta.

—No, se le echó a perder su auto y el primer día llegó tarde, a pesar de llamarme más de media hora antes y avisarme que venía en metro, por si se atrasaba.

—Se llena —comenté.

—Sí, es casi imposible subir —explicó ella.

—Sobre todo para alguien de su tamaño, nadie la ve —me burlé.

Su rostro cobró expresión. Quiso matarme, lo sé.

—Tan pesado. No le hagas caso, Miranda, a mi cuñado le encanta hacer bromas pesadas.

—Podría haberme dicho, Miranda, nos hubiéramos podido venir juntos, mal que mal, somos vecinos y estamos para ayudarnos, ¿no?

—Gracias, no se preocupe. No soy la única persona que anda en metro.

—No, si de eso no hay duda, hay miles que andan a diario en el metro. De todos modos, ya es tarde, me voy pasado mañana, así que tampoco ya podría traerla. Mañana vengo temprano a la oficina.

—Ya le dije que no se preocupe, gracias.

Maldito su rostro que volvió a perder su expresión. ¿Por qué no exteriorizaba lo que sentía?

Cuando ya estuvo lista, bajamos los cuatro por el ascensor. Miranda iba a presionar el piso uno, pero yo la detuve.

—Yo la llevo, vamos al mismo lugar.

Una vez más me miró con expresión. Otra vez quiso matarme.

—Aprovecha, Miranda, mira que el metro a esta hora... —comentó mi cuñada, abrazada a mi hermano.

—Gracias —respondió lacónica..

Bajamos y mi hermano y mi cuñada se subieron a su auto y se fueron de inmediato. Yo abrí el mío y le indiqué que subiera, lo que hizo enseguida.

—¿Sigue enojada conmigo?

—No estoy enojada.

—Por favor, Miranda, ¿crees que me trago el cuento de tu auto dañado y todas esas idioteces? No, tú cambiaste tu horario para no encontrarte conmigo.

Giró su cabeza y me miró de frente.

—Sí, ¿quiere que le sea franca? No quería encontrarme con usted, pero usted siempre se las arregla para echar a perder mis días.

Eso dolió.

—Bueno, no te preocupes, ya no tendrás que verme la cara —repliqué molesto—. Me voy el viernes y estaré dos semanas fuera, el tiempo suficiente para que tú dejes de trabajar con mi hermano y te vayas de la empresa. Según tengo entendido, Magdalena no ha tenido ningún problema y regresará en el tiempo previsto.

No contestó. Nada. Ni una sola palabra salió de sus labios. No le importó. Y si a ella le daba lo mismo, a mí también. El problema es que eso lo decidió mi cabeza...

Llegamos en silencio. En el ascensor, en el primer piso, subió una señora de espaldas, con un coche y un aparatoso bolso con el que golpeó a Miranda y la empujó hacia mí. Yo la abracé y protegí con mi cuerpo.

—Perdón —dijo la mujer intentando acomodar su enorme humanidad, el bolso y el coche dentro de aquel pequeño cubículo.

Miranda no quiso zafarse de mí, al contrario, escondió su cara en mi pecho. Yo acaricié su cabello, creo que jamás me había sentido tan bien. Al llegar al piso doce, donde vivía mi querida vecina, el ascensor abrió sus puertas.

—¿Se bajan? —preguntó la mujer.

—No —respondí—, estaba marcado este piso cuando subimos.

—Ah.

La mujer se bajó dos pisos más arriba y me sentí aliviado. Miranda no se soltó de mí.

—¿Qué pasó? —Tomé su cara entre mis manos para mirarla, tenía los ojos llorosos—. Miranda...

—Ella era mi cuñada, la hermana de mi ex —explicó con temor—. No quiero que me encuentre.

Sin pensarlo, besé sus labios con suavidad.

—No dejaré que te hagan daño —aseguré.

Capítulo 9

¡Me besó! Se atrevió a besarme aprovechando mi vulnerabilidad. ¿Qué se creía?

—Lo siento, Miranda —se disculpó cuando llegamos a su piso.

Hubiese querido darle una bofetada, sin embargo, me retuve, a mí no me gustaba que me golpearan, ¿por qué lo iba a hacer yo?

—No vuelva a hacer eso —ordené con firmeza.

—Lo siento, de verdad.

—Está bien, tómelo como una despedida, espero que ni mañana ni pasado vaya a amargarme el día.

Él había puesto su llave en la ranura y el ascensor se había abierto, pero no se cerraba.

—No lo haré, no te preocupes —respondió dolido.

—Que le vaya bien en su viaje, espero que su amiguita de turno lo disfrute.

—No voy con ninguna "amiguita"—replicó molesto.

—Bueno, no tardará en hallar a una, esas mujeres huelen el dinero.

No habló nada. Salió del ascensor y se paró fuera como la última vez. Bajé la cara, el último día que nos despedimos así, lloré toda la noche. Veía su rostro, sus ojos, su dolor, bueno, yo creí ver dolor, cuando en realidad era decepción por no poder estar conmigo, tener sexo conmigo, porque, ¿qué más querría un hombre como él de una mujer como yo? Además, él mismo lo dijo, su relación con las mujeres se reducía a sexo y dinero. Y yo no era una puta. No, no y no. No lo era, por más que Lorenzo me hubiera convencido de eso.

—Miranda —me llamó José Miguel con voz de ruego.

Alcé mi vista y clavé mis ojos en sus pupilas.

—Tú sabes que este viaje es por ti, ¿verdad? —No contesté—. Y sabes que tú eres la única que puede impedirlo —confesó.

—No seré yo quien lo haga, ya se lo dije, nada de lo que usted pueda hacer o decir, cambiará mi decisión. Usted allí, en su lujoso pent-house y yo acá, en mi minúsculo departamento.

Sonrió con amargura y las puertas se cerraron. ¡Por la cresta! Otra vez tendría sus ojos fijos en mi memoria. Y tal vez no lo volviera a ver jamás.

Llegué a mi departamento y me fui directo a la habitación, me tiré en la cama y lloré y lloré y lloré... Hasta dormirme.

Mi noche estuvo llena de pesadillas. Una tras otra. Con Lorenzo, con José Miguel. Con mi trabajo. Con todo lo malo que pudiera ocurrir y lo peor.

Levantarme al día siguiente fue un trabajo titánico. Apenas si podía abrir los ojos. Mi maquillaje aquel día debía cubrir las ojeras, que más que ojeras, tenía doble mejilla. Parecía un zombi. Me detuve ante el ascensor y al momento de presionar el botón de llamada, me arrepentí, si venía Rosario en él...

Bajé por las escaleras y al salir al primer piso, José Miguel venía entrando al edificio y se me quedó viendo, entre sorprendido y triste, también pude notar cierta preocupación en la mirada.

Yo alenté mi paso, no quería toparme con él, aun sabiendo que era inevitable. Él se paró frente al ascensor, dando la espalda al pasillo. Al pasar por su lado, un estremecimiento recorrió mi espina dorsal. Sentí sus ojos clavados en mi nuca al salir del edificio, quise mirar atrás, pero no lo haría, si lo hacía, mi decisión de no hablarlo más se iría a la...

El metro iba atestado de gente, por suerte, solo eran dos estaciones las que me separaban de mi trabajo, pero como iban tan llenas, subir era casi imposible.

A la hora de almuerzo, Rocío tomó la palabra.

—¿Supieron que el gran jefe —dijo con ironía— se va de vacaciones?

—¿De verdad? —Jacqueline se echó a reír—. No te creo, ese hombre jamás toma vacaciones, ¿se va por el fin de semana?

—¡No! Se va por dos semanas —aclaró Rocío.

—Me van a disculpar, chicas, pero voy a arreglar mi bolso de emergencia —se burló Ana María haciendo el amago de levantarse.

Nos echamos a reír.

—¿Ese hombre se volvió loco? —inquirió, algo sardónica, Sandra.

—Así parece, anda muy extraño —contestó mirándome—. ¿Tú qué piensas, Miranda?

—No sé, no lo conozco tanto para opinar —respondí.

—Pero igual, ya no vas a estar aquí cuando él vuelva —expuso Rocío alzando una ceja.

—Oye, pero se va *la Katia*, podrías postular a su puesto —dijo Jacqueline.

—No, creo que buscaré en otra parte, quiero irme de la ciudad.

—¿De la ciudad?! ¿Y eso? ¿Por qué? ¿Te caímos mal, acaso? —protestó Ana María.

—Nooooo, nada que ver —contesté sincera—. Es que necesito irme de aquí.

—¿Algún problema en la empresa? —consultó Rocío preocupada—. ¿Algún problema con el gran jefe? —espetó de pronto.

Yo la miré unos segundos.

—A ver, chicas, voy a confiar en ustedes, esto es muy delicado para mí.

—Dale, somos toda oídos y cero lengua, por algo somos secretarias de los Gerentes, sabemos guardar los secretos —aclaró Sandra sin necesidad.

—Yo vivía con un hombre, Lorenzo... Él... Él me hacía la vida imposible, me golpeaba... tenía muchos problemas con él, siempre me amenazaba que si lo dejaba...

—¿Y cómo lo dejaste? —cuestionó Sandra.

—Escapando. De un día para otro, dejé mi trabajo, la casa y me fui mientras él trabajaba.

—¡Flaite (*ordinario*) de mierda! —Se enojó Jacqueline.

—No era un flaite, Jacque, él es doctor.

—¡¿Doctor!?! —gritaron todas al mismo

—Sí. El problema que tengo ahora es que el otro día lo vi en el estacionamiento...

—¿Aquí? —inquirió Rocío.

—Sí, sí. Y ayer, ayer me topé con su hermana en el ascensor de mi departamento, menos mal que no me vio. Si Lorenzo me encuentra...

—Te mata —concluyó Ana María, asustada.

—Sí —admití avergonzada.

—¿Y por qué no lo denuncias? —inquirió Jacqueline.

—¿Tú crees que un papel lo va a detener? Una vez lo hice, no sirvió de nada, al contrario.

Todas guardamos silencio. De pronto, Ana María alzó la cara y me miró.

—Yo tengo un dato, pero es como para dos semanas más.

—¿Un dato?

—Sí, lo que pasa es que yo trabajé un tiempo en el campo y ahora, en dos semanas más, la secretaria de la hacienda se va con prenatal y ya le avisó a mi ex jefe que no vuelve. Va a tomar las licencias que le corresponden y luego va a renunciar. No sé si te gusta el campo.

—Sí, me gusta mucho y así no tendría miedo de toparme a cada paso con mi ex o con algún conocido que le diga dónde encontrarme.

—Claro. Y es súper bueno, tienes casa, comida y un sueldo.

—¿Y es lejos?

—A un par de horas de acá.

—Bueno, después me das bien el dato para mandar los documentos.

—A la tarde te voy a dejar todo, él me pidió que buscara a alguien de confianza, así que casi estás dentro.

—Pero apenas me conoces.

—Sí, pero sabemos cómo eres, no se nos ha perdido nada desde que tú estás aquí. —Rio con ganas, Sandra.

—¡No soy ladrona! —protesté fingiendo molestia, pero me eché a reír, sabía que ella no hablaba en serio.

Y ahí apareció. En la puerta del casino. Me miró con una expresión extraña y yo dejé de reír.

—¿El gran jefe aquí? —comentó Ana María por lo bajo.

José Miguel se acercó a nosotras y nos saludó cordial.

—Rocío, disculpa que te moleste en tu hora de almuerzo, no encuentro el pasaje y necesito adelantarlo para hoy.

—¿Hoy? —replicó Rocío sorprendida.

—Sí, hoy. Necesito irme lo antes posible.

La secretaria de José Miguel dirigió una significativa mirada hacia mí, con algo de reproche, como esperando que dijera algo.

—Vamos, yo lo hago.

—No es necesario.

—Sí, lo es —sentenció la mujer—. Nos vemos, chicas.

—Buenas tardes —se despidió José Miguel, rendido a su secretaria—, nos vemos a mi vuelta. Usted ya no estará aquí, Miranda, le deseo todo el éxito del mundo y tenga cuidado.

La tristeza con que lo dijo, no solo la noté yo, también mis compañeras que, luego de irse, lo comentaron.

—Debe ser que no está acostumbrado a vacacionar, ustedes mismas lo dijeron —aduje.

—No, yo creo que le gustas, Miranda —aseguró Sandra.

—Sí, eso debe ser —apoyaron las otras dos.

—No, ¿cómo creen? Seguro un hombre como él se va a fijar en alguien como yo.

—¿Por qué no? Eres linda, inteligente —comentó Ana María.

—Porque él tiene dinero y yo no —corté.

—Pero no siempre lo tuvo, ¿no sabes su historia? —preguntó Jacqueline, sorprendida.

—No y la verdad no me interesa. —Me puse a la defensiva, lo sé, pero si me había equivocado con él, daba lo mismo, yo no quería a nadie en mi vida.

—¿Qué te pasa, Miranda, también te gusta el gran jefe y no quieres admitirlo? Por eso estabas tan enojada porque ninguna te había dicho quién era. —Sandra me miró inquisitiva.

—¡No! —casi grité.

Las muchachas se miraron cómplices.

—Tienes miedo y es entendible después del noviecito que te gastaste —dijo Jacqueline tomando mi mano—, pero no puedes negarte al amor. El gran jefe es un buen hombre y estoy segura que él te cuidaría, jamás jugaría contigo y mucho menos te golpearía.

Suspiré. Ese precisamente era mi miedo. Que él solo quisiera jugar. O que fuera peor que Lorenzo.

—Bueno, si él se va por ti, eres la única que puede detenerlo. Y si se va hoy, ya no volverás a verlo, ¿quieres que se vaya? —inquirió Ana María.

—No, el gran jefe no me gusta ni nada, y dudo mucho que él viaje por mi culpa, así que no, tú me dijiste que a la tarde me darías el dato. Yo me voy de esta ciudad, sí o sí —sentenció sin chance a reproche.

Ya la hora de almuerzo estaba terminando y nos levantamos en silencio, cada cual a su oficina.

Tal como prometió, Ana María llegó a mi escritorio a media tarde y me dio un papel.

—Ahí está todo anotado, este fin de semana van a venir a buscarte. El sábado a las diez va a pasar el chofer de Don Domingo para que hablen personalmente, tú conozcas el lugar y todo eso. Como yo te recomendé, por él está bien, solo quiere ver si tú estás de acuerdo en las condiciones y si te gusta el lugar. Puedes, ¿cierto?

—Sí, sí, ningún problema.

—¿No vas a darte una oportunidad con el gran jefe? —insistió en el tema.

—No hay nada entre él y yo, Ana María, de verdad, apenas sí me ha dirigido la palabra un par de veces.

—Igual fome (*sin gracia, aburrido*), hacen una linda pareja.

—Ridícula —me burlé.

—¿Qué? ¿No me vas a decir que no te gustan sus ojitos azules, su boquita... —bromeó.

—Loca. Si de que es encachado, es encachado (*atractivo*), pero ya te dije que entre él y yo no hay nada, a quien le pregunté, él dirá lo mismo que yo, apenas sí hemos hablado un par de veces y por pura necesidad, si no, ni eso hubiera hablado él conmigo —repliqué.

—¿Está mi hermano? —La voz de José Miguel hizo subir todos los colores a mi cara, lo pude sentir. Ana María tapaba mi visión a la puerta y no lo vi venir.

—Sí... Sí... —contesté como una idiota—. Está... en su oficina...

—Gracias —respondió con dureza.

Ana María y yo nos miramos.

—¿Sabría que estábamos hablando de él? —preguntó.

—No sé. —Me encogí de hombros.

—Te pusiste roja, amarilla, verde —se burló de mí en voz baja.

—Y era que no, ¿viste lo que me haces hacer? —le reproché.

—¿Por qué? Yo solo te pregunté si no te gustaba, tú me diste el resto de la charla.

—Sí, pero igual.

—¡Ay! Si a lo mejor no se dio ni cuenta, los hombres son más tontos.

Nos reímos despacio para que no nos oyeran.

—Ya, amiga, me voy, si sale y ve que sigo aquí, me van a echar.

—Claro. —Me reí—. Gracias.

—De nada, que te vaya bien y acuérdate, todavía lo puedes retener.

Meneé la cabeza. Apenas unos segundos después, apareció José Miguel que no se detuvo, caminó a paso rápido a las escaleras.

—Hasta... luego, Miranda —se despidió sin mirarme, y yo no alcancé a contestar.

Unos minutos más tarde, salió Roberto de la oficina.

—Miranda, por favor, ¿puedes llevar esto a mi hermano? Es lo último que queda pendiente para que viaje sin preocupaciones

Me entregó unos documentos y yo subí los dos pisos que nos separaban.

—Le traigo esto a don José Miguel —le avisé a Rocío.

—Ah, qué bueno, está hecho un energúmeno. —Avisó por el interfono que yo ya estaba allí, luego de colgar, me miró—. Ya, puedes entrar a dejárselos.

—¿Yo?

—Sí, Miranda, tú.

Resoplé. Rocío tenía un cierto recelo conmigo y se le notaba, tal vez, estaba medio enamorada de su jefe y por eso no le gustaba mi presencia.

Entré.

—Señor... —dije algo asustada al verlo parado de espaldas al ventanal y mirándome con demasiada seriedad.

—Pase, señorita Valle, y cierre la puerta, como su jefe máximo, debo hablar con usted. Tome asiento, por favor.

Su voz potente, molesta y demasiado formal, me asustó, así me hablaba Lorenzo cuando se enfadaba. Me senté frente a su escritorio y él lo hizo en su sillón.

—Usted dirá —hablé con timidez.

Él apoyó los codos en la mesa, cruzó sus manos y apoyó su barbilla en ellas, mirándome fijo, escaneándome y poniéndome cada vez más nerviosa. De todos modos, sostuve su mirada, no me dejaría aplastar por él, aunque no sé si mantenía mis ojos en los suyos por no dejarme avasallar o porque me hechizaba con su mirada.

Capítulo 10

¡Maldita ella y su rostro sin expresión!

Yo quería verla, hablarle..., besarla. Todavía sus labios quemaban los míos, sentía su sabor, su aroma, su ser, impregnado en mi piel y eso que aún no era mía.

—Lo escucho —insistió, volviéndome a la realidad.

—Hay una vacante, una de las secretarias de la corredora de propiedades se va y yo...

—No, gracias.

—¿Por qué no? —me sorprendí, ni siquiera escuchó la propuesta.

—Porque no puedo.

—¿Qué hará después de terminar su reemplazo aquí?

—Me voy fuera de la ciudad.

—¿Fuera? ¿Dónde? —¡No podía irse!

—Lejos. No puedo quedarme aquí, usted lo sabe.

—No, no lo sé. ¿Dejará su departamento?

—Sí, ya no puedo seguir allí, si la hermana de Lorenzo me ve, le avisará y...

—Ella no la verá, ya hice los ajustes necesarios.

—¿Qué?

—Yo le prometí que no permitiría que le hicieran daño y usted sabe que cumplo mis promesas.

—No tiene que hacer nada por mí —repuso bajando la cabeza.

—Por favor, Miranda, ¿puedo saber por qué le soy tan desagradable?

Alzó su rostro y me miró un par de segundos, sus ojos se empequeñecieron un poco.

—Usted no me es desagradable —afirmó convencida y extrañada de mi pregunta.

—Lo mismo me dijo la primera vez que le pregunté y mírenos aquí: me voy de viaje para no molestarla con mi presencia y usted se va de la ciudad para no verme.

—¡No me voy para no verlo! —replicó con firmeza.

—¿Ah, no? ¿Por qué, entonces, si se puede saber?

—Por Lorenzo, mi ex novio, usted lo sabe bien, sabe que yo no estoy preparada todavía para encontrármelo, mucho menos para enfrentarlo.

—No es por él...

—Usted sabe que sí.

—Si lo supiera no pensaría que te vas por mi culpa.

—Señor...

—Deja de llamarme "señor", mi nombre es José Miguel.

—Usted es mi jefe.

—Y me besaste.

—¡Yo no lo besé! Usted fue quien...

—Me correspondiste que es lo mismo.

—¡Yo no le correspondí! —casi gritó.

—Miranda, tal vez no te diste cuenta, pero sí, me besaste, tú...

—Basta, por favor —suplicó con voz triste.

Yo sabía que tenía miedo, pero quería que me dejara entrar para asegurarle que conmigo todo estaría bien, que no le haría daño, que no quería lastimarla.

—No, Miranda, quiero que me pidas que no me aleje de ti.

—No haré eso.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me deje en paz, ya le dije que no quiero nada con nadie, no estoy preparada.

—Puedo esperar.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no, porque usted es el gran jefe y yo soy el reemplazo de una secretaria, no somos...

—Deja de hablar de clases sociales, ¿quieres?

—No puedo, usted pertenece a otro mundo.

—Pertencí a un mundo mucho más bajo que el tuyo, mi origen no es el que crees, mi pedigrí no es de raza pura.

—Pero ahora está muy por sobre mí.

—No es así.

—Por favor, señor, yo vivo en lo que es su sala de estar.

—¿Y eso qué? ¿El tamaño de mi sala de estar me hace mejor persona? ¿Me hace superior a ti?

—No, pero usted y yo somos distintos.

—No lo somos. La única diferencia entre tú y yo es que tú eres mujer y yo hombre, y para tu suerte o desgracia, nos gustamos.

—No puedo...

Alzó los ojos y sus pupilas se encontraron con las mías.

—Dame una oportunidad —rogué yo ahora.

—No puedo.

—No quieres —corregí.

La humedad en sus pestañas me hizo desistir de esa lucha idiota.

—Entonces que te vaya bien, si quieres buscarme, sabes dónde encontrarme —dije dándome por vencido.

Guardó silencio un momento y luego se levantó sin mirarme.

—Adiós, señor.

—Adiós, Miranda.

Ella me miró apenas un segundo y se giró para salir. Me acerqué a ella y tomé su cara entre mis manos. No podía dejarla ir.

—Por favor, Miranda.

Ella se afirmó de las solapas de mi chaqueta.

—José Miguel...

No quería escuchar mi nombre así en sus labios, suplicante, atemorizada...

—Juro que no te voy a lastimar —prometí.

—No puedo.

La besé, ella me correspondió, nuestras lenguas se encontraron como si tuvieran vida propia y supieran que estaban a punto de separarse.

—Que tenga buen viaje.

Esas palabras me sacaron de golpe del cielo y la miré.

—¡Miranda!

—Adiós, señor.

Se fue, pisando firme y cerrando la puerta tras de sí. Sin mirar atrás.

Me había dejado. ¿Dejado? Me burlé de mí mismo. Ella no podría haberme dejado si ni siquiera me había dado una esperanza. Toqué mis labios con las yemas de mis dedos. Se dejó besar. Me besó. Y se fue. Así, sin más. Ni me detuvo ni quiso quedarse.

Molesto, triste y decepcionado, me fui de inmediato a casa de mi mamá. Mi vuelo salía a las tres de la mañana y pasaría a despedirme de ella. Solo estuve media hora en su casa y me dirigí a la mía. Quería salir en mi moto y olvidarme de Miranda, olvidarme de todo.

Y así lo hice. Salí, pero no me olvidé de ella. Conduje hasta mi oficina. Era su hora de salida y quería verla por última vez. No obstante, no fue a ella a quien vi en

primera instancia cuando me detuve frente al edificio. En la vereda del frente, conversando con una mujer, se encontraba el ex de Miranda. Apresurado, saqué el casco de repuesto que tenía, justo a tiempo, Miranda venía saliendo y bajó la velocidad de su paso al verme. No me había quitado el casco, ¿me había reconocido? Nunca me había visto así vestido. Y recordé que sí, un día en el minimarket, pero ¿podía reconocerme? Luego pensé que quizás vio a Lorenzo, sin embargo, no, su mirada estaba fija en mí.

—¡Miranda! —Lorenzo gritó desde el otro lado de la calle al verla.

—Miranda —le hablé yo y levanté mi casco, para que me supiera que era yo, y le ofrecí el otro.

Me miró sorprendida. Lorenzo comenzó a cruzar por entre los automóviles, provocando el enojo de los conductores.

—Apresúrate o te vas a tener que enfrentar a él —la urgí.

Sin pensarlo más, corrió hasta donde yo estaba estacionado, se colocó el casco y se subió a la moto.

—Nunca he andado en una de estas —confesó abrazándose a mi cintura.

—Afirmate de mí, no dejaré que nada malo te pase.

Eché a andar, dejando atrás a un exaltado Lorenzo, gritando y vociferando en medio de la calle.

No me fui directo al departamento, conduje hasta un parque no muy cerca de allí. Me detuve y me quité el casco. Ella hizo lo mismo y se bajó.

—Hola, Miranda —la saludé con una sonrisa.

—¿Y usted? —preguntó escaneándome de pies a cabeza.

—Este es el verdadero José Miguel, motoquero (*motorizado, motero, motociclista*), rockero (relacionado al rock), un ser común y corriente como cualquier otro ser humano —expliqué.

—¿No que se iba de viaje?

—Tengo varias horas por delante, mi vuelo sale a las tres.

Asintió con la cabeza.

—¿Cómo te sientes? —inquirí preocupado.

Se encogió de hombros.

—¿Ve por qué tengo que irme?

—No te dejará en paz.

—No —respondió bajando la cabeza.

—Déjame ayudarte.

—No. Esto es un problema mío.

—¿Te das cuenta, Miranda? —cuestioné molesto.

—¿Qué?

—¡Mírate! Estás aterrada, vives amenazada por ese tipo y no eres capaz de aceptar ayuda, si ahora no hubiera estado yo, ¿a quién habrías acudido? ¿Quién más sabe lo que te hacía este tipo?

—No es para andarlo contando por ahí.

—Es. Para andar contándolo por ahí. Miranda, por favor, entiende, no es una vergüenza, es él el que está mal, es él quien debe cargar con las consecuencias de sus actos, no tú, tú eres una víctima y mientras más lo escondas, más lo empoderas, ¿no te das cuenta? —expuse desesperado—. Si él te encuentra y te mata —dije con dificultad, tragué saliva—, ¿qué va a decir la gente? "No me lo esperaba, él era tan bueno con ella", "eran una pareja ideal", "él era tan preocupado" y la peor: "algo debió hacer ella para que él hiciera lo que hizo", como si matar tuviera justificación. Dime algo, su hermana, ¿sabe lo que él te hacía? —Negó con la cabeza—. Su familia, la tuya, ¿tampoco? —Volvió a negar. Me tomé la cabeza con las dos manos cada vez más exasperado—. O sea, ahora todo el mundo piensa que tú eres una desgraciada que lo abandonó sin motivo aparente, o por irte con otro. Y encima, te quieres escapar.

—¡No puedo hacer otra cosa!

—Denúncialo. Eso puedes y debes hacer.

—¿Para qué? Una vez lo hice y el maldito papel no sirvió de nada, me encontró y me llevó con él. ¡Estuve un mes con licencia porque no podía con los golpes que me dio!

—¿Y a quién se lo dijiste?

—Mi mamá no me creyó...

—Pero, Miranda...

—¡Pero Miranda, nada! A nadie le importa lo que me pase.

—A mí me importa.

—Usted se va, también escapa.

—No escapo, te dejo tranquila, sabes que solo una palabra tuya me hará cancelar ese viaje.

—¿Y tiene que irse?

—Si me quedo, no podré no seguir buscándote, ¿me dejarás estar contigo?

—Quiero irme a mi casa.

Resoplé. Ella no me pediría que me quedara. Sin decir nada, me puse el casco y eché a andar la motocicleta. Ella se subió detrás de mí, pero no me abrazó.

—Afirmate, no te voy a hacer nada —repliqué molesto.

Ella entrelazó sus brazos a mi cintura y nos fuimos. Hubiese querido correr a toda velocidad, pero con ella no lo haría.

—Gracias —me agradeció al llegar, se bajó y me entregó el casco.

No contesté. Recibí el casco y guardé ambos en el compartimento. Caminamos en silencio hasta el ascensor. Me bajé con ella y la acompañé hasta su puerta.

—No era necesario que me acompañara —musitó.

—¿Qué clase de vecino sería si no me asegurara que mi vecina llegue bien a su casa?

Sonrió, tal vez recordando la misma situación en una ocasión anterior.

—El Quijote al rescate —comentó con nostalgia.

—Ya no estaré para rescatarte.

—Puedo cuidarme sola.

—Prométeme que lo harás —supliqué poniendo mi mano en su cara.

—Por eso me voy.

Otra vez con eso, no me gustaba, pero al no aceptar mi ayuda, irse era la mejor solución.

—Espero que no te siga —afirmé.

—No lo haré.

—Si necesitas algo...

—Si no se cambia de trabajo o de casa, sabré dónde encontrarlo. —¡Sus ojos brillaron!

—No me cambiaré, de todos modos, guarda mi número de celular.

Ella sacó su teléfono y escribió el número que le dicté. Me llamó para que el suyo quedara registrado.

—Si decides quedarte, tienes trabajo en mi empresa.

—Gracias, pero no.

—En estos días que te quedan, vete con las chicas, no salgas sola, ya le dije a mi hermano que no te dejara hasta más tarde.

—No debió hacerlo.

—Te dije que te cuidaría.

—Gracias.

La tristeza me embargaba. Era nuestra despedida.

—Quiero quedarme contigo —manifesté desolado.

—Por favor —suplicó ella.

—Y quiero besarte —confesé sincero.

Ella se puso en punta de pies, enlazó sus brazos alrededor de mi cuello y me entregó sus labios para ser besada.

Capítulo 11

No podía creer lo que estaba haciendo, pero quería. Quería tener el recuerdo de sus besos, sabía que aquella sería la última vez que nos veríamos; por más que le hubiera dejado una esperanza, no podía ofrecerle nada más. Después de un eterno beso, me aparté, despacio, con dolor en mi corazón.

—Que te vaya bien en tu viaje —me despedí con la voz débil.

—No, Miranda —rogó igual de triste que yo.

—Escúchame. —Puse mis manos en sus mejillas—. No puedo darte más. Estoy rota por dentro, no soy capaz de amar ni de entregarme sin miedos.

—Déjame ayudarte.

—No puedes. Nadie puede. Es algo que debo hacer yo sola, debo sanar mis heridas, de otro modo, solo te haré daño y me haré daño a mí misma.

—Puedo estar a tu lado —aseguró.

—No, tengo que hacerlo sola.

—¿Tengo alguna esperanza?

—Sería egoísta de mi parte pedirte que me esperes, puedo tardar un día... O mil años.

—No tengo prisa. —Sonrió con ternura.

—Gracias por todo. Y buen viaje.

—No quiero viajar.

—Hazlo, disfruta, descansa.

—Vámonos juntos.

Reí avergonzada.

—No. —Bajé la cabeza, él me la levantó con suavidad.

—No quiero separarme de ti.

No sabía qué decir.

—Miranda, no me dejes así. Déjame demostrarte lo que siento.

Abrí la puerta de mi departamento y lo dejé entrar. En cuanto lo hizo me miró expectante. Hice un intento de sonrisa. Él sonrió y se acercó a mí. Yo cerré los ojos. Quería estar con él, así y todo, no dejaba de temer. Me abrazó de la cintura y me volvió a besar. Su beso despertó en mí sentimientos y emociones que creí muertos. En ningún momento nuestro beso se convirtió en lascivo. Sí, pasional. Caminó conmigo hasta el dormitorio. Nos acostamos juntos, sin dejar de besarnos. Recorrió con sus manos el contorno de mi cuerpo. Metí mi mano bajo su chaqueta, buscando sentir su piel. Detuvo su beso, mi mano, y clavó sus ojos en los míos.

—Dime que lo deseas tanto como yo —ordenó con voz suplicante.

—Quiero hacer el amor contigo —aseguré.

Se quitó la chaqueta y su cuerpo me sorprendió. Tenía un montón de tatuajes. Notó la expresión en mi rostro.

—¿No te gusta?

—No, no es eso. —Dibujé con mis dedos aquellas marcas en su piel—. Nunca había visto tatuajes así de cerca.

—¿No? —Ahora el sorprendido era él.

—No. Mi papá decía que los tatuados eran delincuentes, igual que los motoqueros y toda esa gente rara... Que debía alejarme de ellos.

—Es decir, que soy todo de lo que papá te dijo que te alejaras —repuso con una radiante sonrisa.

—Así es —acepté sin dejar de delinear sus dibujos.

En uno de sus brazos tenía un halcón. Lo empujé para que quedara de espaldas, me puse a horcajadas sobre él y le quité la polera (*remera*). En su pecho, un símbolo que no conocía y, al igual que con el del brazo, lo acaricié. Me agaché y comencé a besar sus tatuajes. Él se dejó, mientras con una de sus manos acariciaba mi cabeza y enredaba sus dedos en mi pelo.

—Miranda...

Pude sentir su dureza bajo mi cuerpo y me acosté sobre él para besar su boca. Él afirmó mi nuca con una mano y ciñó mi cintura con la otra. Así, rodó conmigo y me dejó bajo su cuerpo sin dejar de besarme.

Poco a poco, sin prisa y no por ello, menos ansioso, comenzó a quitar mi ropa, casi como una tortura. Una vez desnuda, se paró al lado de la cama y me contempló

mientras se quitaba su propia ropa. Me miro unos segundos y volvió a mí.

Nunca, en los diez años que estuve con Lorenzo, experimenté lo que sentí con José Miguel, fue todo tan diferente, tan lleno de pasión, sin ser simple calentura. José Miguel... José Miguel buscaba mis ojos, me besaba, no dejó de acariciarme en ningún momento.

Me hizo el amor.

—¿Estás bien? —me preguntó minutos después, abrazados, pegados el uno al otro.

—Sí, ¿y tú?

—Mejor que nunca.

Tomé su mano y miré la hora en su reloj. Las diez de la noche.

—¿Qué pasa? ¿Tienes una cita? —me preguntó risueño.

—Yo no, pero tú sí.

Se puso rígido.

—Miranda, no esperarás que me vaya después de esto.

—José Miguel, solo fue "esto", nunca te prometí algo más —repliqué apoyando mis brazos en su pecho para mirarlo. Estaba molesto.

—¡No, Miranda! —protestó.

—Ya te dije que no puedo ofrecer nada más —le recordé.

Se salió de la cama y se puso los pantalones.

—José Miguel, por favor.

—¿Qué? —espetó.

—Tú sabías que sería solo esto.

—No, Miranda, yo creí que querías que me quedara contigo.

—No funcionaría.

—¿¡Por qué no?!

—Porque tú y yo somos muy distintos. Yo estoy herida. Quisiera poder volver a amar sin miedo, pero no puedo. Prefiero quedarme con un recuerdo lindo de ti, que volver a sufrir las penas del infierno como lo hice con Lorenzo.

—¡No menciones a ese tipo! —amenazó entre dientes.

—Él es parte de mi vida.

—Es tu pasado, Miranda.

—Pero siempre estará presente entre los dos.

—Puedes tomar terapia, podemos irnos lejos si le tienes miedo... Puedo secarlo en la cárcel, pero déjalo atrás.

—No puedo, él es parte de lo que soy.

Se me quedó mirando sin decir nada, con sus ojos oscuros de decepción, de mal humor. ¡Qué más quisiera yo que se quedara conmigo! Pero yo estaba demasiado rota. Cualquiera pensaría que se me quitaría el miedo con él, y en cierto modo era así, sin embargo... No... Solo me sentía así con él, cuando nos apartábamos, volvía a ser la misma idiota asustadiza de su sombra, pensando que en cualquier momento llegaría ese imbécil a matarme. Y no podría hacerle eso a José Miguel. No podría regalarle mis noches de pesadillas, mis días malos, mi amor a medias. No cuando él lo querría todo, como él me lo entregaba a mí.

—Adiós, Miranda —dijo simplemente cuando se terminó de vestir y avanzó a la salida.

—No te vayas así —supliqué, no era mi idea de despedida.

Él se volvió y me miró como si no me reconociera.

—Por favor —insistí con lágrimas en los ojos.

Él se acercó con celeridad a mí y me apegó a su cuerpo.

—¿Por qué no me dejas entrar en tu vida? ¿Por qué no quieres que te ayude? —Acuné mi rostro entre sus manos y lo recorrió con su vista—. Juntos podemos salir adelante. Yo sé que podemos.

Yo no sabía qué decir, por un lado creía en sus palabras, pero ¿era justo dejarlo sin vida por salvar la mía? Además...

Su pulgar acariciando mi mejilla me volvió a la realidad.

—¿Y si no? ¿Y si luego descubres que no te gusta tanto estar conmigo, una mujer llena de miedos y traumas?

—Eso no pasará.

—Eso lo dices ahora que te gusto y apenas me conoces.

—Miranda, lo que siento por ti es mucho más que un simple gusto.

Apoyé mi cabeza en su pecho.

—Tengo demasiado miedo —confesé.

—¿Y crees que escapando lo vas a superar?

—Es la única forma que se me ocurre.

—No es la única ni la mejor. La mejor es enfrentar los miedos, no huirles. A veces los miedos son como las arañas, provocan miedo y terror, y una persona con fobia ni es capaz de matarla ni de quitarle los ojos de encima; tampoco es capaz de moverse para no perderla de vista. Sin embargo, cuando la enfrenta, la puede matar con un solo dedo, aplastarla con un zapato o lo que sea, pero muere... —Chasqueó los dedos—. Así de fácil.

—No soy capaz.

—Sola no, pero para eso estoy yo, déjame ayudarte, déjame estar contigo.

—¡No! —Me aparté de él—. No quiero que cargues conmigo y mis traumas.

—No será una carga.

—Ahora, ¿y luego?, ¿cuando te canses, cuando te aburras, cuando ya no te parezca excitante y te hayas cansado del juguete nuevo?

Estaba siendo injusta, lo sabía, pero no podía permitir que él se hiciera cargo de mis problemas; suficiente tenía con sus hermanos, para encima lidiar conmigo. Además, su alma de Quijote era quien quería salvarme del peligro, era un caballero andante de tiempos modernos.

—Dime algo, Miranda —habló serio—, ¿por qué te acostaste conmigo?

No supe qué contestar, ni yo misma lo sabía o no lo quería admitir. No fue solo por tener un lindo recuerdo, pero eso jamás lo admitiría con él, hacerlo sería entregar mi corazón y no estaba lista para eso.

—Contesta, Miranda, ¿por qué?

—Porque eso era lo que querías, ¿no? —respondí lo más altanera que pude.

—¿Solo yo?

Me encogí de hombros y le di la espalda. Él tomó mi brazo y me giró hacia él.

—Responde, Miranda, ¿solo yo lo deseaba?

—¡No!

—¿Por qué lo hiciste si sabías que me ibas a dejar?

—Actúas como una mujer utilizada —me burlé.

—Puedo no ser mujer, pero eso no significa que no tenga sentimientos.

—¡Ay, vamos! Igual te gustó el revolcón.

Me soltó como si mi piel le quemara. Su rostro se volvió blanco, los labios, apretados, se convirtieron en una delgada línea y sus ojos...

—Un revolcón —dijo al rato con un nudo en la garganta—. ¿Eso fue para tí?

—José Miguel, a todos los hombres les gusta, eso fue lo que quisiste desde un principio conmigo.

—¿Sabes con cuántas mujeres me puedo dar un revolcón? Mujeres libres con las que no tengo que preocuparme de lastimarlas, de hacer algo que les recuerde a sus ex amantes. Hubiera sabido que para tí era solo un revolcón...

No supe qué decir, sabía que estaba herido y sus palabras también me herían.

Su celular sonó en ese momento. Hizo un gesto de desagrado y lo apretó en su mano, lo que provocó que la llamada no solo se contestara, sino que también quedara en altavoz.

—¿Aló? ¿Cote? —Se escuchó y él cerró los ojos con frustración.

—¿Quién es?

—Me ofendes, precioso, no creí que me olvidaras tan pronto y después de tantos recuerdos —se burló la voz al otro lado.

—¿Viviana? —Se sorprendió.

—Sí, amor, te llamo para despedirme, sé que tal vez no te importe, pero viajo esta noche a Francia.

—¿Esta noche?

Quiso sacar el altavoz, pero sus manos temblaban.

—Sí, en la aerolínea francesa a las tres de la madrugada.

—Entonces nos vamos juntos.

—¿Qué dices?

—Yo también viajo a las tres y por la misma aerolínea —explicó mirándome fijo.

—Estás jugando conmigo.

—No, pequeña Vivi, ¿cómo crees que jugaría contigo?

—Entonces, ¿de verdad viajas? ¿Y te ibas sin avisarme?

—Es un viaje flash, decidido a último momento y solo serán dos semanas.

—Ah, quedas perdonado. ¿Quieres irte conmigo al aeropuerto? ¿Te paso a buscar?

—Ningún problema, querida, te espero.

—Voy en camino, tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

—¿Pasa algo?

—No, nada importante.

—No me mientas.

—Ya te contaré, en persona.

—Bueno, mi vida, te amo, lo sabes, ¿cierto?

—Claro que sí, mi pequeña Vivi.

—Ya, nos vemos, precioso.

—Te espero.

Colgó y se me quedó viendo unos interminables segundos. Yo no dije nada. Tampoco hice ningún gesto. No quería que se diera cuenta que moría de celos y de angustia.

—Lo siento, Miranda, me tengo que ir, un vuelo me espera. —Sacó su billetera y de ella extrajo varios billetes—. Cómprate lo que quieras, es lo que generalmente mis amigas "gastan" por un revolcón conmigo.

Dejó el dinero en el velador.

—¡No soy una puta! —grité.

—Yo creí que no, pero eres igual a todas.

Salió a toda prisa sin hacer caso a mis llamadas. Tomé los billetes y los lancé contra la cerrada puerta. Me dejé caer en el piso y lloré hasta cansarme. Hasta dormirme, supongo, porque al despertar, seguía desnuda en el frío suelo.

Capítulo 12

No podía creerlo. ¿Por qué Miranda había hecho el amor conmigo para luego dejarme ir?

En cuanto cerré la puerta de su departamento, quise volver, besarla hasta dejarla sin aliento y hacerle el amor hasta el amanecer, quedarme con ella aunque no quisiera.

No lo haría. Si ella no me quería en su vida, yo no la quería en la mía.

Miranda Valle quedaría para siempre desterrada de mi mente, sería una más de las tantas mujeres que solo pasaron por mi cama.

Terminé de ordenar mis cosas para el viaje. Llamé a Juan, el chofer de mi mamá, para cancelar la ida al aeropuerto. Viviana me llevaría.

Ella llegó media hora más tarde. Se veía tan joven como siempre, parecía que los años no pasaban por ella, a pesar de tener mi misma edad, parecía mucho más joven que yo. Después de un efusivo abrazo, tomó mis manos con el mismo cariño de siempre.

—¿Qué pasa, amor? Te ves fatal.

—Le quité la empresa a mis hermanos —respondí sin más.

—¿Y eso?

—Victoria y Joaquín querían adueñarse de todo.

—¿Así, como si nada?

—Querían dejarme fuera de todo.

—Muchachos mal agradecidos. ¿Te acuerdas cuando te decía que darles todo en bandeja no era tan bueno?

—No pensé que me pagarían así.

—Claro que no, uno nunca se lo espera, menos cuando se da todo.

Guardamos silencio, ella no dejaba de observarme.

—¿Solo eso te pasa?

—Sí, ¿qué más?

—No sé, dímelo tú, nos conocimos de cabros chicos (niños), José Miguel Cedeño, por favor, no me mientas. ¿Una mujer?

—Algo así.

—Te falta —ironizó burlesca.

—Acabo de hacer el amor con una.

Alzó las cejas.

—¿Y la dejaste así?

—Ella me dejó a mí.

—¿Ella? —preguntó sorprendida.

—Sí, creí que me pediría que me quedara, pero no.

—A ver, cuéntame cómo es eso.

—Tenemos que irnos. —Miré mi reloj.

—Sí, pero me contarás todo, ¿oíste?

—Prometido —aseguré.

Llegamos al aeropuerto con mucha anticipación. Yo no quería pensar, tampoco hablar. Y Viviana me dio el espacio necesario. Me imaginaba a Miranda llegando al aeropuerto para detener mi escape. Nada. O que me llamara. Nos subimos al avión y jamás llegó. Ni siquiera llamó.

En el avión, mi amiga ya no me dejó tranquilo. Quería saber.

Viviana era mi amiga, mi confidente. Nos criamos juntos, fuimos compañeros de curso desde la básica, solo en la universidad nos separamos. Ella estudió siquiatría y ingeniería comercial. Aun así, nunca nos separamos. A pesar de no hablar tanto o tan seguido, cada vez que nos veíamos era como si nunca hubiésemos dejado de hablar. Aunque esos períodos nunca sobrepasaban el mes, mes y medio. Y la última vez que la vi, fue el día antes de conocer a Miranda, por lo que tenía que ponerla al día con todo. Y así lo hice. Le conté de Miranda. De cómo la conocí, de los encuentros, desencuentros, de su ex, de cómo fue que hicimos el amor, de cómo me dejó y cómo la dejé yo.

—Es lógico que tenga miedo —defendió—. Diez años no es poco, más, si tomamos en cuenta que fue su primer amor, su primer hombre, su primera decepción. Su única referencia de relación. Era demasiado niña cuando se juntó con él. Supongo que él es mayor que ella.

—Al menos diez años, supongo, por lo que vi, nunca le pregunté.

—Debes darle tiempo.

—Yo se lo ofrecí.

—Tiempo a solas, con ella misma —aclaró.

—Ahora tendrá todo el tiempo que quiera —sentenció molesto.

—No digas eso, nunca te vi así por una mujer, ella de verdad removió tu piso.

—¿Y de qué me sirvió?

—Ten paciencia.

—No tengo ni tiempo ni paciencia para esperar —mentí.

—¿Para ti quedó hasta aquí?

—Ella lo quiso así.

—Entonces le darás a la razón de que solo quisiste un revolcón con ella.

—No fue así.

—Escucha. Una mujer maltratada no solo queda con daños físicos, los psicológicos son peores. Su autoestima queda en el suelo, tienen miedo al futuro, tienen miedo a que se les obligue a volver con esa persona de nuevo, a no ser capaces de negarse, a que la maten o a que quien llegue sea igual o peor.

—Yo no soy él.

—Yo lo sé, pero ella no. Seguramente ese tipo era igual o más que tú en cuanto a detalles, a protección, a entrega. Y todo el mundo lo ha de haber adorado.

—A mí me cayó mal desde un principio.

Viviana rio por lo alto.

—Claro, amigo, tú estabas celoso de él, obvio que no te iba a caer nada de bien.

—Ya no quiero hablar de ella, cuéntame de ti, ¿cómo has estado?

—Bien. Terminé con Melissa.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Es por eso este viaje? Mira tú tienes tantos o más problemas que yo y yo agobiándote.

—Ay, no digas tonterías, precioso, sabes que no me agobias. Y bueno, sí y no. Lo que pasa es que voy a un curso en Francia de siquiatria, fui invitada el año pasado, pero por ella no quería aceptar, era demasiado tiempo separadas, aunque también sabía que me iba a servir mucho en mi carrera, son las últimas actualizaciones médicas a nivel internacional, y bueno, además ella... ella me dio a elegir.

—¿Entre el viaje y ella?

—No, entre mi carrera y ella.

—¿¡Qué?! Pero demasiado te has sacrificado para que dejes todo tirado ahora que estás donde querías. Además, ¿de qué vivirías?

—Según ella, no tenía problema en mantenerme.

—Es una mina machista —bromeé.

—Y peor, amor, peor. Quiso pegarme.

—¿¡Qué?! No, eso no te lo creo.

—Pues sí, ella, cuando le dije que a mí nadie me daba a elegir, se puso muy violenta y quiso levantarme la mano. Hasta ahí llegó todo.

—Lo siento, ya llegará alguien que de verdad valga la pena —la consolé.

—Estoy como tu amiga, no quiero nada con nadie.

Sonreí comprensivo.

—Eso lo dices ahora, que estás recién saliente de esa relación, pero ya verás que en un tiempo más si querrás enamorarte.

—Recuerda esas palabras, que le calzan justo a tu enamorada.

—Yo estaba dispuesto a todo por ella.

—¿Y a esperarla?

Sostuve su mirada unos segundos.

—¿Crees que quede esperanza para nosotros?

—Claro que sí, amor, claro que sí.

Apoyó su cabeza en mi hombro y poco después, ya estaba dormida. La dejé un rato dormir así, acariciando su cabello. Más tarde, al yo querer dormir también, la acomodé en su asiento y lo eché hacia atrás, lo mismo hice yo. Cogí la frazada y nos cubrí a ambos con ella.

—Buenas noches, precioso —se despidió de mí.

—Buenas noches, mi pequeña. —Le di un beso en la frente.

Ella tomó mi mano y la sostuvo, hasta que se volvió a dormir.

—Te quiero, pequeña —le dije antes de dormirme.

Nos despertaron para acomodarnos y colocamos el cinturón, estábamos prontos a aterrizar en la primera escala. Al menos, el viaje hasta ese momento no se había hecho pesado.

—¿Quieres comer algo? —pregunté a mi acompañante.

—Obvio, tengo un hambre horrible.

—Vamos, tenemos casi una hora por delante antes que salga el vuelo.

Llegamos a un restaurant del aeropuerto y nos sentamos en una mesa, Viviana, como siempre, pidió papas fritas y carne. Yo pedí espagueti con salsa bechamel. No había mucha elección de todas formas.

—¿Te acostumbras? —me preguntó Viviana de pronto, comiendo una papa con la mano.

—¿A qué?

—A esto, a viajar, los lujos, los aviones, los gustos caros...

—No, ¿y tú?

—No, lo sabes bien, me siento incómoda entre tanta parafernalia de la gente cuica (*acomodada*).

—Sí, pero es por lo que tanto luchaste.

—Es cierto, no quería seguir pasando necesidades, al igual que tú.

—Es difícil acostumbrarse. De todas formas, no sé si te pasa, pero cuando yo estoy entre los demás empresarios que estudiaron en colegios exclusivos se jactan de sus enseñanzas y yo, no puedo opinar, porque, aunque muy orgulloso del lugar donde salí, estudié en uno con número y no es fácil.

—Pero no volverías atrás.

—No, no me gustaría volver a las pellejerías (*necesidades*) de antaño, pero tampoco me acostumbro a que la gente vea en mí solo una billetera con patas.

Se echó a reír.

—Miranda no te ve así.

—No sé, vamos a ver qué hace con el dinero que le dejé.

—Te apuesto a que lo guarda y te lo devuelve en cuanto te vea. O se lo deja a alguien para que lo haga.

—¿Apuestas?

—Sí, cien mil a que te lo devuelve.

Bajé la cabeza, yo no sabía si me lo devolvería, pero sí estaba seguro que no era eso lo que ella buscaba.

—Apuestas o no —insistió.

—No sé, en verdad estoy hablando por la herida —admití.

—Precioso mío. —Agarró mi mano—. No tengas miedo ni te sientas herido, no es contigo la cosa, es con ella misma y con su ex. Ya vendrá a ti cuando se sienta libre para amarte como tú lo mereces.

—¿Y si eso no pasa nunca?

"Los pasajeros del vuelo 265 rumbo a Lyon, Francia, por favor abordar el avión por la puerta 10". Lo dijeron en cinco idiomas.

Nos tomamos de las manos y nos fuimos a la puerta indicada, por más que habíamos viajado antes en avión, todavía nos sentíamos fuera de lugar en estas cosas.

El resto del viaje lo hicimos en silencio entendido. Ella y yo sufríamos por amor. Ella por Melissa y yo por Miranda.

—¿Tienes hotel o tienes que buscar uno? —consultó mi querida amiga y a casi al llegar al aeropuerto.

—No, no, buscaré algo, ¿y tú?

—Sí, se supone que tengo una reserva en el Grand Hotel de la Paix.

—Vamos, te acompaño, quizás hasta encuentre una habitación allí y nos quedamos juntos.

—¡Sería fantástico! —exclamó ella con emoción—. Así no estaría tan sola. Por lo menos al principio, porque me vas a abandonar pronto.

—Te harás de amigos pronto.

—Eso espero.

—¿Nerviosa?

—Mucho.

La abracé a mi pecho y así nos quedamos la siguiente hora hasta que aterrizamos. La llegada al moderno aeropuerto fue tranquila. Ninguno de los dos conocía la ciudad. Tomamos un taxi hasta el hotel. A pesar de estar acostumbrados a los lujos, estar en un lugar nuevo era llamativo, tal vez, aún quedaba dentro de nosotros parte de esos niños que no tuvieron nada y que solo conocieron el hambre, el cansancio y la pobreza.

El camino de treinta minutos hasta el hotel era una carretera no muy ancha, parecida a nuestra Panamericana, con extensos campos a ambos lados de la calle, pasos sobre nivel y arbustos mudos testigos de los cientos de vehículos que pasaban por el lugar. Todo contrastando con un hermoso cielo celeste con pequeñas nubes blancas. Quise volver. Quise que ese camino fuera el que me llevara de vuelta a Miranda.

El hotel era un edificio inmenso, no así su entrada, que era una pequeña puerta azul, detrás de una especie de paseo con cafés, restaurantes y bancos para descansar. Unos ventanales a la izquierda y un pasillo reciben a los pasajeros. Nos miramos con Viviana.

—Está bonito —comentó.

—Sí, parece acogedor —respondí con ganas de devolverme a mi país, no porque no me gustara el lugar, el hotel pintaba bien, pero ya extrañaba a Miranda.

—Bueno, hay que entrar —dijo Vivi dando un suspiro.

—¿Tienes la reserva? —pregunté.

—Sí. —Me entregó el vale donde estaban todos los datos—. Tú estás más acostumbrado a esto que yo.

—Pequeña mía... Sigues siendo la misma. —La abracé por los hombros y entramos. Se miró en el espejo de suelo a techo ubicado a la derecha del pasillo de entrada y me sonrió por él. Me alegré que viajáramos juntos, ella todavía le temía a estas cosas.

Llegamos al mesón de metal donde el recepcionista, muy amable, nos saludó en francés.

—No hablamos español —señalé.

—No se preocupe —respondió con las "G" típica de los franceses—. ¿Desean una habitación los señores?

—Mi amiga tiene una reserva y yo quiero una habitación.

El hombre miró el papel que le extendí y corroboró en su computador. Sacó una llave y la dejó a su lado. Luego, pidió mis datos y los anotó, me tocó un cuarto al lado del de Viviana. Subimos. Las habitaciones no eran tan grandes, pero sí cómodas y con una vista preciosa de la ciudad.

—Quedamos juntitos —comentó entrando a mi cuarto.

—Sí, así te podrás escapar a mi cuarto cuando quieras —bromeé.

—Como en los viejos tiempos.

—Claro —respondí abrazándola—, como en los viejos tiempos —dije con nostalgia y tristeza.

Ella, cuando era pequeña, se escapaba a mi cuarto para huir de su padre y sus abusos.

Ella permaneció abrazada a mí.

—¿Por qué nacimos con tan mala suerte? —me preguntó y noté un tono extraño en su voz.

La separé un poco de mí y alcé su rostro, una lágrima corría por sus mejillas.

—No llores, mi pequeña, por favor, no llores, sabes que no soporto verte así.

—Lo siento, precioso, pero no puedo no hacerlo, esto fue mi sueño por tanto tiempo y ahora que lo tengo, ya no lo quiero. Por lo menos no así.

—Ya ves, es cierto lo que dicen, parece, el dinero no hace la felicidad.

—Y la falta de él tampoco.

—Pero es mejor llorar en un hotel en Francia. —Intenté sonreír, aunque también se me escapó una lágrima.

—Claro, que sí, precioso. Al menos estamos juntos y eso no ha cambiado, ni cambiará.

—Jamás, mi pequeña, jamás.

Nos volvimos a abrazar y a llorar, como tantas veces lo habíamos hecho. Yo por ella y ella por mí.

Capítulo 13

Lo primero que hice al despertar fue meterme a la ducha caliente; tenía frío, estaba cansada y me sentía entumecida. Me vestí muy abrigada y me serví un café bien cargado. Miré la hora. Todavía no daban las siete. Era demasiado temprano. Me fui al dormitorio y allí vi los billetes tirados. Cerré los ojos, no quería recordar. Pero eso era imposible, era inevitable pensar en cada momento en José Miguel, por más que lo quisiera evitar. Recogí los billetes. Cien mil pesos en billetes de diez y veinte mil pesos. ¿Eso le salía un revolcón con sus amiguitas? ¡Eso es ser prostituta de lujo! Yo no lo era. Las lágrimas corrieron espesas por mis mejillas y no quería, tenía que maquillarme y no podría si tenía la cara mojada.

Mi celular sonó en ese momento, corrí hacia el sofá donde había quedado la noche anterior, con la esperanza que fuera José Miguel. ¿Don Roberto? ¿Habría pasado algo? ¿Estaría despedida?

—Buenos días, don Roberto —contesté lo más normal que pude.

—Buenos días, Miranda.

—¿Pasa algo?

—No, bueno, no sé, mi hermano me dejó un mensaje anoche diciendo que te había visto y que no estabas muy bien y a juzgar por tu voz, parece que es cierto.

—No, don Roberto... Yo...

—Mi hermano, que también es mi jefe, me ordenó que te diera el día libre para que descanses el fin de semana y volvieras el lunes.

—No, no hace falta...

—Bueno, si hace falta o no, no sé, pero él me ordenó explícitamente que te diera el día de hoy y es lo que voy a hacer.

Las lágrimas no me dejaron hablar, incluso después de lo que había ocurrido, se había preocupado por mí.

—¿Miranda?

—Sí —contesté apenas.

—Estás en tu casa, supongo.

—Sí.

—¿Vestida?

—Sí, estaba lista para ir a trabajar —contesté en un hilo de voz.

—Bien, voy llegando, quiero hablar contigo.

—Señor...

—Estoy en cinco minutos en tu casa. Nos vemos.

¡Mierda! ¿Qué le habrá dicho José Miguel a su hermano? Me fui corriendo al baño y me lavé la cara. Tomé mi bolso de maquillaje y lo único que pude aplicarme fue una base algo más clara que mi piel para ocultar el enrojecimiento de mi rostro antes que el timbre sonara. Mis piernas temblaron. Tomé aire y abrí, ahí estaba, guapo como era, con su traje color marengo y sus ojos azules tan parecidos a los de su hermano.

—Hola, Miranda, te preguntaría cómo estás, pero tu cara me lo dice todo.

—Buenos días, don Roberto. —Bajé la cara.

—Voy a ir al grano —dijo sin más, apoyando su mano en el marco de la puerta—, ¿qué hay entre tú y mi hermano?

—¿Qué? —Alcé la vista y lo miré sorprendida.

—Mírate. ¿Crees que ese maquillaje te cubre en algo la congestión de tu rostro, las ojeras o la tristeza de tus ojos?

—Estoy enferma.

—No me mientas.

Me di la vuelta.

—Disculpe, soy una tonta, pase, ¿quiere servirse algo? ¿Jugo, bebida, té, café? —apostillé temblando como una hoja.

—No, gracias —respondió entrando y cerrando la puerta tras de sí.

Yo seguí camino a la cocina, pero él me detuvo de un brazo con suavidad y me volteó hacia él.

—Miranda.

Me aparté de él con fiereza, habló como él, me tomó como él. Y no quería llorar más por José Miguel, no delante de mi jefe.

—¿Qué pasó que él se obligó a huir? Él no es hombre que le haga el quite a los problemas. ¿Qué pasó?

—No sé, eso debería preguntárselo a su hermano, no a mí.

—Pero tú tienes mucho que ver.

—¿Por qué lo dice?

—Nosotros somos gemelos, no iguales por suerte —bromeó—, pero tenemos una conexión especial, sé que él está sufriendo y sé que es por ti.

—Mire, yo no sé, según tengo entendido él se fue con una amiga, no creo que esté sufriendo por mí.

—¿Con quién se fue?

—Si no lo sabe usted...

—Mira, yo jamás lo vi como ahora, te voy a ser franco, hubo un tiempo en el que pensé que José Miguel era gay, porque si bien es cierto tenía mujeres, no duraba con ellas, a veces solo eran de una noche. Y si es que.

—Ya.

—Pero contigo él es diferente, y yo, desde el primer momento que te vi, sentí algo especial por ti.

—En ese momento no nos conocíamos —afirmé.

—Eso da lo mismo, si mi hermano va a tener conexión contigo, yo lo tengo también. De modo distinto, por supuesto, pero también la siento.

—¿Qué quiere, don Roberto?

—Yo soy quien quiere saber qué quieres tú de mi hermano.

—Quiero que me deje en paz.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Mire, don Roberto, yo vengo saliendo de una relación en la que estuve muy enamorada, fue mi primer amor y mi pareja por más de diez años, por lo que ahora no estoy buscando otro hombre, para mí, un clavo no saca otro —dije con la mayor altivez que pude—. Además, yo dejo de trabajar la próxima semana con ustedes y después de eso, me voy de la ciudad.

—¿Escapas de mi hermano?

—¡No!

—¿Entonces?

—Me salió otro trabajo fuera de la capital.

—Pero, Miranda, tú sabes que hay dos vacantes para ti en la empresa.

—No. Yo... Yo me tengo que ir.

—Por José Miguel.

—¡No!

Me avergonzaba decirle que me iba por miedo a mi ex. "Si te callas, lo empoderas", resonó en mi mente.

—No entiendo. Él alberga algo fuerte por ti, tú estás sufriendo por él, no entiendo qué hacen separados, huyéndose como dos adolescentes asustados de lo que sienten.

—Usted no entendería.

—Explicame, creo que soy lo suficientemente inteligente para entender las cosas.

—Es que no...

—Por favor, Miranda.

—Esto debería estar conversándolo con él, no conmigo.

—Está bien, es cierto, pero yo solo quiero saber algo. —Asentí con la cabeza—. ¿Tiene esperanza mi hermano contigo?

No pude contestar.

—¿Lo amas?

—Apenas si lo conozco hace menos de un mes.

—Yo me enamoré de mi esposa a la semana, en realidad antes, a la semana me atreví a hablarle.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo, Miranda, es tan fácil como que contestes si te gusta mi hermano o no, ya que no quieres hablar de amor.

Dos gruesas lágrimas se cayeron de mis ojos y maldije para mis adentros el ser setenta y cinco por ciento agua, porque sentía que se me estaba echando a perder la

llave y se me saldría toda el agua por los ojos.

—Miranda.

Se acercó a mí y se quedó a unos pasos de distancia.

—Miranda...

Lo miré. ¿Por qué tenían que ser tan parecidos? Ahora, todo lo distinto se había ido no sé a dónde. Eran dos gotas de agua y más lloré.

—Lo amas, ¿verdad?

—Yo no puedo amar.

—¿Por qué no?

—Porque estoy enferma, porque estoy rota, porque yo no sirvo para amar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la verdad.

—¿Sigues enamorada de tu ex novio?

—No, no quiero volver a verlo en mi vida.

—¿Entonces?

—Ése hombre me dejó marcada de por vida. No solo en mi corazón, también en mi cuerpo y en mi mente.

—¿Te violentaba?

—Sí —susurré soltando el llanto.

Él me abrazó con fuerza, con protección, muy parecido a los abrazos de José Miguel, pero sin la chispa que nos encendía a su hermano y a mí. Me llevó, sin soltarme, hasta la cocina y ahí sirvió un vaso de agua y me lo dio.

—¿José Miguel lo sabe?

—Sí, de hecho, él me ha ayudado varias veces cuando ha aparecido.

—¿Te sigue?

—Supongo, él lo vio fuera de este edificio, ayer estaba fuera de la oficina, de no ser por José Miguel que andaba en su moto, me hubiese encontrado.

—¿Por eso te vas?

—Sí.

—¿Por qué no lo denuncias?

—¿De qué serviría? Si me pilla, me mata, no importa lo que diga un papel.

—Podemos ayudarte a meterlo a la cárcel. Yo puedo ayudarte, soy abogado.

—No quiero que se molesten por mí.

—Mi hermano te ama, eso me basta para querer ayudarte.

—No puede amarme, él está confundido, solo es un Quijote moderno que siente que soy una damisela en peligro...

Don Roberto se echó a reír y me pegó la risa a mí.

—¿Mi hermano un Quijote? ¿Estamos hablando de la misma persona?

—¿Por qué?

—Porque sí, no te niego que él es una buena persona, que a diferencia de muchos hombres que tienen dinero, no busca el control de todo, pero no es que se las ande dando de caballero andante, créeme que eso solo lo hace por ti, por nadie más.

—Bueno, aunque así sea, ya se debe haber olvidado de mí con su amiga.

—¿Con quién viajó?

—Viviana —respondí encogiéndome de hombros.

Volvió a echarse a reír.

—Él te dijo que se iba con ella, ¿para darte celos?

—No. Ella lo llamó, estaba aquí, él... —Bajé la cabeza, estaba hablando de más.

—Dime, ustedes son adultos, no me horroriza que hayan estado juntos.

—Bueno, no es lo que piensa —Sí, sí lo es, taladró mi mente—. Bueno, estábamos discutiendo, ella lo llamó y se activó el altavoz, ella, muy cariñosa, le dijo que lo llamaba porque se iba a Francia a las tres de la mañana y resulta que se iban juntos, así que ella lo iba a pasar a buscar, creo que ella iba a un curso de siquiatria o algo así.

Don Roberto tenía los labios apretados para no reír.

—No se burle, usted es su hermano y es lógico que lo defienda, pero él jamás me sería fiel y no estoy ni para aventuras ni para juegos de nadie.

—No me burlo, Miranda, lo que pasa es que entre Viviana y mi hermano es imposible que pase algo.

—¿Y eso por qué? ¿Es muy fea?

Se rio con ganas al ver mi ataque de celos, a mí no me causaba gracia.

—Ella, Miranda, es lesbiana, con mi hermano son amigos desde niños, desde los cuatro años, o antes si es que contamos el tiempo en que no tenían uso de razón. Siempre fueron muy apegados.

Resoplé.

—Dime algo, ¿tú le pediste que no se fuera?

—No, al contrario —repliqué culpable—, yo lo eché que se fuera.

—¿Te arrepientes?

—Sí. No. ¡No sé!

—Si tú lo quieres, si te gusta, ¿por qué no haces algo para que vuelva?

—No podría, no resultaría.

—Yo creo que sí.

—Es imposible.

—Está bien, ya no te molesto más, solo quería corroborar que tu enfermedad no era física, al igual que el cansancio de mi hermano tampoco era físico —dijo molesto y se dio la vuelta para irse.

—Puedo ir a trabajar igual —aseguré, no quería que él se enojara conmigo justo ahora, los últimos días.

—Ya te dije que mi jefe me ordenó que te diera el día libre —contestó sin volverse.

Entonces fui yo quien lo tomó del brazo.

—Don Roberto, por favor no se enoje conmigo.

—Yo no quiero que mi hermano siga sufriendo, él lo ha entregado todo por su familia, por mí, por nuestros hermanos, por nuestra madre, pero la felicidad y el amor le han sido esquivos, no es justo que ahora, que encontró a alguien que realmente le gusta como nunca nadie... No sea correspondido

—Yo no puedo corresponderle.

—¿Y por qué aceptaste jugar?

—¡Yo no quiero jugar!

—¿Y cómo se llama a lo que has hecho?

—¿Qué?

—Miranda, tú me caes bien, eres responsable, buena trabajadora, muy agradable, pero si tú crees que me trago el cuento que solo se habían visto "un par de veces" cuando los presenté en la oficina, estás equivocada, sé que se conocían desde antes y no precisamente como buenos vecinos, porque las miradas entre ustedes no pasaron desapercibidas para mí, tampoco la mentira de mi hermano ni tu decepción, si me callé fue por respeto a mi hermano y en ese momento pensé que sus razones tendría, luego, tú pediste que te cambiara el horario, ya no llegabas con él ni te ibas a la hora de las secretarías y, extrañamente, mi hermano venía con cualquier pretexto, hasta la más mínima cosa era tema de "reunión", en circunstancias que él, para que dejara su trono, debía ser algo realmente grave. El modo en el que te defendió ante Mario. No, Miranda, mi hermano se enamoró de ti y tú... Tú le diste alas, le diste esperanzas, pero así como se las diste, se las quitaste y lo dejaste en el suelo, como si no valiera nada.

¿Así se veía desde fuera?

—Y dejaste que se alejara, que hiciera un viaje que no quería hacer, estoy seguro que hasta el último minuto espero las palabras de parte tuya, un "quédate" hubiera bastado.

Agaché la cabeza.

—Si no querías nada con mi hermano, ¿por qué te acostaste con él?

Lo miré sorprendida, sin saber qué decir. Avancé al living (*sala de estar*) y me iba a sentar, pero vi los billetes. Don Roberto, demasiado observador para mi gusto, se dio cuenta de mi gesto. Tomó los billetes.

—¿Sueles dejar el dinero tirado? —Tomó los billetes y los flameó en el aire.

—No —respondí en un susurro.

—¿Te los dio mi hermano?

—Fue un mal entendido.

—¿Te acostaste por dinero con él?

—¡No!

—No eres mejor que todas las otras que ha tenido.

—No, don Roberto, por favor, escúcheme.

—No, Miranda, tuviste tu oportunidad de hablar, ahora ¿qué puedes decir? Ya entiendo por qué mi hermano huyó de ti, espero que nunca te vuelva a encontrar. Que te aproveche.

Tomó mi mano y depositó los billetes allí, yo negué con la cabeza, no era capaz de hablar ni de reaccionar.

—Enviaré tu finiquito más tarde, no quiero que vuelvas por la oficina.

Me sentí más estúpida que nunca. Si Lorenzo estuviera aquí, diría que por eso él tenía que guiar mi vida, porque no era capaz de manejar ni la situación más fácil. Todo lo echaba a perder. Y tenía razón.

Capítulo 14

Eran cerca de las diez de la noche del viernes cuando ya habíamos dejado de llorar y vuelto a la normalidad con mi pequeña Vivi.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Ah, no, si no. —Rio mi amiga.

—¿Quieres que pidamos algo al cuarto, vamos al comedor o prefieres salir?

—Salgamos, así aprovechamos de conocer la ciudad —propuso.

—Bueno, como digas.

Salimos del hotel tomados de la mano y caminamos por el paseo, la gente aún permanecía en las cafeterías del lugar. Avanzamos por la calle President Edouard Herriot, una calle angosta con edificios antiguos, tipo palacetes, donde los primeros pisos acusaban la modernidad con vitrinas de exclusivas, llamativas y elegantes tiendas. Llegamos a una plaza que, según leímos en un letrero, era la Place des Jacobins, un lugar muy bonito, pero sin ningún sitio donde comer. Seguimos caminando, encontrábamos cafés, en casi todas las esquinas, sin embargo, nosotros buscábamos algo más sustentoso. Al fin llegamos a la Place Bellacour donde, justo en la esquina, había un enorme local de pizzas. Algo conocido para nosotros y nos gustaba a ambos.

—¿Pizza? —consulté a mi amiga, alzando las cejas.

—Pizza —afirmó contenta.

Nos sentamos en las mesas de la calle, bajo unos toldos muy pintorescos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté extendiendo mi mano hacia Viviana, poco después de pedir.

—Bien.

—¿No te ha llamado?

—No. ¿Y tú? ¿Hablaste con tu hermano?

—No. Solo le dejé el mensaje.

—No sabes cómo le ha ido, ¿tampoco te ha devuelto los mensajes?

—No. No sé, ni siquiera he mirado el celular.

Saqué mi móvil y le eché un vistazo.

—¿Y? —consultó mi amiga.

—Tengo dos llamadas perdidas de mi hermano, tres mensajes de texto y dos de chat.

—¿Los vas a ver?

Tomé aire. Esperaba que uno de ellos fuese de Miranda, pero no quería decepcionarme, no antes de comer, y así se lo hice saber a mi acompañante.

—Precioso, ¿temes que te defraude?

—Sí.

—¿Y si no? ¿Y si hay uno de ella y pierdes el tiempo por miedo?

—Pero es que... ¿y si no es así?

—¿Los vas a ver más tarde?

—Sí.

—Bueno, hablemos de otra cosa.

—Sí, es lo mejor.

—¿Que te pareció la ciudad? Es bonita.

—Sí, muy bonita, muy bien conservada.

—Claro.

Silencio. Ella me miró. Yo la miré.

—Se demoran un poquito —comentó y nada más decirlo, apareció el mozo con nuestro pedido—. Bueno, no tanto —se burló de sí misma.

Yo sonrei.

Silencio.

Terminamos de comer así. Callados. Sin decir una sola palabra.

—No debiste viajar —habló mi amiga una vez que salimos del restaurant y nos íbamos de vuelta al hotel.

—¿Por qué? Estarías sola ahora, ¿qué hubieras comido?

—Hubiera buscado algo cerca, una cafetería. Se suponía que viajaría sola.

—¿Estás arrepentida de que estemos juntos? —Me hice el ofendido.

—¡No, tonto! ¿Cómo se te ocurre decir eso? Jamás me voy a arrepentir de estar contigo ni me voy a cansar de ti, eres mi precioso.

—¿Entonces? ¿Por qué insistes en echarme?

—Porque no estás bien, porque estás arrepentido, porque quisiste ganar en una apuesta que ella ni siquiera sabía que estaba jugando, y perdiste.

—No te entiendo.

Ella se tomó de mi brazo y se apegó a mí.

—Tú quieres estar con ella en este mismo minuto y sabes que aunque encontraras pasaje para ahora mismo, son un montón de horas para llegar con ella.

—Ya, ¿y qué apuesta perdí?

—Tú querías que ella te pidiera quedarte, pero ella no lo iba a hacer, sin embargo, ibas a las pérdidas desde un principio, sabías que ella no te lo pediría.

—Ella no quería que me quedara.

—No, ella no quería que te fueras.

No entendí.

—Ella no te iba a pedir que te quedaras por ella, sabiendo que no puede ofrecerte nada más, sin embargo, estoy segura que ella hubiera querido que este viaje nunca hubiese existido.

—No podía seguir con ella y no buscarla.

—Y ella quería que lo hicieras. Nunca te rechazó cuando la buscabas. Cuando tenía miedo a que te quedaras más tiempo, te echaba, por un instinto de supervivencia emocional, pero ella nunca rechazó tu presencia. Tal vez, y perdóname que te diga, fuiste demasiado insistente. Hace veinte días terminó una relación de diez años de maltrato y te conoció justo en ese momento, ¿tú crees que ella se va a entregar como si nada?

—Lo hizo.

—No, José Miguel Cedeño, no te confundas, hacer el amor no es entregarse.

—¿Entonces?

—Se entrega el físico, se puede entregar el corazón, pero entregarse por completo es compartir el día a día, los malos genios, los malos días, las alegrías y las tristezas, los sueños y las pesadillas. Todo. Los traumas... Y eso, es lo que ella no está preparada a entregar. No puede entregar su vida en tus manos. Y no puedes culparla. Tal vez, si supieras bien su historia la podrías entender, pero lejos está la posibilidad siquiera de que ella se acostó por ser una cualquiera, por sacarse el gusto, mucho menos por lastimarte, creo que ella no pensó en el daño que te hacía.

—Me lo hizo.

—Sí, y tú le pagaste con la misma moneda.

Bajé la cabeza, ella me detuvo, me tomó de ambas muñecas con sus manos y me miró fijo a los ojos.

—Precioso, yo te amo más que a nadie en el mundo, pero tengo que decírtelo, si de verdad la quieres, si de verdad sientes algo más que un simple gusto por ella, vas a tener que armarte de mucha paciencia, porque te aseguro que no será fácil para ella, ella tiene que vivir un duelo. Va a pensar que nada fue real, que en realidad, su ex no era taan malo, se va a culpar a sí misma por haber aguantado tanto tiempo, va a culpar a la gente de su entorno por no salvarla, va a rebelarse contra el mundo, va a llorar, patallar, va a sentir que cae a un precipicio, hasta que un día va a despertar aceptando su pasado, con ganas de vivir y amar de nuevo sin miedo. ¿Estás dispuesto a pasar todo con ella para obtener la recompensa?

—¿Y si ella no quiere?

—Si ella lo quisiera, ¿tú lo querrías?

La contemplé un momento, ¿había esperanza para Miranda y yo?

—¿Lo querrías, amor? ¿Estás dispuesto a ir al infierno por ella?

Aspiré con fuerza.

—Sí. Pero ya le fallé. A la primera de vuelta la dejé botada de un modo horrible.

—No te culpes, precioso, tú tampoco la has pasado bien.

—Somos dos corazones rotos.

—Sí, pero ¿sabes qué? Tal vez por eso son el uno para el otro, cuando se sanen sus heridas, vivirán para amarse, porque ya saben cómo no se debe amar.

—¿Qué hago, mi pequeña Vivi?

Habíamos llegado a Place des Jacobins y ella se sentó en un banco, sacó un cigarrillo de su cartera y lo encendió.

—No te ofrezco porque sé que no fumas.

—No, gracias.

Esperé que lo encendiera y me senté a su lado.

—Precioso, lo que tienes que hacer, si es que ella no lo ha hecho primero, es hablarle, decirle que te equivocaste en tu reacción, que pase lo que pase, ella puede contar contigo.

—¿Y si ella me escribió diciendo que no quiere nada conmigo?

—No le hagas caso, ella te quiere y te necesita, y eso la aterra.

Suspiré algo incrédulo. Ella terminó su cigarro en silencio. Se levantó, guardó sus cosas y tomó mi mano.

—Estás triste, amigo, no puedes dejar de pensar en ella.

—¿Para qué voy a mentirte? Sí, la extraño demasiado.

—¿Vas a durar las dos semanas aquí?

—No lo sé.

—Apenas llevas unas horas en este país.

—Es demasiado grande la distancia, quizás no debí viajar tan lejos. No debí venir.

—¿Te arrepientes?

—Me arrepiento de nuestra despedida —contesté pensativo.

—¿Solo de eso?

—Y de dejarla sola a merced del desgraciado de su ex. Si la encuentra y le pasa algo...

—Por eso le enviaste el mensaje a tu hermano.

—Sí. —Resoplé—. Tengo miedo, Vivi.

—Precioso... Jamás debiste tomar ese avión.

—¿Qué hago si le pasa algo? No voy a ser capaz de continuar.

—¿Te vas a ir?

—No lo sé, te dije que estaría dos semanas contigo.

Llegamos al hotel y ella detuvo nuestro andar, puso sus dos manos sobre mi cara.

—Precioso, hace mucho tiempo que dejé de depender de ti, hiciste demasiado por mí durante mucho tiempo. Dejaste de vivir por muchas personas, incluso por mí, ahora te toca a ti. Tal vez no sea fácil, pero si es lo que quieres, valdrá la pena. Si quieres irte ahora mismo, lo entiendo —aseguró con lágrimas en los ojos.

—Mi pequeña Vivi...

Sonrió con sus ojos llenos de comprensión.

—Vamos, precioso, será mejor que llames al aeropuerto a ver si te encuentran pasaje.

—Sí, pero de todas maneras no me voy ahora mismo. Me voy mañana, quiero dormir en una cama, ya no soy un chiquillo.

—Tienes razón, igual tienes que llamar para asegurar pasaje y ver para cuándo hay.

—Sí.

—Y tienes que ver las llamadas y los mensajes.

—Sí. —Eso es lo que me daba más miedo.

Subimos y en la puerta de nuestras habitaciones, nos miramos.

—¿Quieres estar solo?

—No, ¿quieres quedarte conmigo?

—Sí.

Sonrió con cariño.

—Voy a buscar mi ropa.

Se fue en tanto yo me cambiaba la ropa. Cuando volvió, se cambió en el baño mientras yo decidía si llamar a mi hermano o ver los mensajes. Uno era de Miranda. Y

me aterraba.

—Si le tienes miedo a la conversación de Miranda, déjalo para el final —me aconsejó.

—Sí.

Uno de los mensajes de texto era de mi mamá.

"Mi niño, avísame cuando llegues para saber que estás bien".

Había olvidado llamarla, con el cambio de horario, todavía estaba un poco perdido.

Otro de mi hermana Victoria.

"Supe que te ibas a Francia, que te vaya bien, cuídate. Te amo y te extraño".

Se lo leí a mi amiga siquiatra.

—Tal vez se dio cuenta del error que estaba cometiendo; la nubló la posibilidad de tener todo el dinero y el poder.

—Sí, puede ser —contesté simplemente.

Y el otro mensaje era de mi hermano Roberto.

"Llámame lo antes posible. Hable con Miranda".

Una de las conversaciones era de Rocío.

"Espero que haya llegado bien. Ya se le extraña en la oficina. No es lo mismo sin usted. Saludos".

—Ella es la que más te extraña —comentó mi amiga.

—Supongo.

—¿Vas a abrir el otro?

—Sí.

—¿O vas a llamar a tu hermano primero?

—No, no, voy a leer el mensaje y después lo llamo tranquilo.

—Bueno.

Pero léelo en voz alta.

—Sí. —Tomé aire y lo leí.

"Lo siento, no quise lastimarte, no fue mi intención hacer lo que hice. Perdón. Sé que se vio mal, yo no soy así, yo no quiero hacerte daño, no quiero y sé que a mi lado sufrirás, ya lo viste, soy estúpida, soy idiota, no hago nada bien y todo lo echo a perder. No mereces una mujer como yo. Mucho menos yo merezco un hombre como tú. Cuídate, por favor, sé feliz, lo mereces".

Alcé mis ojos a mi amiga luego de leer el mensaje de Miranda en voz alta.

—¿Qué hago?

—No la dejes. Tiene miedo, como te dije, si estás dispuesto a recorrer el camino con ella...

—Sí, claro que sí.

—Bueno, en ese caso, yo que tú, llamo a la aerolínea para conseguir vuelo y volver lo más rápido con ella.

—Gracias, mi pequeña Vivi.

—De nada, precioso, espero que seas feliz, al menos uno de los dos que encuentre la felicidad.

—Tú también la encontraras, tal vez aquí mismo la encuentres.

—Uff, ojalá.

Llamé a la aerolínea y me conseguí pasaje recién para el martes a las once de la noche.

—Ahora vas a llamar a tu hermano.

—Sí. No le va a gustar nada saber que voy a volver tan pronto.

—Bueno, va a tener que aguantarse no más.

—Sí.

Marqué el número.

—Roberto.

—Hermano, ¿cómo estuvo el viaje?

—Bien, bien. Viajo de vuelta el martes.

—¿¡Qué!?

—Sí, voy a volver, pensaba irme mañana, pero no hay pasaje.

—Ah, ya, Miranda habló contigo —dijo con sarcasmo.

—¿Qué tenía que hablar conmigo?

—Nada, nada.

—No, Roberto, no es "nada", dime qué tenía que hablar conmigo.

—No, solo fue una idea

—No, Roberto, no fue simple idea. ¿Por qué tendría que haber hablado conmigo? Y ¿por qué eso me hubiera hecho viajar de vuelta?

—No, José Miguel, no es nada.

—¿Qué pasó? ¿No le dijiste lo que te escribí en el mensaje?

—Sí, se lo dije.

—¿Entonces? Roberto, no me pongas más nervioso.

—La despedí.

—¿¡Que hiciste qué?! ¿Por qué? —interrogué enfurecido.

Capítulo 15

Me situé frente al ventanal de mi departamento y contemplé la oscura noche, tan oscura como veía mi vida, y recordé todo aquello que quería olvidar, viendo en ese vidrio, que hacía las veces de espejo por la oscuridad de afuera, todos esos años con Lorenzo.

A él lo conocí el día de mi graduación. Era el tío de una compañera y al principio me pareció uno más del grupo de acompañantes. Al finalizar la ceremonia, se acercó y me entregó un ramo de rosas.

—Felicidades, belleza —me dijo zalamero.

—Gracias —respondí sonrojándome—, no tenía que molestarse.

—No es molestia y no me trates de usted, no soy tan viejo.

Lorenzo era doce años mayor que yo, médico cirujano, con una confianza en sí mismo impresionante. Y pensar que un hombre como él, se sentía atraído por mí, me hizo sentir la mujer más deseada del planeta y la más afortunada.

En el cóctel se acercó a mí en el momento en el que iba a robar un vaso de ron.

—Hey, eres menor de edad, no puedes beber eso.

—Todos lo hacen —repliqué.

—Pero tú no, como médico sé lo nocivo que es beber alcohol antes de que el cuerpo esté preparado para ello.

Dejé el vaso en la mesa, exhalando un suspiro.

—No te enojas, solo quiero cuidarte, déjame hacerlo. —Me extendió un vaso de bebida—. Yo tampoco beberé esta noche, te hare compañía.

Sonreí.

—Así me gusta, te ves mucho más linda cuando sonríes para mí.

Otra vez me sonrojé.

—¿Tienes novio? —preguntó sin apartar sus ojos de los míos.

—No.

Ahora fue él quien sonrió.

—Me alegra no tener competencia.

—¿Qué?

—Eres realmente bella, Mirandita.

Bajé la cara avergonzada, Lorenzo me ponía nerviosa. Él colocó un dedo bajo mi mentón y levantó mi rostro.

—No te ocultes, belleza, no quiero dejar de mirarte —lo dijo con una voz de mando mezclada con ternura.

Las mariposas en mi estómago volaban como si no hubiera un mañana.

Al día siguiente era la fiesta de gala de la promoción en un elegante salón de eventos. Lorenzo, yo no lo sabía, era el presidente de la directiva de apoderados del curso, por lo que él, con el resto de la directiva, fueron nuestros chaperones.

Cerca de las doce, salí afuera a tomar aire. Habíamos bailado y jugado con los compañeros y hacía calor.

—¿Qué haces aquí tan sola? —Lorenzo apareció a mi lado con una mirada reprobatoria.

—Tenía calor.

—¿Y a quién le avisaste que estarías aquí?

—¿A nadie? —respondí-pregunté extrañada.

—Malo, belleza, no puedes hacer esto, es muy peligroso.

—¿Peligroso?

—Sí, si alguien quisiera secuestrarte para abusarte, ¿quién lo sabría?

Tragué saliva.

—¡Qué alharaco! —repliqué de todos modos.

—Eres muy pequeña para ver los riesgos de la vida y eres demasiado bella para pasar desapercibida a cualquier depravado.

—En un par de meses cumpla dieciocho, no soy tan chica.

Sonrió condescendiente.

—A tu edad uno cree que tiene la vida comprada y que es invulnerable, pero aquí, sola, lo único que haces es exponerte y exhibirte como una presa fácil de cazar.

—¡No es cierto! —protesté.

—Es lo que parece —repuso con firmeza—. Y tú eres muy niña para comprenderlo.

No contesté nada, me amurré. Él acunó mi rostro y besó mi frente.

—Yo solo quiero cuidarte, nada más. Déjame protegerte —supliqué.

El día de mi cumpleaños, mis papás hicieron una fiesta a lo grande, el dos de febrero se llenó la casa de compañeros, amigos, familiares... y Lorenzo.

Había estado yendo a la casa, como amigo, todo ese tiempo. Se llevaba bien con mi familia y a mi hermano le encantaba. Lo encontraba perfecto para mí.

Después que me cantaron el "Cumpleaños feliz", él se acercó a mí y me entregó su regalo. Era un hermoso collar de oro con mi inicial. Y me pidió ser su polola (ser su novia) con el correspondiente permiso a mi padre, el que aceptó encantado. Para mí era un sueño hecho realidad. Lorenzo era todo lo que cualquier mujer quisiera. Era atento, detallista, amoroso, respetuoso y amaba a mi familia. Ellos también lo amaban a él.

Tres meses más tarde, llegó a mi casa y habló con mi papá a solas. Solo cuando salieron del estudio, pude saber de qué. Lorenzo le había pedido a mi papá permiso para irse a vivir conmigo.

—¿Ir a vivir juntos? —pregunté cuando salí de mi asombro.

—Así es, belleza, tú y yo.

—Es mejor así —intervino mi padre—, así, si no les funciona, no tendrán que hacer mayores trámites.

Me extrañó su comentario porque al revés, él siempre esperó que me casara de blanco con fiesta incluida.

—No es que lo nuestro no vaya a funcionar, amor, claro que estaremos juntos toda la vida, pero tu padre dice que es muy pronto para casarnos y bueno, en realidad, acepto que eso es verdad, pero quiero estar contigo, vivir contigo, ser tu esposo, compartir contigo todo lo mío —aclaró Lorenzo—. ¿Tú qué dices? ¿Quieres que te lleve el desayuno cada mañana a la cama? —ofreció con dulzura, ¿quién se puede negar a una proposición así?

—Sí —respondí, aturdida con esta muestra de afecto.

—Te amo, belleza, ya verás que te voy a hacer muy feliz.

Me besó con suavidad, apenas un roce; cuando estábamos frente a mis papás, él no daba muestras de cariño, decía que era faltarles el respeto a ellos y a mí y que él, a mí, me respetaría hasta el último de nuestros días. Y yo le creí. Pero no fue así. Desde que nos fuimos a vivir juntos, las cosas cambiaron. Yo pasé a ser de su propiedad. No hubiese trabajado si mi papá no hubiese intervenido, él le dijo que debía salir a trabajar para que cuando llegaran los hijos, tener el dinero suficiente para que yo pudiera quedarme en casa cuidándolos. Y así fue como ahorré dinero y pude cambiarme de casa para abandonarlo, aun si no encontraba trabajo de inmediato, tenía dinero para sobrevivir.

—Este es tu nuevo hogar, todo tuyo, belleza, solo debes cumplir ciertas normas —me advirtió al llegar a su casa—, a mí me gusta el orden, las cosas fuera de lugar me molestan mucho. Obvio, mi princesa, que estoy consciente que tú eres pequeña y que te debo enseñar todo, desde preparar café hasta hacer el amor, pero no te preocupes, yo te enseñaré, serás mi alumna predilecta.

Yo sonreí, él era tan bueno conmigo, que entendía hasta mis defectos y mis carencias.

—Mira, este es el baño mío, solo yo lo uso, tú usarás el del dormitorio, ahí nos bañaremos juntos, haremos el amor y tú te encargarás de mantenerlo ordenado y limpio. Yo te enseñaré a hacerlo.

Me sorprendí, ¿no tenía a alguien para hacer aseo? No dije nada.

—A la cama le debes cambiar las sábanas a diario y si a mediodía o por la tarde nos acostamos, se deben volver a cambiar, la limpieza es primordial, belleza, así te amaré más.

—Ya, ¿seré tu empleada?

—¿Empleada? ¡Jamás! Esto es para los dos, para ti y para mí. Yo te amo, belleza, lo sabes, por lo mismo quiero hacerte perfecta para mí. Y lo serás. Todavía estás moldeable, ya verás lo feliz que serás cuando las cosas funcionen como deben ser.

Me abrazó y me dio un beso profundo, uno como no me había dado antes. Bajó con su mano por mi espalda hasta mi trasero y apretó mis nalgas con ambas manos, luego las acarició, mientras con su lengua recorría mi boca de forma muy lujuriosa. Yo me sentí algo incómoda, él lo notó.

—Tranquila, belleza, hoy serás mía y te aseguro que te gustará, te convertirás en una putita por y para mí —susurró lamiendo el lóbulo de mi oreja.

Y me hizo suya en medio de palabras lascivas y caricias nada tiernas. Sí, logró excitarme y siempre creí que así era lo normal...

Luego de eso, comenzaron los celos. No podía tener amigas ni amigos, si los hablaba, él me decía que yo era una cualquiera, que él jamás pensó que yo me convertiría en una, que eso solo se lo debía a él, que él me había enseñado todo.

Para él, yo, cuando lo conocí no era nada. Solo gracias a él era lo que era y había logrado casi la perfección... Solo tenía que apartar de mí el deseo por otros hombres. Aunque yo nunca miré a nadie más, él jamás me creyó. Por ellos, solía castigarme, me dejaba sin comer, sin dormir, me hacía dormir en el suelo o tenía relaciones sexuales conmigo, evitando que yo sintiera nada, bueno, también me daba nalgadas. Eso lo hacía cuando algo no estaba como él lo quería o cuando llegaba cansada del trabajo y no quería seguir con las tareas de la casa. También las primeras veces, antes de comenzar a golpearme, solo me castigaba. Pero un día... un mal día, me golpeó de verdad. Fue una bofetada. Le contesté mal y me dejó la cara marcada con su mano. La segunda vez fue por quebrar una taza al lavarla, me dio

una cachetada y luego golpeó mis manos por inútil. Hasta que un día me pegó sin miramientos. Fue una tarde que salí de la oficina y las chicas me invitaron a un happy hour, lo llamé y no puso ningún problema, por lo que me fui con ellas. El problema fue al volver. Las luces de la casa estaban apagadas, lo cual me extrañó, pero pensé que tal vez Lorenzo había salido. No fue así. Nada más cruzar la puerta del comedor, sentí un golpe agudo en mi espalda. No supe qué era. Pensé que se habían entrado a robar a la casa y me sentí perdida, seguro me violarían y matarían. Busqué el interruptor de la luz, pero un golpe en mi mano, no me dejó encenderlo.

—¿Quién es? —pregunté—. No me lastime, por favor —supliqué—. Puede llevarse lo que quiera, haré lo que me pida.

La luz se encendió y vi a mi pareja allí.

—¡Lorenzo!

—Así que estás dispuesta a lo que sea.

—Lorenzo...

Yo no salía de mi asombro.

—¡Eres una puta de mierda!

Me agarró del pelo y me arrastró hasta el dormitorio, como si fuera el hombre de las cavernas. Una vez allí, me dejó caer al suelo y me dio una patada en la espalda. Yo lloraba, no era capaz de hablar. Con el pie me puso boca arriba y colocó la planta en el cuello, apretándome.

—¿Hasta cuándo tengo que aguantar que seas así? —me preguntó llorando—. Yo te amo, Miranda, pero tú no me dejas amarte como debo.

Me soltó, me paró pegada a él y me abrazó con fuerza.

—Te amo, Miranda, perdóname, pero es que si tú no fueras así... Yo te quiero solo para mí, ¿no lo entiendes? No quiero competencia, te lo dije el mismo día que te conocí.

—Lorenzo... Yo no...

—Shht, no digas nada, belleza, está bien, sé que no volverás a hacerlo, ¿verdad? Esto me dolió más a mí que a ti, pero sabes y te prometí que te convertiría en perfecta para mí y la enseñanza no siempre es agradable.

—Tú no eres mi papá y él jamás...

—No digas nada, por favor, Miranda, no eches a perder este momento, no me obligues a hacer lo que no quiero.

Me quedé callada. Desde aquel día las golpizas eran por cualquier cosa. Por cinco minutos de tardanza, por demorarme en contestar el teléfono. Por todo. Y por nada. Cuando pensaba en hablar, contar lo que ocurría, él parecía adivinar mis intenciones y me amenazaba. Me decía que si no había hablado antes, no lo podía hacer ahora, que nadie me creería y que todos estarían de su parte si él contaba las cosas que yo hacía y la clase de mujer que era. Y me callé. Y cada vez era peor. Hubo una oportunidad en la que lo dejé. Puse una demanda y lo dejaron con orden de alejamiento, no podía acercarse a mí. Mi mamá dejó de hablarme, ella no podía comprender cómo yo había dejado a un hombre tan bueno como Lorenzo. Mi papá pensó que lo que yo quería era una vida de libertinaje. Mis hermanos... Ellos no intervinieron, según dijeron, los problemas de pareja se arreglan en pareja. Dos meses más tarde, llegó al departamento donde estaba viviendo y me llevó con él. Me golpeó tan fuerte que estuve un mes con licencia. No había problema, él me daba las licencias y se ocupaba de mí, no en vano era doctor. Me pidió perdón mil veces, de mil formas posibles, pero su excusa era que estaba desesperado. Desde aquel día decidí que encontraría la forma de escapar de él. Así fue que un día vi un anuncio para un reemplazo de un mes. Era todo lo que necesitaba para escapar.

—Y entonces llegué a su oficina —concluí y me di la vuelta para mirar a Roberto Cedeño que había vuelto ese viernes en la noche para pedirme perdón por su trato y rogarme que volviera a trabajar con él los tres días que me faltaban de la siguiente semana.

Él me observaba atento, serio, tal vez algo molesto.

—Ahora ya lo sabe, sabe por qué no puedo estar con su hermano y si él lo obligó a venir, no se preocupe.

—Miranda.

—No, don Roberto. —Me fui a mi mesita de noche y saqué el dinero que me había dejado José Miguel, mi jefe me había seguido, le extendí los billetes—. Dígame que no lo necesito, que no soy una de sus amigas y que espero que sea feliz.

—Miranda, te podemos ayudar.

—No, don Roberto, no pueden, nadie puede.

—¿Qué vas a hacer?

—No dejaré que me encuentre.

—¿Tu ex novio?

—Ni él ni su hermano.

—No puedes hacerle eso a José Miguel.

—No tengo nada que ofrecerle.

—¿Y si ese tipo te encuentra?

—Ese día, don Roberto, me despidió de este mundo, porque si él no me mata, lo haré yo... después de matarlo a él.

Capítulo 16

El sábado por la mañana, abrí los ojos y estaba solo en la cama que había compartido con Viviana. La puerta del baño estaba abierta, por lo que allí no se encontraba.

—¿Vivi? —consulté al aire. Nadie contestó.

Miré mi reloj, ¡las doce y media! Me levanté, me duché, tenía una cara horrorosa, y me vestí. Me fui a la habitación de mi pequeña amiga y allí la hallé.

—¿Y tú? Me dejaste solo —reclamé.

—Sí, me desperté temprano y no quise molestarte.

—Debiste hacerlo, ¿tomaste desayuno?

—No, eso sí no lo iba a hacer sola —largó una risotada—. Por lo menos no hasta que te vayas.

—Por lo mismo debiste despertarme, tenemos que aprovechar los momentos juntos.

—Toda la razón —respondió con un abrazo.

—¿A recorrer la ciudad? —ofrecí.

—Sí, esta ciudad es preciosa.

Asentí sin convencimiento.

—Cuando te pongas de novio con Miranda, tráela aquí y verás que esta ciudad sí es bonita, ahora todo lo debes ver negro a causa de la lejanía de tu amor —dijo socarrona.

—Tampoco es tan así, apenas la conozco.

—Claro, dímelo a mí. Mira que las únicas veces en que uno piensa tanto en el tiempo es cuando no está enamorado de verdad y quiere tiempo para arrepentirse o sentir algo más, por lo general, las cosas en esos casos no funcionan.

—Entonces voy destinado al fracaso. Ella necesita tiempo.

—Pero no para saber si siente cosas por ti, sino para sanarse internamente.

No dije nada. Esperaba que así fuera.

Tomamos desayuno en un pequeño café en el paseo a la salida del hotel, podríamos habernos quedado en el hotel, pero preferimos salir. Ella prefirió salir. A mí me daba lo mismo. Yo quería volver, cada vez se me hacía más difícil seguir allí.

—¿Te das cuenta que deberíamos estar almorzando en vez de tomando desayuno? —ironizó mi amiga.

—Si me hubieras despertado, estaríamos buscando donde almorzar —me defendí.

—Parecías un bebé dormido, no quería que te pusieras a llorar si te despertaba y no tenías la mamadera (*mamila, biberón*) —se burló.

—Ah, quieres molestarte —censuré divertido.

—Noooo... Para nada —siguió bromeando.

—Mira, mi pequeña Vivi, agradece que estás tomando café y no te puedo hacer nada pero ya vendrá mi venganza.

Echó a reír nerviosa ante lo que ella sabía vendría en un rato más

La llamada de mi hermano me sorprendió.

—Roberto —saludé cortante, la conversación anterior no había resultado del todo grata.

—José Miguel.... Hermano.

—Dime, ¿pasa algo?

—Miranda aceptó seguir estos tres días, pero no creo que pueda retenerla más tiempo hasta que llegues, su trabajo es hasta el miércoles y aunque le pedí que se quedara hasta el viernes, se negó. Estoy intentando comunicarme con Magdalena para que no vuelva a trabajar tan pronto y por lo menos que Miranda espere a que llegues.

—Ya... ¿Y ese cambio?

—Miranda está mal, José Miguel, ella...

—¿Te dijo algo? ¿Ese tipo sigue apareciendo?

—No, no, creo que ella ni siquiera ha salido del departamento.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No lo sé. Cuando vuelvas, conversamos y vemos el modo de ayudarla, mientras tanto ya hablé con mi suegro para saber qué se puede hacer, no es su especialidad, pero en su gabinete tiene gente que nos pueden orientar.

—Gracias, hermano.

—Siento mucho la forma en que la traté, perdí la cabeza, no me gusta saber que estás mal, sabes que eso me pone mal a mí también —dijo para aligerar la situación

—Solo lo haces por tu bienestar —me mofé divertido, mi hermano estaba de mi parte y eso me quitaba un peso de encima.

—Obvio, en realidad tú no me interesas.

—Claro, solo es por ti.

—Claro, ¿qué pensabas, que me preocupabas tú? Mira, tú no te quieres convencer que cuando mamá salía del hospital conmigo, te vio en un tarro de la basura, le diste lástima y te adoptó —se burló.

—A mí me contaron la historia al revés, que a ti te encontró en la basura. —Me reí de vuelta—. Por eso yo soy más inteligente y guapo.

—Eso lo dices tú, pero yo soy mucho más guapo —discutió alegre.

—Ya quisieras —rebatí.

Nos echamos a reír, siempre bromeábamos así, ¿qué hermanos no? Ni el hecho de que éramos gemelos nos detenía de molestar al otro; sin embargo, cuando se trataba de defendernos, lo hacíamos sin contemplaciones ni dudas, por eso lo entendía, Miranda no se había portado bien conmigo, pero es que ella no era ella, estaba mal, ya se curaría y sería la mujer que he buscado tanto tiempo. O al menos eso esperaba.

Luego de despedirme de mi hermano, mi ánimo estaba mucho mejor, lo que me llevó a recordar la venganza que tenía en contra de mi querida amiga.

—¿Vamos a dar una vuelta? —ofrecí pensando en lo que haría.

Ella aceptó y se tomó de mi mano. Yo la abracé por la cintura y atrapé sus brazos.

—¡José Miguel! —gritó sabiendo lo que se le venía—. No me hagas cos...

Tarde. Ya había comenzado con el ataque de cosquillas. Se retorció, pero no podía escapar, yo tenía mucha más fuerza que ella y no la dejaría escapar.

—¿Así que parecía un bebé? —pregunté sin dejar de torturarla a cosquillas.

—¡No, no! —respondió intentando que me detuviera.

—¿Y no quisiste despertarme porque me iba a poner a llorar?

—No, no... ¡Basta! —Reía sin control.

—¿Y también necesito una mamadera?

—No... No... Era una broma... ¡Córtala!

Dejé de hacerle cosquillas y la abracé a mi pecho, ella quedó exhausta y se abrazó a mí, respirando agitada.

—Pesado... —jadeó.

—¿Pesado? —interrogué amenazante.

—No, no —contestó riendo.

—Ah, ya. —La apreté más contra mi cuerpo, nos gustaba jugar, reír, llorar juntos—. Mi pequeña Viviana, no sabes cuánto te quiero.

—Y yo a ti, mi precioso —respondió acomodando su cabeza en mi pecho.

Nos quedamos así un rato y luego seguimos caminando, abrazados.

—¿Qué te dijo tu hermano que se te arregló el caracho (*la cara*)? —inquirió con humor.

—Que ella aceptó seguir trabajando por lo menos hasta el miércoles.

—¿A qué hora llegas tú?

—A las seis de la tarde.

—O sea va a estar en la oficina cuando llegues.

—No lo creo, porque el avión llega a esa hora, pero es una hora más de viaje, más el tiempo de recuperar maletas y todo eso.

—Bueno, la verás en su casa, entonces.

—Sí, al menos mi hermano está conmigo y quiere ayudarla.

—Me alegra oír eso.

—Quiero que pase pronto el tiempo...

—Te pondrás cada vez más ansioso. Ven, sigue caminando mejor a ver si se te baja la adrenalina.

—A ti te encanta reírte de mí.

Se apartó de mí. Habíamos llegado a un puente, según decía el letrero era el Quai Jean Moulin, ella estaba leyendo el letrero, y yo la tomé de la cintura y comencé a hacerle cosquillas otra vez.

—¡Oye, córtala! Me voy a enojar —me regañó entre risas.

—Enójate.

—Suéltame. —Seguía riendo.

—Enójate —la desafié—. ¿No eras tan chorita (*valiente*)?

—¡Ya! —gritó.

La solté y ella se afirmó de mí. Yo la abracé, pero ella me jugó una mala pasada y me apretó el costado, donde sabe que soy cosquilloso. Le hice el quite y ella se arrancó.

—Cobarde —me burlé yo ahora.

—No soy cobarde, soy pre-ca-vi-da.

—Cobarde —le refregué.

Ella intentaba no reír, pero le era imposible.

—Ven acá, mi pequeña Vivi.

Extendí los brazos y ella corrió a ellos. Se agarró de mi cuello y se colgó de mí. Cualquiera que nos viera pensaría que éramos algo más que amigos, pero no nos importó.

—Te quiero, mi precioso.

—Y yo a ti, mi pequeña.

—Dime algo...

La dejé en el suelo y la miré esperando su pregunta.

—¿Crees que queden pasajes para volver contigo?

—¿Qué dices?

—No quiero quedarme sola aquí.

—Pero es la oportunidad que siempre has esperado.

—Ya no la quiero.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, pero no quiero estar aquí —me confesó con un puchero.

—Espera.

Llamé de inmediato a la agencia.

—Listo, nos vamos de vuelta juntos —le anuncié luego de hacer la reserva para ella.

—Gracias.

—Debo confesar que no me gustaba nada dejarte aquí sola.

—Lo sé.

—Vamos a almorzar, o a tomar once (*el té de la tarde*), ya por la hora no sé qué es —le dije en tono de juego.

—Bueno, disculpa, mañana te despierto más temprano —se excusó—. Porque en estos días tenemos que conocer lo más que podamos, de algo que sirva este viaje, ¿no?

—¿Estás segura de querer irte?

—Ya te dije que sí.

—Pero tú soñaste con esto toda tu vida.

—Sí, pero no así, además, no sé ni hablar francés y aunque me traduzcan no será lo mismo.

—¿Por qué viniste?

—Por la misma razón que tú, precioso, por enojo.

—¿Volverás con Melissa?

—No, no lo creo, ya han pasado demasiadas cosas.

—¿Demasiadas?

—En cierto modo me pasó lo que a tu amiga, con la diferencia que Melissa no me golpeaba, pero sí me hacía sentir inferior, me hacía sentir que no servía para nada, que nadie podría amarme. Y esto lo demuestra.

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, no soy capaz de quedarme. Si no hubieras venido conmigo, a lo mejor ni siquiera habría tomado ese avión.

La contemplé unos segundos, a pesar de la edad, me seguía pareciendo esa niña tímida y de baja autoestima que no quería apartarse de mí por miedo a todo lo que la rodeaba. Esa fue una de las razones por las que estudió psiquiatría.

—Ya, dime que soy tonta —me urgió intentando reír para no llorar.

—Tonta —accedí y la abracé del cuello—. Mi pequeña tonta.

—No me vas a hacer llorar.

—¿Y quién te dijo que te quiero hacer llorar? —respondí con una sonrisa y le hice cosquillas en el cuello.

—¡Nooo! —gritó y trató de zafarse de mí, pero no lo consiguió—. ¡Suéltame!

—No, hasta que digas que no eres tonta.

—¡No soy tonta! —gimió desesperada por la risa.

—Repítelo.

—No soy tonta —repetió.

Yo la giré y la abracé a mi pecho.

—Parece que la embarramos (*cometer una estupidez*) con viajar —me burle de nosotros.

—Como mochileros nos moriríamos de hambre. —Se rio con ganas.

—La señorita psiquiatra podría darle un nombre a nuestro mal.

—¿Pelotudez? —preguntó divertida—. O su nombre científico: Síndrome de Pelotuditis estúpida.

Me eché a reír. Ella se abrazó a mí riendo y seguimos rumbo a algún lugar en la ciudad, al menos visitaríamos lo que más pudiéramos, de otro modo, el tiempo se nos haría eterno, sobre todo a mí, que no podía quitar de mi mente a Miranda, tampoco a mi hermano y nuestra discusión. Él hizo lo mismo que yo, la trató de cualquiera... Y no lo merecía.

Al final, terminamos enojados. Y no me gustaba. No me gustaba estar enojados con mis hermanos y ya dos estaban enojados conmigo, aunque claro, Victoria me había escrito y yo a ella. Era mi niña, no podía mantenerme molesto con ella, mucho menos si ella quería arreglar las cosas.

—¡Mira! Una tienda de recuerdos. Al menos debemos llevar cosas de regalo, ¿o no? Si no, no nos van a creer que viajamos a Francia.

—Vamos a ver —accedí a regañadientes. Tiendas y Viviana eran una combinación peligrosa.

Casi corrió hasta la pequeña tienda de antigüedades y me arrastró con ella. Esa calle tenía varias tiendas de arte y compramos varios recuerdos. Viviana parecía una niña en una juguetería en Navidad.

Se oscureció y Viviana quería seguir comprando. Y no solo compró recuerdos, también compró zapatos y ropa, cualquiera que pensara que por ser lesbiana no debían gustarle las cosas típicas de mujeres, estaba muy equivocado.

—¿Algún día terminarás de comprar? —consulté mostrando la docena de bolsas que tenía en mis manos.

—Sí, sí, es que ¿viste los precios? Y son cosas preciosas. Dime que no me veía guapa con el vestido ese de gasa.

—Te veías hermosa —admití.

—Ya, ya, dejaré de comprar, sabes que soy compradora compulsiva.

—Sí, lo sé, pero ya creo que fue suficiente.

Resopló.

—Ya. No más.

Nos volvimos al hotel y luego bajamos a comer a una cafetería. Ambos ya estábamos cansados así es que nos fuimos al cuarto. Habíamos comprado un juego de naipes y nos dispusimos a jugar. Jugamos carioca. Yo iba ganando, solo faltaba la escala sucia y la escala real cuando mi celular sonó por un mensaje privado. Miré a mi amiga.

—¿No verás quién es? —me preguntó.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media. ¡Las cinco y media! Se nos pasó volando la hora.

Doce y media en Chile. Saqué mi móvil del bolsillo y lo miré. Era un mensaje de Miranda. Lo abrí y miré a mi amiga. Me sentí un imbécil.

Esto no podía estar pasando...

Capítulo 17

El sábado por la noche llegaron las chicas en tropel. Querían hacerme una despedida, ya que como terminaba mi trabajo el miércoles, no podríamos salir hasta tarde; luego de eso, me iría fuera de la ciudad, por lo que insistieron tanto que no me pude negar. Además, necesitaba un respiro.

Llegamos a un lugar muy alegre, lleno de luces, vida, gente y con una música que podía hacer bailar a los muertos.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó Rocío.

—Solo bebida, ando en el auto —contesté.

—Pucha (*expresión de desilusión*) —suspiró Ana María.

—Sí, en todo caso, yo nunca tomo, así que no es problema.

—Bueno, al menos si quedamos mal, ya tenemos quien nos vaya a dejar —bromeó Jacqueline.

—Ningún problema —respondí sincera—. Yo las voy a dejar a sus casas, no las voy a dejar tiradas y ebrias —me burlé.

—Siempre venimos —replicó Sandra riendo—, y nunca nos han tenido que llevar a rastras.

—Pero justo hoy vamos a necesitar que nos lleven porque vamos a tomarnos tu cuota también —repuso Ana María.

Todas echamos a reír, menos Rocío, que solo sonrió, parecía entre molesta y triste. En eso, apareció ante nosotras, Magdalena.

—¿Y tú? —preguntamos a coro.

—Vine a acompañarlas, total, ya se me acabó la licencia, se supone que ya puedo volver el lunes.

—Ah, entonces no sería necesario que yo vuelva la otra semana —dije.

—No, pues, porque, primero que nada, quiero tomarme más días, pero voy a ir al médico el lunes para pedir más licencia, ¿no te molesta quedarte hasta el viernes?

Yo la miré y me encogí de hombros.

—No, supongo que no habrá problema por parte de don Roberto.

—No, está feliz contigo, hablamos el jueves, no había tenido ningún problema.

Sonreí. Si supiera...

—¿Y tú? ¿Qué tal estuvo tu mes de reemplazo? ¿Te trató bien el jefe? Por las chiquillas ni te pregunto, se nota que se llevaron bien —terminó mirándonos a todas.

—Sí, don Roberto es un amor —no mentí.

—Y eso que no conociste a su hermano —se burló—, es soltero, sin compromiso.

—Sí, lo conocí, bueno, lo traté algunas veces cuando fue a la oficina o nos encontrábamos, vivimos en el mismo edificio.

—Es un amor de hombre —siguió diciendo—, yo no sé cómo todavía no encuentra una mujer para establecerse.

—Tal vez no sepa buscar —contesté sin pensar.

—Sip, es que muchas creen que es solo una billetera andante —intervino Rocío, mirándome con reproche.

—Esa es la lata (*lo malo*) de ser rico, nunca se sabe si alguien esta con uno por plata o por amor y la otra persona tampoco va a saber si es solo un capricho de niño rico.

—Eso es cierto. Lo primero —aclaró Rocío—, porque quien lo conozca un poco más... al gran jefe me refiero —agregó sardónica—, sabría que él no es así.

—Igual debe haber tenido sus amantes por dinero —repliqué más sarcástica.

—Claro, pero cuando es así, él lo dice y ambos saben a lo que van. Cuando no quiere jugar, cuando quiere ir en serio, también lo dice. A él no le gusta jugar con las personas. Nunca lo ha hecho, y aunque don José Miguel diga que no, son las mujeres las que juegan con él en vez de ser él quien las toma para la jugarreta.

Me quedé callada pensando en la última noche cuando estuvimos juntos, cualquiera diría que yo había jugado con él y no fue así. Yo solo quería tener un buen recuerdo y me llevé el peor de todos. Su rechazo.

—¡Miranda! —La voz de Lorenzo me descolocó y me transportó al pasado, al presente y todo se revolvió en mi cabeza.

Lo vi acercarse a nuestra mesa con una gran sonrisa falsa. Todo daba vueltas dentro de mí y no era capaz ni de pensar claro ni de reaccionar.

—Buenas noches, damas, hermoso ramillete de flores —saludó con una voz que me estremeció, era como la calma antes de la tormenta.

—Buenas noches —saludó Jacqueline algo cohibida.

—Hola —dijo Ana María, confundida.

Ni Rocío ni Magdalena lo saludaron, ambas me miraron.

—¿Quién es usted? —preguntó, de mal modo, Sandra.

—Soy Lorenzo Fábregas, amigo de Miranda.

—No lo creo, no la veo que se alegre mucho con tu presencia —expresó con la franqueza que la caracterizaba.

—Tal vez por el modo de separarnos, pero estoy seguro que está feliz de verme, ¿verdad, belleza?

No contesté, no fui capaz. Quería decirle que se fuera, que no quería nada de él, que era un maldito...

—¿Me la prestan un momento? —consultó.

—No —contestó Rocío sin miramientos.

—Vamos, no seas malita, solo serán cinco minutos.

—Mira, Lorenzo, a nuestra amiga no te la vas a llevar a ninguna parte, ¿me oíste? —aclaró Sandra.

—¿Y si ella quiere? Porque tú quieres, ¿verdad, cariño? Solo necesito hablar contigo unos minutos, amor.

Estuve a punto de ceder, tenía miedo que se enojara y...

—Ni aunque ella lo quisiera —afirmó Magdalena tomando mi mano—. Ella no se va de aquí, menos contigo. Y no es una cosa para prestártela o no. Simplemente no la dejaremos ir contigo.

—Creo que esa es una decisión que debe tomar ella —repuso Lorenzo sin perder la calma exterior.

—Pues no en este caso —espetó Sandra—. Está con nosotras y con nosotras se queda.

—Bien, puede que no sea hoy, pero de que te encuentro, te encuentro, belleza, no sé qué les contaste a tus amigas de mí, te entiendo, ya no querías seguir conmigo porque tenías a tu amante de turno, pero no importa, cariño, no importa que me trates como a un perro, te sigo amando y esperando. Sé que tu juventud te hace actuar así, a tontas y a locas, no me importa, estoy dispuesto a esperarte todo el tiempo que sea necesario para que vivas las experiencias que quieras vivir y luego vuelvas a mí, con la certeza que soy y seré el único hombre capaz de amarte, el resto solo te querrá como un juego.

—Corta ese discursito barato y cursi —lo increpó Sandra—. No la vas a convencer.

—Y para tu información hay muchos hombres que pueden, y quieren, amarla tal como es. No eres el único hombre sobre la tierra —agregó Rocío.

—Por suerte —añadió Jacqueline.

—Conocemos muy bien a los de tu especie. Ahora fuera de aquí, que estamos celebrando —ordenó Sandra.

—Tú no me hablas así —amenazó Lorenzo.

—Hablo así y ¿qué? ¿Me vas a pegar? ¿Tan cobarde eres que te querrías enfrentar a una mujer como yo? Porque déjame decirte que soy muy capaz de enfrentarme a ti y a diez más. No me das miedo, guevón.

Lorenzo lanzó un bufido y me miró amenazante. No dijo nada, dio la vuelta y se fue. Mi corazón latía a mil por hora, parecía que en cualquier momento se saldría de mi pecho y escaparía lejos de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó Ana María que se notaba tan asustada como yo.

—Sí, gracias.

—¡Ay, niña! No quiero que te vayas, pero qué bueno que lo hagas, ese tipo no va a descansar hasta que te atrape de nuevo —me dijo Sandra.

—Yo no quiero volver con él.

—¡No debes hacerlo! —exclamó Rocío.

Yo la miré, desde aquel almuerzo donde ella expresó su molestia por el viaje de su jefe, las cosas entre ella y yo estaban algo tirantes, no sé si ella sabía algo o no, aun así, me había defendido. Igual que las demás. Me alegré de haberles contado, si no lo hubiese hecho, ellas no habrían sabido qué clase de persona era Lorenzo.

—Gracias, chicas, yo no habría sabido defenderme de él sola —agradecí desde el corazón.

—Para eso estamos —sonrió Sandra.

La velada para mí, desde esa hora en adelante, no fue lo mismo, ya no pude relajarme. De todas maneras, intenté hacerlo y disfrutar de ese último día con mis compañeras.

Al terminar, fui repartiéndolas. Rocío fue la última.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me consultó, cuando estacioné fuera de su casa.

—Claro —contesté algo aturdida y nerviosa.

—¿Qué pasó entre tú y el gran jefe?

—¿Por qué?

—Te pregunto, es que... Yo conozco a José Miguel y estoy segura que él se fue por ti.

—¿Te dijo algo?

—No, él es demasiado hombre para decir nada.

—Rocío... —comencé sin saber continuar.

—Mira, José Miguel es un buen hombre con mala suerte. Yo sé que tú le gustas, lo noté desde el primer momento que los vi juntos y le advertí que si no quería nada serio, que no jugara contigo. Creo que debí advertirte lo mismo a ti. Sé, a ciencia cierta, que él está triste, aunque no me diga nada, nos llevamos tan bien que conozco todos sus estados de ánimo.

—¿Qué quieres que haga?

—Lámalo, dale una oportunidad.

—Yo me voy, aunque quisiera, es imposible.

—No tienes que irte.

—Sí tengo. Ya viste a Lorenzo, ese hombre no descansará hasta encontrarme.

—¿José Miguel lo sabe?

Bajé la cabeza.

—Y supongo que te ofreció hacerse cargo.

No respondí.

—¿A ti te gusta de verdad él?

Asentí con la cabeza.

—¿Entonces, Miranda?

Un corpulento hombre salió de la casa.

—¿Mi marido? —Rocío se extrañó, yo me asusté.

—Se enojó por la hora, lo siento, son más de las dos, debimos llegar más temprano —apostillé nerviosa.

—¡No! No tiene por qué enojarse.

El hombre se acercó a mi coche y yo abrí la puerta.

—Se van a bajar y van a entrar a la casa —ordenó sin más.

—¿Qué?!

—Hay un hombre vigilándolas, o las siguió y está detrás de una de ustedes o quiere asaltarlas.

Yo miré por el espejo retrovisor.

—Es Lorenzo —musité.

—¿Lo conoces? —preguntó el marido de mi amiga.

—Es su ex, se creía boxeador y practicaba con ella —explicó Rocío a su esposo.

—Ah. —Sonrió el hombre con ironía—. A esos choritos me los como con limón (*dicho que se refiere a enfrentar a alguien que se cree valiente*). Entren a la casa.

Nos bajamos sin chistar, el marido de mi amiga me pidió las llaves de mi auto. Esperó que cruzáramos la reja y caminó hacia el coche de Lorenzo quien, al verlo avanzar hacia él, echó a andar el automóvil y se fue a toda prisa. El esposo volvió riendo.

—Bien cobarde tu ex —comentó—. ¿Y tú le tienes miedo a ese tipo?

No supe qué decir.

—¿Sabes defensa personal?

Negué con la cabeza.

—Entren, esta noche te quedarás aquí. Yo dejaré tu auto en el garaje.

Miré a Rocío. Estaba confundida. Mi compañera de trabajo sonrió.

—No te asustes, no pasa nada, mi marido sabe de estas cosas.

Me tomó del brazo y entramos. Su casa tenía muchos muebles antiguos, pero muy bien conservados. Nos sentamos en el sofá. Rocío me ofreció algo de beber, pero yo decliné su invitación. Poco después llegó el esposo. Me levanté.

—Ahora sí, soy Alex, esposo de Rocío —se presentó a sí mismo con una gran sonrisa.

—Hola, soy Miranda —respondí cohibida.

—Disculpa la salida, es que vi ese auto extraño y con tanto robo, hay que tener cuidado y si mi esposita puede estar en peligro,...

—No me di cuenta cuando llegó —me disculpé.

—Pero ya se fue y eso es lo importante. Cuéntame, ¿llevabas mucho tiempo con él?

—Diez años.

No comentó nada, solo levantó las cejas.

—Lo dejé hace un mes, cuando entré a trabajar en la empresa donde trabaja Rocío —expliqué.

—O sea, debe andar como león, enfurecido.

—Sí, me imagino —acepté.

—¿Le tienes miedo? —preguntó directo.

—Sí, aunque no quiera y me convenza que no es así, que no debería tenerle miedo, le tengo.

—¿Por qué no deberías?

—No sé, si yo fuera más firme...

—¿Alguna vez te defendiste? —Negué con la cabeza—. ¿Alguna vez hablaste de esto con alguien?

Volví a negar y me encogí de hombros.

—Solo ahora con las niñas.

—¿Te das cuenta que si lo callas le das más poder sobre ti? Lo empoderas porque nadie sabe lo imbécil que es y nadie podrá ayudarte.

Una lágrima cayó por mi mejilla. Lo mismo me dijo José Miguel y lo extrañé más que nunca.

Capítulo 18

—¿Me vas a decir lo que pasó anoche? ¿Qué mensaje recibiste que quedaste así? —me preguntó Viviana en el desayuno.

—Nada.

—No me digas que nada. ¿Qué pasó?

—De verdad.

—Precioso, yo no nací ayer y te conozco desde que tengo uso de razón. No me mientas.

Tomé aire y saqué mi móvil. Se lo entregué en el mensaje que había leído mil veces sin comprender.

Miranda: No quiero volver a verte

Miranda: no me busques más

Miranda: déjame tranquila. Búscate a otra para jugar. No me llames más.

—¿Qué significa esto?

—Ya lo ves. Ahora sí que se acabó todo, no quiere nada conmigo.

—Es extraño.

—¿Qué es lo extraño? Desde hace rato que no quería verme.

—Eso de "Búscate otra para jugar". Ella nunca ha pensado que tú quieres jugar, al contrario, sabe que lo tuyo es serio y por eso tiene miedo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, solo te digo que me parece extraño eso.

—He pensado tanto en cada una de las palabras ahí escritas y no puedo creerlo. Mi hermano ayer me dijo que estaba dispuesta a seguir trabajando, a esperar, a arriesgarse. No lo entiendo, Vivi, no lo entiendo, no me entra, no sé qué puede haber ocurrido en esas horas...

—¿Por qué no hablas con tu hermano? Si hubieras hablado ayer, cuando te llegó el mensaje, te hubiera dicho que la llamaras de inmediato, algo debe haber pasado... ¿Y si fue un mensaje para pedirte ayuda? ¿Qué tal si ese tipo la encontró, la obligó a "terminar" contigo y ella te mandó un mensaje camuflado?

Eso me aterró. Si el tipo había visto en su celular el mensaje que me había mandado y el que le había mandado yo...

La llamé. Buzón de voz.

—Lo tiene apagado.

La cara que puso mi amiga, me hizo sentir que caía en un pozo profundo. Llamé a mi hermano.

—¿Qué pasa, José Miguel? ¿Estas son horas de llamar en un domingo?

—¿Has sabido algo de Miranda?

—No, ¿por qué?

—Me mandó un mensaje.

—Ya.

—Dice que no quiere que la busque más, que me busque a otra para jugar, que no la llame.

—¿A otra para jugar? Ella sabe que tú no la quieres para eso.

¿Acaso fui yo el único que no se fijó en esa frase?

—Por lo mismo, Vivi dice que puede ser un mensaje camuflado si el tipo la encontró.

—¿La llamaste?

—Tiene buzón de voz.

—Voy a verla a su departamento —respondió con celeridad, casi me lo imaginé saltando de la cama para ir a verla.

—Gracias, hermano.

—De nada, te aviso cualquier cosa, esperemos que no sea nada.

No pude dejar de preocuparme. Ahora que lo veía de otro modo... Miré al cielo y rogué al universo que la protegiera y no le pasara nada malo, que no tuviera que pagar ella por mi estupidez.

—Tranquilo, precioso...

—¿Te das cuenta, Viviana, que todavía quedan dos días para que nos vamos? —Tomé una decisión desesperada, hice una llamada telefónica—. Necesito viajar lo antes posible a Chile, ¿me puede ayudar? Gracias.

Luego que me dieron todos los datos, miré a mi amiga.

—Nos vienen a buscar en dos horas, mi pequeña Vivi, ¿tienes mucho que ordenar?

—No, no, vamos.

Me tiró de vuelta al hotel y subimos a guardar nuestras cosas en la maleta. Yo no llevaba tantas cosas, ella tampoco, por lo que una hora y media más tarde estaba pagando el hotel y anunciando nuestra partida. Nos sentamos afuera y Vivi encendió un cigarrillo.

—¿Le avisaste a tu hermano que nos vamos? —me preguntó.

—No, es cierto, tengo que llamarlo.

Lo llamé y le avisé. Él me dijo que no había nadie en el departamento y el conserje le informó que no había llegado a dormir.

—¿Crees que esté con él? —le pregunté a mi amiga psiquiatra.

—No lo sé, precioso, esperemos que no.

—Si le pasa algo, me muero, Vivi.

—No digas tonterías, no le pasará nada.

—Pero es que... No debí dejarla sola.

—Lo hecho, hecho está, ahora vamos de vuelta y ya verás que todo volverá a estar bien.

—¿De verdad lo crees?

—No lo creo, estoy segura.

El taxi llegó a buscarnos y respiré aliviado, aunque el viaje duraría una buena cantidad de horas, al menos y a estaría de viaje rumbo a Chile.

ΨΨΨ

Rocío se sentó en la mesa a desayunar antes que Alex, que sirvió el agua en las tazas y luego se sentó él.

—¿Cómo dormiste? —me preguntó el esposo de mi amiga.

—Bien, bien, gracias.

—¿Cómo te sientes hoy para enfrentar un nuevo día? —volvió a consultar.

—Más tranquila, más segura también. Gracias por lo de anoche.

—No tienes nada que agradecer. ¿Te vas a ir a tu casa ahora o prefieres quedarte aquí hasta que te vayas de la ciudad?

—No quiero molestarlos más, suficiente con lo que han hecho por mí.

—No digas eso. —Rocío puso su mano sobre la mía—. ¿Vas a llamar al gran jefe?

—Sí, le voy a enviar un mensaje después del desayuno.

—Sí, merece saber tu decisión.

Asentí con la cabeza, ella tenía razón. Ahora quería terminar de comer rápido para enviar ese mensaje y que le llegara pronto, así sabría su reacción, aunque... Aunque también me daba miedo.

Por fin terminamos de comer y tomé mi cartera, mi celular no estaba allí, me lo busqué en los bolsillos de la chaqueta, del pantalón. Nada.

—¿Qué pasa, Miranda?

—No encuentro mi celular.

—¿Dónde lo tenías la última vez? Anoche cuando te acostaste, ¿no te lo llevaste a la pieza?

—No, no, estoy segura que no, porque iba a ver la hora y me dio flojera salir a buscar la cartera.

—Tampoco estaba en tu auto, me preocupe por ver si tenías cosas de valor dentro —me avisó Alex.

—Qué raro. Anoche los teníamos todos juntos en la me... —Rocío se detuvo de golpe—. Lorenzo, ¡Lorenzo te lo quitó!

—¿¡Qué?!

—Si no llegaste con él aquí y si te acuerdas bien, cuando ya nos íbamos y no estaba el tuyo, tú dijiste que debía estar en tu cartera. Pero no está, y tú lo tenías encima de la mesa, porque pensé que estabas esperando la llamada de José Miguel.

—¿Y si él me lo robó...? —Pensé en que ahí estaba el mensaje que le había enviado a José Miguel y su respuesta.

—¿Qué crees que pudo hacer él con tu teléfono? —consultó Alex.

—Hay una pequeña conversación con José Miguel, quedamos en nada, pero...

—¿Temes que se vaya en contra de él?

—No. Tengo miedo que le hable como si fuera yo.

A pesar de la preocupación y de mi miedo, decidí volver a mi departamento.

Llegué a mi casa cerca de las dos de la tarde. No alcancé ni a sentarme cuando el timbre sonó. Me alarmé, pero luego pensé que tal vez el hermano de José Miguel volvía a verme, además de don Roberto, nadie me visitaba. Aparte que el conserje no le diría a nadie que estaba en casa. Tal vez era un vecino. Abrí y mi sorpresa fue mayúscula al ver a mi mamá y a mi ex suegra paradas allí.

—¡Hija! —Mi mamá me abrazó y se puso a llorar.

—Mamá... —No sabía cómo habían llegado hasta allí ni cómo habían dado conmigo.

—Estaba tan preocupada por ti —me dijo tomando mi cara—. ¿Por qué no me avisaste dónde y cómo estabas? No sabes la angustia que hemos tenido estos días. Lorencito también ha sufrido mucho por ti, ese hombre parece un fantasma, ni te imaginas cómo está.

“Anoche cuando lo vi, no parecía tan mal”, pensé para mis adentros.

—¿Cómo supieron donde vivía? —pregunté de mal modo.

—Preguntando se llega a Roma, querida —dijo con sarcasmo, y de modo frío, la madre de Lorenzo entrando al departamento—. Mi hijo dice que lo dejaste por otro hombre. —Fue directo al grano.

—No, lo dejé porque me golpeaba —confesé de una vez sin miedo.

—Por favor, Miranda, mi hijo sería incapaz de algo así, él lucha a diario por salvar las vidas de las personas. Y no solo eso, coopera con asociaciones contra de la violencia de género, ¿cómo te atreves a acusarlo de tal falsedad? —cuestionó mi ex suegra.

—Pues lo hacía.

—Algún motivo tienes que haberle dado, hija, de otro modo no hay explicación si lo que dices es cierto —replicó mi mamá.

—¡Me golpeaba, mamá! Me maltrataba y no solo física, también psicológicamente.

—Mi amor, él es el mejor hombre que he conocido en toda mi vida, ¿crees tú que nos puedes mentir de esta manera? Él lo daba todo por ti. Lo da todo por ti.

—Y si era tan malvado, tan maquiavélico, ¿por qué no lo dejaste antes? ¿Por qué nunca dijiste nada? —intervino la señora Doris.

—Lo intenté, señora. Mamá, tú sabes que yo quise dejarlo.

—Sí, cuando estabas embohada con el chico de tu trabajo —interpeló molesta la mujer.

—Nunca miré a ningún otro hombre, señora, además, con quien su hijo me incriminó tenía su pareja.

—Eso no es impedimento, tú estabas con mi hijo.

—La pareja de él era hombre —aclaré molesta.

—Bueno, pero eso quedó atrás —consensuó mi mamá—, además, cuando volviste, él te llevó de luna de miel. —Sonrió con dulzura y más rabia me dio.

—No, mamá, estuve un mes con licencia por los golpes que me dio.

—¡Ay, hija, si hasta fotos trajeron! —exclamó mi mamá con dureza.

—Fotos trucadas.

—Miranda, y o no voy a permitir que hables así de mi hijo, y o solo quería comprobar que lo que dijo Lorenzo era cierto, que estás con otro.

—¡No estoy con nadie! —protesté—. Ya no soportaba seguir con su hijo, señora.

—Claro, porque tienes otro. Siempre he sido una convencida que todos los problemas se arreglan y todos los defectos se soportan mientras no aparezca un tercero en la historia, porque ahí ya no se aguanta nada y todo es malo.

—No es verdad.

—¿Por qué esperaste diez años para dejarlo?

—Porque vivía con miedo, porque sigo teniéndolo, su hijo me persigue, me acosa, me tiene amenazada. Su hijo es un psicópata, señora.

—¡Mentirosa! —gritó dándome una bofetada.

Mi primer impulso fue pedir disculpas, pero no lo haría, y o no tenía la culpa de nada. Acerqué mi cara a la de ella y la miré fijo.

—Dígame, señora, ¿cómo llegaron aquí? Él me siguió y las envió ¿o me equivoco? Porque es tan cobarde que no se atrevió a venir él en persona.

—No es cierto, él lo supo y quiso que viniéramos nosotras, porque sabe que tú no quieres nada con él, está preocupado y quiere saber que estás bien —intervino mi mamá, mi ex suegra no contestó nada.

—No, anoche lo vi y él me vio, me siguió, me persiguió. Su hijo, señora, me amenazó. Y su presencia aquí hoy, no es más que una advertencia de él para que haga lo que él quiere una vez más, pero ¿sabe qué, señora? Puede irse de mi departamento ahora mismo y decirle a su hijo que no lo quiero volver a ver, que no lo quiero cerca, que si él vuelve a tocarme, no me voy a quedar aguantando sus golpes como siempre. Dígaselo. Y dígame también que mi abogado está interponiendo una orden de restricción para él y ahora también pondré una contra ustedes.

—¡Hija! —exclamó mi mamá sorprendida.

—Sí, mamá, porque tú prefieres creerle a un extraño que a tu propia hija.

—Lorencito no es un extraño.

—¡Yo soy tu hija, mamá! —grité exaltada—. Y prefieres creerle a él.

—Él no es un mal hombre, tal vez malinterpretaste...

—No malinterpreté nada, mamá, él me amenazó. Él me siguió. Y es un loco psicópata, esperó toda la noche a que saliera de donde estaba escondida para seguirme y saber dónde vivía.

—No sabes lo que dices, mocosa —refunfuñó mi ex suegra.

—Usted no conoce a su hijo, señora. Dígame algo, si usted venía en buena forma aquí, ¿por qué el conserje no me avisó que tenía visitas? Porque entraron a la mala a mi departamento, ¿verdad?

—No es así. Si no te avisó no es nuestro problema.

—Ustedes jamás le dijeron que venían a verme, si se lo hubieran dicho, él no las hubiera dejado pasar, tiene instrucciones claras de no dar información de mí a nadie. A nadie —recalqué.

—A ver, Miranda, yo solamente venía a comprobar que estabas sana y salva, no lo hice por ti, lo hice por mi hijo que está sufriendo, sabes muy bien que jamás te quise como nuera, tú no eres para mi hijo, él se merece una verdadera mujer y me doy cuenta que todo lo que pensé de ti y todo lo que Lorenzo dice, es cierto.

—¿Qué cosa? ¿Que tengo a otro hombre?

—Sí.

—No tengo a nadie, señora.

—Y ese tal José Miguel, ¿también es nadie?

Capítulo 19

El viaje se me hizo eterno. Pasar una noche más lejos de Miranda, se me hacía imposible. Y mi pobre amiga pagó los platos rotos con mi mal humor.

—Cálmate, hombre, y vamos a llegar —intentaba tranquilizarme cada cierto rato.

—¿Ya vamos a llegar? —contestaba y miraba mi reloj, parecía que el tiempo no avanzaba.

Lo que parecían días, eran horas, lo que parecían horas, eran minutos...

La angustia me estaba matando, pensar que no hice caso de su mensaje y que pudiera estar en peligro...

No. Si algo le pasaba, no me lo perdonaría jamás.

Nada más llegar al aeropuerto, llamé a mi hermano, me pidió vernos en mi departamento, él me esperaría allí. Al parecer no había buenas noticias. Miré mi reloj. Las once y diez de la mañana del lunes.

—Quiero verla —supliqué a Roberto—, voy a tu oficina.

—No, no, y o voy saliendo a tu departamento.

—¿Qué pasa? ¿No quiere verme?

—Hermano...

—¡Dímelo ya! —exigí desesperado.

—Ella no llegó a trabajar, parece que se la hubiera tragado la tierra, nadie sabe nada.

Si no perdí el sentido, estuve muy cerca. Viviana tomó el auricular y siguió hablando con él cosas que yo no entendía. Lo único que mi mente procesaba era que no estaba. Si Lorenzo la había encontrado...

No.

Las imágenes de ella siendo golpeada y torturada me angustiaban más a cada segundo.

Corrí, literalmente, al ascensor apenas el taxi se detuvo en el edificio. Los segundos que tardamos en llegar a mi piso, se me hicieron interminables. Roberto ya estaba allí junto a Rocío. Ambos con gesto sombrío me observaron al entrar.

—¿Qué pasó? —Fue lo único que atiné a decir.

—La estamos buscando con la policía —respondió mi hermano.

—Ya... Pero... ¿cómo que desapareció?

—El sábado salimos todas juntas a tomarnos algo para despedir a Miranda y apareció este tipo —me explicó Rocío.

—¿Cómo? ¿Le hizo algo? ¿Se la llevó con él?

—No, quería hablar con ella a solas, pero no lo dejamos.

—¿Y ella?

—No, ella estaba muy asustada, no quería nada con él, aunque si no la hubiéramos detenido, se habría ido con él por miedo.

—¿Creen que...?

—Ella me fue a dejar... Bueno, nos fue a dejar a todas, pero yo fui la última y ese tipo nos había seguido, de no ser por mi marido... —explicó Rocío con dificultad.

—¿Qué pasó?

—Nada, mi esposo salió y el muy cobarde se fue. Pero nadie sabe si luego no volvió y esperó hasta el otro día que Miranda se fuera.

—¿Al otro día?

—Mi esposo hizo que se quedara con nosotros, usted sabe que él trabaja en eso...

—Si.

—Hablaron mucho rato, la verdad es que yo después me fui a dormir y no sé qué más hablaron, pero ella le contó más o menos cómo había sido su vida al lado de ese imbécil y de lo que pasaba con usted. Sus temores.

—Ella...

—Ella quería intentarlo. Ayer le iba a mandar un mensaje para pedirle perdón... Pero su celular no estaba, pensamos que ese tipo se lo robó.

—¿A qué hora apareció él?

—Cerca de las doce, no sé bien, pero por ahí.

—Él envió el mensaje —medité.

—¿Qué mensaje? —preguntó Rocío.

—Dijo que ya no me quería ver más que me fuera a jugar con otra...

—Ella no pensaba que usted quisiera jugar, al contrario —me interrumpió mi secretaria.

Definitivo. Yo fui el único idiota que no se dio cuenta de esa frasecita.

—Eso. Me pedía que no la llamara más.

—Eso lo hizo él y estoy segura que él la tiene secuestrada en algún lugar, por eso hablé con don Roberto, porque ella tiene que aparecer pronto, si ese tipo la tiene...

—No lo quiero ni pensar, mucho menos después de ver los mensajes entre ella y yo.

Un silencio lleno de tensión invadió el lugar. Viviana cogió mi mano y apoyó su cabeza en mi brazo.

—Mi esposo está ayudando a encontrarla, él no cree que se haya ido con él, están esperando las cámaras de seguridad del edificio, porque el conserje no la vio salir ni nadie preguntó por ella.

—Gracias, Rocío —atiné a decir.

—Espero que aparezca pronto.

—Yo también lo espero. —Se levantó—. Yo me voy, hay mucho que hacer en la oficina.

—Te llevo —ofreció Roberto—, yo también tengo que volver.

El ascensor se encendió, pidiendo permiso para subir hasta mi piso y lo aprobé, las puertas se abrieron y ahí venía el conserje con Alex, el esposo de Rocío.

—Tenemos novedades —anunció lacónico el marido de mi secretaria.

—¿Novedades? —consulté nervioso.

—Sí, traemos el vídeo de ayer. Miranda escapó.

—¿Qué?! —No lo podía creer y si era así, algo muy malo debió pasarle.

—¿Aparece en el vídeo? —preguntó Roberto tomando de mano de Alex el cd.

Nos sentamos frente al televisor.

El pasillo del piso de Miranda, vacío. Nada. Llegó Miranda a su departamento. La puerta frente a la de ella se abrió y salieron dos mujeres que cruzaron y tocaron el timbre. En la puerta del apartamento del que habían salido, se asomó un hombre al que reconocí como Lorenzo. El estómago se me contrajo y se me hizo un nudo en la garganta. Miranda abrió y se encontró de sopetón con esas mujeres. Una la abrazó y la otra la escaneó, algo le habló y se metió dentro, sin permiso. Salieron pocos minutos más tarde. Cruzaron y volvieron al otro apartamento. Cinco minutos más tarde, salieron los tres del edificio. Rato después, salió Miranda con una gorra de beisbolista, un buzo demasiado suelto para ella, un polerón con capucha, el que se colocó al salir. Llevaba solo una mochila. Una hora pasó hasta que Lorenzo volvió golpeando la puerta de su ex mujer, con violencia. Al ver que nadie abría, se marchó.

Alex detuvo la grabación, él había manejado la grabación, él había manejado las escenas, adelantándolas cuando hacía falta.

—Lorenzo volvió un par de veces buscando a Miranda —explicó Alex—. Al no encontrarla la última vez, se va directo al aeropuerto, tiene un congreso en Argentina que no puede esperar, ya que él es el conferencista y adivinen de qué trata el dichoso congreso. —Nos encogimos de hombros. Alex sonrió frustrado—. "Violencia de género".

¡Hipócrita! ¿Cómo iba a hablar de violencia de género un tipo que mantiene amenazada a su ex mujer?

—¿Entraron al departamento? —interrogué más molesto que asustado, al menos estaba seguro que no la tenía ese desgraciado, aunque me preocupaba qué podía ser de ella.

—No hemos podido conseguir una orden del juez, sin autorización, no podemos entrar.

—Vamos, yo les autorizo a entrar —dije sin dudar.

Rocío y mi hermano, aprovecharon ese momento para irse. Roberto me abrazó en señal de apoyo y Rocío hizo lo mismo antes de irse.

El departamento de Miranda estaba igual a como lo vi la última vez. Entré a su dormitorio y, sobre la cama, una carta. Se la enseñé a Alex sin cogerla. Ya me había advertido que no tocara nada, él y sus hombres se harían cargo. Tomó la carta y la leyó en silencio, luego me la dio.

"Me voy. No puedo vivir así, con miedo a que Lorenzo Fábregas me encuentre y me mate. No sé quién leerá esto, pero a quien lo haga, necesito un favor. Díganle a José Miguel Cedeño, del piso 21, que me perdone, quise intentarlo, de verdad, pero no puedo, ese hombre nunca me va a dejar tranquila y no puedo arrastrarlo conmigo a este infierno, a esta vida de tener que huir, escapar, no poder vivir por intentar salvar mi vida. Sé que me quiere bien, pero no puedo... No puedo darle esta vida rota. Díganle que lo siento tanto. Que me perdone y sea feliz."

A Rocío y las demás chicas, díganle que las quiero, que fueron un gran apoyo todo este tiempo y a Alex mi eterno agradecimiento, de no ser por él y la conversación que tuvimos, jamás me hubiese atrevido a dar este paso.

No me busquen.

Miranda Valle".

Terminé de leer con ganas de llorar. Ella no quería darme su vida rota y yo todo lo que quería era recomponerla, entregarle mi vida para juntar sus pedazos.

—La encontraremos —me dijo Alex poniendo una mano sobre mi hombro.

—Gracias —respondí dubitativo.

—Está asustada y es normal, en estas situaciones se toman decisiones desesperadas como esta, pero no te preocupes, Lorenzo estará fuera quince días, lo que nos da chance a buscarla sin que ese tipo pueda intervenir.

—¿Cómo la vas a encontrar? Es buscar una aguja en un pajar.

—Ese es mi trabajo, buscar las agujas. No te olvides que la violencia intrafamiliar es mi especialidad y estoy entrenado para pensar como las víctimas y victimarios. Gracias a su carta creo tener una idea clara de por dónde empezar a buscar a Miranda.

—¿Por su carta?

—Sí, ahí dice lo que hará.

Lo miré interrogante, yo lo único que había visto era que no me quería más en su vida.

—No te preocupes, la encontraremos.

—Jefe —habló uno de los detectives de Alex—, encontramos esto.

Le entregó unas fotos con la captura de pantalla de la conversación entre Miranda y yo.

—Su madre o su suegra deben haberla traído.

—Ex suegra —aclaré enojado. Cada vez Lorenzo se metía más en la categoría de maldito.

—Sí —afirmó Alex—, deben haber venido a enrostrarle el amorío que tiene contigo.

—Amorío... —ironicé con amargura.

—Tranquilo, todo va a estar bien. Ella actuó lo mejor que pudo, de no haber huido, no habría sido capaz de no abrirle la puerta a Lorenzo y ahora estaríamos investigando una escena de crimen.

—Ni siquiera lo digas. —Me asqueé de solo pensarlo.

—Es la verdad, muchas mujeres, Miranda incluida, no son capaces de negarle nada a sus agresores, es más, si ella se hubiese encontrado sola en el bar o si las mujeres no hubieran sabido lo que ocurría, ella se habría ido con él aquella noche.

—Por eso huyó...

—Sí. Hay veces en las que hay que quedarse y dar la pelea y otras en las que es mejor huir. Ella decidió que no podía quedarse. ¿Quién puede juzgarla si está o no lista para pelear las batallas y enfrentarlas? Muchas personas que no han pasado estas situaciones son muy dadas a juzgar, pero como dice el dicho: "otra cosa es con guitarra" y hay que estar en los zapatos de la violentada para saber qué se haría.

Me sentí culpable. De no haber viajado, ella podría haberme buscado, pero no estaba, la dejé sola y a expensas de ese infeliz.

Alex y sus hombres se fueron. Ya estaban listos con lo que tenían que averiguar del departamento de Miranda. Puse a hervir agua, me tomaría un café como lo hice con ella. Necesitaba sentirla, recordarla.

—¿Quieres estar solo? —me preguntó Viviana, que se había mantenido al margen todo el tiempo.

—No.

—Precioso...

—Yo debí estar aquí, ¿te das cuenta?

—No tenías cómo saberlo.

—Tenía, Viviana, tenía. Ese tipo la perseguía, no lo vi una ni dos veces rondándola, incluso, ese último día, tuvimos que escapar de él.

—Todo pasa por algo.

—No, Vivi, esa es la excusa favorita de muchos, si te equivocas, se lo achacas al destino. No. Yo me equivoqué, la cagué, metí la pata hasta el cuello y la expuse, la dejé a merced del güevón y la obligué a escapar.

—No te culpes, la culpa no es tuya, es del desgraciado ese.

—Sí, pero si yo hubiera estado aquí...

—¿Qué te hace pensar que te hubiera buscado?

—No, no me hubiera buscado, pero yo no la habría dejado sola. Para que lo sepas, siempre, a toda hora, en el supermercado, en el estacionamiento, en el ascensor... Siempre, siempre, siempre, yo... Buscaba encontrarla.

Capítulo 20

Una semana.

Una semana completa y de Miranda... Nada.

Alex tenía todo un operativo desplegado para encontrarla, lo cual se complicaba porque ella no tenía amigos a quien acudir, tampoco había ocupado sus tarjetas de crédito. El hombre con quien iba a trabajar, tampoco sabía nada de ella. A pesar que Alex estaba tranquilo, según él, ya estaban acotando los lugares donde buscar y la encontrarían muy pronto, yo no tenía tanta confianza. Con cada día que pasaba mi desesperación crecía como la espuma. Llegué a pensar que en realidad ella se había ido lejos para no volver a verme. No solo por escapar del maldito de su ex. Lo que significaba que ya no volvería a verla.

Me fui a su departamento como cada noche, quería, necesitaba, sentirla y recordarla.

Me puse los audífonos y coloqué Busco encontrarte de Tarifa Plana, esa canción me tocaba en lo más profundo, sobre todo en ese momento. Estaba seguro que ya no vería más a Miranda, ¿dónde y cómo podría encontrarla? Se había ido. Ya los ascensores no eran lo mismo sin ella, aunque bajaba a la hora exacta para encontrarla, no estaba, esperaba verla junto al resto de las secretarias... No era así. En nuestro edificio, por inercia y a toda hora, marcaba su piso, con la secreta esperanza de verla. Nada. Ya no volví al minimarket, ¿para qué? Ella no regresaría allí.

Esta angustia me estaba matando.

La canción, tan especial para mí, describía mis días sin ella, pensando en ella, en Miranda, en cómo estaría, si tendría dinero para sus cosas, si le faltaba algo, si estaba bien, mal, si tenía hambre, frío...

Canté a un tiempo con Tarifa Plana.

El silencio me incomoda, tu ausencia me desgarra.

El tormento no perdona, mi cuerpo se dilata.

Y mis sentidos se distraen, el viento me susurra,

La luz me oscurece y yo busco encontrarte.

Los caminos me desvían, el sueño me despierta.

Los ojos se adormecen y esta puerta se me cierra.

Mi memoria me atormenta, tu recuerdo me maltrata.

La llave se me pierde y yo busco encontrarte.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

La comida se me enfría, el azúcar se disuelve.

Deseo es agonía y tus sueños son tormentos

O quizá son pesadillas.

No está mal que me recuerdes

O me llames algún día, porque yo ya no te encuentro.

El calor de este verano se me hace más pesado.

No verte en tanto tiempo, parece que pasen años.

¿Pero sabes qué, mi vida? Nací para encontrarte

Y si tengo mil heridas...

No hay con qué sanarme.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

No encuentro el momento, no comprendo el incendio,

No escucho el susurro de tu voz.

No exculpo mis pecados, ya no vuelvo al pasado.

No premio al ingenio ni al dolor.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

Quería encontrarla, pero tal como decía la letra de esa canción, no sabía dónde buscarla.

¿Qué hacer? Encontrarla era mi meta, si no me quería volver a ver, no me importaba, pero necesitaba asegurarme que estaba bien.

Alex me telefoneó.

—La encontramos —dijo sin más.

—¿Qué?

—Vamos allá, ¿quieres venir?

—Sí —contesté con celeridad.

Nos pusimos de acuerdo y nos encontramos en la comisaría. Desde ahí nos fuimos a un pequeño y feo hotel en el sector poniente de la capital.

—¿Está aquí? —consulté dolido.

—Sí, no ha salido para nada, pero casi estamos seguros que es ella.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Lo primero es sacarla de aquí, y segundo, hasta no tener a Lorenzo tras las rejas, llevarla a un refugio.

—¡No! —sentenció.

—¿Por qué no?

—Esos lugares son horribles.

—No todos, José Miguel, y este no es un refugio común, y lo verás.

—Estamos listos para ingresar, señor —anunció uno de los hombres de Alex.

—Vamos.

Subimos la estrecha escalera rumbo al tercer piso donde, se suponía, estaba la habitación de Miranda. Tocamos a la puerta, nadie contestó. El dueño del hotel quitó la llave y abrió. Se me encogió el corazón al verla. En un rincón. Sentada en el suelo. No se había bañado al parecer, seguro tampoco había comido. Corrí hacia ella sin pensar, alzó la vista, parecía haber llorado por tanto tiempo, su rostro no estaba congestionado, no, su cara era de terror puro.

—Tranquila, ya pasó todo —le hablé para calmarla.

—No, no ha pasado, nunca va a pasar.

—Ven acá, cariño.

La tomé en mis brazos y ella se aferró a mí.

—Perdóname —suplicó casi sin voz.

—Tranquila, no pasa nada, ahora todo está bien.

La coloqué sobre la cama, por indicación de Alex.

—Nos tenemos que ir —dije nervioso.

—¿Cómo te sientes, Miranda? —le preguntó Alex.

—Como las pelotas —respondió enojada.

—Estás bien. —Sonrió el detective.

Entre los dos la ayudamos a bajar la escalera y subir al vehículo policial. Tomamos un camino a sur de la ciudad, en el camino, las dos patrullas que nos acompañaban, se desviaron y nos dejaron solos. Me extrañé, pero no dije nada. Toda mi preocupación era la mujer que llevaba abrazada a mi costado.

Llegamos a una enorme casona, gigante. El portón se abrió y entramos. Nos esperaban.

Grande fue mi sorpresa al ver allí a Vicente Saravia y a su esposa, la pareja de televisión más querida del país, sobre todo ahora, que esperaban su tercer hijo. Nos bajamos del coche y ellos se acercaron.

—Alex —saludó Vicente estrechando su mano.

—Vicente, gracias por venir.

—No podía no hacerlo, amigo.

Bajé y ayudé a Miranda, la abracé para sostenerla. Macarena se acercó y me extendió la mano.

—Hola —me saludó y luego miró a Miranda. —Hola.

—¿Me dan su autógrafo? —bromeó Miranda apenas—. ¿Vamos a salir en la tele?

—No, Miranda. —Vicente se acercó y tomó las manos de mi mujer—. Al contrario, te vas a quedar aquí hasta que estés segura.

—Nunca voy a esta segura —aseguró Miranda con tristeza.

—No digas eso. —Macarena la abrazó por el lado contrario al que yo la tenía y nos guio hasta una pequeña habitación donde había una cama, un velador, un ropero y un pequeño cuarto de baño.

—Este será tu dormitorio —le indicó.

Miranda la miró como si no entendiera.

—Este es un refugio para mujeres maltratadas, la mayoría, si no todas, están con riesgo en sus vidas, por eso estás acá. Hasta que no atrapen a tu ex, te quedarás aquí.

—Y ustedes, ¿qué tienen que ver con todo esto? No es para hacerle publicidad, ¿o sí?

—Claro que no —respondió con dulzura—, esto es de Vicente, nadie sabe que él es el dueño y nadie tiene que enterarse, ¿de acuerdo?

—Vaya cambio que tuvo ese hombre contigo.

—No, Miranda, él no cambió conmigo, él era así desde antes, lo que pasa es que mostraba la cara de chico malo para el público.

—Al revés de Lorenzo.

—Al revés de todos los maltratadores.

—Gracias por recibirme.

—No tienes nada que agradecer. Ya vendrá el doctor para que te revise y unas enfermeras vendrán a ayudarte a ducharte y a vestirte.

Macarena se fue y yo miré a Miranda.

—¿Cómo te sientes?

—Como una idiota, escapé y luego no supe qué hacer.

—No eres una idiota, mi amor.

—Mírame, estoy hecha una... —Lloró.

—No...

La abracé, no se veía bien y me molestaba, pero no porque la quisiera menos, no, al contrario, porque no me gustaba verla tan dolida, tan vulnerable, tan triste.

—No debiste verme así, José Miguel, no... Yo... yo...

La aparté un poco y la tomé de ambos hombros para obligarla a mirarme.

—Miranda, escucha, ¿tú crees que por verte así te amo menos? No quisiera haberte visto nunca así, pero prefiero esto a pensar siquiera en la posibilidad de verte muerta, de que Lorenzo te hubiera encontrado y...

—Él siempre me va a encontrar, no tengo modo de escapar de él.

—Lo buscaremos, amor, y lo pudriremos en la cárcel.

Apoyó su cabeza en pecho.

—¿Estás seguro de querer compartir este infierno conmigo?

—Estoy seguro de que quiero ir al infierno contigo, sacarte de allí y vivir juntos.

—Es demasiado duro esto.

—Más duro es tener que vivir sin ti, estos días sí han sido el infierno para mí.

—Lo siento tanto.

—No lo sientas, ahora ya estamos juntos y prométeme que no vas a volver a dejarme.

—Te lo juro, ya no quiero estar sin ti otra vez.

Sonreí y la besé, ella me correspondió algo incómoda.

—Me voy a bañar.

—Te ayudo —ofrecí con picardía.

—¡Fresco! —Sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos.

En ese momento golpearon la puerta y entró un doctor, una enfermera y una auxiliar.

—Buenas noches, soy el doctor Rodríguez, ¿cómo te sientes, Miranda?

Nos extendió la mano a modo de saludo.

—¿Puede dejarnos solos, por favor? —me consultó.

Asentí, le di un beso a Miranda en la cabeza y salí de allí al hall del lugar.

—José Miguel, ven, por favor —me habló Alex.

—Dime —respondí acercándome a él.

—Necesitamos corroborar algunos datos, le estaba contando algunas cosas a Vicente y Macarena de la vida que llevaba Miranda al lado de ese tipo, tú lo has visto, ese tipo la seguía, ¿verdad?

—Sí, yo creo que sí, siempre estaba donde andaba Miranda.

—Entonces hay que buscarlo y encerrarlo —sentenció Macarena.

—Sí, ahora está en Argentina y esperaremos a que vuelva.

—En Argentina... —musitó Vicente.

—Sí. —Sonrió Alex—. Adivina quién es el ex de Miranda —dijo con ironía.

—¿Quién es?

—Lorenzo Fábregas.

—¿¡Lorenzo Fábregas?! —gritó el matrimonio al unísono.

—Así es, mira que pequeño es el mundo.

—¿Qué relación tiene ese tipo con ustedes? —interrogué confundido.

—Ese fue el médico que no quiso sacar de El Tormento a Vicente cuando estuvo mal, que lo dejó malherido sin importarle nada, cuando tuve que entrar —explicó Macarena.

—Ah —atiné a decir.

—Te darás cuenta que ese tipo no es santo de nuestra devoción —corroboró Vicente.

—Me imagino —afirmé—. Ese tipo es un desgraciado.

Seguimos hablando de las cosas que yo sabía de Miranda y la mejor forma de ayudarla.

Al cabo de un rato, el médico salió y se acercó a nosotros.

—¿Cómo está, doctor? —pregunté con celeridad antes que él pudiera hablar.

—Bien, le dejé una dieta por un par de días, no ha comido en más de una semana y no puede volver a ingerir alimentos como si nada, tiene que volver de a poco. Con respecto al sueño, veremos cómo va, ella no sabe cuánto tiempo durmió, pero a juzgar por sus reflejos, creo que no mucho, por lo que si queda con algún trastorno de sueño, tendremos que tomar otras medidas. Aparte de eso y del estrés, está bien, físicamente, al menos. Ahora las chicas quedaron bañándola, en un rato más podrás entrar a verla —se dirigió a mí—, ella te necesita.

—¿Le dijo algo de mí? —consulté nervioso.

—Tiene miedo, pero sabe que tú eres una buena persona y que no le harás daño.

—Yo quiero ayudarla.

—Ella lo sabe. Como te digo, tiene miedo, pero ya no luchará contra ti.

—Gracias, doctor.

—Ella saldrá adelante —me confortó con unas suaves palmadas en mi hombro.

—Eso espero —asentí agradecido.

La auxiliar salió del cuarto de Miranda y yo fui con ella. Estaba sentada en la cama esperándome. Me acerqué y la abracé. Me besó con un beso profundo y tierno, un beso urgente y necesitado.

—Perdóname —suplicó con lágrimas en los ojos.

—No, no me pidas perdón —respondí como un ruego—, yo fui el culpable al irme de tu lado, pero ahora estamos juntos, estás a salvo y no volverás a dejarme.

—No quiero que me dejes —admitió al fin.

Ahora fui yo quien la besó.

La puerta se abrió y entró una mujer con una bandeja con comida.

—Tienes que comer.

—Sopa de agua —protestó mirando la comida.

—Eso te pasa por no haber comido tanto tiempo —la regañé con cariño.

—Sí —aceptó de mala gana.

La besé con suavidad.

—Ya te repondrás, mi amor.

Comenzó a comer con ansias, bajo mi atenta mirada.

Vicente y Macarena entraron al dormitorio a despedirse, Alex venía con ellos.

—Me alegra saber que estás bien, el doctor dejó algunas indicaciones que debes seguir —le indicó Vicente.

—Gracias —respondió Miranda.

—Bienvenida, esta es tu casa, no es nada personal, pero espero que no estés mucho tiempo aquí —dijo Macarena con una sonrisa—. Y no digan nada a nadie de este lugar.

—No se preocupen por ello —respondió.

—Muchas gracias por esto que están haciendo —agradecí sincero—, jamás me hubiera imaginado que ustedes tendrían un sitio así.

—Y espero que nadie lo sepa, ¿se imaginan si esto se llenara de periodistas? Todas estas mujeres estarían en peligro y los trabajadores también.

—Es cierto, de todas formas, no se preocupen, nadie lo sabrá por nuestra boca.

—Gracias. Nos vamos, estaremos al pendiente.

Vicente nos dio la mano a Alex y a mí y un beso en la mejilla a Miranda. Macarena nos dio un beso a cada uno.

—Gracias y felicitaciones —dijo Miranda mostrando el vientre de Macarena.

—Gracias —contestó ella con una sincera sonrisa.

Se fueron y una mujer, que parecía ser la administradora del lugar, entró y se sentó ante Miranda.

—Hoy es el primer día del resto de tu vida, niña, y aquí te ayudaremos a que sea la mejor etapa y dejes atrás todo tu sufrimiento.

—Ojalá así sea.

—Así será y dependiendo de lo que diga el doctor en unos días cuando vuelva a ver cómo estás, comenzaremos con tu entrenamiento —intervino Alex.

—¿Entrenamiento?

—¡Claro! Te enseñaré defensa personal, para que nadie, nunca más, te ponga una mano encima —sentenció el detective.

Capítulo 21

Quería dormir, y dormir, y dormir, y dormir, y seguir durmiendo. Me sentía mal en todos los sentidos posibles. Inclusive, me sentía mal ante José Miguel, que me trataba como si tuviera cinco años. Y él no se veía mejor que yo.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó, cuando ya todos se fueron y quedamos solos.

—Tengo sueño. Parezco zombi.

—Bueno, hace tiempo quedó aclarado que eras la zombi más bonita del mundo.

Sentí que me puse roja. Él besó la punta de mi nariz.

—Duerme.

—¿Te quedarás conmigo?

—¿Quieres que me quede?

—Sí —contesté avergonzada.

Él sonrió feliz.

—Claro que me quedaré.

Me hizo acostar, él se colocó a mi lado y me abrazó a su pecho. Me sentía muy bien de estar así.

—¿José Miguel? —hablé al rato, me daba vueltas en la cabeza un asunto y no podía dejar pensar en ello.

—¿Sí?

No dije nada, no me sentía capaz.

—Dime, mi preciosa zombi —dijo con ternura.

—Si tú alguna vez te enojaras conmigo...

Me apretó más fuerte contra sí mismo.

—¿Tienes miedo que quiera golpearte?

Me sentí estúpida. O peor que eso.

—No lo haría, aunque me enojara contigo, jamás te pondría una mano encima para lastimarte.

—¿Por qué insistes en estar conmigo a pesar de saber lo tonta que soy?

—No eres tonta, estás herida, dolida y muy, pero muy vulnerable.

—No entiendo cómo te puedo gustar así.

—No me preguntes qué me gustó de ti, porque no lo sé, simplemente sé que quiero estar contigo, que ya no quiero volver a separarme de ti, que estos días se me hicieron eternos sin saber dónde estabas y antes, en mi viaje... Fue un fiasco. No sé qué me ata a ti, pero sé que no puedo vivir sin ti.

Me acomodé más en su pecho, quedaba tan bien, que parecía hecho para mí.

—Duerme, amor, descansa —me ordenó con dulzura.

Abrí los ojos, estaba sola en la cama, en mi brazo una aguja donde tenía conectado un suero. José Miguel entró al cuarto y se acercó con una sonrisa de alivio. Me acarició el cabello y besó mi frente. Quise sonreír, pero creo que no me salió muy bien.

—¿Cómo te sientes? —consultó tranquilo.

—Bien —contesté por inercia.

—¿No te duele la cabeza? ¿Tienes sueño?

—No. ¿Cuánto dormí?

—Quince horas.

—¡Tanto!

—No habías dormido en más de una semana.

Entró el doctor que me había visto antes con una enfermera que tomó mi presión.

—Normal, doctor —le informó al hombre.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el médico.

—Bien, algo cansada todavía.

—¿Dolor?

—No, ya no.

—¿Qué te dolía?

—La cabeza antes de dormir, ahora la siento algo abombada, pero sin dolor.

Luego de varias preguntas más respecto a mi estado de salud y a cómo había despertado, dejó algunas indicaciones y se fue.

—¿Por qué no llamaste a mi hermano antes de huir? —me preguntó José Miguel algo nervioso cuando se fue el doctor y la enfermera.

—Había perdido todos los números de teléfono con el celular que me robó Lorenzo y mi agenda se me había quedado en la oficina.

—¿Te sentiste sola?

—Sola y desesperada. Mi ex suegra vino a enrostrarme los mensajes que tenía contigo, mi mamá no lo podía creer y dijo que si era así, “Lorencito” tenía toda la razón en golpearme, que yo era una mujerzuela.

—Sabes que no lo eres, ¿verdad?

Tomé aire, llenando mis pulmones de aire.

—Sí —respondí lo más convencida que pude—. No lo soy. Yo había terminado con él antes de enamorarme de ti.

Sus ojos brillaron, me regaló una radiante sonrisa y se acercó para besarme.

—¿Eso significa que vas a dejar que me quede a tu lado? —preguntó interesado.

Dudé un momento.

—No quiero que te vayas —confesé a pesar de que lo único que podía ofrecerle era esta vida de mierda.

Cerró los ojos aliviado y los abrió de inmediato.

—Qué bueno, porque yo no me iba a ir a ninguna parte ni iba a dejar que te me escaparas de nuevo.

Me acerqué para besarle yo ahora.

—Pronto estarás del todo bien

—¿Crees que pueda librarme de Lorenzo alguna vez?

—Claro que sí.

—No quiero ser una más de las mujeres muertas por sus parejas o sus ex.

—No lo permitiré —sentenció con firmeza.

—¿Por qué no te conocí antes?

—No lo sé, tal vez no te hubieras enamorado de mí.

—Sí, puede ser, estaba demasiado ciega con él.

—No hablemos de eso. Dime, ¿me extrañaste?

—Mucho. Ya nada era igual, ni el edificio, ni la oficina... Nada. Todo parecía tan vacío, sobre todo mi departamento. Nada era lo mismo sin ti.

—Te amo, Miranda.

—Yo también te amo —respondí segura.

Se acercó a mí para besarme, yo cerré los ojos ofreciendo, no solo mis labios, también mi corazón.

Abrí los ojos y estaba sola en el cuarto. Había vuelto a dormirme sin darme cuenta, todavía tenía el suero en el brazo. Cerré los ojos, molesta.

Abrí los ojos. Otra vez me había dormido. José Miguel acariciaba mis manos y me contemplaba con dulzura.

—Hola, dormilona.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media... del jueves.

—¿¡Qué?! ¿Tanto dormí?

—Estabas cansada.

—Y ahora tengo hambre y menos voy a poder comer.

Sonrió divertido.

—Dormilona y hambrienta.

Me avergoncé.

—Me gusta verte así.

—¿Así, cómo? ¿Fea como zombi?

Sonrió feliz.

—No. Con expresión en tu rostro. Y no para querer matarme.

No entendí lo que dijo ni por qué.

—Cuando te conocí, tu rostro no tenía expresión, solo cobraba vida cuando te enojabas conmigo —explicó al tiempo que me daba un corto beso—. Ahora te pusiste roja. No me gusta nada verte aquí, pero me agrada ver que puedes exteriorizar tus emociones.

Sonrei con timidez, ya me había dicho que era una zombi, pero no sabía que también cambiaba cuando me enojaba con él.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por estar conmigo a pesar de todo.

—Mi amor, lo único que he querido todo este tiempo es estar contigo. Te amo, ¿no lo comprendes?

No respondí porque no, no entendía cómo podía amar a una mujer cacho (*estorbo*) como yo.

ΨΨΨ

El avance de Miranda fue espectacular. En dos escasas semanas, era otra. Su rostro resplandecía, sus ojos brillaban y nuestro amor crecía día a día. Poco a poco, su duro pasado estaba quedando atrás. No era fácil, pero en esfuerzo no se quedaba. Luchaba por superar todos los traumas que le había dejado el desgraciado de su ex, que no eran pocos.

Yo me iba a trabajar por las mañanas y por las tardes volvía con ella. Me quedaba a dormir. Era como si viviéramos una vida de pareja, solo que ella estaba allí, cuidada y protegida mientras yo no estaba.

Al inicio de la tercera semana, Alex me llamó por teléfono para avisarme que Lorenzo regresaba al país. Lo más seguro era que quisiera buscar a Miranda y ahí lo detendrían. En el juzgado, habían decretado una orden de restricción y una demanda había sido impuesta por acoso, violencia y maltrato físico, psicológico y verbal.

Alex estaba seguro que él volvería al departamento de Miranda, y no estaba tan seguro, mal que mal, la última vez, cuando él volvió por ella, Miranda ya no estaba. De todos modos, Alex me dijo que no podían detenerlo en el mismo instante, porque se suponía que él ya la había dejado en paz. Igualmente, el policía me dijo que si no aparecía, lo buscarían.

Tal como había dicho Alex, el tipo llegó golpeando la puerta con violencia. Yo abrí.

—Busco a Miranda Valle —espetó molesto—. ¿Vive aquí?

—Sí, ¿quién la busca?

—Su novio.

—¿Su novio?

—Sí, ¿se puede saber quién eres tú?

—Mi nombre es José Miguel Cedeño.

Al infeliz se le fueron todos los colores de la cara y, antes que pudiera reaccionar, lo agarré de la solapa y lo tiré hacia adentro.

Sin pensar y sin aguantar más la rabia contenida que tenía contra él, le di un puñetazo que lo lanzó al piso y le hizo sangrar la nariz y la boca.

—José Miguel... —habló Alex, pero no hice caso.

—¡Cobarde de mierda! —le grité pateándolo en el suelo—. Si querías pegarle a alguien, ¿por qué no te metiste con un hombre?

—Pero ¿¡qué!?

—Vas a pagar todo lo que le hiciste a Miranda —sentencié tomándolo del suelo y pegándolo contra la pared—. Agradece que no soy un asesino como tú. Te voy a pudrir en la cárcel y todo el mundo va a saber la clase de hombre que eres y lo que le hiciste a la que fue tu mujer.

—Nadie te va a creer, no tienes ninguna prueba —se burló.

Le di otro golpe para que se callara.

—Hay pruebas suficientes para acusarte.

—No tienes nada.

Lo volví a empujar contra la pared y sentí en su bolsillo, un arma. Me aterre. Para mí, eso solo podía significar una cosa: había ido a matar a Miranda.

—Sería idiota si la usara ahora —se mofó con una sonrisa irónica.

—Tan idiota como pretender usarla contra ella.

—Basta, José Miguel —intervino Alex, tomando mi brazo, antes que lo volviera a golpear—. Lorenzo Fábregas, queda detenido por maltrato, violencia y daño psicológico y físico y por acoso. ¿Quiere que le lea sus derechos o ya lo sabe?

—Quiero mi abogado. Voy a salir muy pronto, policía de cuarta, y me las vas a pagar.

—¿Me está amenazando? Recuerde que todo lo que usted diga puede y será usado en su contra.

—No tienen ninguna prueba.

—Las tenemos, de eso no le quepa duda.

Alex lo esposó y se lo llevó. Yo hubiese querido golpearlo hasta matarlo. Pero no podía. Alex me lo había advertido. Aun así, la rabia que sentía contra ese tipo no disminuyó ni un ápice con los golpes que le di.

Me quedé solo en el departamento. No tenía ánimos para enfrentar a Miranda, aunque, quizás, la noticia del encarcelamiento de Lorenzo, la tranquilizara.

Pasada una hora y luego de una llamada de ella, volví al refugio.

—¿Qué pasa? —me preguntó poco después cuando mis pensamientos viajaban muy lejos.

—Nada.

—José Miguel... —dijo como en un ruego.

—Atraparon a Lorenzo.

—¿Qué?

—Alex se lo llevó preso.

—Oh. —Su expresión se volvió tensa y taciturna.

—¿Te molesta?

—No, pero cuando salga...

—No saldrá.

—Pero ¿y si sale? Saldrá enojado.

—Alex me aseguró que con los cargos que hay en su contra, será muy difícil que salga.

—Con el dinero y contactos que tiene...

—No saldrá y si lo hace, no podrá acercarse a ti, no lo hará, te lo aseguro —la tranquilicé.

Se abrazó a mí, temblando de miedo. Yo no supe qué hacer. Solo atiné a abrazarla y a asegurarle que ese tipo no volvería a lastimarla.

—Te amo —susurró poco después.

—Y yo a ti, mi zombi favorita.

Tomé su cara entre mis manos y la besé. Ella se puso roja.

—Pesado. —Rio avergonzada.

—Te amo, Miranda Valle.

Nos volvimos a besar. Estar con ella, me hacía olvidar todo lo malo. Ya no importaba ni Lorenzo, ni la policía ni nada que opacara nuestro amor.

Poco a poco y lentamente, nos quitamos la ropa sin dejar de besarnos. Ella se entregó a mí y yo a ella, con el amor y la seguridad de querer ser el uno del otro y saber que estaríamos juntos.

Más tarde, desnuda en la cama, se durmió delineando mis tatuajes. Todavía le llamaban la atención. Y me gustaba sentir sus dedos sobre mi piel. Cada tatuaje tenía un significado especial y sentirlos dibujados por sus suaves manos, me estremecían por completo.

La contemplé durante mucho rato. Su imagen fue la última que vi antes de cerrar los ojos. Ella dormía feliz de saber que Lorenzo estaba preso y que estaba a mi lado, segura y confiada.

Capítulo 22

Abri los ojos y José Miguel ya no estaba a mi lado, sin embargo, había una carta en la almohada y una bandeja con el desayuno. Tomé la carta y la leí:

Mi preciosa mariposa:

No quise despertarte, estabas tan bien durmiendo que hacerlo hubiera sido un sacrilegio.

Te amo. Gracias por la maravillosa noche que pasamos. Gracias por aceptarme en tu corazón a pesar de los temores que acechan tu vida.

Tal vez te preguntes el porqué de mi saludo. Es porque anoche y esta mañana al verte dormir, recordé el primer día que te vi. Eras hermosa como una mariposa... con sus alas rotas. Hoy, en cambio, tus alas están más fuertes y estoy seguro que muy pronto podrás alzar el vuelo, desplegar tus alas y volar lejos del dolor y la angustia que te han seguido durante tanto tiempo. Lo más hermoso de esto, es que ahora sé que me permitirás ir a tu lado, de tu mano, junto a ti, siempre, hasta que seamos viejitos. Siempre tú y yo.

Te amo.

Todavía no me voy y ya te echo de menos.

Te amo, mi bella mariposa.

José Miguel.

PD: Nos vemos a la hora de almuerzo.

Una mariposa. Una de alas rotas que él, con su amor y paciencia, está arreglando. Me vestí y tomé la bandeja del desayuno. Vi algo que no había visto antes. Una flor hecha con una servilleta.

"No es una flor comprada, pero está hecha con todo mi amor". Decía la leyenda.

Sonrei y guardé esa flor en mi cartera. Las cosas estaban cambiando para mejor, la vida me volvía a sonreír, me sentía feliz. Por primera vez en mucho tiempo, era feliz de verdad y no como una apariencia. Cada día me sentía más segura. Con la terapias de la psicóloga, el cariño profesado por todos y las clases de defensa personal de Alex, la confianza en mí misma aumentaba y estaba segura que el día que saliera del refugio, sabría enfrentarme al mundo exterior, mucho mejor que cuando intenté hacerlo por mí misma, sin pedir ayuda.

Luego del desayuno, vi que la agenda de José Miguel estaba sobre la cómoda. La tomé y la abrí en la primera hoja. Tenía una fotografía mía. Yo, trabajando en la oficina. ¿Cuándo me la sacó? No tenía idea. Era un gesto muy romántico. Y escribí bajo mi foto:

"Agradezco a la vida esta nueva oportunidad que me dio, sobre todo, porque en esta nueva etapa estás tú, conmigo. Agradezco el haberte conocido, que no te hayas dado por vencido, que me ames. Sé que no es mucho el tiempo que nos conocemos, pero ha sido el suficiente para saber que quiero estar contigo, que quiero amarte, que quiero vivir contigo siempre, toda la vida.

Te amo y agradezco a la vida el haberte conocido.

Miranda".

Después que terminé de escribir, me entró el pánico. Había intruseado (*espionado*) en sus cosas y encima la había rayado. Esperaba que no se enojara mucho por haberlo hecho.

Respiré profundo.

Pensé que él no era Lorenzo, que José Miguel, aunque se enojara, no me lastimaría por esto. Mucho menos se lo permitirían allí.

Entonces me di cuenta que a pesar de sentirme mejor, todavía no se iba del todo el trauma que viví con Lorenzo. Sin embargo, estaba segura que llegaría el día en el que lo superaría y solo quedaría como un mal recuerdo.

A la hora de almuerzo, yo estaba en el patio cuando José Miguel llegó. Me saludó con un efusivo beso. Venía muy contento.

—Lorenzo está preso —anunció con una gran sonrisa—, y lo pasaron a la cárcel, fue formalizado y todo, así es que en cuanto te sientas preparada para salir, podrás hacerlo.

—¿De verdad? Yo lo único que quiero es salir de aquí, no es que no me guste, pero...

—Lo entiendo y ahora eso es una decisión tuya. Yo hablé con el médico y dijo que debías seguir en terapia, pero que no hay impedimento para que te vayas a casa.

Me colgué de su cuello, feliz de saber que podría irme y que Lorenzo no podría llegar hasta mí.

—Te amo, mi hermosa mariposa. ¿Viste mi carta?

—Sí, y la flor. Gracias.

Recordé la agenda, sé que mi cara cambió.

—¿Qué pasó? —me preguntó preocupado.

—Eh...

—¿Pasó algo malo? ¿Dije algo que no te gustara?

—No, no, no, es... es que... Ven.

Lo tomé de la mano y lo llevé al dormitorio.

—Se te quedó la agenda —le dije.

—Aquí se me había quedado, creí que la había perdido —respiró aliviado.

—Yo... la vi.

—¿Ya? ¿Viste algo que te incomodó?

—¡No! No. ¿No te molesta que haya intruseado (*espionado*)?

—Bueno, a ver... —Me tomó de la cintura y me abrazó con un suave contorneo—. Ahí tengo mi lista de amantes, mis amigas con derecho, las esporádicas, las que...

—¡Oye! —reclamé.

El rio de buena gana y me besó.

—Tontita. No tengo secretos contigo, ¿por qué me voy a enojar?

—Porque son tus cosas.

—"Mis cosas" también son tuyas, puedes revisar lo que quieras, ya sabes que no tengo nada que ocultar.

—No la revisé.

—¿Entonces?

—Dejé mi huella.

—¿Tu huella? —preguntó alzando las cejas.

Tomé la agenda y la abrí. Él la recibió extrañado.

—Ah, y me debes una explicación de esa foto —reproché sin enojo.

—Espera que estoy leyendo. —Cuando terminó, me miro con los ojos brillantes, me acercó más a él y me besó—. Te amo, te amo, te amo.

—¿No te molesta que haya escrito ahí?

—¿Molestarme? ¡No! Al contrario, estarás siempre conmigo y no solo en una foto robada.

—Después que escribí, pensé que te podías enojar.

—Para nada. Eres dueña de escribirme donde tú quieras.

¿Cómo no amar a este hombre? ¿Cómo no confiar en él para poner mi vida y mi corazón en sus manos?

Aquella misma tarde me fui con él a su departamento. Volver a ese lugar, a ese edificio, me llenó de recuerdos y subir a ese ascensor...

—Ahora sí puedo besarte aquí —me dijo en cuanto se cerraron las puertas y me besó con real pasión.

—José Miguel —jadeé en sus labios.

—No sabes las veces que quise besarte cuando nos encontrábamos aquí.

—Siempre nos topábamos.

—No era por casualidad.

—¿No?

—No. Siempre buscaba encontrarte, mi bella mariposa.

—Y yo adoro que me hayas encontrado.

Cada día era más bonito. Esperarla a la hora de almuerzo para ir juntos a algún sitio. Llegar por las noches a mi casa y saber que ella me esperaba... Era demasiado perfecto.

Un día recibí la llamada de mi mamá reclamándome lo sola que la tenía. Le conté que tenía novia y que vivíamos juntos. Obviamente, quiso conocerla, por lo que el sábado siguiente iríamos a almorzar a su casa. Según me dijo, también estarían mis hermanos, los mellizos, y Roberto.

—¿Crees que le guste a tu mamá? —me consultó Miranda un poco nerviosa.

—Seguro que sí, cariño —respondí con firmeza.

—¿Y si no?

—No pienses en eso, seguro que le encantarás, como me encantas a mí.

Y así fue. En cuanto mi mamá la vio, la quiso. Yo no estaba muy seguro de hablar del pasado de mi novia, pero al final, lo inevitable llegó y le contamos lo ocurrido.

—Me alegra que hayas encontrado a mi hijo, ahora sabes que hay hombres que sí valen la pena. Cuando uno ha tenido ese tipo de experiencias, valora mucho más al hombre que Dios pone en su camino.

—Sí, señora, yo agradezco cada día el haber conocido a su hijo.

—Y él también debe agradecer, tiene a su lado a una mujer fuerte, que ha sabido salir adelante a pesar de todo.

Me extrañó oír a mi mamá hablar así.

—Yo también viví una experiencia similar —explicó antes que yo pudiera preguntar nada—. Antes de conocer al que fue mi esposo, tuve un novio que me golpeaba, me humillaba y, cuando conocí al papá de mis niños, él me ayudó a salir de esa situación. No le fue fácil. Solo quienes vivimos la violencia, sabemos lo difícil que es, pero se puede, sobre todo si uno tiene al lado a un buen hombre y una red de apoyo para cuando uno decaiga.

Yo quedé anonadado. No tenía idea de esa parte de su pasado. Nunca antes nos lo había contado.

—¿Y ese hombre nunca más la molestó? —preguntó Miranda.

—Uff. Me seguía y me buscaba todo el tiempo y por todas partes. No me dejaba en paz. Incluso, una vez quiso matarme, porque si no era suya, no sería de nadie.

—Nunca nos contaron eso —reproché a mi madre.

—No es para andar contándolo como si nada —me respondió con tranquilidad y volvió a mirar a mi novia—. En esa oportunidad, como te dije, quería matarme y llegó con un arma. Mi esposo llegó y por defenderme, lo mató.

—¿Qué hizo la policía?

—Nada. Comprobaron que el arma era de mi ex y que había llegado a casa para matarme, que mi esposo había actuado en defensa propia y la mía, por supuesto, y quedó libre sin cargos en su contra.

—Guau, qué fuerte —articuló apenas Miranda.

—Sí, fue una pesadilla que nos persiguió por años. Al final, tomamos terapia y eso nos hizo bien, comprendimos que, aunque Nicolás había matado a un hombre, ese tipo lo merecía.

—De todas maneras, no debe ser fácil vivir una situación así.

—No, para nada, pero comprendimos que era su vida o la nuestra. Y cuando llegaron los hijos, valía más la pena la nuestra.

Yo pensé en Lorenzo y en el arma que llevaba para matar a Miranda. Si la hubiese encontrado... Instintivamente, la abracé a mi costado, no quería pensar en que eso hubiese ocurrido, en perderla.

—Mamá, debieron contarnos lo que pasó —habló Roberto.

—Al principio eran demasiado niños, ya luego, cuando crecieron no tenía caso, ese hombre jamás volvería a nuestras vidas. Yo, al menos, me alegro que mi hijo no haya tenido que matar a ningún hombre.

—¿Y si lo hubiese hecho? —pregunté.

—Lo habría entendido. Y me hubiese sentido orgullosa de saber que arriesgarías tu vida para defender a la mujer que amas, tal como tu papá lo hizo conmigo.

—Mami —intervino ahora Victoria, mi hermana—. ¿Por qué, si mi papá te amaba así, mi abuela nunca te aceptó?

—Por lo mismo, ella me acusaba de convertir a tu papá en un asesino.

—Pero eso no es así —rebatí.

—Ella nunca lo entendió —explicó con nostalgia.

Al menos eso no le pasaría a Miranda, mi mamá la quiso en cuanto la vio, lo pude notar en sus ojos, tal vez, tenían esa conexión especial, por ser ambas sobrevivientes del círculo de la violencia.

—Muchas gracias, señora —dijo mi novia, agradecida.

—No tienes por qué, mi hijo te ama y tú a él, con eso, para mí, es suficiente. Además, no me llames señora, dime Inés, muchos menos me vayas a decir suegra, mira que ahí sí te vas de mi casa —terminó con una sonora carcajada.

Todos reímos, me alegré de haber llevado a Miranda a mi casa.

A la hora de la once (*té de la tarde*), mi mamá se fue a la cocina; a pesar de tener a Sonia, que la ayudaba en las labores de la casa, a ella le gustaba hacer todo, o casi todo, por sí misma. Miranda se fue detrás de ella para ayudarla.

—Hermano... —Victoria se acercó a mí con cierto temor—. Desde que te fuiste a Francia, no hemos vuelto a hablar y yo quiero pedirte perdón, no sé qué me pasó, no sé qué...

Se echó a llorar. Yo la abracé a mi pecho y acaricié su cabeza.

—Tranquila, Vicky, no pasa nada, princesa, todo está bien.

—Es que me siento una traidora, una idiota.

—No digas eso, fue una locura de momento.

—Es que me da rabia acordarme de todo lo que te dije, cuando en realidad no es eso lo que siento.

—No te preocupes, yo sé que es así, eres mi bebida y siempre será así.

Ella se apartó y me miró con los ojos rojos y el rostro congestionado.

—Te quiero y te he echado mucho de menos.

—Yo también, eres mi hermana favorita.

—Soy la única —dijo con un puchero.

—Sí, bueno, hermana, hermana no, aunque seas adoptada, eres mi hermana al fin y al cabo, ¿no?

—Pesado. —Rio entre lágrimas—. Todos sabemos que el adoptado eres tú.

La volví a abrazar. Me había hecho falta mi hermana todo este tiempo.

Joaquín se acercó a mí, expectante. Él era un poco más orgulloso y terco, como era mi papá, ambos eran muy parecidos.

—Ven aquí, idiota —lo llamé con una sonrisa y lo abracé.

Roberto entro con María Paz y los niños, con los que venían de jugar en el patio.

—¡Al montoncito! —gritó Roberto tirándose sobre nosotros y botándonos al suelo. Los niños lo imitaron.

Jugamos tirados en el suelo a la guerra de cosquillas un buen rato... Hasta que mi mamá apareció preguntando qué era todo ese escándalo que teníamos.

—Los grandotes dando el ejemplo —nos reprochó con dulzura y feliz de vernos amigos de nuevo.

Mi mariposa me miró con los ojos iluminados por una hermosa sonrisa. Me levanté aprisa y la tironeé con nosotros al piso.

—¡A la tía! —gritó Miguel, el mayor de mis sobrinos.

—¡No! —Miranda se contorsionó queriendo escapar, pero la risa la dejaba sin fuerzas.

No se rindió, se defendió haciéndoles cosquillas a los niños, hasta que quedamos rendidos, acostados en el suelo. Tomé la mano de mi novia, ella la apretó. Estábamos felices.

—Ya, a tomar once. Vamos, a lavarse las manos. ¡Todos! —ordenó mi mamá con voz de sargento, aunque sabíamos que estaba muy contenta, tanto como nosotros.

En la casa había dos baños, pero nadie quiso ir al del segundo piso, así que todos, en fila, esperamos nuestro turno para lavarnos las manos. Me hizo recordar mi niñez.

¿Se podía ser más feliz?

Capítulo 23

Llegamos cansados a la casa. Felices también. Eran pasadas las ocho de la noche.

—Señorita Miranda —me habló el conserje.

—Buenas noches, don Juan.

—Buenas noches, disculpe, es que hoy vino una mujer preguntando por usted.

—¿Por mí?

—Sí.

—¿Quién era?

—Una de las mujeres que estuvo en su departamento la otra vez.

Me sentí desfallecer. José Miguel me sujetó con firmeza.

—¿No dijo lo que quería? —preguntó mi novio.

—Quería saber si seguía viviendo aquí y que si sabía dónde se había ido.

—¿Qué le dijo? —atiné a preguntar.

—Le dije que se había ido y que no sabía nada más de usted. Me dejó una dirección y un teléfono por si sabía algo. Y este dinero para que lo averiguara.

—¿Te pagó para que nos traicionaras? —inquirió José Miguel molesto.

—Sí, señor. Yo lo recibí porque si no lo hacía ella hubiera sospechado que yo estaba guardando algún secreto y prefiero que crea que yo le avisaré lo que sepa a que siga fisgoneando por aquí.

—Gracias, Juan.

El hombre le extendió los datos y los billetes que le había entregado mi madre o mi suegra, a José Miguel.

—El dinero es suyo.

—Yo no los quiero tener, señor.

—Déjate los.

—No, es mejor que se los dé a la policía.

José Miguel abrió la hoja con el nombre y el número de teléfono.

—Tu suegra —musitó.

—No me va a dejar tranquila.

—Tendrá que hacerlo, lo quiera o no. Voy a llamar a Alex. Gracias, Juan, y si vuelve, nos avisas, por favor.

—Claro que sí, señor, no se preocupe. Mis compañeros también están al tanto. De todas formas, yo ya le avisé a don Alex. Estaba en un operativo y dijo que les avisara a ustedes, que luego él se comunicaría.

—Gracias, don Juan —dije al fin.

—Nada qué agradecer, señorita.

Subimos al ascensor, uno al lado del otro. Una vez dentro, me abrazó de los hombros.

—Tienes que estar tranquila —me dijo—, no dejaré que se te acerque.

—Lo sé. Esa mujer nunca me quiso. Yo no era suficiente para su hijo —comenté como al pasar, recordando aquella época.

—No pienses en eso.

Me abrazó, y yo me aferré a él.

—Es que no puedo olvidar lo mal que me trataba.

—Pero ahora tienes una suegra que no solo te quiere, sino que te entiende.

—Sí, tu mamá es un amor.

—¿Te dijo algo de mí en la cocina? —preguntó interesado.

—¿Debería?

—No lo sé, las madres siempre dejan en vergüenza a sus hijos.

—No, no me dijo nada de lo que pudieras avergonzarte, hablamos de ti, de cómo nos conocimos, eso.

—Me alegra que te hayas sentido a gusto en mi casa.

—Son todos muy agradables.

—Yo más que todos —dijo coqueto.

Lo besé y justo llegamos a su piso.

—Debió demorarse más —protestó contra el ascensor.

La puerta se abrió y lo que vimos nos descolocó a ambos. Todo estaba desordenado, como si hubiesen entrado a robar. José Miguel sacó su móvil para llamar a Alex y en ese preciso momento, sonó con una llamada entrante.

—Alex —respondió e hizo una pausa para escuchar—. ¿Qué dices? Acabamos de llegar a mi casa, alguien se metió y...

José Miguel me miró y su rostro se contrajo, se puso lívido. Yo no entendí su expresión sino hasta que fue muy tarde. Lorenzo puso un arma en mi cabeza.

—Hola, preciosa, tanto tiempo sin vernos —me saludó mi ex.

—Lorenzo está aquí —dijo José Miguel antes de colgar.

—¿Ustedes creían que se iban a librar muy fácil de mí? Pues, no. Yo te dije, Miranda, si no eres mía, no serás de nadie.

—Por favor, Lorenzo, no hagas esto —supliqué.

—¿Qué cosa? ¿Querer amarte? ¿Darte otra oportunidad de volver conmigo y seguir siendo felices?

Miré a José Miguel, yo me había apartado de él y no tenía chance de acercarse antes que Lorenzo pudiera disparar.

—Lorenzo, escucha, yo...

—Dime que me amas, nos vamos juntos de aquí y te perdono todo, sin rencores, amor.

Me dio un beso en la cabeza, lo que me produjo un escalofrío que recorrió mi espina dorsal completa.

—Lorenzo... Yo te amo, siempre te he amado, lo sabes...

—Sí, lo sé, preciosa, te confundiste, nada más, eres tan joven.

Respiré hondo. Miré a José Miguel por apenas un segundo y me volví hacia Lorenzo.

—Llévame de aquí —le pedí mirándolo a los ojos, intentando no pensar en lo que estaba haciendo.

—Miranda... —musitó José Miguel.

Lorenzo me observó con desconfianza.

—Te amo —dije con el mayor cinismo que pude.

Lorenzo sonrió y me tomó de la cintura, iba a plantarme un beso, y golpeé su entrepierna con mi rodilla y su brazo con mi mano para hacer que botara el arma. Mi ex novio me dio un golpe en la cara, que me botó al suelo. José Miguel se lanzó hacia él y comenzaron a pelear. Tanto uno como el otro golpeaba. Se gritaban. Era un espectáculo horrible. Yo no sabía qué hacer. El solo hecho de ver a Lorenzo, me aterraba y me paralizaba.

Pero cuando Lorenzo le pegó con un florero y dejó algo atontado a José Miguel, sabía que tenía que hacer algo. Corrí a tomar el arma y apunté a ellos. José Miguel seguía encima de Lorenzo lo golpeaba con saña.

—¡Basta! —grité más asustada por José Miguel que de Lorenzo.

José Miguel se detuvo y me miró. Lorenzo me escaneó de pies a cabeza con una sonrisa irónica en su rostro.

—¿Qué pretendes?

—Matarte.

—Miranda, no —rogó José Miguel.

—Sí, José Miguel, ya me cansé de vivir con miedo y él vino a matarnos.

—Miranda, por favor... No lo hagas tú.

—¡Cállate!

Lorenzo tomó el florero del suelo y lo golpeó en la sien, lo que hizo que José Miguel perdiera el conocimiento. Vi el hilillo de sangre correr por su frente, aparte de los moretones que tenía. Lorenzo también tenía, pero no me importaba. Se levantó y dio un par de pasos hacia mí.

—Tú me hacías enojar. Jamás te hubiera golpeado si te hubieras sabido comportar.

—Tú me golpeabas porque querías, Lorenzo, no me culpes a mí.

—No me vas a hacer nada, lo sabes muy bien —se burló.

—Te voy a matar —amenacé.

—Como si fueras capaz —ironizó.

—Lo seré con tal de matarte y librarme de ti para siempre.

—¡Mentirosa! —exclamó.

Quiso acercarse, yo le disparé a la pierna, de puro susto.

—¡Mierda! ¿¡Qué hiciste por la cresta?!

—Te disparé y lo voy a volver a hacer si quieres acercarte a mí.

—Te voy a meter presa por asesina.

—No te he matado. No todavía.

Yo estaba asustada, sabía que no podría enfrentarme a él, las clases de defensa personal de Alex no eran suficientes, apenas llevaba poco más de un mes practicando y no tenía la destreza necesaria para golpearlo, lo único que necesitaba era ganar tiempo hasta que llegara, estaba segura que él vendría.

En lo que pensaba esto, Lorenzo se tiró al suelo y agarró mi pierna para botarme. Hubiese caído de espaldas, pero me giré en el aire y caí boca abajo. Intenté escapar, pero él me sujetó. El pánico se apoderó de mí. La pistola voló de mis manos, ya no tenía el arma para defenderme.

Él se colocó a horcajadas sobre mí, aprisionándome.

—Estúpida. ¿Qué creías, que te ibas a librar de mí así como así?

—Suéltame.

—No, ya no, yo te amaba y ahora mira en lo que me convertiste.

—Yo no hice nada, esto no es mi culpa.

—Lo es, si no hubieras sido tan...

Alzó su mano para golpearme, sin embargo, José Miguel lo detuvo en el aire y lo agarró del jersey y lo sacó de encima de mí.

—No volverás a ponerle nunca más una mano encima... —habló amenazante mi novio.

Lorenzo, como estaba con la herida de bala en la pierna, no podía sostenerse bien, y se aterró. José Miguel era más alto y a pesar de la sangre que corría por su frente, su mano no tembló cuando le dio un golpe tal, que lo lanzó unos metros de donde estaba él. Yo me levanté al ver avanzar a mi novio ir con Lorenzo, con la rabia y la decisión pintada en la cara. Lo tomó de ambos brazos y lo sujetó frente a mí.

—Pégale —me ordenó.

Yo lo miré asustada.

—No tengas miedo. Jamás volverás a temerle a un hombre, menos a esta mierda que no vale nada.

—Miranda, no... —dijo con voz suplicante el hombre que me golpeó durante diez años.

Y se vinieron a mi mente todas y cada una de las veces que no escuché mis ruegos, mis suplicas, ni siquiera cuando...

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, rabia y miedo acumulado, le di un puñetazo en el estómago.

—¡Miranda! —exclamó queriendo doblarse en dos, pero José Miguel lo retuvo muy bien para que no tuviera chance a nada.

—¿No te gustó golpear a una mujer?

—Por favor, Miranda —rogó.

—¿No te gustaba pegarme? ¿No te gustaba humillarme? ¿Te acuerdas cuando te rogaba que no me siguieras pegando, cuando te suplicaba que pararas?

Su rostro estaba desfigurado por los golpes, el miedo y el dolor.

—Te odio, Lorenzo, ojalá te pudras en el infierno. No sabes cuánto te odio. —Me acerqué mucho a él, segura que él no podría llegar a mí—. ¡Eres un desgraciado!, pero ya nunca volverás a hacerme daño, nunca vas a volver a acercarte a mí—Volví a golpear su estómago, tres, cuatro veces, mientras él rogaba que parara.

—Esto es por mi hijo muerto, mierda, ¡Tú lo mataste a golpes!

—Perdóname, Miranda, yo no sabía.

—Lo sabías, maricón (*cobarde*).

—Basta, por favor... ¿Qué vas a hacer? Te dejaré tranquila, nunca más...

—Así rogaba yo, ¿te acuerdas? La diferencia es que yo sangraba por mi bebé. Aun así, seguiste golpeándome.

Le di una patada en la entrepierna, donde iban todos mis recuerdos, incluso aquel que no había querido admitir ni siquiera para mí misma, negando esa realidad para no volverme loca.

Y lo golpeé en los testículos con tal fuerza, que sangraron.

—Nunca volverás a ser padre, tú no mereces nada...

—Yo te amaba, Miranda, tú me hiciste ser así —se excusó entre quejidos.

—Nunca me amaste. Tú no sabes lo que es el amor. No lo sabes. Y no lo vas a saber nunca.

Alex entró al departamento, rodeado con un montón de policías.

—Deténganse, no lo empeoren.

José Miguel lo soltó y Lorenzo se cayó boca arriba, retorciéndose de dolor. Yo no pude contener la rabia que seguía intacta con el último recuerdo y me dejé caer sobre él, con mi rodilla en su esternón, quitándole el aliento. Bajo el peso de mi cuerpo, sentí una de sus costillas quebrarse. No me importó. Le di un puñetazo, que rompió un poco más su boca y le hizo saltar un diente.

—Miranda, amor, ya pasó. —José Miguel intentó apartarme.

—No, no pasó. —Las lágrimas comenzaron a correr por mis mejillas, sin embargo, volví a golpear al infeliz de mi ex.

No sé cómo, Alex me rodeó de la cintura con los brazos bajo su agarre y me sacó en volandas de encima de Lorenzo.

—Tranquila, Miranda, ya pasó —intentó tranquilizarme.

No fui capaz de hacer nada. Quería luchar, pero estaba cansada, triste y me dolía todo.

—No, Alex, no ha pasado, mientras esté vivo, me perseguirá.

—Ya no volverá a hacerte daño.

—Tú no entiendes... —Lloré sin control, aunque no quería hacerlo.

Alex me bajó al suelo y me volteó hacia él, sin soltarme. Me abrazó a su pecho.

—Claro que te entiendo. Ya pasó. Ya no se te acercará más.

—No ha pasado —protesté una vez más.

José Miguel se acercó a mí y me abrazó por detrás.

—Ya pasó, cariño, ya pasó.

Me solté de Alex y me abracé a mi hombre.

—No ha pasado, yo sé que no ha pasado, Lorenzo...

Me aparté un poco para mirar al hombre que seguía en el suelo y me quedé de piedra.

—Está agonizando, Miranda, se va a morir.

—¿Y si no?

—Te aseguro que de aquí no sale vivo.

Lorenzo giró su cabeza hacia mí, sus ojos eran dos líneas rodeadas de un círculo rojo-morado, su cara estaba por completo hinchada, y la sangre ensuciaba todo su cuerpo.

Escondí mi cara en el pecho de José Miguel. Mientras Lorenzo estuviera vivo, no estaría tranquila.

—Tranquila, mi amor, tranquila.

Sentí más gente llegar, eran los paramédicos de la ambulancia. Vinieron conmigo y me pusieron una inyección en el brazo. Luego, se fueron a atender a José Miguel mientras Alex se quedaba conmigo. Al final, vi a una mujer acercarse a mi ex.

—Este hombre está muerto. Saquen de aquí a este desgraciado —ordenó la mujer con voz de mando.

Solo entonces pude volver a respirar.

Capítulo 24

Se desvaneció en los brazos de Alex, quien la tomó y la dejó sobre una de las camillas que traían los paramédicos. Mi cabeza seguía sangrando, por lo que también me recostaron sobre una y nos bajaron hasta la ambulancia en medio de un montón de curiosos y mis protestas, tanto por querer salir caminando y no en una camilla, como por mi deseo de ir con Miranda.

Me pusieron un sedante, o algo así, pues, de la nada, me dormí.

Al despertar, mi hermano Roberto estaba a mi lado en la cama.

—Hola, por fin te dignas a despertar —se burló, sin embargo, pude notar el alivio en su voz.

—¿Y Miranda?

Con su cabeza me indicó detrás de mí. Me di la vuelta y la vi en una cama a mi lado.

—¿Cómo está? ¿Por qué sigue desmayada?

—Está dormida y así seguirá unas horas más. El doctor dice que está en shock, sus heridas y moretones son superficiales. El tema con ella es su estado mental.

Tragué saliva. En mi rabia, la hice volverse contra Lorenzo y lo había matado. No debí exponerla a eso.

—Tú eres el que no está tan bien —acotó.

—¿Qué? —Me sorprendí.

—Tienes cinco puntos en la cabeza y dos en el hombro. El tipo te dio muy duro.

—Yo no lo hice menos.

—No, claro que no, el tipo no quedó nada bien.

—Murió —afirmé.

—No, sigue luchando por su vida el infeliz, la fractura en su costilla perforó el pulmón, está en riesgo vital, pero no se quiere dar por vencido. De todos modos, jamás será padre.

—Debí matarlo yo.

—No digas eso, tú no eres un asesino.

—Es cierto, Roberto, ese hombre, si vive, no nos dejará en paz, ¿sabías que ese tipo mató a su propio hijo?

—¿Qué?

—Sí, a golpes contra Miranda, la hizo abortar. Mi hermano alzó las cejas, sorprendido.

—Tú no eres como él, deja que la justicia haga su parte.

—¿Justicia? ¿De qué justicia hablas, Roberto? Mira lo que pasó por la supuesta justicia. Lo dejaron libre y...

—Bueno, en todo caso, los doctores no creen que se salve.

—Ojalá que no, Miranda y yo jamás podremos estar seguros con ese tipo vivo.

—Mi suegro se está haciendo cargo del caso, bueno, no él, su bufete, dice que tienen todas las de ganar, Lorenzo utilizó a su madre para distraer al conserje y poder entrar tranquilo al departamento.

—Miserable. Supongo ahora que la señora se dio cuenta de la clase de hijo que tiene.

—Nop. Al contrario, quiere que ustedes vayan presos por querer asesinar a su niño.

—Vieja de mierda.

—Y adivina a quien buscó para hacerse cargo de la defensa de su niño.

—¿A quién?

—A mi suegro. Le ofreció tres veces sus honorarios por querrellarse contra ustedes.

—¿Ya?

—Obvio que mi suegro se negó.

—Llévale mis agradecimientos.

—Claro, sabes cuánto te quiere él.

—Sí, lo sé, yo también lo aprecio mucho a él y a su familia.

Unos segundos de silencio. Miré todo a mi alrededor.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el refugio en el que estuvo Miranda antes.

—¿Por qué aquí?

—Porque es más seguro para ustedes, también, aquí podrán descansar lejos de todos y estarán juntos, en una clínica estarían separados y el psicólogo dice que no es bueno en este momento que estén lejos el uno del otro. En un rato más vendrá para ver si necesitan algún otro tratamiento ya sea con psiquiatra, neurólogo o algo así.

No supe qué decir. Yo no necesitaba nada y si llegara a necesitar de alguien sería de Vivi.

—Bueno, hermano, me voy, vengo mañana a verte, a lo mejor vengo con la mamá, también quiere verte y convencerse por sí misma que están bien.

—Gracias.

—No me des las gracias, la señora de las adopciones dijo que teníamos que quererte a pesar de todo —contestó reprimiendo una risa.

—Pero eso lo dijo de ti cuando te fuimos a dejar después que te recogimos de la basura y ellos no te quisieron aceptar y tuvimos que llevarte a casa.

Sonrió abiertamente y me dio un abrazo.

—Te quiero, hermano —habló emocionado y con sinceridad.

—Yo también te quiero, gracias por todo.

—No me agradezcas. Descansa.

Me dio un beso en la mejilla antes de irse.

Yo me volví hacia Miranda y la contemplé largos minutos, mientras pensaba en la injusticia de todo lo sucedido a mi mujer. ¿Por qué le había tocado sufrir de esa manera? Por qué, después de todo lo vivido, ¿seguía sufriendo? Tal vez, ahora quedaría con un trauma difícil de curar y no sabía cómo yo podría ayudarla en lo que se viniera hacia adelante. Si ya era difícil, ahora lo sería más. Ese tipo la había encontrado para matarla y podría haberlo hecho, podría habernos matado a los dos, o solo a mí y habérsela llevado a ella, como quería, secuestrarla y seguirla abusando.

No sé en qué momento me dormí. Al despertar, lo primero que vi fue mi bella mariposa mirándome.

—Quería arrancarme a tu cama, pero no pude —susurró como una niña mala.

—¿Por qué no?

—Porque el suero está pegado a la cama —respondió de mal humor.

—Puedo ir yo.

No contestó, simplemente sonrió y se corrió un poco para dejarme espacio. Me acosté a su lado y la tomé en mis brazos.

—¿Cómo te sientes? —pregunté aliviado al ver que no me rechazaba.

—No sé, no podría describirlo, es una sensación extraña, por un lado asustada y conmocionada, pero también me siento aliviada y con esperanza e ilusión en el futuro. Creo que mi vida va a ser mejor de ahora en adelante, sobre todo si tú estás a mi lado.

—No me iré a ninguna parte —aseguré con firmeza.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por seguir conmigo a pesar de todo.

—¿A pesar?

—Por mi culpa estamos como estamos en este lugar.

—No, esto no es tu culpa, si estamos aquí es por el psicópata de Lorenzo, él es el único culpable.

—Pero era mi ex, yo no debí estar con él.

—¿Acaso tenía un letrero de "psicópata" en la frente para que lo supieras?

Rio suave.

—No.

—Entonces, cariño, no te culpes de algo que tú no tienes la culpa.

Escondió su cara en mi pecho, yo la abracé más fuerte, las heridas que ese hombre había provocado en Miranda serían muy difíciles de sanar, y yo no descansaría hasta lograr que todas y cada una de ellas estuviera curada.

La enfermera del refugio entró y nos miró con divertida censura.

—Veo que amanecieron mejor —bromeó.

—Sí —contestamos a un tiempo.

Yo me salí de la cama cuando Diana se acercó para quitarle el suero a mi mujer.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Miranda.

—Bien —respondió con una sonrisa.

—Me alegra. No pensé que volvería a verte por aquí.

—Yo tampoco esperaba volver, pero el idiota de mi ex no se quedó tranquilo.

—Sí, por lo menos no les hizo nada peor.

—Sí, menos mal.

Hablaban mientras la enfermera le tomaba los niveles de presión, temperatura y saturación a Miranda.

—¿Dolor de cabeza? ¿Nada?

—No, nada, me siento bien y como si hubiera dormido por días

—Qué bueno, en realidad solo dormiste diez horas. Pero creo que fue suficiente, el doctor vendrá en un rato más a verte.

Se vino a mi cama y se colocó unos guantes, abrió el parche de mi frente y solo miró. Luego hizo lo mismo con el del hombro. Me sonrió, pero no dijo nada. Tomó mis niveles de presión, temperatura y saturación.

—El doctor ya viene y el desayuno también —dijo ordenando todas sus cosas en el carrito.

—Gracias —respondí.

—De nada, y no hagan maldades. —Se fue riendo.

Esa mujer se había hecho buena amiga de Miranda en el tiempo que ella había estado aquí la vez anterior. Era una mujer de unos cuarenta años, muy maternal y muy agradable que había ayudado mucho a Miranda en su proceso de sanación.

Casi de inmediato, llegó la chica de la cocina con el desayuno.

—Buenos días, aquí está su desayuno —anunció con una sonrisa.

—Muchas gracias —agradeció Miranda, y o lo hice de igual forma.

La contemplé mientras se devoraba la comida, en realidad, yo tampoco lo hice mejor, creo que ambos estábamos hambrientos.

Al rato, apareció el médico y el psicólogo, quienes nos preguntaron acerca de nuestro estado de ánimo, yo suponía que Miranda estaría peor, sin embargo, no; sentía que toda su rabia y su miedo se habían ido con los golpes.

—¿Y si volviera? Si él volviera a aparecer ante ti, ¿qué crees que harías? —le preguntó el psicólogo.

—¿Qué voy a pensar? Que estoy viendo un fantasma. Además, si él volviera, pensaría que es su vida o la mía, y la de él no vale la pena —respondió con decisión—. Pero él está muerto, ¿no?

El profesional la miró y negó con la cabeza. Ella lo entendió sin problema.

—Que no se atreva a acercarse a mí, porque ahora no me va a temblar la mano para quitarlo de mi camino. Ya no necesito quitarme la rabia de encima, solo sacarlo de mi vida de una vez y para siempre. Y si se atreve a volver para molestarme o matarme, yo no voy a tener lástima por él ni me va a temblar la mano.

—Pareces decidida —acotó el médico.

—Durante mucho tiempo he vivido con miedo y ya no más. Si a él no le importo yo, ¿por qué él me tiene que importar a mí?

Me acerqué a su cama y me senté en ella. Tomé la mano de mi mariposa de alas rotas y la apreté. Si esto que decía era a causa del shock o como una máscara, esperaba que no se derrumbara en el momento menos oportuno.

Capítulo 25

No me importaba si Lorenzo estaba muerto o no, lo único que me importaba en ese momento, era que José Miguel seguía aquí, que él no había salido huyendo despavorido por darse cuenta de la mujer que tenía a su lado y el peligro al que se enfrentaba al estar conmigo.

Golpearon la puerta y el psicólogo abrió. Alex entró con una gran sonrisa.

—¿Por qué dijeron que Lorenzo estaba muerto si no lo está? —recriminé antes de saludar.

Alex me regaló un guiño condescendiente.

—Buenos días, Miranda, ¿cómo estás? Buenos días, Alex, muy bien, ¿y tú? Bien, ¿cómo dormiste? Bien, gracias, aunque no entiendo por qué dijeron que Lorenzo estaba muerto cuando en realidad no lo está —remedó una conversación "civilizada".

—Ya, ya —acepté de mala gana—. Buenos días, ¿por qué dijeron que Lorenzo estaba muerto?

Rio negando con la cabeza.

—Porque lo estará muy pronto, él tiene una fractura en una costilla, lo que le perforó el pulmón, además de eso, su corazón tenía una falla no descubierta, estaba propenso a un ataque cardiorrespiratorio en cualquier momento, anoche estaba haciendo un paro, no sé cómo sigue vivo. Los médicos tampoco se lo explican. En todo caso, esto será cosa de tiempo, aún si saliera de esto y se fuera a su casa, sería con muchas restricciones y en la cárcel no tendría una vida fácil.

—¿Es Terminator? —Yo lo pregunté en serio, pero ellos se echaron a reír—. ¿¡Qué?! Si es verdad, no se muere nunca.

—Mejor no pienses en eso —señaló José Miguel volviendo a apretar mi mano.

—Sí, tienes razón, ese tipo no merece ni que lo mencionemos.

Se acercó y me dio un corto beso.

—No merece nada, ni siquiera tu odio —apuntó José Miguel.

Era verdad. Lorenzo tenía que salir de mi vida y quedar solo como un mal recuerdo. De otro modo, siempre sería un fantasma entre José Miguel y yo y eso sí que no lo permitiría, ya demasiado daño me había hecho en el pasado, como para que siguiera echando a perder mi vida y mi futuro. No. Lorenzo jamás volvería a lastimarme. Nunca más. Y así se los hice saber a los cuatro hombres que estaban allí. Mi novio me abrazó a modo de respuesta.

Pasado el mediodía, nos dejaron en libertad de irnos o quedarnos, lo conversamos y decidimos irnos, no teníamos que escondernos, ni lo haríamos, aunque claro, ninguno de los dos quería irse de vuelta al departamento, por lo que decidimos irnos a la casa de mi suegra unos días, hasta decidir dónde viviríamos.

Para nuestra sorpresa, en la casa de Inés estaba Roberto y su familia: María Paz, su esposa, sus hijos y el padre de ella, Hernán Oyarzún; también estaban los otros dos hermanos de José Miguel, Joaquín y Victoria; también estaban Vicente, Macarena y Clara Lazo, la bruja de la farándula chilena y, por supuesto, Alex, que había ido con su esposa y mi amiga, Rocío.

—Hijo, qué bueno que ya llegaron. —Saludó Inés a su hijo, luego se abrazó a mí—. Miranda, hija, ¿cómo te sientes?

—Bien, Inés, gracias.

—¿Quieres tomar algo? ¿Estás cansada?

—Sí, sí, quiero tomar algo caliente, un té o un café, por favor.

—Claro, claro, ¿alguien más quiere algo? —ofreció a los demás.

Solo Macarena pidió un té, el resto, ninguno quiso nada.

—Fuiste muy valiente, Miranda, muchas en tu caso, terminan muertas —comentó Vicente.

—No sé si valiente es la palabra —repliqué insegura.

—Sí, claro que sí, te enfrentaste al gestor de tus miedos y eso no es fácil —afirmó Macarena.

—Bueno, eso sí, pero era él o nosotros... —dudé.

—Excelente elección, tipos como él no merecen vivir.

—No, no deberían...

Rocío me abrazó y susurró en mi oído palabras de ánimo y apoyo al momento que estaba viviendo. Luego, abrazó a José Miguel de igual forma, agradeciéndole que estuviera a mi lado en esos momentos.

Clara se acercó a José Miguel y tomó sus manos. No dijo nada, solo se mantuvo así por un buen rato. Nadie habló, ninguno se atrevió a interrumpirla. Yo no sabía qué pasaba y conforme pasaban los minutos, me sentía más intranquila, parecía como si el tiempo se hubiese detenido y todo se hubiera vuelto silencio.

El rostro de mi novio se relajó notoriamente, luego de eso, fue tomando forma hasta que esbozó una sonrisa, pequeña al principio, luego más notoria, era una sonrisa feliz. Clara hizo un leve movimiento y me dio la impresión que todo volvió a la normalidad. Incluido el ruido, que retornó como si le hubiera subido el volumen al

mundo.

De pronto me sentí tranquila, no sé por qué, pero lo vivido parecía tan lejano, no como si hubiese pasado hacía unas horas.

Se acercó a mí y también tomó mis manos.

—Todo irá bien de aquí en adelante, linda, habrá un pequeño bache que solucionarán sin mayor inconveniente.

—Gracias —logré articular con gran dificultad.

—De nada. —La mujer sonrió de forma maternal, parecía una anciana con siglos de experiencia.

Entonces, todo volvió a apagarse, era como si esa bruja tuviera un control remoto con el que apagara el mundo alrededor.

Si antes sentí paz, ahora la sentía más, incluso, sentía que en mi corazón no había ni odio ni miedo a Lorenzo, era como si mi corazón se hubiera sanado de tanto dolor.

—¿Qué hizo? —me animé a preguntar luego que el mundo echó a andar de nuevo.

—Curé tu alma —respondió con tranquilidad.

Me soltó. José Miguel se acercó a mí y me abrazó. Me hizo sentar y mi suegra me entregó la taza de té que tenía en su mano, esperando, paciente, a que Clara terminara con nosotros.

—Vicente, ustedes han hecho mucho por nosotros —comenzó a decir mi novio—, por lo mismo quiero ayudar en ese hogar, quiero saber en qué forma puedo hacerlo.

—Toda ayuda es bienvenida —contestó Vicente—, tú me dirás el modo en el que quieras ayudar.

—No sé, la verdad es que nunca he participado en obras filantrópicas, más que en eventos sociales.

—Bueno, en el refugio no hacemos eventos sociales, tú comprenderás que no se puede pedir ayuda pública, pero sí quieres ayudarnos, bienvenido será.

—En ese caso, podemos juntarnos la próxima semana para ponernos de acuerdo. Esta semana necesito descansar con mi novia de todo esto.

—Claro que sí, tranquilo, el refugio no se irá a ninguna parte.

Yo también quería ayudar, en ese hogar pude conocer a gente maravillosa, niños hermosos que en cortos años habían sufrido ya demasiado, mucho más de lo que merecían; incluso, conocí a Elena, una niña de nueve años, ella había llegado con su mamá, pero la mujer decidió volver con su pareja, quien golpeaba a ambas, y dejó allí a la niña porque él no quería hacerse cargo de una "guacha", una hija de otro hombre. Elena me iba a ver cada mañana después que se iba José Miguel al trabajo, llegaba con una tablet que le había regalado el matrimonio Saravia-Véliz, y jugábamos mucho rato con un gato al que había que alimentar, llevar al baño, jugar con él y hacerlo dormir. Esta vez no la había visto. Como estuvimos tan poco tiempo, no tuve oportunidad. Y tampoco es que José Miguel lo supiera, no porque no quería decírselo, pero es que él estaba tan pendiente de lo que me ocurría, que nuestros temas de conversación giraban en torno a eso. Y nunca se dio que le hablara de Elena.

—Miranda... Miranda. —Estaba tan embebida en mis pensamientos que no me percaté que me hablaban.

—Disculpa —le dije a Alex.

—¿Te sientes bien?

—Sí, sí, estaba pensando, solo eso.

—¿En qué? ¿En Lorenzo? —preguntó Vicente.

—No, no, en Elena.

—¿Elena? —se extrañó Vicente.

—¿Nuestra Elena? ¿La niña del refugio? —inquirió Macarena.

—Sí —contesté algo avergonzada.

—¿Elena? —José Miguel me miró sorprendido.

—Es una niña que conocí en el refugio la otra vez, pensaba en ella, ahora que dijiste que querías ayudar, no sé, pensé en ella... —respondí nerviosa.

—¿Por qué nunca me enteré de eso? —consultó mi novio sin censura.

—Es que nunca se dio la oportunidad, ella llegaba a jugar conmigo luego que te ibas a la oficina.

José Miguel tomó mi mano.

—Debiste decírmelo, hoy no la viste y quizás querías verla.

Me encogí en mi asiento.

—No tienes que guardarte nada, amor, dime la verdad, ¿por qué no me contaste?

Resoplé. Bajé la cara. Él quería la verdad. Esa que no quería aceptarla ni para mí misma.

—¿Miranda?

—No sé —mentí.

José Miguel tomó mi cara con delicadeza y me hizo mirarlo.

—¿Pensaste que me enojaría contigo por pasar el día con Elena?

Me encogí de hombros.

—Amor, tú tienes derecho a tener amigas, a tener más gente a tu alrededor, yo no puedo ni quiero ser tu mundo exclusivo, quiero que me ames, quiero amarte, pero me parece egoísta pretender que dos enamorados no tengan vida propia. Te quiero feliz, te quiero enamorada, de mí por supuesto, te quiero realizada, pero, por sobre todo, te quiero libre. Te dije que eres como una mariposa de alas rotas, alas que se están recuperando y yo no soy nadie para querer cortarlas después del esfuerzo que has tenido que hacer para recuperarlas. Eres una persona libre que quiere compartir su vida conmigo. Quiero que tengas eso muy claro. No me molesta que no me lo hayas contado, pero tal vez querías verla hoy y no la viste, tal vez has querido ir a visitarla, y tampoco te has atrevido a pedírmelo. No me tengas miedo, es lo único que te pido.

Una lágrima rodó por mi mejilla y fue a dar a la comisura de mi labio. Él se acercó y besó la lágrima retenida allí.

—Te amo, Miranda, te amo de verdad, como se debe amar, tal vez no soy el hombre perfecto, no soy un superhéroe, cometo errores, no te he podido proteger como desearía, pero te amo y eso es lo que importa...

—Lo siento tanto... —Ya no pude contener las lágrimas.

—No, mi amor, no, solo déjame amarte.

—Bueno, nosotros nos vamos —dijo Alex, para dejarnos tranquilos, seguramente.

—Muchas gracias por todo —agradeció José Miguel con sinceridad.

—Nada qué agradecer, para eso estamos. Nos hablamos.

—Claro que sí.

—Me alegro que haya terminado bien para ustedes.

—Sí, y yo también me alegro —reconocí. Me dio un abrazo—. Gracias, si no hubiera sido por ti, mañana habría sido un número más mañana en la prensa.

—No digas eso —me reprochó Macarena con cariño—, menos mal que no fue así.

—Sí, tengo mucho que vivir todavía. —Sonreí.

José Miguel me abrazó.

—Sí, sobre todo con nuestro bebé que viene en camino —declaró orgulloso.

—¿¡Qué?! —gritaron todos al unísono, yo quedé tan sorprendida que ni siquiera pude reaccionar.

—¿Estás embarazada, Miranda? —me interrogó Rocío.

—No que yo sepa —me encogí de hombros y miré a José Miguel confundida.

—¿No oyeron? Clara lo dijo fuerte y claro —respondió mirando a la bruja.

—¿Qué dijo?, ¿cuándo? —intervino Roberto.

—Dijo que Miranda estaba esperando un hijo mío.

Creo que José Miguel estaba tan confundido como yo.

—Las leyendas parecen ser verdad —musitó Alex con nerviosismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi novio.

—Las malas lenguas dicen que ella puede hablar por el pensamiento. Y ahora creo que es verdad.

—¿Dices que me habló solo a mí?

—Así parece, ninguno oyó nada de un hijo.

—Yo no lo habría pasado por alto —comentó mi suegra con una enorme sonrisa—, un nieto no es cualquier cosa.

—Yo tampoco, todos ustedes tienen sobrinos, menos yo —comentó Roberto, divertido.

—Entonces, ¿solo lo escuché yo?

Todos nos volvimos a mirar a Clara que tenía una dulce sonrisa. Lo entendimos sin palabras. Yo estaba embarazada.

Capítulo 26

No entendía nada, lo que sí sabía era que mi bella mariposa estaba esperando un hijo nuestro y eso me ponía feliz.

En el cuarto, acaricié el vientre de mi mujer, lo tenía plano, sin embargo, ansiaba el día que estuviera abultado con nuestro bebé a punto de nacer. ¡Quedaba tanto para eso!

—Mañana es el cumpleaños de Elena —comentó mi mariposa con voz apenas audible.

—¿¡Mañana?! —pregunté sorprendido—. Debemos comprarle un regalo e ir a verla.

Ella sonrió entonces abiertamente y acarició mis brazos.

—Gracias.

—No me las des, por lo que sea, no me des las gracias, que no te estoy haciendo ningún favor, estoy contigo porque te amo y haga lo que haga por ti, lo hago porque quiero.

Se acercó y me besó.

—Te amo —dijo con voz enamorada.

—Y yo a ti, mi bella mariposa.

Aquella noche hicimos el amor, sabiendo que dentro de ella estaba el fruto de nuestro amor y nos dormimos abrazados, unidos, casi como uno solo.

Al despertar, ella no estaba a mi lado. No me asusté, sabía que allí nada malo le pasaría. Y no me equivoqué. Bajé, y mi novia estaba con mi mamá en la cocina.

—¿Están tomando desayuno sin mí? —reproché feliz de que ambas se llevaran bien.

—No, te estábamos esperando, nos tomábamos una taza de té —respondió Miranda.

Me senté a su lado y le di un beso, su beso fue tan suave como el aleteo de una mariposa, le di un beso en la mejilla a mi mamá y me senté. La mujer que ayudaba a mi mamá en la cocina sirvió el desayuno. Creí que Miranda reclamaría como la mayoría de las embarazadas que no le gustaba la leche o que se sentía mareada, sin embargo, no fue así, al contrario, se comió todo con muchas ganas.

—Nosotros vamos a salir ahora —le avisé a mi mamá—, Elena está de cumpleaños.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida—. ¿Cuántos cumple?

—Cinco —respondió Miranda.

—¿Podrán traerla algún día? Me gustaría conocerla.

—No sé, no tengo idea de cómo funcionan estos casos —contesté—, pero hablaré con Vicente para ver si podemos traerla algún día.

—Ojalá puedan traerla.

—Lo intentaremos —aseguré.

—¿Cómo es? —consultó interesada.

—Es delgadita, bajita, con el pelo algo ondulado, cortado en una melena —explicó mi novia—, tiene uno ojos azules preciosos, parece menor de lo que es, no aparenta más de cuatro.

—El mal cuidado —replicó mi madre.

—Sí, no la trataban bien, ella no quiere volver con su familia, con su mamá.

—Me imagino, ahora conoce otro mundo y...

El teléfono interrumpió a mi mamá, yo fui a contestar.

—Hola, soy Macarena, lo que pasa es que no sé si saben que hoy es el cumpleaños de Elena y le vamos a hacer una onces (*té de la tarde que se hace especial cuando hay una celebración*), si quieren pueden ir, sabes los resguardos, pero puede ir tu familia si quiere —habló rápido, como si estuviera corriendo.

—Claro, gracias, pensábamos ir de todos modos, ¿ustedes tienen todo listo?

—Ahora vamos a comprar las cosas, la verdad es que estamos un poco atrasados.

—¿Podemos hacerlo nosotros? Queremos hacernos cargo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad, me gustaría mucho hacerlo.

—Por mí, ningún problema, ¿quieres que me ocupe de algo?

—No, yo voy saliendo ahora con Miranda y nos vamos para allá en cuanto tengamos todo.

—Bueno, nos vemos en la tarde, entonces.

—Gracias, nos vemos.

Durante todo el tiempo que hablé por teléfono, les di la espalda a mis dos mujeres y al volverme, me miraban interrogantes.

—Mamá, esta tarde conocerás a Elena, y, Miranda, vamos, porque tú y yo tenemos una fiesta que preparar.

—¿De verdad? —preguntaron ambas a la vez.

—Claro que sí, si no alcanzo yo a venir a buscarte, le diré a Roberto que lo haga, tú sabes que hay ciertos resguardos que tomar y no todo el mundo puede enterarse de ese lugar. Puedes avisarles a Joaquín y Victoria, por si quieren ir.

—No hay problema, hijo, yo les digo y no te preocupes, tendremos cuidado, sabemos lo que ese lugar significa y que debemos tener cuidado.

Llamé de inmediato a Roberto para hablarle de Elena y se alegró que pudiésemos ir a verla.

—Ya, nos vemos más tarde —me despedí de un beso de mi mamá y Miranda hizo lo mismo.

Nos fuimos primero a ver las tortas de cumpleaños, no había tiempo para encargarnos una, pero encontramos una muy linda, de una cerdita de moda. La dejamos encargada para la tarde junto a unos dulces, pan y pastas para canapés. De ahí, nos dirigimos a una Casa de Cumpleaños, donde compramos todo lo necesario: globos, piñatas, sorpresas y un largo etcétera.

Mi mariposa estaba encantada, su cara brillaba, sus ojos resplandecían con todo lo que nos ofrecían. Solo por ver ese espectáculo, valía la pena todo esto, aunque yo, sin todavía conocerla, ya me estaba enamorando de Elena.

Al final, nos fuimos por su regalo. Eso costó más, ninguno de los dos sabía qué regalarle. Le envié un mensaje a mi hermano, nosotros nos íbamos directo al refugio.

—¡Mira! —gritó Miranda.

Íbamos pasando por fuera de una tienda y mi novia vio una lámpara de su dibujo animado favorito, una preciosidad.

—¿Te gusta? —pregunté por preguntar, su cara era un poema.

—Sí, a ella no le gusta la oscuridad y en su pieza tiene una lámpara normal. Esta sería genial.

Su entusiasmo me contagió y no solo le compré la lámpara, también un cobertor, sábanas y un baja cama a juego. Me la imaginé en mi casa, jugando... Y no la conocía.

Cuando llegamos al refugio, ya estaban Macarena y Vicente. A Elena la tenían en otro sector, porque era una fiesta sorpresa, aunque a mi mariposa no le pareció justo, porque, según la mujer de la cocina, la niña había estado un poco triste y Miranda no quería que la niña sufriera nada; de todos modos, se conformó al asegurarle que ella estaría feliz una vez que viera todo.

Pusieron una mesa larga y comenzamos a adornar, a inflar globos, colgar serpentinas, llenar la piñata, mientras las cocineras preparaban el chocolate y los canapés.

Para ser sincero, hubo un momento en el que una lágrima emocionada corrió por mi mejilla, todo esto era por una niña a la que no conocía, pero la sentía tan dentro, casi como si fuera mía.

A las cinco de la tarde, todo estaba listo para la celebración. En el hogar no había mucha gente, eran siete mujeres maltratadas, tres de ellas con niños, seis en total, contando a Elena, más la poca gente que trabajaba allí.

Mi familia asistió completa, lo cual me alegró mucho. Miranda y Macarena fueron en busca de la cumpleañera, mientras tanto yo me quedé esperándolas.

Cuando Elena apareció, me miró con sus enormes ojos azules y mi corazón dio un vuelco, no solamente porque la amé enseguida, sino que también, algo se movió dentro de mí, el recuerdo de un pasado...

La niña corrió a mis brazos y yo la alcé, era tan frágil, tan pequeña...

Se soltó de mí luego de un sonoro beso en mi mejilla. Se acercó a mi mamá, quien la abrazó de un modo extraño.

—Hermano, me tomé la libertad de averiguar algunas cosas, bueno, lo que me diste a entender cuando hablamos por teléfono... Es difícil, pero no imposible, aunque, claro, ustedes no están casados y eso les jugará en contra si quieren adoptar. Y aun cuando se casen, les faltaría el tiempo mínimo, de todos modos, siempre hay resquicios legales.

—Macarena —la llamé sin contestar a mi Roberto, ella se acercó—, ¿cómo se llama la mamá de Elena?

—Ruth Manríquez, ¿por?

—No por nada —respondí desanimado.

—¿Pasa algo?

—No. No, pensé que era otra persona.

—¿Qué otra persona? —preguntó Roberto.

—Beatriz...

Roberto alzó el mentón y me miró con desaprobación.

—¿Qué pasa? —inquirió Macarena sin entender.

—Que si Beatriz Ahumada hubiese sido su madre, Elena podría ser mi hija.

—¿Qué dices? —preguntó Miranda muy sorprendida, llegando por mi espalda.

Primero cerré los ojos y luego me volví para mirarla.

—¿Abandonaste a tu hija? —volvió a consultar, esta vez con algo de molestia.

—¡No! Claro que no, Beatriz se fue sin decir nada, sin darme ninguna explicación, yo suponía que estaba embarazada, pero nunca lo comprobé, de todos modos, intenté buscarla, ¿verdad? —Miré a mi hermano, él asintió con la cabeza—. Nunca pude dar con ella y luego, ya no me importó, si hubiese tenido un hijo mío, dudo mucho que se lo hubiera llamado, le gustaba el dinero y los lujos.

Miranda bajó la cabeza y resopló.

—¿Qué pasa? Miranda...

—Que si hubiese sido hija tuya... La podrías haber reclamado y nos hubiéramos quedado con ella.

—¿De verdad? —¿No estaba enojada porque podría haber sido mi hija?

—Claro que sí, si Elena hubiese sido tu hija, la podríamos haber sacado de este lugar. —Miró a Macarena con gesto culpable—. No es nada personal, pero tú debes concordar conmigo en que este no es lugar para que se críe una niña, mucho menos si tiene un papá que puede hacerse cargo.

—Lo entiendo, y no me molesta, al contrario, con Vicente, hemos intentado adoptarla, pero no se puede, no todavía, por lo menos, la mamá no quiere ceder la tutela y, aunque estamos en juicio para demostrar que ella no es apta, eso se demora, ustedes saben cómo es el sistema.

—Sí, es cierto... —aceptó de mala gana mi novia.

Elena llegó a nuestro lado y tomó mi mano, la miré, esa niña tenía la capacidad de robar el corazón de cualquiera.

—¿Puedes ayudarme? —me preguntó con su pequeña y hermosa voz.

—Claro, ¿qué necesitas? —me agaché para responderle.

—Ven.

Me llevó con su manita en la mía hasta su cuarto, abrió un cajón y sacó una tarjeta hecha por sí misma.

—No sé hacer nudos —explicó.

—¿Puedo verla? —consulté.

—Sí, es para Miranda.

La tarjeta era un tríptico, donde tenía en el centro un dibujo de un gato volando entre tubos de cañerías.

—Ese es el juego que le gusta de mi Tommy —me contó.

Yo sonreí y leí lo que escribió en voz alta.

"Te quiero mucho, ojalá hubieras sido tú mi mamá"

Dejé la tarjeta y abracé a la niña, ella rodeó mi cuello con sus bracitos y sentí sus manitos en mi pelo.

—Y tú mi papá —susurró besando mi cara.

Capítulo 27

Los vi alejarse, tomados de la mano. Fue emocionante verlos juntos, y ahora que lo pensaba, se parecían mucho, tenían los mismos ojos. La misma mirada.

Volvieron rato después, la niña traía algo entre sus manos, se acercaron a mí y Elena me entregó una tarjeta preciosa hecha por ella, con lindas palabras escritas por ella. Con lo llorona que estaba, no pude evitar las lágrimas.

—Gracias, mi niña, está preciosa.

José Miguel la alzó y nos fundimos en un abrazo los tres.

—Quiero apagar las velas y abrir los regalos —dijo con alegría.

—Claro que sí, pequeña, vamos —contestó José Miguel, avanzando a la mesa donde ya estaba todo dispuesto.

Se emocionó al ver la torta de su dibujo favorito. Justo antes de cantar el Cumpleaños Feliz apareció un payaso que cantó con todos nosotros la canción para Elena. La niña cerró mucho los ojos para pedir sus deseos y apagó sus velitas con mucha efusividad de una sola vez.

—¡Se me va a cumplir mi deseo! —gritó feliz.

Yo no pude no abrazarla, José Miguel tampoco.

—Feliz cumpleaños, mi niña —la felicité.

—Feliz cumpleaños, mi pequeña. —José Miguel le dio un beso muy fuerte.

—Gracias —contestó con timidez.

Entonces vinieron los saludos de todos los demás. La emoción y felicidad en la pequeña carita, era épica, ni todo el dinero del mundo, podía comprar la alegría de esa niña.

—¡Tío Vicente! —exclamó sorprendida al reconocer, en el payaso, a su tío. Yo no lo había reconocido.

—¿Vicente? ¿Quién es Vicente? ¿Tú conoces a Vicente? Porque yo no lo conozco —respondió el hombre con voz chillona.

La risa de Elena fue tan contagiosa, que todos echamos a reír con ganas.

—Oye, niña, ¿de qué te ríes? ¿Acaso soy un payaso? —le preguntó Vicente con voz divertida.

Elena no podía dejar de reír y nosotras no podíamos dejar de imitarla.

Luego de una absurda conversación entre el payaso y la cumpleañera, unos trucos de magia y bromas por parte de Vicente, llegó el momento de la piñata, los niños gritaron felices y se lanzaron a recoger dulces como si en ello se les fuera la vida. Era un espectáculo digno de admirar. Niños con un pasado marcado por el maltrato, eran capaces de disfrutar como si nada más en el mundo existiera. Ellos solo vivían el presente. Una lección a tener en cuenta.

Cuando llegó el momento de los regalos, Elena se puso muy contenta con cada uno de ellos, pero la algarabía fue interrumpida por la llegada de la madre de Elena.

—Elena, hija...

La niña corrió a mis brazos, pero quizás, no se sintió del todo protegida y se refugió en José Miguel, quien la cogió en sus brazos. En ese preciso momento, la mujer lo vio. Se puso pálida, lo que no pasó desapercibido por ninguno de los presentes.

—Hola, Beatriz —saludó José Miguel con molestia.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer con evidente temor.

—Vine a celebrar el cumpleaños de *mi* hija —respondió con molestia.

—¿Cómo lo supiste?

—Es sumar dos más dos. Lo que yo quiero saber es por qué me la negaste todos estos años y por qué la abandonaste.

—No tenía cómo tenerla ya.

—Debiste buscarme, sabías muy bien dónde encontrarme.

—No quería molestarte. Después de tantos años...

La niña estaba abrazada a José Miguel con su carita escondida en el cuello de su padre.

—Joaquín, cuidénla, por favor, necesito hablar con *Beatriz* —hizo hincapié en la última palabra.

Mi cuñado la tomó en sus brazos. José Miguel cogió mi mano y, con un gesto entendido, nos siguieron Vicente y Roberto.

—Voy a quitarte a la niña —sentenció mi novio en cuanto entramos a la oficina del hogar.

—No puedes hacer eso.

—Puede. Él es su padre y en las condiciones en las que vive la niña, tiene todas las de ganar la tuición en un tribunal, ningún juez va a dejarte a mi sobrina —afirmó Roberto.

—Además, recuerda que ya hay un juicio en tu contra —agregó Vicente.

—¿Y qué vas a hacer con una niña? —espetó a José Miguel y luego me miró a mí—. ¿Dársela a esta?

—Yo soy su padre y yo me haré cargo —afirmó con decisión.

—Yo la cuidaré mucho mejor que tú —repliqué enojada.

—Por favor, ¿vas a aceptar, así como así, a la hija de otra?

—De una que pasó por la vida de mi novio mucho tiempo antes que yo lo conociera.

—Yo soy su madre, que no se te olvide.

—No, no se me olvida.

—A mí me costó parirla.

—Parece que no tanto, para dejarla botada como un mueble viejo o un animal que molesta.

—Te guste o no, yo soy su mamá, yo la llevé en mi vientre, yo me acosté con tu novio para tenerla.

—Si quieres sacarme celos, estás muy mal, porque el pasado de José Miguel no me interesa, y es cierto, la engendraste y te lo agradezco, porque está aquí y la conocí, y la amé mucho antes de saber que era hija de mi futuro esposo, la amé por ella, por como es, porque ella supo ganarse un lugar en mi corazón.

—Sigue siendo mi hija y tengo derechos que no me pueden quitar.

—Ella no quiere nada contigo, te tiene miedo y eso te quita todos tus derechos como madre.

Los tres hombres nos miraban discutir sin decir ni una sola palabra.

—¡Tú no te quedarás con mi hija!

—Tú perdiste a Elena, te decidiste por un hombre y la abandonaste. Te dieron la oportunidad de escapar de él y no quisiste, ahora no tienes derecho a reclamar nada.

—Tengo todo el derecho del mundo.

—¿Acaso quieres llevarla contigo? ¿Tu amante dejará que viva contigo?

—No... —titubeó—. Yo... Yo solo vine a verla por su cumpleaños, él no sabe que estoy aquí, pero aún sigo siendo su madre.

—Beatriz —intervino ahora José Miguel—, será mejor que te vayas, no tienes nada que hacer aquí, no tiene sentido que te quedes, tú no la quieres, no la mereces.

—Yo soy su madre y eso nadie lo va a cambiar, los jueces siempre dictan a favor de las madres.

—Eso cuando la madre demuestra probidad para tener la tuición, lo que en este caso, es obvio que no es así —aclaró Roberto—, además, tampoco puedes tenerla contigo, ¿para qué la vas a pelear? Ella no se va a criar en un hogar si tiene una familia que puede cuidarla, amarla y preocuparse de ella.

La tipa se puso a llorar y yo salí de allí, ya no quería verle la cara, me daba rabia el solo hecho de mirarla y no por celos, sino por el descaro de ella de reclamar a su hija luego de haberla abandonado.

Elena jugaba con Victoria, Joaquín y su abuela. Me acerqué a ellos. Victoria corrió para que la niña la siguiera y Joaquín las siguió.

—¿Qué pasó? —me preguntó mi suegra con preocupación, entonces entendí la acción de mis cuñados.

—Esa mujer no puede tener a Elena, pero tampoco quiere dejarla. Roberto dice que José Miguel tiene todas las de ganar en un juicio... Espero que así sea, la niña no puede criarse aquí.

—¿No te molesta que sea hijo de José Miguel con otra mujer?

—¡No! Eso pasó hace mucho. Yo sé que él tiene un pasado, como yo también lo tengo y él me aceptó así, y eso que todavía mi pasado no se va del todo.

—Pero él tiene una hija.

—Una preciosa. —No pude evitar sonreír y mirar a la niña que reía feliz con sus tíos.

—Sí. Se parece mucho a José Miguel.

—Sí y es muy dulce. Mire. —Le entregué la tarjeta que me había hecho.

—Es hermosa y su sueño se cumplirá, sé que serás una muy buena madre para ella.

—Gracias —respondí algo avergonzada.

La mujer me abrazó de modo maternal.

—Estoy muy contenta que mi hijo te haya encontrado, aunque él no lo dijera, le hacía falta su otra mitad, una mujer que lo amara como lo haces tú.

No supe qué contestar, me limité a sonreír sin decir nada, ella me sonrió de vuelta con comprensión en su mirada.

Elena llegó corriendo a mi lado, riendo, con su cara roja y su pelo mojado por la transpiración. Detrás, aparecieron Joaquín y Victoria, al parecer venían persiguiéndola, jugando con ella.

—¡Fresca! —protestó Victoria—. No se vale que te escondas en Miranda.

Elena rio más nerviosa, abrazada a mi pierna, escondida detrás de mí.

—Ya, dejen tranquila a la niña —regañó la madre a los gemelos.

Ellos rieron con más ganas y Joaquín se agachó a tomar a su sobrina en sus brazos.

—¿Vamos a lavarnos la carita? —le preguntó con dulzura.

—Ya —respondió moviendo la cabeza una sola vez.

Se la llevó al sector de los baños.

—¿Qué pasó con la mamá de Elena? —me preguntó Victoria.

—No sé, no quiere entregar la tuición de la niña, pero Roberto dice que se la pueden quitar, igual eso a lo mejor no será fácil ni rápido, no sé... —contesté recordando la frustración de hablar con esa mujer.

—Ojalá no tarde mucho. En todo caso, si mi hermano es el papá, podría llevársela de aquí, es mejor que esté en la casa con ustedes, ¿o no?

—Sí, eso mismo pienso yo, ojalá se pueda.

—¿Y si no?

—No sé, pero no creo que José Miguel se quede tranquilo sabiendo que su hija está aquí, no porque este lugar tenga algo de malo, pero no es lugar para una niña, mucho menos para su hija cuando él la puede tener sin problemas.

—Eso mismo digo yo, Elena no se puede seguir quedando aquí.

—Hay que esperar, José Miguel y Roberto lo están solucionando, ellos no se van a quedar tranquilos —intervino mi suegra.

—Eso es cierto, José Miguel estaba muy decidido a quitarle la niña a esa mujer y Roberto también estaba seguro que lo podía hacer. Vicente, por otro lado, dice que hay un juicio en contra de la mamá de Elena, quizás eso nos ayude para tenerla con todas las de la ley antes de lo pensado —comenté.

—Si mi hermano hubiese sabido antes que tenía una hija, ella no estaría aquí, él jamás hubiera permitido que le hicieran daño.

—Eso está claro, pero esa mujer se arrancó y no sabemos por qué. José Miguel lo sospechó pero luego que ya no la encontró, desistió de buscar, pensó que no habían sido más que imaginaciones suyas —repuse.

—Pero siempre sintió que tenía un hijo —afirmó la madre—, no sabía dónde, pero lo sentía, porque cada vez que me visitaba me preguntaba que qué pasaría si él hubiera tenido un hijo sin enterarse, que habían mujeres que negaban a sus hijos el padre y yo, cada vez que tocaba el tema, le preguntaba si es que él había tenido un hijo por ahí y me respondía que no, que él jamás abandonaría a un hijo, pero a mí siempre me dio la sensación que tenía un hijo y que, o no quería reconocerlo o se lo habían negado.

—Él jamás hubiera abandonado a su hija —agregué.

En ese momento aparecieron Joaquín y la niña, ya más tranquila, con su cara lavada, su pelo peinado y sus manitas limpias. Me agaché y la abracé.

—Yo no quiero irme con mi mamá —susurró en mi oído.

—No tendrás que irte con ella, mi amor —aseguré—, no te dejaremos ir.

—Claro que no, mi pequeña —habló José Miguel—, tú te irás con nosotros, ¿quieres?

La niña se apartó de mí, dio un salto y se subió a los brazos de su padre.

—¿Tú y Miranda serán mis papás?

—Sí, mi pequeña.

—Gracias... Mi deseo se cumplió —dijo enrollando sus bracitos por el cuello masculino y hundiendo su cara en el hueco de su hombro.

Capítulo 28

Beatriz se había ido y esperaba que esta vez, para siempre, de mi vida y la de Elena. Ya no la queríamos ni necesitábamos, ninguno de los dos.

El resto de la tarde, intentamos que todo pareciera normal para mi hija, al final, ella no tenía la culpa de nada y no tenía por qué pagar las consecuencias de los actos de los adultos. Además, era su cumpleaños y merecía ser todo lo feliz que pudiera.

Cerca de las nueve de la noche, nos fuimos a casa con mi pequeña, Miranda se fue con ella en el asiento trasero. Por fin mi corazón estaba en paz. Yo lo presentía. No sé si a todos los hombres les pasará, pero yo sabía que tenía un hijo o una hija, sabía que había alguien por ahí, sangre de mi sangre, que no conocía y que me necesitaba. Y vaya si me necesitaba. Pero ya no más. Mi hija era mía y esa arpía ya no volvería a arrebatarme de mi lado.

Recordé la época en la que la conocí y creí tener un futuro con ella.

Beatriz trabajaba en una corredora de propiedades cuando la conocí. No puedo decir que me prendí de ella de inmediato, al contrario, creo que al principio no me cayó nada bien, la sentí fría y calculadora, sin embargo, por razones laborales, tuvimos que seguir viéndonos. Poco tiempo después, nos enamoramos, o eso creí, comenzamos una linda relación, o eso pensaba yo. Ella era todo lo que buscaba en una mujer. Era simpática, agradable, tierna, totalmente opuesta a como creí. Sin embargo, con el tiempo fue mostrando su verdadera cara, la que vi desde un principio. Era una mujer déspota, manipuladora y muy, pero muy ambiciosa. Me hizo gastar mucho dinero en ella, y no era que me doliera, pero... Pero cuando obtuvo todo lo que quiso, se fue. Yo sabía, o sentía, que estaba embarazada y esperaba el momento en que me diera la sorpresa, no obstante, la sorpresa nunca llegó, al contrario, se fue, se escapó. Me sentí un idiota, un imbécil al buscar el amor en una mujer que no merecía nada de mí. Aun así, la busqué, no por ella, por el hijo que suponía venía en camino. Jamás la encontré. Después de dos años, abandoné la búsqueda, pensé que si realmente esperaba un hijo mío, lo había abortado. De otro modo no me explicaba que no quisiera extraerme hasta el último peso, utilizando el chantaje emocional y a ese hijo que venía en camino.

Debo admitir que nunca pude quitarme de la mente aquello; a veces, pensaba que si yo me sentía así, imaginando que ella había matado a nuestro bebé, ¿a ella no le dolería? ¿Le daría lo mismo la vida un inocente? Claro, ahora sé que ella no abortó, pero tampoco la quiso, no la cuidó. Y no lo entiendo. No entiendo por qué no me buscó. Sus excusas me parecieron tan baratas que ni siquiera las podía creer, aunque también, son tan inverosímiles, que perfectamente podrían ser verdad.

Según ella, me dejó por irse con mi ex socio, Rodrigo Valdebenito, él no tenía más dinero que yo, pero tenía alcurnia, algo de lo que yo carecía. Ella creyó que él se iba a tragar el cuento que ese hijo que esperaba era de él, pero en cuanto nació, se hizo un examen de ADN y al darse cuenta que no era así, la echó a la calle con lo puesto, no le importó esa pequeña que necesitaba de un hogar, de una familia que la amara. Tampoco fue capaz de avisarme, de decirme lo que estaba pasando. Ellos habían comenzado una relación clandestina antes de que Beatriz terminara conmigo. Él le había cambiado el nombre, de Beatriz a Ruth, para que no volviera conmigo, para que yo no pudiera encontrarla. Y así quedó, por eso jamás di con ella. ¡Maldita! Hizo sufrir a mi pequeña por un estúpido orgullo. Se dedicó a la prostitución y allí se enamoró de un cliente, que le ofreció el oro y el moro, pero en cuanto la vio con la niña, comenzó a golpearla... a golpearlas. A ambas. Entonces ella se fue al refugio. Él la buscó, le pidió perdón y ella accedió a volver... sin la niña, Elena le molestaba, para él era un estorbo, también para Beatriz. Tuvieron que detenerme, porque no me iba a medir, quería yo matar a golpes a esa mujer. Mi hija, mi pequeña, había pasado sufrimientos innecesarios...

—¿Estás bien? —La mano de Miranda en mi hombro me trajo de vuelta a la realidad. La miré por el espejo retrovisor.

—Sí, sí.

—Estás llorando.

No me había dado cuenta que densas lágrimas caían por mi cara. Suspiré.

—Sí, estoy bien, amor, ¿la niña?

—Se durmió, estaba cansada.

—Jugó mucho.

—Sí, ¿qué pensabas?

—En la historia que me contó Beatriz, en lo que sufrió mi pequeña, en que si yo no te hubiera encontrado, si no la hubieras encontrado tú a ella... Jamás me hubiera enterado que tenía una hija y habría seguido sufriendo...

—No pienses en eso.

—Creo que en mi vida, las personas que realmente valen la pena, no me llegan fácil, a ambas tuve que buscar encontrarlas, aunque a ella la encontraste tú.

—Después de que tú me encontraste a mí —replicó con dulzura.

—Sí. No te vuelvas a ir nunca más, ¿me lo prometes?

—Jamás, ya te lo dije, mucho menos ahora que tenemos una hija a quien cuidar y otro en camino.

—Sí.

Estacioné frente a la casa de mi mamá y abrí el portero eléctrico. Roberto venía detrás de mí. Entré el auto a la casa y él lo hizo después de mí, dejó a mi mamá y se fue de inmediato porque sus niños también llegaron durmiendo. Yo bajé a Elena en mis brazos, no despertó.

—¿Dónde la acuesto? —pregunté al entrar a la casa, no había dormitorio preparado para ella y...

—Puede dormir con nosotros esta noche —ofreció mi mariposa.

—¿No te molesta?

—No, claro que no.

La llevé a nuestra cama y la acosté, le saqué los pequeños zapatitos y su chaleca (*chompa, jersey*), decidimos dejarla dormir así; antes de volver del refugio, le habíamos cambiado su vestido por un pantalón de buzo y una polera limpia, por lo que la ropa no estaba llena de dulce, transpiración y juegos.

—Es hermosa —comentó Miranda.

—Sí...

—Te amo —dije y la besé, esa mujer era mi vida entera.

—Yo también te amo. Mucho.

—Mami, no. —Elena hizo un puchero y se movió molesta.

Ambos nos acercamos a ella y la movimos un poco para despertarla, se puso a llorar, estaba en una pesadilla.

—Mi amor, aquí estoy yo —le dijo mi novia.

—Mi pequeña, no tienes nada que temer —le aseguré yo.

Ella abrió los ojos y nos miró confundida.

—Estabas soñando.

—¿Mi mamá no va a venir aquí?

—No, mi pequeña, no va a venir.

—Esta cama es muy grande para mí sola, me da miedo.

Nos miramos con mi novia, ¿cuántas veces habrá querido no dormir sola, cuántas veces habrá despertado con una pesadilla y no había nadie allí para contenerla?

La abrazamos de un lado cada uno, dejándola en el medio.

—Esta noche dormirás con nosotros —le contó Miranda.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Sí —contesté yo—, vas a dormir con nosotros, mañana vamos a ir a ver una casa, para ver si te gusta, y comprar tus cosas, una cama, un mueble...

—Cobertor no, porque ya tengo uno. —Sonrió con inocencia.

—Y compraremos más, todos los que quieras.

—No, porque si no, el Viejito Pascuero (*Papá Noel, Santa*) no me va a traer nada si soy una niña "pidiona".

Resoplé.

—Te has portado bien este año y falta más de un mes para la navidad, seguro que el Viejito te traerá todo lo que pidas.

—¿Tú crees?

—Claro que sí.

—¿Cualquier cosa?

—¿Qué quieres?

—Que no me lleven de aquí.

El dolor apretaba mi corazón cada vez que oía a mi pequeña decir esas cosas, había sufrido tanto y recién tenía cinco años, todavía ni siquiera iba al colegio. ¿Cómo pudo Beatriz hacerle ese daño a su propia hija?

—Escucha, mi pequeña —respondí sin dejar de abrazarla—, yo no lo sabía... Yo... Yo sentía que en alguna parte estaba mi hija, pero no estaba seguro, porque tu madre se fue antes que tú nacieras y cuando te conocí, y desde antes, te amé y luego... luego me enteré que tú eras mi hija... Mi verdadera hija y nadie, mi amor, nadie, nos va a volver a separar.

—¿Y Miranda?

—Miranda está conmigo y ella será tu nueva mamá, ella te ama tanto como yo y no permitirá que nadie te haga daño. Y, ¿sabes qué? Aquí dentro. —Le indiqué la barriga de mi novia—. Hay un bebé. Vas a tener un hermanito.

—¿A él no lo van a dejar solo como a mí?

Por Dios, ¡cómo quería matar a Beatriz!

—No, mi pequeña, y tú nunca más volverás a estar sola, aún si nosotros faltáramos, está tu abuela, tus tíos, ellos no te abandonarán.

—¿Y me van a seguir queriendo?

—Por siempre, mi amor —contestó Miranda esta vez, con lágrimas en los ojos.

—Siempre, siempre —afirmé yo—, este hermanito no será impedimento para amarte, al contrario, ahora serás la hermanita mayor, y tu hermanito te adorará.

—Mi deseo se cumplió, de verdad.

—¿Sí?

—Yo quería una familia, pero los quería a ustedes de padres, y yo siempre te miraba de lejos —me indicó a mí—, y pensaba que así quería que fuera mi papá.

Ya no pude evitarlo. Tomé a mi hija en mi regazo y, abrazado a ella, lloré; mi niña, mi pequeña, también me había reconocido en su pequeño corazoncito, aunque, en realidad, parecía más grande y madura de lo que era; había tenido que crecer demasiado rápido, ya me encargaría de hacer que viviera su edad, cada etapa de su vida como correspondía. Mi niña, mi pequeña, merecía ser feliz y yo lucharía por lograrlo.

Capítulo 29

Elena durmió entre nosotros y ya no volvió a despertar. Por la mañana siguió durmiendo después que nosotros nos despertamos. La miramos, ninguno de los dos sabía si dejarla sola o no, la casa era nueva para ella, por lo que si despertaba y se encontraba sola, podía llorar, y evitaríamos por todos los medios que eso pasara. No era que quisiéramos librarla de todo lo malo, sino que necesitábamos hacerla sentir segura, después de vivir todo lo que te tocó.

Abrió sus ojos y nos miró un tanto descolocada, no entendía muy bien dónde estaba. Pero sí con quien. Sonrió y sus ojitos resplandecieron.

—¿Esta es mi casa? —preguntó.

—Esta es la casa de tu abuela, hoy mismo iremos a ver una nueva casa para nosotros.

—Me gusta esta.

—Pero aquí vive tu abuela.

—¿Ella no quiere que vivamos con ella?

—Buenos días. —Mi suegra golpeó dos veces y entró con una taza de leche y un plato con un pan con queso—. Le traje el desayuno a mi nieta. ¿Te gusta?

—¿¡Puedo comer aquí!?! —preguntó muy sorprendida.

—Claro que sí.

La abuela se acercó y le dio un beso en la cabeza y le entregó la taza. Elena bebió casi la mitad de la taza de un sorbo y luego pidió el sándwich. Comía como si nada más existiera, y no era porque en el refugio no le dieran comida, se notaba que su forma de comer venía desde antes, desde que vivía con su mamá, si es que a esa mujer se la podía llamar "madre".

—¿Quieres más? —le preguntó José Miguel cuando terminó de comer.

Negó con la cabeza.

—¿Ustedes ya comieron?

—No, ahora vamos a ir.

Asintió con su cabecita y miró expectante a su abuela.

—¿Qué pasa, mi niña?

—¿Puedo decirle "abuela"?

—Claro que sí, yo soy tu abuela.

—¿Y por qué no quiere que nos quedemos aquí? A mí me gusta esta casa, tiene un olor rico.

Mi suegra frunció el ceño y miró a su hijo.

—Le dijimos que vamos a ir a ver una casa para cambiarnos —le explicó.

—Ah, es que tus papás necesitan tener una casa para que vivan juntos y solos.

—Pero yo nunca tuve abuela.

—Pero yo te veré siempre.

—Pero no todos los días.

—Todos los días, mi niña.

—No, porque tú estás viejita y yo voy a tener que ir al colegio, si no, me van a llevar a la cárcel.

—¿Qué? —preguntamos los tres juntos.

—Mi mamá decía que yo tenía que ir al colegio porque si no, me iban a llevar presa y este año fui al principio y después dejé de ir, al refugio no llegaban los policías, no sabía que estaba allí.

—Pero eso no es tu culpa —replicó su padre—, además, a los niños no se los lleva la policía.

—Ah.

—Y yo no estoy tan viejita como para no ir a verte todos los días y tú también puedes venir, tus papás te traerán siempre, es una promesa, ¿sí?

Elena bajó la cara y asintió casi imperceptible.

—Vamos a tomar desayuno, de todas formas, aunque vamos a ver la casa ahora, no nos vamos a cambiar enseguida, hay muchas cosas que hacer antes de poder irnos,

así que nos queda tiempo todavía, para que estés con tu abuelita.

La niña sonrió y abrazó a la mujer, feliz de saber que estaría con ella algunos días más.

—Te quiero, preciosa.

—Yo también te quiero.

Era tan lindo ver a esa niña que se entregaba sin reservas a nosotros, que abrió su herido corazón al amor que podíamos brindarle, sin temores, sin dudas. Una lección más para aprender.

Después del desayuno, salimos en busca de una casa. La corredora de propiedades de José Miguel, tenía una lista de casas que podían servirnos, pero Elena les encontraba a todas un defecto. Al final, nos dimos por vencido. Sabíamos que a ella no le gustaría ninguna porque quería vivir en la casa de su abuela. Y la entendíamos, porque ella tenía una necesidad muy grande de afecto, de padres, de abuelos, de tíos...

Volvimos a la casa y mi suegra nos esperaba con un rico almuerzo para Elena, que comió con ansias. Después de almuerzo, abuela y nieta se fueron a dormir siesta, juntas.

—¿Que piensas? —me preguntó José Miguel en nuestro cuarto.

—¿De Elena?

—De todo.

—¿No te molestó lo que yo le dije a esa mujer ayer? —consulté algo asustada.

—No, por supuesto que no, le dijiste grandes verdades, todo lo que le señalaste se lo merecía.

—¿Le preguntaste por qué se arrancó o por qué se cambió el nombre?

—Sí, ella se fue con un ex socio, lo quiso engañar, haciéndole creer que Elena era hija de él, pero se dio cuenta y las echó, ella se dedicó a la prostitución y se fue con un tipo... Sus excusas eran tan estúpidas que no puedo creerlas; de todas formas, la niña ya está con nosotros, y no volverá a irse nunca de mi lado.

—Es linda.

—Se puso un poco mañosita (*manipuladora*) con las casas —repuso algo avergonzado.

—Es lógico, tiene apenas cinco años, le ha tocado sufrir demasiado y, como dijo, nunca tuvo abuela, tu mamá la adora y es obvio que no quiera separarse de ella, está necesitada de una familia de verdad, tal vez, como fue al jardín este año, conoció a niños con familias normales y ella se sentía solita.

—Sí. La verdad es que no quiero imaginarme todo el dolor y el sufrimiento que ha vivido estos años.

—No pienses en eso, es mejor ver el futuro y luchar porque de aquí en adelante sea feliz.

—Sí, sé que con nosotros ella lo será.

Me abrazó y yo lo recibí en mis brazos, su hija lo volvía vulnerable, sabía que se sentía culpable y no sabía cómo ayudarlo.

—Te amo —atiné a decir.

—Yo también te amo, mi bella mariposa, dime algo, quizás no sea la mejor forma, pero ya no puedo esperar para preguntarte esto, sé la respuesta, porque ayer lo dijiste, pero dime, Miranda, ¿cuándo quieres casarte conmigo?

Lo miré ilusionada, en realidad, nunca me había pedido ser su novia, ni su prometida ni nada, era algo entendido, él quería estar para siempre conmigo, ya me lo había dicho repetidas veces, pero nunca me lo había pedido, oficialmente, al menos.

—¿No me vas a responder?

—Sí, sí —me apresuré a contestar.

—Sí, sí, pero ¿cuándo?

Creo que empecé a hiperventilar, porque no sabía qué contestar

—No sé, cuando tú quieras.

—¿Mañana?

—¿Mañana?!

—Yo me quiero casar lo antes posible contigo, no quiero seguir esperando.

—Pero no mañana, José Miguel, es muy pronto.

Él se echó a reír.

—Entonces no es cuando yo quiera, dime, ¿cuándo? No te dejaré tranquila hasta que me digas —me exigió abrazándome de la cintura y pegándome a su cuerpo.

—¡Ay, no sé! No me dejas pensar.

Él se divertía conmigo.

—Dime.

—¿No lo puedo pensar unos días? —repliqué haciéndome la enojada.

—No.

—¡Por qué!

—Porque yo digo que no.

—Tú no me mandas —ironicé.

Ladeó su cara sin dejar de observarme, me dio un beso profundo y apasionado.

—Lástima que ya no trabajes para mí.

—¿Qué?

—Seguiría siendo para ti el "gran jefe" y podría ordenarte que decidas pronto.

Sentí todos los colores subir a mi cara, debo haberme puesto morada.

—¡Pesado!

—¿Qué? Pero si es verdad... ¿Te acuerdas cuando te enojaste porque, según tú, yo te negué con mi hermano?

Quería que la tierra me tragara. José Miguel me abrazó más fuerte a sí mismo.

—Yo quería protegerte, no quería que hablaran de ti, no quería que pensarán que estabas en ese puesto por ser mi amante o algo peor.

—Lo sé, siempre me has cuidado.

—Porque creo que desde siempre te he amado.

Y me volvió a besar, con un beso lleno de todos sus sentimientos hacia mí.

—Te amo, Miranda Valle, espero que no lo olvides nunca, pase lo que pase, y quiero que sientas que siempre intentaré protegerte, no quiero que vuelvas a tener miedo jamás.

—Contigo a mi lado, no le tengo miedo a nada.

Un nuevo beso, más intenso, más apasionado, más profundo. Hicimos el amor, aprovechando que estábamos solos. Luego nos duchamos y bajamos a ver si habían despertado. No estaban.

—¿Y mi mamá y la niña? —le preguntó José Miguel a Sonia en la cocina.

—Salieron, dijeron que ellas querían ir a comprar el pan para la tarde.

—Ah, bueno, esperaremos. —Se encogió de hombros y nos fuimos a la sala.

Ni bien nos habíamos sentado, cuando llamó Alex.

—Alex, dime. —Un largo silencio—. ¿Qué? —Otro silencio, más largo todavía y el rostro de mi prometido se contraía por segundos—. Está bien, gracias.

—¿Qué pasó? ¿Qué te dijo? ¿Pasó algo malo? —interrogué en cuanto cortó la llamada.

—Lorenzo...

—¿Qué pasó con Lorenzo?

—Desapareció.

—¿Qué? Pero si él estaba mal.

—Al parecer no tan mal.

—¿Escapó por sí solo?

—No saben, no tienen idea cómo ocurrió, Alex va en camino para averiguar todo, pero me llamó para que estuviésemos precavidos y vienen para acá un par de policías.

Se levantó presto y yo hice lo mismo, Elena y su mamá estaban en la calle y no sabíamos qué pretendía Lorenzo, si realmente había huido, si buscaría la venganza, si la mamá de él lo había llevado para que no tuviera que pagar con cárcel todas las cosas que hizo o...

Salimos y a media cuadra venían las dos, contentas y relajadas.

—Mamá, apresúrate, por favor.

José Miguel llegó hasta ellas, tomó a la niña en sus brazos y apuró a su mamá a entrar a la casa.

—¿Qué pasa, hijo? Solo fuimos a comprar.

—Está bien, mamá, eres su abuela y tienes todo el derecho, no es ese el problema.

—¿Entonces? ¿Pasó algo?

—Sí.

—Me asustas, dime, por favor.

—Lorenzo... Lorenzo escapó del hospital.

Mi suegra cerró los ojos.

—¿Creen que venga hasta aquí? ¿No se suponía que estaba muy mal?

—Eso se suponía, pero no sé qué pasó, Alex tampoco sabe, me llamó para avisarme, pero él tampoco lo tenía muy claro.

—Bueno, en ese caso, tendremos que quedarnos aquí, no salir a ninguna parte y ante cualquier cosa extraña, tomar los resguardos necesarios.

—Vienen unos policías para acá, los envía Alex.

—Bien.

—Lo siento tanto, Inés... —me disculpé, no quería que ella se metiera en problemas a causa mía.

—No es tu culpa, hija, no te preocupes.

Me tomó las manos para darme confianza.

—¿Quién es ese Lorenzo? ¿Es malo? —consultó Elena.

—Sí, mi pequeña —admitió José Miguel—, por eso, de ahora en adelante, harás lo que nosotros digamos y no te apartarás de nosotros, ¿está bien?

La niña hizo un puchero.

—Pero no te preocupes, porque nada malo te pasará, es solo que debemos tener más cuidado del normal, ¿sí? —le explicó el padre y la abrazó con fuerza, sé que él tenía miedo, se sentía responsable de nosotras y eso era una carga demasiado pesada de llevar.

Tocaron al timbre y yo di un salto. José Miguel fue a mirar, no dejó que Sonia se acercara a la puerta. Por suerte, eran los uniformados que había enviado nuestro amigo.

—¿Todo bien aquí? —inquirieron los hombres.

—Sí, no ha pasado nada anormal —respondió mi novio.

—Estaremos afuera, cualquier cosa extraña que vean o sientan, nos avisan de inmediato.

—Muchas gracias.

—Papi, ¿ellos me van a llevar? —preguntó Elena algo asustada cuando José Miguel volvió a la sala.

—No, mi amor, ellos nos van a cuidar.

La tomó en sus brazos y se dirigió a la cocina, nosotras lo seguimos.

—Podríamos ir a la biblioteca a comer y así vemos una película, ¿qué les parece? —sugirió José Miguel.

—¡Siiiiiiii!!! —gritó la niña.

Nos pusimos a preparar todo y llevamos las cosas a la biblioteca. A mitad de la película, Elena se había dormido, pero la despertó un ruido seco. Un ruido que nos asustó a todos y al que le siguieron tres más. No sabíamos lo que era.

Capítulo 30

Elena se asustó, pero se calmó casi enseguida, al aplacarse el sonido y también al verse rodeada de nosotros. Se abrazó a mí y se volvió a dormir, como si nada hubiera pasado. Me gustaba sentirla así, pegadita, con su olorcito a bebé, con sus manitas pequeñas abrazándome, buscando mi calor, mi protección.

Miranda apoyó su cabeza en mi hombro.

—Debería haberlo matado —comentó en voz baja.

—No digas eso —supliqué.

—Es verdad, ahora no estaríamos así, asustados, pendientes hasta del más mínimo ruido. Así no se puede vivir.

—Pero no vale la pena el convertirte en asesina, ese hombre no vale tanto.

—No podemos vivir así.

—No viviremos así, ya verás que todo se calmará muy pronto.

—No me dejará vivir en paz.

—Lo hará, cariño, ya lo verás.

Quise ir a hablar con los policías y si no lo hice fue porque estaba con mi hija en brazos y no dejaría que ni Sonia, mi mamá y mucho menos Miranda fueran a abrir, arriesgándose a quizás qué cosas. Entrar a la casa era muy difícil, por no decir imposible. Aunque de verdad esperaba que los ruidos de la calle no fueran balazos, si no, fuegos artificiales que se ponían de moda por estas fechas.

—Tienes que estar tranquila, hija, ya verás que todo estará bien —intervino mi mamá.

—Tiene que salir bien —murmuró Miranda.

—Seguramente así será, Alex se está encargando de todo y, de todas formas, hay dos policías afuera que vigilan la casa —afirmé, intentando poner seguridad en mis palabras.

El silencio llenó el lugar, la película seguía andando, sin embargo, ninguno tenía ganas de seguir viendo televisión.

—¿No quieres ir a dormir? —me preguntó Miranda casi una hora después.

—No —respondí sin más—, ¿y tú?

—No. Tengo miedo de que en cualquier momento llegue Lorenzo.

—Yo tengo miedo que les haga daño.

No dijo nada.

—Estás temblando —comenté, no me gustaba sentirla así, asustada, aunque yo también lo estuviera.

—Tengo un poco de frío —mintió.

—¿Quieres que le suba a la calefacción? —preguntó mi mamá.

—No, en realidad no hace frío.

—Pero tú tienes frío —repliqué.

—No, la verdad es que no.

—¿Entonces?

Suspiró.

—No tengas miedo, nada les pasará.

—Lo sé, pero mira, por mi culpa estamos en peligro.

—No digas eso.

—Es la verdad, si tú no te hubieras fijado en mí...

—Si yo no me hubiese enamorado de ti —enfaticé la palabra—, no habría conocido nunca a mi hija, con ese solo hecho, me doy por pagado.

—Pero está en peligro por mi culpa.

—En más peligro estaba con su madre.

—Pero...

—No pienses cosas feas, amor, deja que de Lorenzo se encargue la policía. Elena está con nosotros y la cuidaremos. Ella nos ama, se ha entregado con todo su corazón a nosotros y ahora en lo que debemos pensar es en cómo la sacaremos de esta casa y del cobijo de su abuela, porque, al parecer, ninguna de las dos se quiere separar.

—Sí, las dos han enganchado muy bien —respondió con una dulce sonrisa.

Miramos a mi madre.

—Demasiado tiempo estuve sin ella, no me pidan que no quiera aprovecharla ahora —se disculpó.

—Sí, creo que ella piensa lo mismo, no quiere irse de aquí.

—A la niña no le gustó ninguna casa de las que vimos, todas tenían un defecto —comentó Miranda con algo de diversión.

—Y no tienen por qué irse tan rápido, no sé por qué tan apurados; encontrar una buena casa, es muuuuy difícil —agregó mi mamá.

—Sí, será muy difícil sacarla de esta casa —asentí.

—Sí, y también de nuestra cama —comentó mirando a mi hija con ojos brillantes.

—Ella estaba acostumbrada a dormir sola, no sé qué le pasa ahora.

—No nos tenía a nosotros.

—Es verdad. ¿Y qué haremos?

—Nada, a mí no me importa compartir nuestra cama con ella.

—Pero es grande.

—¿A ti te molesta? —preguntó sorprendida.

—No, pero es...

Me arrepentí de decir lo que se me cruzó por la cabeza.

—Qué.

—Nada.

—Dime.

—No, no es nada.

Se enderezó y me miró con ojos reprobatorios.

—Dime qué ibas a decir —exigió.

Suspiré, lo que pensé era una estupidez.

—Dímelo.

—Es una tontera.

—No me importa.

—Te iba a decir que... Es que... Elena es mi hija...

—Y no mía —musitó con tristeza.

Tomé su mano y la apreté.

—Lo siento, sé que tú la amas, y serás más madre de ella que la propia Beatriz,

—Es cierto que Elena no es mi hija de sangre, pero la amé desde que la conocí y sé que ella a mí. Me encanta que duerma con nosotros, me encanta sentir su cuerpecito así, buscando mi calor, mi cariño y no tengas miedo de que yo pueda pensar que es malcriada o algo así porque con todo lo que ha sufrido merece ser todo lo amada que pueda ser y no creo que el amor haga hijos caprichosos, yo creo que es al revés, la falta de amor y cuidados es lo que lleva a los niños a querer llamar la atención a cualquier costo.

—Es verdad, es que... No sé, lo siento, ni siquiera debí pensar en eso.

—No lo vuelvas a pensar —me reprochó y luego me dio un beso que me llegó al alma.

—Jamás —prometí.

Alex llamó, estaba fuera de mi casa y quería hablarnos, por supuesto, lo hicimos pasar de inmediato.

—No sabemos dónde está Lorenzo —admitió una vez sentado en la biblioteca con nosotros—, pero los médicos dicen que no puede haber ido muy lejos ni puede hacer gran cosa, si es que sobrevive, en las condiciones en las que está, no es probable que pueda vivir mucho tiempo fuera del hospital.

—¿Crees que se lo haya llevado su mamá? —pregunté.

—Puede ser. Es lo más seguro, ella tampoco está ubicable. De todas formas, si muere, sí o sí tendrá que llegar a un servicio de urgencia o a alguna funeraria. En cuanto

los encontremos ella tendrá que dar una buena explicación. De todas formas, es un delito grave, lo que de seguro la llevará a la cárcel.

—¿Y los ruidos que se sintieron?

—Fue Beatriz, no costó desarmarla, ahora está en la comisaría, detenida, por ella no deben preocuparse, además que está bien custodiada, tiene varios otros cargos en su contra: tráfico de drogas, robo a casa habitada, robo con intimidación, violencia intrafamiliar, robo con violencia.

—No es la Beatriz que conocí, cayó muy bajo —musité.

—Se equivocó y lo pagó caro.

—Demasiado, lo que me alegra es que pude rescatar a mi hija de ese destino.

—Sí, debes dar gracias a que todo se confabuló para que se pudieran encontrar.

—Es cierto —admití con pesar.

Abracé más fuerte a mi hija, con todo lo que había sufrido, no merecía más dolor. ¡Cuántos niños estaban en su misma situación y peor!

ΨΨΨ

Pasaron varios días en los que no supimos nada. Ni de Lorenzo, ni de Beatriz, ni de la señora Doris, mi ex suegra, hasta que un día Alex llegó con noticias.

—Lorenzo llegó a una clínica con su mamá. Ya no había nada qué hacer y falleció hace poco más de dos horas. La señora Cañarte está detenida, ya pueden estar tranquilos.

—¿Y Beatriz? —consultó José Miguel.

—Sigue presa, él y su pareja. Tienen para rato, a ambos les dieron quince años de pena sin derecho a libertad.

—Por fin, ya quedaremos tranquilos de una vez —comenté.

—Sí, ahora sí pueden respirar. También hablé con el juez que lleva su caso, de modo informal, por supuesto, y me dijo que el proceso en contra de la mamá de Elena y la adopción por parte de Miranda, va bien encaminada, son los trámites engorrosos que demoran, pero que no se preocupen, muy pronto Elena será parte de su familia y podrá olvidarse de su vida junto a esa mujer.

Mi corazón dio un vuelco. Roberto y su suegro nos habían dicho que no nos preocupásemos, de todos modos, con esto uno nunca puede estar seguro, pero si el juez había dicho que todo saldría bien, lo creía más todavía.

Aquel fin de semana decidimos ir al norte, necesitábamos olvidarnos de todo, aunque fuera por unos días.

Llegamos a Antofagasta de noche. Yo no lo conocía. La niña menos. Ella ni siquiera conocía la playa. Nos hospedamos en un hermoso hotel al lado del mar. Al despertar, Elena miró por la ventana y abrió mucho los ojos.

—¡Es gigante! —gritó excitada contemplando la playa—. ¿Podremos bañarnos?

—Claro que sí, hoy iremos a la playa —contestó José Miguel.

Después del desayuno nos llevó a una playa muy al sur de la ciudad, se llamaba "Playa Amarilla", donde jugamos y nos "bañamos"... los pies. Ninguna de las dos sabíamos nadar y el agua no era muy tranquila. Mi prometido nos hacía burla por lo cobarde que éramos.

A la hora de almuerzo nos llevó a "Coloso", un poco más al sur. Era una pequeña caleta de pescadores, donde vimos lobos marinos. Era un lugar muy lindo.

Por la tarde, fuimos al balneario. Allí el agua era mucho más cálida y tranquila. Por no ser época de vacaciones todavía, no había mucha gente.

Al día siguiente, no fue lo mismo. Decidimos caminar por la costanera, un lugar maravilloso. Era impresionante el contraste entre el mar y desierto.

Visitar el interior, no fue menor. San Pedro de Atacama y los pueblos aledaños, las ruinas, los géiseres y el Valle de la Luna... No se puede describir con palabras, la belleza del lugar es indescriptible.

Allí estuvimos cuatro días recorriendo y conociendo cada lugar del interior de la segunda región.

Después de eso, paseamos hacia el otro lado, la costa. Juan López, La Rinconada, Isla Santa María, unas playas preciosas. Todo contrastaba tan bien y era tan diferente, que me sorprendía cada vez más. Alojamos en Juan López una noche y a la tarde siguiente, nos dirigimos a Mejillones, donde nos quedamos tres días. Mejillones era una hermosa ciudad, mezcla de pasado y presente, con típicos "emporios" y modernos minimarket; la plaza, muy limpia e iluminada; sus playas, hermosas y heladas. Lo que más me sorprendió del lugar, fue el viento. Por la tarde, un helado y fuerte viento nos obligó a refugiarnos en un restaurant. El dueño del local nos informó que eso era algo típico y que uno se acostumbraba, también nos indicó los lugares donde podíamos pasear. Quince días estuvimos recorriendo la segunda región, lo que nos infundió ánimo y ganas de seguir adelante y nos hizo olvidar los problemas que habíamos tenido en la capital.

Al volver a Santiago, la señora Inés, nos tenía preparado un almuerzo con toda la familia. Elena ya se sentía parte de nosotros y su abuela era lo máximo para ella, cada noche, mientras estuvimos en el norte, nos exigía hablar con ella. La amaba.

—El lunes tienen que ir al juzgado de Familia —nos informó Roberto después de almuerzo—, deben firmar los papeles legales donde Elena será, definitivamente, hija de ustedes.

José Miguel no dijo nada, abrazó a su hermano con emoción, eso era lo que tanto anhelaba. Ya nadie podría quitarle a su hija. A nuestra hija.

—Y yo les tengo otra noticia —indicó Inés—. Tu mamá te busca, Miranda.

Aguanté la respiración. No sabía si quería volver a verla.

—Va a venir a tomar once con nosotros, espero que no te moleste. Alex hizo el contacto y yo hablé con ella hace unos días —explicó.

—Creo que será bueno que hables con ella —me dijo José Miguel—, mal que mal es tu mamá y tal vez estaba cegada con Lorenzo, sabes que estos tipos son unos santos para el resto de la gente.

—Para el resto de la gente —repliqué—, pero ella es mi mamá.

—Por lo mismo, no creo que ella haya querido hacerte daño, se equivocó, tal vez debas escuchar su versión.

—Sí, puede ser.

—Está muy arrepentida, ella sabe que se equivocó —agregó con paciencia mi suegra—. Ese hombre era un hábil manipulador.

—Sí, eso es verdad —admití, yo misma estuve ciega muchos años y eso que yo vivía la situación, ella solo lo sabía de oídas.

El encuentro fue algo incómodo al principio. Se me quedó mirando con miedo en los ojos.

—Lo siento tanto, hija, perdóname —suplicó dejando caer gruesas lágrimas y con voz entrecortada.

Era mi mamá. No podía no quererla. Me abracé a ella y lloré. ¡Me había hecho tanta falta!

—Perdóname, mi niña, después de ese último día que nos vimos, intenté buscarte y ya no pude encontrarte. Perdóname.

—Mamá, mamita... Yo debí contarte todo mucho antes.

—Debiste hacerlo, mi amor, por don Alex me enteré de todo lo que viviste, de todo lo que sufriste. No debiste guardártelo.

—Sí sé, pero tú igual no me creíste.

—Me equivoqué, mi niña.

Después de muchas disculpas de una y otra parte, le presenté a los demás. A Elena la quiso de inmediato y José Miguel le cayó muy bien. Le dio mil gracias por haberme salvado de Lorenzo.

Pasadas las nueve de la noche, la fuimos a dejar a su casa, los tres con Elena. Al volver, nuestra pequeña dormía. José Miguel la llevó en sus brazos hasta la cama de mi suegra, que pidió dormir con ella después de tantos días alejadas.

Al llegar a nuestro cuarto, José Miguel me abrazó de forma muy posesiva y me besó con inmensas ansias.

—Por fin. Ahora te tengo solo para mí —susurró con deseo.

Capítulo 31

Por la mañana, al bajar las escaleras, escuchamos a mi hija y a mi mamá jugar a algo. Elena se reía mucho.

—¿Qué estarán haciendo? —Miranda se rio al escucharlas a ellas.

—No sé, parece que se divierten mucho.

—A lo mejor están cocinando algo, se siente un rico aroma dulce.

—Es lo más seguro, a mamá le encantan esas cosas y hará que Elena la siga.

Miranda se detuvo y me tomó del brazo.

—¿Qué pasa? —le pregunté al ver que no hablaba.

—Nada, es que anoche estuve pensando... ¿Tú crees que mi mamá se arrepintió de verdad o solo me buscó porque no tenía más que hacer?

—¿Por qué piensas eso?

—Es que no sé... Igual ella no me creyó cuando fue con mi ex suegra.

—¿Cuántas veces le dijiste a ella que Lorenzo te golpeaba?

Bajó la cabeza. Yo posé mi mano en su mejilla con suavidad.

—Ella no tenía cómo saberlo, tal vez, si tú le hubieras dicho antes todo lo que pasaba, ella te hubiera creído, pero las pruebas estaban en tu contra, se suponía que tú lo habías dejado por irte con otro hombre.

—¡Pero no fue por eso! —protestó.

—No, claro que no. No la defiendo, pero a ti te costó varios años abrir los ojos y entender que tu relación con él no era buena, ¿qué esperabas de tu mamá? Para ella, Lorenzo era el hombre perfecto, así se mostraba a los demás. No la juzgues.

—No, no la juzgo, es que no quiero llevarme una desilusión si ella luego siente que...

Una llamada a su celular la interrumpió.

—Aló —contestó de mala gana sin mirar quién llamaba. Hizo un gesto extraño—. Bien, mamá. Está con mi suegra en la cocina.

Al parecer no sabía qué decir. Se la veía incómoda, tal vez por lo que estábamos conversando hacía un rato.

Con un gesto, me hizo saber que su mamá quería verla. Asentí con la cabeza y le indiqué que podía venir esa tarde.

—¿Puedes venir esta tarde? —preguntó al auricular. Escuchó. Me volvió a mirar—. Quiere que vamos a su casa —me dijo encogiéndose de hombros.

—Ningún problema —respondí.

—Ya, mamá, nos vemos en la tarde, nosotros vamos para allá —le contestó—. Chao, mamá.

Suspiró en cuanto colgó.

—¿Qué pasa, amor?

—No sé, creo que no tuve una buena noche y me estoy desquitando con mi mamá.

—¿Tuviste pesadillas?

—Sí, soñé con mi mamá, con Lorenzo, con... Era todo muy confuso, pero me quedé con una sensación extraña.

—Ya verás que todo irá bien. Tienes que tomar en cuenta que todo ha sido muy reciente, es normal que no te sientas del todo bien. ¿Quieres que hable con Vivi? Ella podría ayudarte.

—Sí, hace rato que no la vemos y creo que me haría bien hablar con ella.

La abracé de los hombros y me dirigí a la cocina con ella. La escena que encontramos nos hizo olvidar por un momento las cosas malas.

Elena estaba con harina hasta en el pelo, cortaba unas roscas con un molde. Mi mamá haciendo la masa y Sonia friendo.

—¿Y esto? —interrogué divertido.

—Estamos haciendo roscas para la once.

Mi novia y yo cruzamos las miradas.

—La mamá de Miranda quiere que vamos a su casa por la tarde —le expliqué.

—También la invitó a usted —agregó Miranda.

—Las llevamos —respondió mi mamá como si nada—, así prueba las roscas de su nieta.

Miranda sonrió y contempló a la niña con ojos enamorados.

—¿Quieres hacer una? —le ofreció Elena.

—Ya, pero yo nunca he hecho roscas.

—Ven, yo te enseño.

Mi prometida se acercó y mi hija le mostró cómo debía cortarlas. Por la forma en que lo hizo, replicó lo que le había enseñado mi mamá, usó sus mismas palabras.

Mi corazón rebosaba de alegría al verlas allí, a las tres mujeres que más amaba en el mundo, juntas, felices, riendo y conversando compenetradas, como grandes amigas.

Una bolita de masa que cayó en mi mejilla me volvió a la realidad.

—Te estamos hablando, papi —reclamó mi hija.

—Perdón —me disculpé riendo—, estaba en la luna.

—¿Quieres una? —extendió un dulce hacia mí y yo lo tomé. Estaba deliciosa.

Elena se echó un pedazo de otra a la boca.

—No vas a querer almorzar después —la regañó con dulzura mi mariposa.

Mi hija se sonrió y abrazó a Miranda como si así se disculpara.

La cara de Miranda era un poema. La amaba. Cualquiera podía notarlo. Y yo las amaba a ellas. Con sus heridas, con sus alas rotas, con sus dolores, con su perfección y sus defectos. Eran mi vida y ya no podía imaginar la vida solo de nuevo.

Por la tarde fuimos donde mi suegra. Se la notaba muy arrepentida. No la justificaba, pero entendía que Miranda nunca fue capaz de contarle acerca de sus problemas con Lorenzo, además, las mujeres de antes no son como las de ahora. Antes, la mujer vivía por y para el hombre y todo lo que él hacía estaba bien y si golpeaba a su mujer, era porque ella lo buscaba. Hoy es distinto, pero cambiar mentalidades no es algo fácil. Incluso hoy se puede ver a mujeres justificar la violencia intrafamiliar.

Pero todo eso quedó atrás. No se puede, y no se debe, vivir del y en el pasado, es mejor dejarlo allá, donde corresponde, y vivir el presente.

Pasada las diez de la noche, volvimos a casa. Mi pequeña se durmió, para variar, en el camino, creo que los autos la adormecían. Aquella noche volvió a dormir con mi mamá.

Y yo volví a tener a Miranda solo para mí.

ΨΨΨ

Yo sabía que Lorenzo estaba muerto, que ya no nos volvería a molestar, pero las pesadillas volvían cada noche. No me gustaba despertar a José Miguel. Pero una noche, después de varias noches, tuve que hacerlo.

—¿Qué pasa, mi amor? —me preguntó preocupado—. ¿Otra pesadilla?

—Sí. —Yo lloraba sin poder contenerme.

—Tranquila, amor, ya pasó, solo fue una pesadilla, nadie volverá a molestarnos nunca más.

Yo lo sabía..., pero no lo comprendía.

—¿Qué soñaste? ¿Quieres contármelo? ¿Con Lorenzo otra vez? —interrogó algo nervioso.

—Soñaba con todos. Con Lorenzo, con Beatriz, con Elena... A ella la... —No pude evitar echarme a llorar de nuevo con más fuerza.

—Ella está bien, está con mi mamá durmiendo.

—Sí, sí sé, pero... Fue tan real...

—Tranquila, amor, tranquila. No llores así. Ven.

Creo que él estaba más nervioso que yo. Claro que yo no estaba nerviosa, estaba desolada. Imaginar perder a Elena era... No. No podía imaginarlo sin que el corazón se me apretara de forma dolorosa.

—Tranquila, amor, esto no le hace nada bien a nuestro bebé. —Tocó mi vientre.

—Lo sé y lo siento, no puedo evitarlo.

—Mañana hablaremos con tu psiquiatra, no puedes continuar así.

—Pero Vivi...

—Vivi es tu amiga, es psiquiatra, sí, pero ella misma nos ha dicho que está demasiado involucrada para ayudarte profesionalmente, que puede aconsejarte, puede

escucharte y ayudarte en caso de necesidad, pero que la terapia que tienes con tu doctor, no las puedes dejar y no has querido ir esta semana.

—¿Y si dice que estoy loca?

—Si estuvieras loca, ¿crees que Vivi no nos lo hubiera dicho? —replicó con una sonrisa—. No estás loca, amor, estás herida, tu médico lo dijo, tienes estrés post traumático y no será fácil librarte de eso, por lo mismo no debes dejar el tratamiento.

No contesté. Me sentía tan estúpida. Sabía que esto le podía hacer muy mal a nuestro hijo.

—Escucha, mi amor. —Tomó mi cara entre sus manos y me besó con dulzura—. Esto es parte de un proceso de sanación. Las pesadillas que te persiguen, tus miedos, tus fobias... Todo es parte del mismo proceso. Debes superarlos, pero también debes tener ayuda, no es algo con lo que puedas sola.

—¿Y cómo Elena...?

—¿Crees que Elena no tiene secuelas de lo que vivió? ¿Por qué crees que duerme con mi mamá? A ella le gusta dormir con nosotros, pero tiene miedo. Su mamá, cuando se acostaba con sus amantes, la dejaba sola y si a ella se le ocurría ir a su dormitorio, le pegaban. Dormir con mi mamá es más seguro. Si te das cuenta, ella no responde. No alza la voz. Incluso, cuando uno le dice algo en broma, ella agacha su cabecita y se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Por qué crees que pasa eso? Porque está traumada y con la ayuda de su psiquiatra, de su psicóloga, de nosotros, saldrá adelante, pero habrá cosas que nunca las superará. Lo mismo tú.

—Pero Elena es tu hija, en cambio yo... ¿Y si te aburres de mí?

—Te amo así, Miranda, eres mi mariposa de alas rotas, así te conocí y así te amo. No quiero que seas distinta. Te amo. Te amo. Te amo. Métele bien en tu cabeza porque no habrá fuerza en el mundo que me haga separarme de ti. Te amo desde el mismo instante en el que te vi. De no haber sido así, no habría buscado encontrarte todo el tiempo. En el ascensor, en el estacionamiento, en el minimarket... Te amo, Miranda Valle, te amo demasiado y nada me hará alejarme de ti.

No supe qué decir. ¿Qué se le dice a un hombre que confirma su amor de esa forma? Me besó, no con pasión, con amor. Con un amor tan grande como su corazón. Seguía llorando, pero ya no de miedo, de emoción, de saber que tengo a mi lado un hombre que me entiende y me acepta con todas mis heridas y cicatrices.

Volví a dormir, segura en sus brazos. Ya no volví a tener pesadillas, esa noche al menos.

El fin de semana siguiente, el cinco de diciembre, Elena y mi suegra seguían durmiendo cuando nos levantamos. Fui a verlas a la habitación y estaban bien abrazadas durmiendo. O al menos, eso le dije a José Miguel. Salimos a comprar el pan y al volver, ya tenían la mesa lista para el desayuno.

—¡Feliz cumpleaños, papi! —gritó Elena al verlo.

Corrió a sus brazos y él la tomó en vilo, feliz.

—Mi niña...

—Feliz cumpleaños —saludé con un dulce beso en los labios.

—Tú lo sabías.

—Sí, lo preparamos anoche con tu mamá y Elena.

—Feliz cumpleaños, hijo.

—Yo pensé que se habían olvidado.

—¿Cómo crees? —replicó mi suegra, abrazando a su hijo.

Sonia también se acercó a saludarlo y tomamos desayuno los cinco en el comedor.

—Bendito soy entre tantas mujeres —bromeó José Miguel.

—Eres el rey de la casa —repuse.

—Sí, y ustedes son mis reinas.

Por la tarde, hicimos una pequeña fiesta agasajando a Roberto y a mi prometido.

Al final, estuvimos hasta las seis de la mañana, conversando, a ratos bailando, jugando. Aunque éramos solo la familia y unos pocos amigos, lo pasamos muy bien y a mí se me olvidó un poco todo lo malo y mis pesadillas que no me dejaban ni una sola noche a pesar de las terapias y las pastillas que me daban para relajarme. Como estaba embarazada no podía tomar más medicamentos que los que me autorizaban el obstetra y el psiquiatra.

Mis pesadillas continuaron. Y Elena siempre era la más perjudicada en ellas. Por eso no creía que eran mis traumas. Temía que algo le pasara a la niña. Y no quería pensar en ello, pero no podía evitarlo. En el fondo de mi corazón sentía que algo le iba a pasar a mi hija, porque ella, aunque no hubiera nacido de mí, era mi hija. Y no quería que nada malo le pasara.

—¿Cuándo vamos a armar el arbolito? —preguntó al día siguiente, ya habían varias casas adornadas alrededor.

—Hoy mismo —le respondió José Miguel—. Hay que ver qué tenemos y qué falta para ir a comprar.

—¡Si!!!! ¿Y el Viejo Pascuero va a venir a verme?

—Claro que sí, mi pequeña, tienes que escribirle la carta.

La niña corrió a la pieza de su abuela y trajo la carta hecha.

—Mi mamita Inés me ayudó.

—Entonces yo la llevaré al correo.

—¿Estás seguro que va a venir, papi?!

—Claro que sí, has sido una niña muy buena.

—Antes nunca me ha visitado.

No pude evitar que dos lágrimas corrieran por mis mejillas y abracé a mi niña.

—Ahora vendrá porque tú eres una niña muy buena y muy linda. Y si antes no fue, era porque no podía entrar a tu casa. Pero ahora sí. Aquí sí vendrá —le expliqué con voz entrecortada.

Elena sonrió y me abrazó. José Miguel se agachó a nuestro lado y nos abrazó a ambas.

—El Viejito Pascuero te vendrá a dejar todos los regalos que antes no pudo entregarte —prometió—. Los tiene guardados, para entregártelos cuando pudiera llegar a ti.

—Yo antes lo único que quería era una muñeca.

—Y seguro tendrá todas las muñecas de todos los años. Y de este año también.

—Yo ahora no pedí una muñeca. —En su voz había un dejo de tristeza.

—¿Qué pediste?

—Que ustedes no me dejen botada.

¡Por Dios! ¿Cuánto daño se le puede hacer a un niño?

Capítulo 32

Tomé a mi hija en mis brazos y la apreté lo más fuerte que me permitía su pequeño cuerpecito.

—Nunca, mi pequeña, nunca jamás te vamos a dejar —aseguré con firmeza—. Te amo, eres mi hija y ahora que te encontré, no voy a volver a perderte.

Ella no contestó. Enrolló sus bracitos alrededor de mi cuello y apoyó su cabecita en mi hombro, escondiendo su carita en mi cuello.

—Te amo, mi bebé.

—Y yo a ti, papi —susurró apenas.

Miranda sobaba su espalda y la besaba. Elena se enderezó y nos abrazó a ambos.

—Ustedes son el mejor regalo de Navidad —afirmó con ternura.

A pesar de sus heridas, mi bebé seguía siendo capaz de amar. Eso me daba la esperanza de que podía olvidar el daño que Beatriz le había hecho.

Después de revisar las cosas que teníamos y las que faltaban para adornar la casa, nos fuimos de compras. Salimos después de almuerzo porque eran muchas cosas las que tenía mamá en su casa.

Íbamos a ir a un gran Centro Comercial, pero Elena quiso que visitáramos otras partes, así es que dejé estacionado el auto y decidimos caminar. Nos encontramos con una pequeña tienda, antigua, parecía una tienda salida de cuento navideño. Mi hija no tuvo que insistir mucho en que entrásemos pues Miranda estaba embelesada contemplándola.

Era un lugar lleno de juguetes hechos a mano. Todo un espacio abierto con repisas alrededor y en el centro, pequeñas mesitas con cajas musicales de bailarinas, muñecas de porcelana y soldaditos de plomo. Era como entrar a otro mundo.

—¡Papi, papi! —gritó Elena de pronto.

Me acerqué, en su mano tenía una muñeca que había sacado de una caja de saldos (*ofertas*). Era la última que quedaba y estaba fallada. Tenía en el brazo una marca de fábrica.

—¿Quieres una muñeca? Puedo comprarte otra, esta está rota —dije con total falta de tino y empatía.

—Es que a ella nadie la va a querer y va a quedarse solita aquí para siempre —respondió con tristeza.

—Pero eso no va a pasar —intervino Miranda—. Ella se irá con nosotros y seremos su familia.

—Tendremos que ponerle nombre —dije intentando reparar mi error.

—Sí, tengo que buscarle un nombre. —Sonrió mi pequeña.

La abrazó y la llevó así todo el tiempo, como si fuera un bebé.

Al llegar a la caja, un hombre se acercó a la cajera, al parecer era el dueño del lugar. Pasamos todas las cosas y al final, le pedí la muñeca a Elena. El hombre puso su mano, impidiendo que me la entregara.

—A ver, ¿ella es tu hija? —le preguntó a mi pequeña.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—No sé, todavía no le pongo.

—Tendrás que buscarle un nombre pronto. ¿Sabes qué? Yo recibí un mensaje del Viejito Pascuero (*Santa Claus*).

A Elena le brillaron los ojitos.

—¿Qué le dijo?

—Me dejó esa muñeca aquí para esperar a su mamá. Yo le pregunté que quién era su mamá y me dijo que yo lo sabría en cuanto llegara.

—¿Yo soy su mamá?

—Claro que sí. Es un regalo directo del Polo Norte.

—¿Escuchaste, papá? —me preguntó con su cara llena de felicidad.

—Sí, mi amor.

—Además, hay otra cosa.

—¿Otra cosa? —Mi hija estaba expectante y emocionada.

—Dijo que esta navidad se te concederá lo que tanto ansías.

—Yo solo quiero una cosa —explicó.

—¿Sí? —preguntó el dueño de la tienda—. ¿Y qué es?

—Quiero que ellos estén siempre conmigo —contestó indicándonos a nosotros—. Miranda ahora es mi mamá, ¿sabe? —contó con total franqueza—. Mi mamá no me quería y se fue, me dejó botada en un hogar. Mi papá me encontró y ahora vivo con ellos. Por eso ahora tengo que ser buena para que no se aburran de mí y no me dejen.

Otra vez la punzada de dolor en mi corazón no se hizo esperar.

—No se aburrirán. Te aman, preciosa, y ellos siempre estarán contigo. De lo único que te tienes que preocupar de aquí en adelante es de ser feliz.

Yo estaba sorprendido, aquello era muy raro.

El hombre hizo la boleta sin cobrarse de la muñeca de Elena.

—Es tuya, los regalos de Santa no se cobran.

Me giré hacia Miranda, no entendía nada.

—La magia de la Navidad —susurró mi novia en mi oído.

Llegamos a casa tarde, cerca de las nueve de la noche, por lo que quedamos de acuerdo en que al día siguiente armaríamos todo. Elena no puso problema porque quería ir a acostarse con su nueva hija. Mi mamá escuchó atenta toda la historia contada por su nieta.

—El Viejito Pascuero sí que te quiere, ¿viste? Te lo mereces, mi niña hermosa —dijo mi mamá abrazando a mi hija.

Muy pronto ambas se fueron a dormir.

La mañana siguiente amaneció más temprano de lo usual. Elena quería adornar la casa y armar el arbolito lo antes posible, así que nos fue a despertar antes de las ocho de la mañana.

Todo fue nuevo para ella. Hasta ese momento, su contacto con las fiestas navideñas había sido desde lejos. Los adornos en las casas de sus vecinos, en las tiendas, pero ella nunca había tenido Navidad. No una Navidad de verdad.

Entre risas, juegos, ensayo y error, terminamos de vestir la casa por la tarde.

—¿Te gustó como quedó? —pregunté al finalizar todo.

—¡Siiii! Ahora sí parece que va a llegar la Navidad.

Ver esos dulces ojitos brillar con alegría me hacía feliz. Se acercó a Miranda y tocó su *guatita* (pancita, vientre)

—Hermanito, cuando tú nazcas, vamos a armar el arbolito los dos y tú vas a poner la estrella.

Miranda la abrazó y besó su cabecita.

—Él o ella te va a amar mucho, tú serás su hermanita mayor, su guía. Será tu fans número uno.

Ver a las dos juntas era mi mayor satisfacción. Volver a casa después de la oficina sabiendo que me esperaban, hacía mis días mucho más felices.

Claro que uno de esos días sentí derrumbarse mi mundo. En cuanto me dijeron quién venía a visitarme, llamé a Roberto. Sabía que lo iba a necesitar.

—¿Qué pasa? —interrogó mi hermano, preocupado al verme tan urgido.

—La mamá de Beatriz quiere verme.

—¡La mamá de Beatriz! —exclamó sorprendido—. ¿Y qué quiere esa mujer?

—No lo sé. No creo que quiera quitarme a mi hija.

—No lo creo, y no podría. Tú eres su padre y tienes la tutela. Podría haber hecho algo por su nieta cuando todavía vivía con su hija y haberle evitado todo el daño emocional y físico que le hicieron.

Suspiré.

—No sé qué pueda querer.

—Salgamos de dudas. Hazla pasar.

ΨΨΨ

Elena corría feliz por toda la casa, le mostraba a su muñeca su nuevo hogar. Al terminar, se sentó en el sofá con ella en sus piernas.

—Pero esta no es nuestra casa, es la casa de la abuela, la mamita Inés, ella nos deja vivir aquí por un tiempo, pero después tendremos nuestra propia casa —le explicó.

—¿Las abuelas son buenas? —Imitó la voz de la muñeca.

—No todas, hay abuelas buenas y abuelas malas. La mamita Inés es muy buena, es la mejor de todas. La mami de la mamá Miranda apenas la he visto dos veces, pero me trata bien. Ya la vamos a conocer.

—La abuelita Miranda es linda —dijo otra vez "la muñeca".

—Sí, ella es muy linda, nos ama mucho.

Yo no podía resistirme a su conversación, quería ir y abrazarla, no soltarla más.

—Pero no es mi mamá —le explicó a su bebé—. A ella la conocí en un hogar donde estuve viviendo, ahora es mi mamá, por ella conocí a mi papá.

—¿Y si se aburre y nos deja? —preguntó la muñeca.

Entonces, me acerqué, me senté en el sofá y senté en mis piernas a Elena y ella a su vez, tenía a su hija en sus brazos.

—Nunca, ¿me oyen las dos?, nunca las voy a dejar. Yo soy tu mamá, aunque no hayas nacido de mi guatita (*vientre*), eres mi hija porque nos escogimos, porque así lo quisimos. Tú me aceptaste como mamá y yo te amo como si fueras mi propia hija. Y a... ¿Todavía no le pones nombre?

—No, no se me ocurre ninguno.

—Bueno, tienes que ponerle nombre, mi nieta no puede ser una desnombrada —le dije algo divertida, no quería que estuviera triste.

Elena rio.

—¿Puedo ponerle Miranda? —me preguntó con sus ojitos muy abiertos.

—¿Miranda? —me asombré.

—Tiene cara de Miranda.

—A ver, ¿cómo es la cara de Miranda?

Ella puso a su muñeca muy cerca de mi rostro.

—¿Ves que tiene cara de Miranda?

—Toda la razón. Tiene Miranda pintado en el rostro. Será Miranda Segunda.

La niña no dijo nada, se apoyó en mi pecho y así quedó mucho rato, hasta que me di cuenta que estaba dormida.

—¿Estás cansada? ¿Te ayudo? —preguntó mi suegra entrando a la sala.

—No, no pesa nada —respondí con sinceridad.

—Está muy herida, esa mujer le hizo demasiado daño —comentó.

—Sí, pero ahora nos tiene a nosotros que lucharemos para que ella pueda olvidar todo ese mal tiempo y pueda ser feliz.

—Claro que sí. Anoche también habló con su muñeca antes de dormir.

—¿Sí? —Me sorprendí.

—Sí, le contó que ese era mi cuarto, que ella tenía el suyo propio pero que era más lindo dormir conmigo, porque después, cuando ustedes tuvieran su casa, ya no podría dormir conmigo, así que ahora tenía que aprovechar.

—Linda...

—La extrañaré mucho cuando se vayan.

—Me imagino. Es su compañera cuando con José Miguel vamos a la oficina.

—Sí, y mi compañera en las noches. Cuando los niños de Roberto eran chiquitos también venían a dormir conmigo a veces, pero ya crecieron y duermen en sus propios cuartos. Y ya no vienen a quedarse conmigo. Ahora tengo a Elena y luego al bebé que viene en camino, espero que no me lo niegues.

—Claro que no, aunque creo que a Elena nunca se le pasaran las ganas de estar con usted, ella la adora, para ella, usted es la mejor abuela de todas.

—Yo amo a todos mis nietos, pero Elena para mí es especial, tal vez por todo lo que sufrió, por no conocerla antes, no sé, pero ella es mi regalona (*consentida*).

—Ella necesita tanto amor como el que da. Con todo lo que ha sufrido podría ser una niña arisca, desconfiada, sin embargo, ella se da por completo, sin reservas.

—Sí, sigue siendo un hermoso angelito que ama sin condiciones a quienes la amamos.

José Miguel llegó en ese momento con el rostro pálido.

—¡Hijo!, ¿qué pasó? —Mi suegra preguntó alterada al ver a su hijo así.

—Hola, mamá —la saludó él con un beso en la cara.

—¿Qué pasa, amor? —Algo muy malo había sucedido y necesitábamos saber.

Antes que pudiera contestar, la niña se movió en mi regazo y se enderezó.

—¡Papi! —Se alegró al verlo y le extendió sus bracitos para que la tomara en brazos.

Él no dijo nada, solo la abrazó y una lágrima cayó por su mejilla. Algo muy malo había ocurrido.

Inés sobó la espalda de su hijo y este se abrazó a ella.

—Vengo con alguien —dijo sin más.

—¿Quién? Hazlo pasar.

—¡Roberto! —Llamó.

—¿Viniste con tu hermano y quedó afuera?

No venía solo, venía con una mujer algo mayor.

—Mira, Elena, ella es...

Antes de terminar su frase, la niña la miró y gritó un "No" que remeció el ambiente. Y se puso a llorar. Cualquiera que no la conociera, diría que aquello era una pataleta de niña malcriada. Nosotros, que la conocíamos y sabíamos que ella no era de hacer rabietas, supimos que algo muy malo pasaba con esa mujer.

—¿Quién es ella que la niña le tiene tanto miedo?! —grité abrazando a la niña en los brazos de José Miguel.

—¿La conoces, hija? —preguntó mi novio.

La niña se contorsionaba haciendo muy difícil que José Miguel la sostuviera.

—Mi niña, soy tu abuela, ¿no me recuerdas? —dijo la mujer.

Elena lloró mucho más, pero esta vez, no siguió moviéndose, sino que se quedó escondida en el cuello de su papá.

—Si no quieres verla, no lo tienes que hacer, hija. Lo sabes.

—Ella es mala —gimió la niña.

—¿Ella te hizo daño? —preguntó Roberto que, desubicado, estaba grabando todo.

—Ella me quemó aquí.

Nos mostró el brazo, donde tenía una marca muy fea, nosotros no supimos de qué era o quién se la había hecho, era de quemadura, pero Beatriz no había dicho cómo se había lastimado.

Miramos a la mujer que la observaba ahora con odio.

—Váyase de mi casa y si vuelve, la pudro en la cárcel igual que a su hija —ordenó José Miguel con voz autoritaria.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Así hayan pasado mil años, usted no la vuelve a tocar.

—¿Y quién me va a pagar todo el sacrificio que me costó cuidar a esta mocosa?

—Sácala, Roberto, si no tuviera a mi hija en brazos...

Roberto ya la había tomado del brazo y la estaba arrastrando hacia afuera. La mujer se fue protestando. Decía que ella necesitaba dinero y que, como abuela de Elena, merecía un pago.

—El único pago que tendrá será en la cárcel. Ustedes lo único que han hecho es hacer daño, son un peligro para la sociedad y así lo voy a demostrar —apostilló Roberto al momento de llevársela.

—Ya se fue, mi pequeña, ya se fue y no va a volver nunca más —le aseguró su padre, sentándose en el sofá con ella.

—Ya pasó, mi vida —le dijo mi suegra que se sentó a su lado y le acarició la espalda. Yo me senté al otro lado.

—Mamita Inés, tú me quieres de verdad, ¿cierto? —le consultó sollozando.

—Claro que sí, mi vida, te amo mucho, mi amor.

—Te quiero, mamita Inés.

—Ven aquí, mi vida. Nadie te lastimará. Nunca más.

La niña se fue al regazo de su abuela y allí se quedó mucho rato, abrazada a ella y a su muñeca Miranda Segunda, que tenía en su brazo la misma marca que su "mamá".

Capítulo 33

Esa mujer, la mamá de Beatriz, me había dicho que había ayudado en la crianza de la niña y que su hija se la había arrebatado. Quería volver a verla. De haber sabido lo que había pasado, jamás la hubiera llevado a mi casa. ¿Qué se creía esa mujer? Roberto de inmediato tomó cartas en el asunto e hizo una denuncia para alejarla de la niña y, de ser posible, que pagara por su maldad. Ahora me daba cuenta que madre e hija eran iguales. Y totalmente diferentes a mi pequeña Elena.

Se durmió en los brazos de mi madre. Ambas se amaban. Eso me dejaba tranquilo. Mi hija crecería rodeada de mucho amor.

—¿Estás cansada? —le pregunté a mi mamá.

—No, déjame aquí, mi pequeña niña me necesita.

—Por eso se ha acercado tanto a ti, mamá, tú le diste una imagen de abuela distinta a la que ella tenía.

—Yo la amo y quisiera haberla tenido siempre conmigo. Es mi princesa y nadie le hubiera hecho daño.

Bajé la cabeza, cada día la culpa corroía mi corazón y mi mente. Si hubiese estado más pendiente de Beatriz, si la hubiera buscado más. Si no me hubiera dado por vencido...

—No te culpes —dijo mi novia adivinando mis pensamientos—. Esa mujer se supo esconder muy bien. No es tu culpa lo que ella hizo, nosotros tenemos que ayudarla ahora a que crezca sana y feliz. Aún hay tiempo, todavía es pequeña y esperemos que todo esto quede en el pasado.

—Miranda tiene razón, hijo, tú hiciste todo lo que pudiste, tu hermano Roberto es testigo de todo lo que buscaste a esa mujer y a tu hija, aun sin estar seguro de que existía.

—Sí, pero no puedo dejar de pensar en todo lo que sufrí mi pequeña lejos de mí.

—Eso no lo podemos cambiar, lo que sí podemos hacer, es forjar un presente y un futuro más feliz para mi nieta. Y en eso trabajaremos todos.

—Sí, es verdad. Y eso es lo que estamos haciendo.

La niña se enderezó, y un poco más despierta.

—Soñé algo —dijo refregándose los ojos.

—¿Qué soñaste, mi pequeña? —pregunté.

—Que venía a verme la abue Patty, mi otra abuela...

Hizo un puchero y yo la tomé en mis brazos.

—Solo fue una pesadilla, cariño, nadie ha venido ni vendrá. Tus abuelas son la mamita Inés y la mamita Norma.

Si ella creía que había sido solo un sueño, no sería yo quien le dijera que fue real.

—Papi... ¿mañana tienes que ir a trabajar?

—Sí, ¿por qué? ¿Necesitas que me quede?

—Es que quiero... —Se acercó a mi oído—. Quiero comprarle unos regalos a mis abuelitas y a mi mami y no podemos ir con ellas.

—Mañana —le hablé en secreto—, tengo una reunión temprano, te paso a buscar al mediodía, vamos a almorzar los dos juntitos y vamos a comprar los regalos, ¿te parece?

—Ya.

—¿Qué tanto secreto? —preguntó mi mamá.

—Nada —contesté.

—¿Nada? —interrogó Miranda.

—Secretos de papá e hija —respondió Elena como si fuera una niña grande.

—Ay, ya, bueno, será, no nos cuenten y guárdense sus secretos —replicó Miranda fingiéndose ofendida.

Elena extendió sus brazos y su mamá la abrazó.

—Linda, mi pequeña, tenga los secretos que quiera con su papá.

Mi hija solo sonrió y se dejó querer por Miranda que la llenó de besos.

—Mañana la voy a pasar a buscar antes de mediodía porque vamos a ir a comer juntos y luego tenemos unos trámites que hacer —les informé.

—Ah, ya, va en serio la cosa.

—Obvio, tenemos cosas que ella y yo debemos hacer solos.

—Será. Si no nos quieren llevar... —protestó Miranda.

—No te preocupes, Miranda, nosotras aprovecharemos para hacer algunos "trámites" también sin ellos —repuso mi mamá.

Elena se largó a reír con muchas ganas, se puso roja de tanta risa. Sabía que ellas estaban picadas (*enojadas*), lo que era muy cómico para ella.

Salimos con mi hija a almorzar y luego anduvimos por las tiendas buscando regalos para su mamá, sus abuelas y también aprovechamos de comprar cosas para sus primos y tíos. Ella estaba feliz y le mostraba a su muñeca todo, según ella, Miranda Segunda no conocía nada. Luego de comprar y con un montón de bolsas, nos fuimos a comer un helado. Elena parecía una viejita chica, conversaba y comentaba las cosas como si fuera ya grande. Me gustaba mirarla, contemplarla. Disfrutar mi tiempo con ella.

—¿Volvamos a casa? ¿No tienes hambre? ¿Quieres comer algo más? —interrogué antes de salir del restaurant.

—No, vamos a la casa, la mami y mi mamita deben estar esperándonos.

—Bueno, pero no te puedes quedar dormida en el auto ahora, porque no te has bañado y tienes que comer algo al llegar a casa.

—Papi, es muy temprano para dormirme —me dijo condescendiente.

—Ah, perdón, olvidaba que ya eres una niña grande —respondí con una sonrisa. Mi niña era la mejor de todas.

—Papi...

—Dime, hija.

—¿Tú nunca me vas a dejar?

—Nunca, mi pequeña, ya te lo he dicho.

Dejé las bolsas en la cajuela del auto y tomé a mi hija en brazos.

—Te amo, mi pequeña, eres mi luz, eres mi vida, nunca te voy a dejar ni tampoco voy a dejar que te hagan más daño. Nunca más.

—Te amo, papi.

Escuchar esas palabras removía todo mi interior. La apreté contra mí.

Ella se apartó y me tomó la cara con sus dos manitas.

—Papi, no llores, ¿o no eres feliz?

—Soy demasiado feliz, mi pequeña, demasiado. No lloro de tristeza, lloro de felicidad por tenerte aquí conmigo.

—Yo también soy muy feliz. Y Miranda Segunda también. Ya no estamos solas.

—Nunca más van a estar solas, mi amor.

Me dio besos en mis dos mejillas y en mi frente, sin soltarme la cara.

—No llores, papi.

—No voy a llorar, hija.

—No tienes que llorar, porque estamos juntos y no me vas a dejar.

—Nunca, mi amor.

—Somos una familia.

—Claro que sí, mi vida.

—Y seremos muy felices... *Tenemos* que ser muy felices —recalcó la palabra "*tenemos*".

Mi pequeña me daba lecciones de vida, a pesar de su sufrimiento, quería ser feliz. Lo merecía.

—Papi... Cuando yo sea grande, ¿puedo escribirme tu nombre? —me preguntó en el coche ya de camino a casa.

—¿Escribirte mi nombre? —No entendí en el momento lo que quería decir.

—Sí, así como tú tienes tus dibujos. —Tocó mi brazo en mis tatuajes.

—Claro que sí, mi pequeña, aunque cuando seas grande, no sé si querrás tatuarte mi nombre.

—Tú eres el mejor hombre y el mejor papá y quiero llevarte siempre conmigo.

—Te amo, mi pequeña...

Fue todo lo que pude articular.

Ni José Miguel ni Elena nos quisieron decir dónde iban. Era secreto de padre e hija. Aunque yo lo sospechaba. Y me encantaba que ellos tuvieran esa relación de complicidad. Elena estaba muy herida y su papá hacía que ella se sintiera segura y amada.

De todas formas, cualquiera se sentía cómoda con José Miguel. Era un hombre muy contenedor. Yo no lo supe asimilar en el primer momento. Le hice daño y aun así, siguió conmigo. Me ayudó. Me vio en el fango de mi vida y de allí me sacó. No le importó pasar peligro por mi culpa. Ha estado conmigo en todo momento, confirmandome su amor. A veces me siento tan poca cosa, no porque no valga, sino porque yo no tengo nada para entregar. Lorenzo me quitó todo.

—Elena quiere tatuarse mi nombre cuando sea grande. —La voz de José Miguel me sobresaltó.

Estaba mirando por la ventana, tan perdida en mis pensamientos, que no me di cuenta cuando llegaron.

—Perdón, te asusté —me dijo abrazándome de la cintura.

Me volví y lo besé.

—¿Qué pasa, mi hermosa mariposa?

—Nada, estaba pensando...

—Nada bueno al parecer, por tu cara.

Bajé la cabeza.

—¿Qué pensabas, amor?

—Pensaba en...

Guardé silencio.

—Hey, ¿qué pasa?

—Nada. Son tonteras.

—Si para ti es importante, para mí lo es.

—Estaba pensando en que tú has hecho tanto por mí, sin embargo, yo...

—Sin embargo tú, ¿qué?

—Yo no tengo nada para ofrecerte, tampoco he hecho nada por ti...

—A ver, Miranda, ¿por qué dices eso?

—Porque es cierto, porque yo ¿qué te he dado? Puros problemas.

—¿Problemas?

—Problemas. Imagínate que pudiste haber muerto por mi culpa.

—No digas eso.

Me apretó más hacia él y me besó.

—Yo estoy enamorado de ti y tu presencia es vital para mi vida. Te voy a confesar algo.

—¿Qué cosa?

Me tomó de la mano y caminó conmigo hasta el sofá. Allí se sentó y me puso sobre sus rodillas.

—Antes de que tú llegaras a mi vida, estaba teniendo muchos problemas con mis hermanos, tú lo sabes, pero eso estaba siendo la gota que estaba rebalsando el vaso. Había momentos en los que no quería seguir.

—¿Cómo no querías seguir?

—Eso. No quería seguir.... viviendo.

—No digas eso, José Miguel, ni en broma —me alarmé.

—¿Tú crees que es una broma?

Me aparté y lo miré.

—Dime que no es verdad.

—Lo es. Lo único que me retenía aquí era mi mamá. Yo no hubiera sido capaz de darle ese dolor a ella, pero mi vida era nada. No quería nada. Vivía por vivir. Y cuando tú llegaste, le diste luz a mi mundo y a pesar de todo lo que dices, de que tú solo has traído problemas a mi vida, no es así. El amor que me das es la fuerza que me impulsa a levantarme cada día. Y ahora, que me trajiste a Elena, mi vida está casi completa.

—¿Casi?

—Viene un pequeño o pequeña en camino. —Tocó mi vientre—. Él o ella será la cima de nuestra felicidad.

—Te amo —dije emocionada.

Me besó y yo lo besé de vuelta.

—¡Ay! Eso no se hace delante de los niños —protestó Elena entrando al dormitorio con cara de asco.

Me bajé de las piernas de José Miguel y Elena se subió en mi lugar. Le habló algo al oído a su papá. Él sonrió como respuesta.

—¿Qué tanto secreto? —indagué haciéndome la ofendida.

—No podemos decírtelo —respondió mi niña.

—Yo también tengo un secreto y no se los voy a decir.

Elena se rio.

—Mami, no te enojés, no es nada malo, es una sorpresa.

Me abrazó y yo la abracé a ella.

—Mi amor. No me enojo. —Le di un beso en la cabecita—. Es una broma, nada más.

—Yo te quiero, mami. Y también a mi hermanito.

—Sí, lo sabe, él o ella siente lo que tú le quieres.

—Es hermanito, yo lo sé y yo lo voy a cuidar para que no le peguen en la escuela y él me va a cuidar a mí cuando yo sea grande, porque él va a crecer más que yo.

—¿Y de dónde sacaste eso? —consultó José Miguel.

—Lo sé.

—Seguro será así, entonces —dije, sorprendida por la seguridad de las palabras de mi hija.

Nos quedamos un momento así, abrazados.

—Tengo hambre —habló Elena al rato.

—Vamos a comer algo —contestó José Miguel.

—Vamos, porque yo también tengo hambre —repuse.

Nos fuimos a la cocina donde estaba mi suegra con Sonia preparando unos dulces.

—Qué bueno que llegaron, ya está casi listo, así que lávense las manos para comer —nos ordenó Inés con su dulzura natural.

—¡Yo gano! —grité infantil, corriendo al baño.

Elena corrió detrás de mí y me dejé ganar.

—Ah, no se vale, me ganaste —reclamé.

—Es que mi hermanito te pesa la guatita (*ventre*) —replicó con un beso a su hermanito.

Nos lavamos las manos y volvimos a la cocina donde ya estaba todo preparado. Comimos conversando alegres de las cosas que haríamos para la navidad y año nuevo. Elena no opinaba. Simplemente comía en silencio. Cosa rara en ella.

—Y a ti, ¿qué te gustaría comer esa noche? —le pregunté a mi niña.

—No sé, me da lo mismo —respondió encogiéndose de hombros, sin dejar de comer.

—¿No te importa? —inquirió José Miguel.

—Sí, pero para eso están ustedes.

—Pero tú también puedes opinar —intervino mi suegra.

—No sé. No se me ocurre nada.

—¿A ver? Mi nieta, la niña más hablantina del mundo, ¿no quiere decir nada?

—Es que no sé, de verdad. Todo lo que ustedes hacen es rico, así que me da lo mismo.

—¿Es por eso que no quieres opinar?

—Sí. —No dejaba de comer.

—Y tienes hambre.

—Sí.

—¿Tu papá no te alimentó?

—No —contestó con dramatismo, como si se fuera a desmayar.

Nos largamos a reír, ella era toda una actriz.

—¡Oye! —protestó José Miguel—. Yo te ofrecí comer algo y tú no quisiste.

—Ah, verdad. —Se enderezó y se sentó bien para seguir comiendo.

En realidad, daban ganas de comérsela a ella a besos.

Capítulo 34

A mi pequeña no le importaba lo que se hiciera de cenar para Navidad, sabía que no sería algo que no le gustara, pues aunque pocas comidas no le agradaban, ni mi mamá ni Miranda la obligaban a comer. Claro que su dramatismo para decir que yo no la había alimentado, me dejó embobado. Mi niña me robaba el corazón a cada momento.

Dos días más tarde, Elena tuvo hora con su psiquiatra y aproveché de hablar con ella acerca de la mamá de Beatriz y de cómo podíamos ayudarla a olvidar todo aquello.

—La niña, aunque lo olvide en su consciente, no lo olvidará tan fácil en su inconsciente. Será un trabajo arduo de mucho amor y comprensión. Aunque debo admitir que la niña ha tenido un avance mucho más rápido del esperado y del de muchos niños en su misma situación. Ella se deja querer por ustedes y los ama. En ciertos aspectos, Elena tuvo que madurar antes y en otros se quedó atrás. Por eso es que a veces reacciona o habla como niña grande y otros no parece de más de tres años. Y en el tema del amor, ella necesita muy frecuentemente la confirmación de su amor. Su mayor temor es no saber corresponder a todo lo que ustedes le dan.

—No debería temer eso —musité dolido.

—Hoy lo conversamos. Espero que haya entendido. Ella ha vivido relaciones de "me das y yo te doy". Su madre y su abuela eran personas que castigaban o premiaban, las pocas veces que lo hacían, a cambio de ciertas actitudes de la niña y a su propio humor. Vale decir, si la niña se portaba bien, si obedecía en todo, si era niña buena, entonces no tenía castigo. Eso era un premio para ella. El problema es que siempre, cada día, ella hacía algo que hacía enojar a su madre o a su abuela y tenía que sufrir las consecuencias. Hoy sabe que no la castigarán, pero teme que en cualquier momento ustedes se aburran de ella y la devuelvan como si se tratara de un mueble viejo.

Me refregué la cara con las manos. ¿Cómo una madre puede hacer tanto daño? Si no la quería, bien podría habérmela dejado a mí.

—¿Qué podemos hacer para cambiar esa percepción? Yo quiero que ella entienda que, haga lo que haga, no la dejaré. Incluso, ya estoy preparado para su adolescencia y su natural rebeldía, pero si se guarda las cosas... Yo no quiero que sea una niña modelo solo por darme en el gusto a mí. Yo quiero a mi hija feliz. Libre. Quiero que sea ella misma.

—Van por buen camino, ya se lo dije, la niña ha tenido un avance demasiado notorio. Hay cosas que le costarán más, pero van por buen camino.

—¿Ella sabe que la amamos tal como es?

—Elena es una niña muy inteligente. Sigam amándola. Ella lo aprecia. Además, su hija es una niña muy fácil de querer.

—Dígame a mí, que me tiene embelesado.

—Sí, se le nota. —Sonrió la doctora—. Ella encontró toda una red de apoyo en su familia. Para la niña usted es lo máximo, lo ama, lo adora... Usted es su súper héroe. Ella lo admira profundamente. Su mamá, Miranda, es para ella la mujer más linda y buena del planeta. Y su abuela... —Hizo un gesto de satisfacción—. Su abuela para ella lo es todo. La guardadora de sus secretos. Conversan mucho cada noche y es a ella a quien le cuenta sus cosas: sus temores, sus alegrías, sus sueños.

—No sabía. Es decir, sé que se llevan muy bien, pero de ahí a que sean tan amigas...

—En ella encontró lo que necesita para salir adelante. Junto a ustedes, claro está. Y bueno, también están sus tíos que la acogieron desde un principio, sus primos que la incluyen en sus juegos como una más desde que llegó a su casa y sobre todo Soledad, que es su mejor amiga. Toda la familia ha sido importante en este avance.

—¿Le ha hablado de la mamá de Miranda?

—A ver, la niña, según me contó, la ha visto un par de veces, le cae bien, pero no siente apego por ella, no al menos como lo siente con su "mamita Inés". Para la niña, es su abuela porque es la mamá de Miranda, nada más.

Asentí con la cabeza. Tampoco es que mi suegra haya dado muestras de querer volver a verla. Ni siquiera a su hija.

Salí de la consulta de la psiquiatra con las cosas un poco más claras. Si bien era cierto nosotros entrábamos con ella a veces, la mayoría de las citas, la atendía sola, así mi hija se sentía más cómoda de hablar de lo que le sucedía sin la presión de estar nosotros presentes y que se cohibiera. Y ahora sabía que aquello había sido bueno, ahora podía entender un poco más de sus temores, aprensiones y sentimientos.

Afuera me esperaban Miranda, Elena y Miranda Segunda, que no se despegababa de mi hija.

—Papi, mi hermanito tiene hambre, quiere comer chocolates.

—¿Sí? —Me alegré. Miranda no era de antojos—. Vamos a pasar a comprar. ¿De cuáles quieres?

—No hace falta —replicó Miranda.

—Claro que sí, no te quedarás con la ganas —le dije tomando sus manos.

—Ya. Dale un beso, y o me tapo los ojos —indicó Elena entornando los ojos.

Nos reímos cuando puso sus dos manitos sobre su cara. Le di un corto beso a mi mujer y luego tomé en brazos a mi hija.

—Vamos, que un bebé necesita chocolates.

Aquel fue el único antojo de mi pequeño que venía en camino. Miranda no era de antojos. A veces, Elena y yo se los inventábamos. ¡No podía no tener antojos!

Roberto nos acompañó el día que fuimos a la escuela donde iría mi hija para matricularla. Allí tenía a sus hijos y habló con la directora para que dejaran ingresar a Elena a Kinder sin tener ningún curso previo hecho. Como colegio particular, tenían a los niños desde los dos años en preparación para la escuela. De todos modos, al ser recomendada por mi hermano, la sostenedora aceptó, pero quería hablar con nosotros y conocer a la niña.

—¿Y si no me quieren? —preguntó Elena en el camino.

—Te adorarán —respondió con presteza mi hermano—. Eres una niña muy bonita y muy inteligente.

Roberto abrazó a mi pequeña y la tranquilizó todo el camino.

—Aquí estudian tus primos. Ojalá quedes en el mismo curso con Soledad y si no, estarás con ellos en los recreos —le dijo al final, ya llegados al colegio.

—Gracias, tío.

—Ya verás que te encanta la escuela.

Más confiada, se tomó de la mano de su tío y entró al colegio, seguida por mí y por Miranda.

—Usted sabe que aquí los niños empiezan muy temprano su educación; como Elena no ha podido asistir a una escuela regular y su hermano ya me explicó las razones, la aceptaremos, pero con una carta de compromiso de parte de ustedes de intentar nivelarla y de ayudarla en sus quehaceres. En el fondo, señor Cedeño, que se comprometan con su hija para que ella se mantenga al nivel de sus compañeros. Obviamente, los profesores saben su situación e intentarán ayudarla lo más posible, pero la idea es que ella pueda amoldarse pronto, de ese modo le costará menos compenetrarse con sus compañeros y el habituación a esta nueva escuela.

—Por supuesto que nosotros estaremos apoyando en todo a nuestra hija —repliqué un tanto molesto.

—No se moleste, es algo que tengo que decirle a todos los padres. Don Roberto y su esposa son muy cooperadores en esta escuela, siempre están participando en las diferentes actividades, de no ser porque él medió por Elena, le aseguro que habría sido muy difícil que la aceptáramos así sin más. De todos modos, debo decirle las normas y lo que esperamos para que le quede claro. Créame que aquí llegan muchos papás ofreciendo el oro y el moro y a mitad de año, si han venido a una reunión de apoderados es mucho. No aparecen hasta fin de año cuando sus hijos están a punto de repetir. Y nos culpan a nosotros. Creen que la escuela es una guardería, que están pagando niñeras y no es así.

—Yo lo tengo claro, señora, le aseguro que no dejaremos a nuestra hija sola, al contrario, créame que personalmente estaré muy preocupado de su evolución en esta escuela.

—Ningún problema, don José Miguel. Firmaremos la matrícula, los pagarés y le daré la lista de los materiales y el uniforme. El veinticinco de febrero entrará a clases. Les quería consultar a ambos... ¿Ustedes creen que sea bueno que quede en el mismo curso con su prima, Soledad? ¿O será mejor que las deje separadas?

—Juntas —se apresuró a decir mi hermano—, mi hija quiere que quede con ella para ayudarla con sus tareas, con lo que le cueste. Se han hecho muy amigas.

—Está bien, yo también pensé que sería lo mejor, pero no sabía si ellas se llevaban bien o no.

—Sí, son muy amigas —corroboré.

Firmé todos los documentos y recibí la lista de materiales y compré el uniforme en el mismo recinto. Nos fuimos de allí, contentos de que ya tuviera colegio y que quedaría con su prima. Cada vez teníamos menos problemas.

ΨΨΨ

Mis pesadillas habían remitido desde la visita de la mamá de Beatriz. Tal vez, era eso, no sé, el asunto es que ya casi no tenía pesadillas. No al menos con Elena. Y eso era bueno.

La Navidad llegó. Roberto y su familia lo pasarían en su casa y, dependiendo de cuán cansados estuvieran los niños, vendrían aquella misma noche después de las doce o al día siguiente. Joaquín y Victoria vinieron a pasar la fiesta con nosotros... Con su sobrina en realidad.

Elena estaba entusiasmada y feliz. Sus tíos eran muy juguetones y la hacían reír mucho. Ya cerca de las doce, a la niña la comían las ansias.

—Si estamos aquí el Viejito (*Santa*) no va a venir —protestó.

—Hay que ir a dormir entonces —replicó mi cuñado.

—¡No! quiero abrir los regalos ahora. —Elena hizo un puchero.

—¡Pesado! —increpó mi cuñada a su hermano—. Podemos salir a dar una vuelta.

—¡Siiii!!

Salimos todos, pero una vez fuera, me dio frío, así que José Miguel se devolvió a "buscarme un chaleco". Comenzamos a caminar a paso lento. A Elena le gustaban las luces, los árboles, los adornos en general.

—¿Una foto, sobrina? —ofreció Victoria al ver que Elena se quedó mirando un antejardín bellamente adornado.

Elena posó para la foto y mil más que sacaron mis dos cuñados en el paseo.

Volvimos y los regalos de Santa ya estaban bajo el árbol, añadidos a los que le habían hecho mis cuñados, mi suegra, nosotros y los que nos hizo ella, que ya estaban allí desde hacía días. Hasta Miranda Segunda tuvo regalos: ropa, una cuna y un coche.

Mi niña estaba feliz con los regalos. En su carita brillaba la felicidad. Y nosotros éramos felices con y por ella.

—Mañana, cuando vengán los tíos hay que entregarles sus regalos —dijo acomodando los regalos que quedaban bajo el árbol.

—Claro que sí, no nos olvidaremos —respondió mi suegra—. Ojalá alcancen a venir ahora.

Y llamaron. Cerca de la una venían en camino. Los niños disfrutaron mucho sus juguetes. Los grandes conversamos.

Nos fuimos a dormir cerca de las cuatro de la mañana. Pero esta vez, Elena se quedó con Victoria que, según la niña, dormía más que su mamita Inés en las mañanas, así que se podría levantar más tarde.

—Ah, o sea, no quieres que yo me levante tarde —repuso mi suegra.

—Pero es que mamita Inés, usted a veces no se levanta para no molestarme. Y ya es tarde y no creo que me levante muy temprano —explicó.

—No hay problema, mi niña, usted duerma con quien quiera.

Mi suegra la abrazó fuerte y le dio un beso en la cabecita.

—Buenas noches, que descansen.

—Buenas noches, mamita Inés.

Después de las despedidas, José Miguel y yo nos fuimos a nuestra habitación.

—Si no hubiera tanta gente en esta casa... —me dijo con tono amenazante, abrazándome de la cintura.

—¿Qué cosa? —pregunté haciéndome la desentendida.

—¿Quieres jugar? —Me rozó la comisura del labio, sin llegar a besarme.

Seguí su boca, pero él no me dejó.

—Hay mucha gente en la casa —susurré.

—Sí, solo por eso te salvaste.

Me besó con profundidad, con amor, como cada noche y cada día. Su amor siempre me lo confirmaba de mil maneras.

Nos acostamos y él se quedó con el torso desnudo. Me gustaba tocar sus tatuajes, recorrerlos, dibujarlos con mis dedos.

—Sabes lo que haces con tus manos —me dijo con voz ronca.

—¿Qué hago? —pregunté con inocencia.

Se enderezó y me miró con la pasión pintada en los ojos.

—A la mierda la gente...

Me besó con lujuria. Me tomó en sus brazos y me hizo suya sin importarle nada...

Capítulo 35

Las vacaciones se pasaron volando. En juntas entre los primos, en reuniones familiares, con amigos, en pequeños viajes al exterior. No nos dimos cuenta cuando llegó el primer día de clases de mi pequeña. Era un gran acontecimiento, por lo que asistieron, además de Miranda, mi mamá, Sonia y mis dos hermanos. Roberto nos esperaba allí con mis sobrinos. Los primos de Elena se habían comprometido a cuidar de mi hija. Ellos la querían mucho y con Soledad se habían hecho muy amigas, incluso, hubo noches en las que se quedaban una en casa de la otra a dormir. Eso me daba una gran tranquilidad y alegría, sabía que mi pequeña era amada.

Mi hija quedó feliz. Yo, con el corazón en la mano. Aunque sabía que estaría con mis sobrinos, sentía una opresión al dejarla allí. Menos mal que no lloró, seguramente, la hubiese tomado y me la habría llevado a casa.

—Va a estar bien —me consoló Miranda.

—Es demasiado pequeña —comenté.

—De porte. De edad es igual que Soledad. —Roberto puso una mano en mi hombro—. Estará bien. Uno a veces sufre más que ellos.

—¿Y si llora?

—Si no llaman de colegio, Miguel y Hernán tienen celulares y nos avisarán cualquier cosa. Quédate tranquilo, hombre.

—Parece que es de familia —ironizó María Paz—. Tu hermano era igual, Ahora ya está más acostumbrado. Tampoco taaan acostumbrado. ¿Por qué crees que pasa metido en el colegio y lo conocen tanto?

—Para apoyar a mis hijos —aclaró mi hermano entre divertido y avergonzado.

—Sí, claro —se burló mi cuñada, riendo.

—Tienen a quien salir —agregó mi mamá—. El papá de ellos era igual. Victoria lloró el primer día de clases y él habló con el director del colegio para llevársela y que volviera después, cuando estuviera más preparada. Según él, su niña estaba sufriendo.

—Debe haber estado sufriendo —afirmé—. Yo hubiese hecho lo mismo.

—Menos mal que Elena no lloró —dijo Miranda—, si no, esta es la hora en la que ya estarían de vuelta en la casa. Sin nosotros.

—Lo que pasa es que ustedes no tienen corazón —repliqué en son de broma

—Ustedes son los alharacos y nosotras somos las malas. Linda la cosa —reprochó mi mamá con sorna.

Nos echamos a reír. Era verdad que yo estaba siendo un poco exagerado, pero no lo podía evitar. Era mi niña la que estaba allí adentro, sola...

—Vamos a la oficina, recuerda que a las nueve va a ir Mario Bascuñán para analizar el avance de las obras.

—Sí... Vamos —respondí dudoso.

—Vamos, hombre, ella estará bien —me tranquilizó mi hermano.

Nos despedimos allí. Roberto, los gemelos, que ahora trabajaban con nosotros, y yo, nos fuimos a la oficina. Mi mamá y Sonia se fueron a la casa con Miranda.

La mañana parecía no avanzar. A las doce salía mi pequeña del colegio y quería, no, necesitaba verla para saber que estaba bien.

—Ya, por fin vamos en rescate de nuestras princesas. —Roberto entró a mi oficina cuando faltaban veinte minutos para las doce.

No hizo falta que lo repitiera. Yo ya estaba listo esperando el momento para ir a buscar a mi pequeña.

Llegamos antes de la hora de salida. Mi hermano, que llevaba más tiempo en esto, estaba igual de nervioso, ¿qué me quedaba a mí que era mi primera experiencia escolar?

Soledad y Elena salieron juntas. Venían de la mano, conversando felices. Se despidieron de un beso de su tía (*profesora*) y corrieron a nuestros brazos.

—¡Papi! Es genial el colegio —dijo Elena con los ojos brillantes.

—La profesora la felicitó porque lo aprendía todo muy rápido —me informó Soledad.

—¿De verdad? Qué bueno.

—Sí, y dijo que éramos las alumnas más trabajadoras de la clase. Nos ganamos tres estrellitas cada una —agregó Elena—. Mira.

En su mano tenía una estrellita estampada.

—¿Y las otras dos?

—En el cuaderno. Esta de la mano se la puso a los niños que nos portamos bien.

—Las felicito, tienen que seguir así —repuso Roberto.

—Sí, tienen que portarse muy bien.

Nos acercamos a la puerta cuando la profesora despachó a todos los alumnos.

—Su hija no tuvo ningún problema de adaptación. Y es muy inteligente. Yo creo que es genético, porque Soledad es igual de habilosa. El año pasado, Soledad tuvo el mejor promedio de su promoción, creo que este año estará reñido, tendrá competencia —nos informó la tía—. Quédese tranquilo, Elena estuvo muy bien en la clase. Los niños la acogieron muy bien. Como es más bajita y delgada que los demás, los niños la protegen. Creo que la ven como la bebé del curso.

Oír eso me alegró. Mi niña era aceptada y cuidada por sus pares. Ahora podía respirar tranquilo.

ΨΨΨ

Elena llegó feliz. Habló de sus compañeros, de la tía, de su prima. Se habían sentado juntas y trabajaron en cosas que mi niña no sabía, pero que Soledad le había enseñado. Nos mostró las estrellitas que se había ganado y las tareas que debía hacer y que estaba impaciente por realizarlas. Aunque ella sabía las letras, escribir su nombre y algunas otras pequeñas cosas, quería aprender a leer y a escribir como lo hacían sus primos grandes.

José Miguel llegó ese día un poco más tarde de lo usual, según dijo por una reunión que se extendió más de lo esperado.

Elena se fue a dormir muy temprano. Estaba cansada y quería despertar sin sueño al otro día.

Con José Miguel también nos fuimos pronto a la cama.

—Estás extraño —comenté en la cama.

—Tengo que decirte algo —me respondió mi novio con voz trémula.

—¿Pasó algo malo?

—Beatriz salió de la cárcel. Alguien, no sabemos quién, pagó la fianza.

—Pero...

—Su mamá también salió.

—Que no se atrevan a acercarse a Elena.

—¡Por supuesto que no!

—¿Es que no vamos a estar nunca tranquilos?

—Sí, esas mujeres tienen que pagar lo que hicieron. No pueden quedar impunes.

—Por favor, José Miguel, la justicia en este país es horrible, pareciera que los delincuentes tienen más derechos que nosotros.

—Hernán y su equipo están trabajando para averiguar quién pagó la fianza y cómo lo hicieron si se suponía que no tenían derecho a la libertad.

—¡Qué rabia!

—Hay que tener cuidado. Por el momento, solo Roberto y yo iremos a buscar a los niños. Avisamos en el colegio que nadie más tiene autorización para retirarlos.

—Es lo mejor. Uno nunca sabe de lo que pueden ser capaces esas mujeres.

—Espero que no sean se les ocurra volver a molestarnos.

No me podía calmar. ¿Por qué no podíamos estar tranquilos de una vez y para siempre? ¿Por qué tenía que estar en peligro mi niña? Nosotros, que lo único que queríamos era hacerla feliz y olvidar todo lo malo que había vivido teníamos que vivir así y esas mujeres, que querían destruirla, estaban tranquilas. Y libres.

—José Miguel —le dije al desayuno—, estaba pensando en algo.

—¿En qué, amor?

—¿Por qué no le pagas a esas dos mujeres para que dejen en paz a Elena? —le propuse.

—¿Pagarles? —inquirió algo molesto.

—Sí, pagarles, darles dinero a cambio de que se vayan lejos y no vuelvan nunca.

—¿Sabes lo que estás diciendo?

—Es eso lo que ellas buscan.

—Y seguirán toda la vida pidiendo dinero a cambio de no molestar a Elena.

—¿Tú crees?

—¿Tú crees que no? Encontrarán la gallina de los huevos de oro. ¿Crees que se quedarán tranquilas?

Resoplé enojada. No sabía qué hacer para que dejaran tranquila a mi hija y no volvieran a molestarnos nunca más.

—Quédate tranquila, ¿sí? Aunque quisieran a Elena, no se acercarán a ella, ni ahora ni nunca.

Sentimos ruido en el pasillo y nos llamamos. La niña apareció vestida con su uniforme. Se la veía feliz de ir a su segundo día de colegio.

—¿Estás contenta, mi amor? —le pregunté.

—Sí, ahora ya casi soy una niña normal.

—¿Casi normal? —consultó José Miguel.

—Sí, porque ahora tengo papá, mamá, primos, tíos, abuela... Voy a la escuela.... —comentó como si nada.

—¿Y qué te falta para ser "normal" —cuestioné.

—Celebrar mi cumpleaños en una casa con amigos.

—Falta para tu cumpleaños.

—Sí —respondió un poco triste.

—Pero será mejor porque así tendrás tiempo para que te hagas de amigos en el colegio —consoló José Miguel.

—Sí, mis compañeros son muy buenos conmigo.

Desayunó alegre, aunque así era mi niña. Ella se despertaba cada día con la sonrisa pintada en la cara. Era la alegría en persona. A pesar de todas sus adversidades, de todos sus problemas, de todo lo malo que ella había vivido, quería ser feliz. Y lo era. Agradecía cada día cada pequeña cosa que hacíamos con y por ella.

Mi niña se fue feliz a la escuela, sin saber que su mamá podía querer buscarla en cualquier momento.

Yo, en cambio, no podía quitar mi angustia.

—Tienes que estar tranquila —me dijo mi suegra—, sabes que eso no le hace nada bien a tu bebé.

—Es que no puedo evitarlo —sollocé.

—Sí, pensar que esas mujeres andar sueltas...

—Ojalá se vayan lejos y no vuelvan nunca más.

—Ojalá, así nos dejarían en paz.

—Tengo miedo por Elena —confesé con voz quebrada.

—Tranquila, hija, ninguno de nosotros vamos a permitir que lastimen a la niña otra vez.

—Lo sé, pero no quiero que ella se siga enfrentando a esas mujeres. Ya vio cómo se puso cuando vio a su abuela. La niña está muy vulnerable todavía.

—Pero nos tiene a nosotros para contenerla. Al igual que lo hemos hecho contigo.

—No sabe lo agradecida que estoy de ustedes. De verdad, creo que de no ser por José Miguel y por Roberto, yo no sé dónde estaría ahora y usted.... Usted ha sido más que una madre para mí.

—Hija... —Me abrazó maternal—. Yo estoy muy feliz de que mi hijo te haya encontrado y agradezco que sea así, que te acoplaras a nuestra familia y que ames a Elena como lo haces. Ella te ama mucho, para ella, tú eres su mamá y cuando grande quiere ser como tú.

—Ojalá que no. —Sonreí con tristeza—. Tiene que ser mucho más inteligente que yo y que no se deje arrastrar por un mal hombre.

—Ten por seguro que antes de que alguien quiera estar con Elena, tendrá que pasar por el ojo avizor de mi hijo.

—Ya lo creo, será un padre muy celoso y cauteloso.

—Sí, no permitirá que nadie toque a su niñita.

Era verdad. José Miguel era muy aprensivo con Elena. Y yo no me quedaba atrás.

Solo pude volver a respirar tranquila cuando volvieron del colegio a la casa a la hora de almuerzo. Y creo que el bebé también, porque apenas escuchó la voz de su hermanita, comenzó a patear con fuerza.

Capítulo 36

Miranda dio un grito. Yo me asusté. Creí que algo andaba mal con mi bebé. Sin embargo, era todo lo contrario: había pateado. Yo no lo pude sentir. Esperaba ansioso el momento de sentirlo. Aquella tarde teníamos control con el ginecólogo. Elena fue con nosotros, también quería ver a su hermanito. Ella aseguraba que era hombre. En realidad, yo también presentía lo mismo, aunque claro, podía no ser más que el deseo de tener la parejita.

—¿Quieren saber qué es? —preguntó el doctor en el ecógrafo.

—Es hombre —aseguró Elena con suficiencia.

El médico nos miró con una sonrisa.

—¿Quieren saber si es varón o no, como dice esta preciosura?

Ambos asentimos expectantes.

—Su princesa tiene razón. Es hombre.

—¡Lo sabía! —exclamó mi pequeña con alegría.

—Ya entraste al segundo trimestre y todo ha marchado bien hasta ahora. Tienes que seguir con los cuidados y no olvides tomar tus vitaminas, que es muy importante.

—Está bien, doctor —respondió Miranda.

Salimos de la consulta. Elena iba feliz. Al llegar a la casa, se apresuró a la cocina para contarle a mi mamá que había visto a su hermanito y que era hombre, aunque teníamos el Cd con la ecografía, ella quería contar todo.

La alegría reinaba en nuestro hogar... A pesar de las sombras que se cernían sobre nosotros.

No podía dejar de pensar que Beatriz y su mamá estaban libres. Y en quién las había puesto en libertad, si ellas, primero, no tenían dinero para pagar la fianza y, segundo, no tenían derecho a ese beneficio.

Pasó una semana entera sin saber nada de ninguna de las dos. A pesar de que no bajábamos la guardia, esperábamos que hubieran aprendido su lección y no volvieran a aparecer. Pero aparecieron. Bueno, Beatriz apareció. Pidió una cita conmigo. Le avisé a Roberto para que estuviera atento, sin embargo, la recibí yo solo en mi oficina. Debo admitir que el modo deplorable en el que venía produjo una cierta lástima inicial en mí, y digo inicial porque fue la primera impresión. Luego recordé todo el daño que le había hecho a mi pequeña y ya no pude sentir más que desprecio por ella.

—¿Qué quieres? —espeté.

—Necesito ayuda.

—¿Ayuda? —cuestioné entre sorprendido y molesto.

—No tengo dinero, realmente estoy mal.

—¿Y qué te hace pensar a ti que yo quiero ayudarte?

—Tenemos una hija en común.

—Sí, una hija que tiene que estar en terapia para superar todo el daño que le hicieron tú, tu mamá y quien sabe cuántos de tus amantes.

—Yo nunca quise lastimarla.

—Pero lo hiciste.

—Yo no quería.

—Mira, Beatriz, si tú hubieras venido a pedirme ayuda cuando Rodrigo las echó como a un perro y quedaron en la calle, tan solo con lo puesto, te juro que feliz te hubiera ayudado, incluso, en ese tiempo, hasta te hubiera recibido de vuelta. Pero ¿ahora? Ahora es demasiado tarde, Beatriz, y me parece muy descarado de tu parte que acudas a mí en busca de ayuda después de todo lo que hiciste.

—Tenía mucha vergüenza.

—¿Y no te da vergüenza venir ahora a buscarme cuando no lo hiciste en el momento adecuado?

—Por favor, José Miguel, no tengo a quien más acudir.

—Prostitúyete. Eso lo sabes hacer muy bien.

Bajó la cabeza.

—Vete, Beatriz, yo no quiero verte y no se te ocurra buscar a Elena, porque si lo haces, te mato.

—¿Me estás amenazando?

—No, te estoy advirtiéndote. Y agradece que soy bien hombre para mis cosas, tú no sabes las ganas que tengo de golpearte. Si fueras hombre...

—Por favor, José Miguel —rogó una vez más.

—¡Por favor nada, por la cresta! ¡Le cagaste la vida a mi hija y me cagaste la vida a mí! ¿O qué te crees? Yo te amaba, estaba dispuesto a casarme, a formar una familia contigo y tú tiraste todo lo nuestro a la mierda. Y con eso nos tiraste a tu hija y a mí al mismo infierno.

—No quise hacerte daño.

—Pero lo hiciste, Beatriz, lo hiciste. ¿Sabes todo el tiempo que te busqué? Necesitaba encontrarte, sabía, dentro de mí, que no solo te habías ido tú, también, dentro de ti iba mi hija. —Cada vez recordaba con mayor claridad toda la angustia de ese tiempo—. Buscaba encontrarte... —Bajé la voz—. Hasta que me di por vencido.

—Lo siento tanto.

—No, Beatriz, no lo sientes. No lo sientes, porque si tú me hubieras dicho que no podías tenerla en vez de dejarla abandonada en el hogar, tal vez te creería, pero ¿ahora? Ahora buscas tu propio beneficio. Como siempre.

—Las cosas no son como parecen.

—Las cosas son como son. Mi hija fue agredida, mi hija fue abandonada. Mi hija pasó hambre, frío. Mi hija sufrió lo que ningún niño, ninguna persona, merece pasar.

—Yo era pobre, no fue mi culpa. Tú también fuiste pobre y creciste sin problemas.

—No compares, ¿quieres? Yo era pobre, sí, pero tenía una mamá y un papá que valían su peso en oro. No me digas que es la misma situación. Ellos se sacrificaron por mí y mis hermanos decentemente. Tú no estabas sola. Tú podrías haber acudido a mí, sabías muy bien dónde encontrarme. No era tan difícil hacerlo.

—No me atreví en ese momento.

—Y ahora sí, cuando ya has hecho tanto daño y ni siquiera tienes a la niña bajo tu cuidado.

—No me vas a ayudar entonces.

—No —sentenció.

—¿Y qué voy a hacer?

—Ya te lo dije, consigue un trabajo de prostituta, ya tienes experiencia en eso y no tendrás el estorbo de mi hija.

—José Miguel, por favor —volvió a suplicar.

—Mira, Beatriz, si te llegara a dar dinero, lo que no ocurrirá, sería para que te fueras del país y no volvieras nunca jamás, pero como sé que eso no lo vas a hacer, no te voy a dar nada.

—¡Yo cuidé a tu hija cinco largos y malditos años! —gritó fuera de sí.

—¡Sí! ¡Cinco largos y malditos años para ella! La maltrataste física y psicológicamente. ¿Qué te crees? ¿Crees que puedes venir aquí a exigirme pensión alimenticia como si la merecieras? Si yo hubiera sabido antes dónde estaba mi hija, te aseguro que ambas hubieran vivido como reinas aunque tú no hubieras querido estar conmigo. ¡Tú la ocultaste de mí! ¡Me la robaste! Tú no quisiste mi ayuda cuando realmente la necesitabas para mantener a mi hija y cuando la hubieras merecido. No me vengas a rogar ahora, porque aquí, no conseguirás ¡nada!

Me levanté y golpeé el escritorio con los puños cerrados. Si no golpeaba algo, la golpearía a ella.

—Y ándate, ¿quieres? Me estás haciendo perder la cabeza con tus excusas baratas y ya te dije que no soy de golpear a una mujer, por más que se lo merezca.

—Eres tan poca cosa, José Miguel, de verdad, no vales nada. Si no fuera por tu dinero, te aseguro que ninguna mujer se fijaría en ti —replicó con sarcasmo.

La puerta se abrió en ese momento y apareció Miranda que detuvo su vista en Beatriz unos segundos.

—¿Qué hace esta mujer aquí? —interrogó enfurecida.

Beatriz largó una risotada histérica.

—¿Tú crees que esta mosquita muerta está contigo por amor? Si no tuvieras los millones que tienes, te aseguro que no se hubiese volteado ni siquiera a mirarte.

—No soy una puta como tú, no me vendo por un par de pesos —respondió mi novia con la rabia brotando por sus ojos.

—Claro, y yo soy Teresa de Calcuta —se burló de Miranda.

—No todas somos perras como tú. Y eso es un insulto a las perras que jamás abandonan a sus crías.

Beatriz se levantó y quiso llegar hasta mi novia con claras intenciones de golpearla, pero me apresuré y me interpose entre ellas.

—A ella no la tocas —sentenció.

—Eres despreciable, José Miguel, ella me ofende y la defiendes.

—No hay caso contigo, no tienes vergüenza.

—Era lo que te gustaba de mí —respondió coqueta.

—Ándate, ¿quieres? No creo que pueda soportar más, te juro que me pican las manos por...

—¿No te importa todo lo que tuvimos? —Puso sus manos en mi pecho con lujuria.

—Anda a vender tus amores a la calle, yo no los necesito.

—¿Ya se te pasó el amor por mí?

—Cinco años y una hija que padeció las penas del infierno contigo apagan cualquier amor. Y no, Beatriz, no te amo, ese amor murió el día que me dejaste.

—Y si fue así, ¿por qué me seguiste buscando?

—Por mi hija, yo sentía que la habías llevado. Por ella, no por ti —aclaré.

Suspiró. Creo que ya no sabía qué hacer.

—Anda a buscar a Rodrigo, tal vez ahora, que no tienes a *mi* hija, te acepte de vuelta.

—No quiere saber nada de mí —contestó frustrada.

—Ah, ya fuiste, o sea, como siempre, tu última opción fui yo.

Abrió mucho los ojos.

—Ándate, Beatriz, deja en paz a mi familia y déjame en paz a mí. Y ya sabes, ni se te ocurra acercarte a Elena.

—No lo haré, esa mocosa solo me ha traído problemas y ningún beneficio.

—Por eso, déjala tranquila, no vuelvas a molestarla, ni a ella ni a nosotros.

Movió la cabeza negativamente y se fue pisando muy fuerte. Di la orden de que la vigilaran hasta que saliera del edificio.

Me giré y miré a mi mariposa que me miraba con ojos tristes.

—¿Estás bien? —le consulté preocupado por nuestro bebé. Asintió.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—No —respondí con sinceridad.

No dijo nada. Me abrazó y así nos mantuvimos mucho rato.

—¿Tú me amas, Miranda? —pregunté al rato.

—No.

—¿No? —La aparté para observarla. Tenía un brillo enamorado en sus ojos, pero...

—Te adoro. Eres el mejor hombre que pisa la tierra.

—¿Y si fuera pobre?

—Sabes que el dinero que tenías me apartaba de ti. No quería un hombre dominante y que creyera que el mundo estaba a sus pies. Menos mal que no eres así. ¿O crees que estoy contigo por dinero?

Negué con la cabeza. Miranda no era como Beatriz, estaba seguro de eso. ¿O no?

—Amor, mi amor... —Tomó mi cara con sus pequeñas manos para hacer que la mirara—. Creo que esa mujer no solo le hizo daño a nuestra pequeña —afirmó con seguridad.

Quizás tenía razón.

ΨΨΨ

José Miguel no se veía nada bien. Esa mujer era una arpía. No podía creer que él le creyera que él no valía nada cuando era el mejor hombre del universo. Si su dinero hubiera sido lo que me conquistó, me habría rendido a sus pies en cuanto supe quién era él dentro de la empresa. Pero no fue así. Si me enamoré de él, fue porque me sacó del infierno con puro amor. Amor del bueno. Amor verdadero. Me enseñó que yo aún era capaz de amar. A pesar del miedo. A pesar del dolor.

—A todo esto, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en la casa? —me interrogó mi novio, sacándome de mis pensamientos.

—Vine a buscarte para ir juntos a buscar a Elena. Hoy tenía su primera prueba y quiero verla al salir.

—Sí, es verdad, se preparó mucho. Le gusta estudiar, cosa rara en un niño.

—¿Sabes lo que le dijo a tu mamá anoche?

—No, no he hablado con ella.

—Le dijo que quería tener muy buenas notas porque de grande quiere ser doctora de niños.

—¿Pediatra?

—No. En realidad, no. Ella quiere ser doctora de niños como su tía Vivi y su tía Melina.

—Psiquiatra.

—Sí.

—Mi pequeña... Quiere ayudar a niños como ella.

—Así parece.

—Seguro que lo logra, es muy tenaz. Aunque falta mucho para eso, tal vez, en el camino, cambie de opinión.

—Quizás. De todas formas, lo que sea que quiera estudiar, la apoyaremos, ¿o no?

—Claro que sí.

—Hermano... —Roberto entró a la oficina y se quedó estático mirándome—. ¿Y tú? —Se acercó y me abrazó, efusivo como siempre.

—Quiero ir con ustedes a buscar a las niñas.

—Hoy tenían examen —comentó.

—Sí, por eso quiero ir.

Roberto se notaba incómodo, miraba de un modo extraño a José Miguel.

—¿Qué pasa? —pregunté más incómoda todavía—. Hay algo que yo deba saber. ¿Es por las niñas?

—No... No —se apresuró a contestar mi cuñado.

—Miranda alcanzó a ver a Beatriz —le explicó José Miguel a su hermano con un gesto, al parecer se habían puesto de acuerdo en no contarme nada.

—¿Qué quería?

—Dinero, ¿qué más? —contestó José Miguel.

—Es detestable esa mujer. ¡La odio! —repliqué enojada.

—No eres la única, cuñada, por mí, la dejaría en la cárcel y que se pudra allí.

—Yo la mataría —expuse—. Gente así no merece vivir. No solo le hizo daño a Elena, también a tu hermano.

—Y créeme, Miranda, que a toda la familia, aunque, claro, como abogado yo no soy tan violento como tú, cuñadita —me dijo con una sonrisa algo divertida y me abrazó de los hombros—. Ahora vamos, no queremos que nuestras princesas esperen.

—Menos en un día tan importante para ellas —terminó José Miguel tomando su chaqueta.

Capítulo 37

El ver correr a mi pequeña a mis brazos cada vez que salía del colegio, me llenaba de alegría. Como siempre, corrió a mis brazos y yo la tomé. Me giré con ella y la vi... A Beatriz. Apreté a mi niña a mi cuerpo. No le daría la espalda a esa mujer, no sabía lo que pretendía.

—Será mejor que nos vamos —urgí.

—¿Qué pa...? —Miranda quedó con la pregunta a medio terminar al seguir el curso de mi mirada y ver, con sus propios ojos, a Beatriz.

—¿Qué hace esa mujer aquí? —preguntó mi hermano.

—Debemos irnos.

—¿Quién está?

Mi pequeña se enderezó, pero yo no la dejé ver. Roberto hizo lo mismo con su hija y nos apresuramos al automóvil de mi hermano; acomodamos las niñas dentro y nos quedamos fuera del vehículo.

—Llévense a Elena, yo ya voy, tengo algo que hacer —ordené más asustado que enojado.

—Vamos a tu casa, José Miguel, llamaremos a Alex. Él tiene que saber que esa mujer está rondando por aquí —respondió Roberto.

—Sí, y cuando llegue ya se habrá ido. No. Llámalo tú. Yo la retendré aquí, está violando la orden de alejamiento de la niña.

—En realidad, no.

—¿No? ¡¿Cómo no?!

—Está a más de cien metros y esa fue la distancia mínima que dejó el juez —explicó Roberto con voz queda.

—¿¿Qué?! ¿O sea que esa mujer puede pararse en la vereda del frente de la casa y no va a estar haciendo nada malo? ¿Y quién vela por la salud mental de mi hija?

—Eso es lo que Hernán está haciendo con sus abogados... Él tampoco está de acuerdo en esta medida de restricción, no le parece justo.

—Por eso la gente no denuncia... Imagínate, nosotros que tenemos dinero, que tú y tu suegro son abogados y nos están ayudando, que tenemos pruebas de la culpabilidad y daño que hizo esa gente... Así y todo esa mujer hace lo que quiere y no le podemos hacer nada, porque el día que la toquemos, nosotros perdemos más que ella. No lo entiendo, te juro que no lo entiendo. Una persona paga la fianza de un delincuente y nadie puede saber quién lo hizo porque actuó bajo anonimato. No... Esto es una estupidez.

—Tranquilo. Elena no la vio. No sigamos haciendo un escándalo aquí. Las niñas no merecen esto.

Me subí al auto con la sangre hirviendo por dentro. Quería matar a esa mujer con mis propias manos. Camino a la casa, Roberto llamó a Alex. Yo no era capaz de manejar, así que lo hizo Miranda. Yo me fui con mi pequeña y mi hermano con su hija.

—Papi, ¿qué pasó? —me preguntó Elena.

—Nada, mi amor.

—¿Quién estaba que te molestó tanto?

—Nadie, hija, pensé que había visto a alguien, pero no.

—No era mi mamá que va a volver, ¿cierto?

Se me hizo un nudo en la garganta.

—No —logré articular.

Me quedé en silencio, no era capaz de hablar.

—Papi, ¿por qué estás así? —me consultó rato después.

—Mi pequeña, no me pasa nada.

—Si te pasara algo, ¿me dirías? —consultó con algo de censura.

Yo sonreí.

—Te amo, hija.

—No me contestaste —replicó.

—Sí, mi amor, si fuera algo que pudieras entender.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

—¿Ahora no lo puedo entender?

—No.

—No me lo quieres decir, ¿cierto?

No contesté. Ya habíamos llegado a casa, por suerte. Roberto se fue de inmediato. Cada día nos pasaba a dejar y se llevaba a Soledad a su casa. Luego me pasaba a buscar para irnos juntos a la oficina en la tarde. Ese día no fue diferente, así que nos despedimos y entramos a la casa.

—Hola, Ele...

Mi mamá quedó con el saludo en la boca. Mi pequeña pasó corriendo hasta su cuarto. No dormía allí, solo lo hacía cuando Soledad se quedaba con ella. El resto del tiempo se quedaba con mi mamá.

—¿Qué pasó? —me preguntó mi mamá—. ¿Le fue mal en la prueba?

—Ni siquiera le preguntamos —respondí con culpa.

—¿Qué pasó?

—Apareció esa mujer de nuevo —contestó Miranda entrando detrás de mí—. Primero fue a ver a José Miguel a la oficina y después estaba afuera del colegio.

Mi novia no se detuvo. Siguió camino a ver a Elena.

—¿¿Quéé?! Pero no puede hacer eso. Ella tiene orden de alejamiento de la niña —repuso mi mamá.

—Según Roberto son solo cien metros —musité.

—¡Pero eso es la nada misma! La niña no puede volver a verla. Le hace mal.

—Eso mismo digo yo. Ahora no la vio, pero sabe que algo no anda bien y...

—¿No le dijeron?

—¡No!

—Debes hacerlo. Ella puede pensar muchas cosas, José Miguel.

—Yo quiero protegerla.

—Ocultándole las cosas no lo haces. Mira cómo venía. No puedes permitir que esté enojada con ustedes.

—Mamá... No sé si puedo lidiar con esto.

—¿Qué quería Beatriz? ¿A qué fue a tu oficina?

—¿Qué crees? Dinero. Quería que la ayudara económicamente.

—Y tú te negaste, supongo.

—Por supuesto. No voy a ayudarla. Mucho menos ahora.

—Debes contarle a la niña que su mamá salió. Es mejor que lo sepa y no que la vea sin estar preparada. Si esa mujer sigue yendo al colegio, algún día puede verla y va a ser peor para Elena.

—Pero, mamá...

—Mi amor, yo sé que tienes miedo, todos lo tenemos, pero tienes que asegurarle a la niña que aunque vea a su mamá a lo lejos, no la puede tocar y que ninguno de nosotros lo vamos a permitir.

—Es horrible vivir esto, mamá.

—Sí, hijo. Es una de las peores situaciones que puede vivir un ser humano. Es estar todo el tiempo con el corazón en la mano pensando cómo o en qué momento esa persona va a actuar en contra de uno.

—¿Qué hago?

—Primero, contarle a la niña de una forma que ella pueda entender y que comprenda que aunque su mamá esté libre, no le hará daño. Y después, esperar.

—Voy a hablar con ella. Se bajó del auto y cuando la fui a tomar... me hizo a un lado —Una lágrima corrió por mi mejilla.

—Por eso, hijo, ve con ella, háblale. Tú eres su padre, su guía, ella confía en ti. Eres su superhéroe —concluyó con una sonrisa triste.

—Sí —admití emocionado.

Llegué a la habitación. Mi pequeña estaba encerrada y Miranda afuera intentando que Elena le abriera.

—Hija, pequeña, por favor, abre, conversemos —supliqué.

La puerta se abrió y el corazón se me encogió, luego explotó y por poco muere. Mi pequeña estaba empapada en lágrimas y su muñeca Miranda Segunda estaba mojada con las lágrimas de mi hija.

—Mi pequeña —dije con dolor y la tomé en mis brazos—. Perdóname.

—Papi, ¿qué hice mal?

¡No, por la mierda! Mi hija pensaba que ella había hecho algo mal y que yo estaba enfadado con ella.

—Nada, mi pequeña. Nada.

—¿Y por qué estabas enojado conmigo?

—No he estado enojado contigo.

—¿Dejaste de quererme?

Odié a Beatriz como nunca creí que podría odiar. Me senté en la cama con mi hija y sequé sus lágrimas.

—Escúchame, mi pequeña, tú eres mi pequeña, mi princesa, mi hija, aunque pueda llamarte la atención alguna vez, eso no significa que esté enojado contigo y mucho menos que deje de quererte, al contrario, si tuviera que regañarte alguna vez, sería por tu bien y no porque no te quiera, ¿ya? Nunca, jamás, pienses que alguna vez podría dejar de amarte, porque eso sería imposible. Te amo demasiado y hagas lo que hagas, seas como seas, siempre serás mi princesa.

—Entonces, papi, ¿por qué venías tan enojado conmigo? Me supe todas las respuestas de la prueba.

Resoplé.

—Mi amor. Con Miranda fuimos a buscarte porque sabíamos que te iría muy bien...

—¿Y si me hubiera ido mal? —me interrumpió.

—Fuimos buscarte porque sabíamos que te iría muy bien —repetí—, pero si no, queríamos que supieras que ahí estábamos para ti.

—Entonces, papi, no entiendo.

—A ver, hija... Cuando tú vivías con Beatriz...

—¿Qué Beatriz?

—Ruth... Me equivoqué de nombre. —Había olvidado que había cambiado de identidad.

Ella se encogió.

—Cuando tú vivías con ella, te hizo mucho daño y eso es un delito. Luego te dejó en el hogar. Eso también es una violación a tus derechos como niña. Y ella, cuando tú te viniste con nosotros, se fue a la cárcel.

No dijo nada. Se apegó más a mi pecho.

—¿Entiendes lo que es eso? —consulté.

—Está presa.

—Estaba —aclaré.

—¿Salió?

—Sí, y hoy fue a verme a la oficina y luego, cuando te fuimos a buscar, estaba afuera del colegio.

—¿Me va a llevar con ella?

—No, mi amor. Pero no podemos evitar que ella esté cerca de ti. No se puede acercar tanto como para tocarte, pero sí lo suficiente para que la veas. Por eso estaba así. Tenía rabia con ella, no contigo.

—Yo no quiero irme con ella.

—Y no lo harás, mi pequeña, ya te lo dije, tú te quedarás aquí con nosotros.

—¿De verdad?

—De verdad. Jamás me separarán de ti.

—Te quiero, papi, perdóname por haberme enojado así.

—No, mi pequeña, perdóname tú, debí decirte lo que ocurría.

—Mami, perdóname por no abrirte la puerta, no quería que mi hermanito me viera llorando, no quería que se pusiera triste por mi culpa —se disculpó con Miranda.

—No, mi niña, todo está bien. —Mi prometida se sentó a nuestro lado y la abrazó.

—¿Mi mamita Inés estará enojada conmigo? No la saludé —consultó preocupada.

—No, mi amor, ¿cómo crees que voy a estar enojada contigo? —Mi mamá estaba en la puerta, con densas lágrimas corriendo por sus mejillas.

Se acercó y le dio un beso.

—Te amo, mi niña, eres mi sol.

—Yo los amo a ustedes. Y Miranda Segunda también los quiere mucho también.

Nos abrazamos los cinco, contando a mi pequeña nieta.

Si Lorenzo había hecho daño, esa mujer no se quedaba atrás. El rostro de José Miguel era de absoluta desolación. No podía comprender por qué, si no estaba dispuesto a darle dinero para que se fueran lejos. Ahora, mi pregunta era: ¿quién hizo que salieran?

Quería gritar, patear, tirar todo lejos. Quería ahorcar a esa mujer y verla agonizar lentamente. Mi pequeña Elena estaba sufriendo por su culpa y aunque exteriormente se veía muy bien, alegre, una niña feliz y normal, no lo era. Ella llevaba toda la carga por dentro y eso me llenaba de ira y ganas de matar a Beatriz con mis propias manos.

Lo bueno, es que pronto mi niña dejó de llorar. José Miguel la llevó a lavarle la cara mientras yo la limpiaba y secaba a Miranda Segunda.

—¿Vamos a comer? —invitó mi suegra.

—¿Qué vamos a almorzar? —preguntó la niña.

—Puré de papas con carne.

—¡Qué rico!

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Nos fuimos a la cocina, donde Sonia nos esperaba con todo listo para comer.

—¿Ya está mejor la princesa de la casa? —Abrazó y besó a la niña.

—Sí. Ahora sí saludo —respondió un poco avergonzada.

—Mi niña hermosa...

Nos sentamos a la mesa y Elena nos contó acerca de su prueba, de las cosas que hicieron en el colegio, de las estrellitas ganadas ese día, de sus juegos. Ni una sola palabra salió de sus labios sobre su mamá ni de su salida de la cárcel. Como si no hubiera pasado.

Al terminar, quiso ir a acostarse un rato, según dijo, tenía sueño y, como era viernes, no había problema si se acostaba un poco más tarde por la noche, aunque era muy dormilona. Problemas de sueño no tenía.

—¿Qué vamos a hacer con esa mujer? —interrogué a mi novio.

—No sé. Alex y Hernán están buscando la mejor solución. Y saber quién pagó la fianza. Y por qué.

—Estoy preocupada.

—No te preocupes tú. De lo único que tienes que estar preocupada —me dijo abrazándome de la cintura— es de nuestro matrimonio en un mes.

—¿Un mes?

—Ya has tenido suficiente tiempo para arreglar todo.

—Pero no me habías vuelto a decir nada —titubeé.

—Sí, tú me pediste tiempo y te lo di. El matrimonio se realizará en un mes más. Ya tengo todo listo. En todo caso ya hablé con Eva Solar, la mejor planificadora de bodas. Ella te ayudará en todo.

—Ya, pero sabes que yo no quiero una boda grande.

—Claro que lo sé, y así será, pero de todas formas, no quiero que te angusties tú preparando todo, ya sabes que tenemos que cuidar de nuestro pequeñín que está allí adentro.

Yo suspiré. Sabía que, si era algo decidido, no habría caso de hacerlo cambiar de parecer. Yo creí que se había olvidado.

—¿No quieres casarte conmigo? —Noté cierto temor en su voz.

—Claro que sí, mi amor, es que... pensé que te habías olvidado.

—Tú nunca me contestaste cuándo te querías casar conmigo y me dijiste que yo escogiera. Ya escogí. —Me dedicó una deliciosa sonrisa.

No pude evitar besarlo.

—No me beses así, que no voy a trabajar esta tarde.

—Loco.

—Loco por ti, mi mariposa.

Ahora fue él quien me besó como si se le fuera la vida en ello.

Y Roberto tuvo que trabajar solo esa tarde.

Capítulo 38

Alex, Hernán y mi hermano llegaron juntos a mi oficina unos días más tarde. Eso no se veía nada bien. Cada día veíamos a Beatriz afuera del colegio. Ese solo hecho me ponía nervioso. Si bien era cierto esa mujer no hacía amago de acercarse, el hecho de que estuviera allí... me desagradaba. Elena la vio un día, me alegré de que lo supiera desde antes. La miró, le hizo un desprecio y se apoyó en mi hombro. Luego le pregunté qué había sentido. Dijo que le había dado un poco de miedo, pero que el estar conmigo, en mis brazos, y con su tío Roberto allí, le daba tranquilidad, además, que ella sabía que "esa señora" -así la llamó-, no podía acercársele.

Eso me dejó tranquilo. Al menos, mi pequeña estaba serena.

—Tenemos que hablar —me dijo Roberto apartándome de mis cavilaciones.

—¿Qué pasa?

—Supimos quién pagó la fianza.

—Ya.

Ninguno se atrevió a hablar.

—¿Qué pasa? Para decir un nombre no hace falta tanto rodeo.

La incomodidad se sentía en el ambiente.

—¿Tú le dijiste a Miranda con quien se había ido Beatriz cuando te dejó?

—No, ¿por qué? Es decir, ella sabe que se fue con un ex socio, pero, no sé. La verdad, no sé.

—José Miguel...

Mi hermano estaba nervioso, más que eso diría yo, estaba angustiado.

—¿Que pasa, Roberto? Me extraña tu actitud. ¿Qué pasa? ¿Fue otro amante de Beatriz mientras estuvo conmigo?

—Es más complicado que eso.

—Ya, mira. Lárgala. Me pone peor tu actitud. La de los tres, en realidad. ¿Qué puede ser más terrible viniendo de esa mujer?

—Roberto Valdebenito es primo de Miranda —soltó como si de un peso enorme se tratara.

Eso no me lo esperaba.

—Primo. ¿Primo, primo? ¿Qué clase de primo?

—Primo, hijo del hermano de su mamá.

No. Definitivamente, esto no me lo esperaba.

—Y no es todo.

—¿No?

—No. Roberto estuvo casado con la hermana de Lorenzo.

—¿¡Qué?! Miranda nunca me habló de una hermana de ese tipo.

—Tal vez ella no lo consideró importante.

—¿No lo consideró importante?

—Tú tampoco consideraste importante decirle el nombre del tipo por el que te dejó Beatriz.

—Ya. Y él qué tiene que ver con todo esto —espeté.

—Él sacó de la cárcel a su suegra, a tu ex suegra y a Beatriz.

—Pero se suponía que no podían salir. Bueno, la señora Doris sí, pero...

—Mira, tú sabes que lo que él más tiene son contactos —me explicó Hernán—, eso hizo que él pudiera pasar por alto las formalidades y las reglas establecidas en este caso. Ocupó sus influencias y las sacó.

—Pero Beatriz dice que él no quiere nada con ella.

—Claro que no. Lo que quiere es molestarte a ti. Ellas ni siquiera saben quién las sacó de la cárcel.

—¿Estás seguro que no lo saben?

—Sí. Ayer las interrogué —intervino Alex—. Beatriz fue a buscar a Rodrigo y este la mandó con viento fresco a la calle de nuevo. Están viviendo en la casa de la mamá de Beatriz y apenas tienen para comer. Solo reciben la pensión de gracia de la mujer, que es mínima...

—O sea ¿no tiene idea que Rodrigo las sacó de la cárcel?

—No.

—¿No tienen idea? ¿Ellas no se imaginan quién?

—Dicen que no.

—¿Y qué quiere Beatriz? ¿Por qué se para cada día en la escuela?

—Según ella quiere recuperar a su hija.

—Es una mentirosa, no me vas a decir que le crees.

—Claro que no. Yo creo que Rodrigo está detrás de todo esto —aclaró el policía.

—¿Por qué ese hombre quiere seguir lastimando a mi familia? ¿No hizo ya suficiente daño? —apostillé molesto.

—No lo sé. Creo que nadie lo entiende. Cuando eran socios, ¿nunca vieron algo extraño en ese hombre? —preguntó Alex.

—Yo no —respondí mirando a mi hermano, sabía que él tenía otra opinión.

—Yo sí. Siempre —acotó Roberto.

—¿A qué te refieres? —consultó Alex extrañado.

—A mí nunca me gustó ese tipo —explicó—. Desde el primer día que apareció para hacer negocios con mi hermano, me causó mala espina. Lo sentí hipócrita. No sé. No podría explicarlo, pero siempre sentí que el odiaba a José Miguel.

—¿Qué crees que pueda haber tenido en su contra?

—No sé. En ese tiempo ni siquiera llegaba Beatriz a sus vidas, como para pensar en un tema de faldas.

—¿Y si ella era parte del plan? —intervino Hernán.

—¿A qué te refieres? —No entendí.

—A que es posible que esa mujer siempre haya estado en los planes de Rodrigo para hundirte.

—En ese caso ella siempre supo...

—Puede que sí, puede que no. Quizás ella nunca se enteró de los planes de ese tipo.

—O quizás sigue trabajando para él y por eso se pasea por el colegio, por la casa y por donde andamos con Elena. De otro modo, díganme, ¿qué necesidad tiene de seguir molestando? Sabe que no logrará nada, mucho menos con esa actitud, acosando a Elena por donde ella anda. Esa mujer está coludida con Rodrigo, eso es definitivo —sentenció.

—¿Qué haremos en caso de demostrar que es así? —inquirió Roberto.

—Díganmelo ustedes —repliqué en tono de broma—. Ustedes son los profesionales, yo solo soy un humilde ingeniero civil y un padre preocupado. Por mí, los mataría a todos ellos.

—No se puede hacer eso, hermano.

—Por eso, ustedes saben lo que se puede hacer, ¿o no?

—Tenemos que buscar pruebas de que ese hombre está detrás de todo esto. Mientras tanto, estamos luchando para que el juez nos ayude a emitir una orden de alejamiento de más distancia para Beatriz —explicó Hernán—. Si no está Rodrigo detrás de esto, sí puede que lo esté Doris, la mamá de Lorenzo y en ese caso ya sabríamos los motivos.

—O el motivo —aclaré pensando que como madre, querría vengar la muerte de su hijo.

—Así es, por tal razón, debemos aclarar quién está detrás de todo y por qué. No podemos permitir que le hagan más daño a la niña.

—Por supuesto que no. Aunque la justicia no haga nada, si uno de ellos intenta acercarse a mi familia... Lo mato.

—No digas eso, hermano, tienes que estar tranquilo, la justicia...

—Ya demasiado daño nos han hecho y la justicia, ¿dónde está? Esas mujeres están libres y si Lorenzo no hubiese muerto, estoy seguro que seguiría tras Miranda. No, Roberto, no me pidas que me esté tranquilo. No puedo estarlo con Beatriz suelta. Con la mamá de Lorenzo suelta. ¿Te imaginas si Beatriz quisiera vengarse de nosotros haciéndole daño a Elena?

—Pero no pienses en eso —sugirió Alex.

—Lo tengo que pensar, Alex, tú vives con cosas así a diario. ¿A cuántas mujeres les has dicho que no se preocupen, que sus parejas tienen orden de alejamiento, que nadie les hará daño y luego son portadas en los diarios por haber sido asesinadas?

—No lo veas así.

—Lo veo así porque así es. No me pidas que no lo haga. Si algún día a Beatriz se le ocurre ir con una pistola al colegio y le dispara a mi hija, ¿qué crees que pase? ¿Crees que en ese momento me importará si paga o no con cárcel? O si le hace daño a mi mamá, a Miranda... A mí mismo. Imagínate, Roberto, ¿qué pasaría con mi

familia si me pasara algo?

Roberto bajó la cabeza. Tal vez estaba siendo exagerado, pero no podía pensar en algo más que en el peligro al que estábamos expuestos mi familia y yo. Y solo pensar en eso me volvía vulnerable y fiero.

ΨΨΨ

No podía estar más intranquila. Ver a esa mujer parada al frente de la casa me ponía nerviosa. Esperaba que se fuera a las cuatro, como siempre, pero no lo hizo. Por lo que a las cinco llamé a José Miguel para avisarle. No me gustaba nada que ella estuviera allí. No sabía lo que pretendía.

—Váyanse a la biblioteca y quédense allí —me respondió—. Yo estoy con Alex, Hernán y Roberto. Ya voy para allá.

—Con cuidado al volver —supliqué.

—No te preocupes. —Hizo una pausa y alguien habló en su oficina—. Dice Alex que enviará un par de oficiales. Él irá conmigo. Quédate tranquila, ¿sí?

—Sí, claro, como si fuera tan fácil —repliqué con molesta ironía.

—Miranda...

—Lo siento. Esa mujer me pone nerviosa. Ya estoy que salgo y la echo a patadas de aquí.

—No hagas nada hasta que yo llegue. Ya vamos saliendo a la casa.

—Está bien —respondí de mala gana.

Volví con mi suegra, Sonia y Elena que estaban en la biblioteca. Habíamos llevado unas galletas y unas bebidas para tener tarde de cine aprovechando que Elena no tenía tareas. Y para protegerla. Mal que mal, la biblioteca era la habitación más escondida de la casa y no tenía acceso a la calle.

Quince minutos más tarde, fingiendo que quería ir al baño, miré por la ventana a ver si esa mujer seguía allí. Y sí. Seguía allí. Pero también había un uniformado apostado en la puerta de la casa. Volví a la biblioteca. Suspiré para mis adentros antes de llegar al sofá. Temía por Elena. Si esa mujer le hacía daño...

—¿Qué pasa, mami? —me preguntó mi hija al ver que me quedaba parada sin darme cuenta.

—Nada, mi amor, es que te ves muy linda, parece que creciste.

Se avergonzó. Yo me senté a su lado y la abracé a mi costado. Me encantaba sentirla.

—Te quiero, mami.

—Y yo a ti, mi vida.

En ese momento se abrió la puerta de la casa. José Miguel había llegado. Por fin pude respirar tranquila. Solo un momento...

José Miguel venía mal. Estaba pálido y tenía una expresión extraña en su rostro. No quise preguntar nada, sentí que no era el momento.

Poco rato después, Sonia se quedó con la niña en la biblioteca y nosotros nos fuimos a hablar fuera.

—¿Qué pasa? —interrogué nerviosa.

Alex se sentó en el sofá sin dejar de mirarme. Roberto se encogió de hombros. José Miguel tenía los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, sentado en su sitial.

—¿Pasó algo malo?

—Miranda... —habló Alex—, ¿conoces a Rodrigo Valdebenito?

—Sí, ¿por? ¿Le pasó algo?

—No.

—¿Entonces?

—¿Por qué lo conoces?

—Es mi primo y mi cuñado. Ex cuñado —aclaré.

—No sabía que Lorenzo tenía una hermana.

—Bueno, ellos no eran muy cercanos. Nunca se llevaron muy bien. Yo tampoco me llevaba bien con Rodrigo así que cuando se casaron...

—Se criaron juntos —replicó Alex, mirando su móvil.

—Sí, pero no teníamos una buena relación.

—¿Hace cuánto se casó Rodrigo con tu cuñada? —parecía un interrogatorio y José Miguel no intervenía.

—Ufff... No sé... hará unos cinco o seis años... No. No, estoy mal. A ver... Cinco años. Sí. Como cinco años —titubeé.

—Poco más de cuatro años —afirmó Alex.

—Sí....

—Después que se casó, ¿tuviste alguna relación con él?

—No. No. Ya te dije, él y yo no nos llevábamos bien. No entiendo, ¿qué pasa con él?

—¿Sabes en qué trabaja Rodrigo? —Alex no contestaba mis preguntas.

—No, bueno, la última vez que lo vi trabajaba en una inmobiliar... —¿José Miguel conocía a Rodrigo?

—¿Qué pasa? —me consultó Roberto al ver que me quedé estática.

—Rodrigo trabajaba en lo mismo que ustedes, o parecido, ¿lo conocen? ¿Es eso?

José Miguel iba a contestar, pero Alex se le adelantó en hablar, como si no quisiera que dijera nada.

—¿Por qué no te llevabas bien con tu primo? Eran primos.

—Sí, pero él siempre estaba molestándome.

—Molestándote. ¿Se puede saber cómo te molestaba? —siguió Alex.

Tragué saliva. Eso era algo que nunca le había contado a mi prometido.

—Miranda, estoy esperando, ¿cómo te molestaba tu primo?

—Él... —Miré a José Miguel—. Él... me acosaba —largué.

—¿¡Qué!?! —Mi prometido se puso en pie de una forma que me acobardó.

Di un paso atrás, asustada.

—Lo siento —musité apenas.

—¿Qué es lo que sientes? —cuestionó tomando mis hombros.

—No habértelo dicho. No pensé que volvería a saber de él.

—¿Y si alguna vez lo encontrábamos?

—No sé. Hace tanto que no lo veo, que capaz que ni siquiera lo reconozca.

—No me lo hubieras dicho.

—Sí. Si lo hubiésemos visto, sí. Pero... ¿por qué tanta pregunta? Me siento como si me estuvieran interrogando, como si me estuvieran juzgando.

—¿Por qué te sientes así? ¿Acaso tienes algo que temer?

—¡Alex! —reprobó Roberto.

—Yo hago mi trabajo.

—¿Qué pasa?

—Dime, Miranda, ¿por qué te sientes juzgada?

—Porque mírate, Alex, estás cuestionando todo lo que digo y no respondes a mis preguntas. Todavía no entiendo qué tiene que ver Rodrigo. ¿Es porque está casado con la hermana de Lorenzo?

—Estaba.

—¿Se separaron?

—Ella murió.

—¿¡Qué!?!

—Fue asesinada.

—¿Cuándo? ¿Quién?

—Hace un año.

—Un año... No puede ser. Lorenzo no me dijo nada.

—En Navidad.

—A ver, no entiendo. Yo siento que la hayan matado, pero nunca tuve una relación muy cercana con ella. Con Rodrigo igual. Es cierto, nos criamos juntos, como con mis otros primos, pero tampoco tuve una muy buena relación con él que digamos. Y no entiendo a qué vienen tantas preguntas.

—Ya sabemos quién pagó la fianza de Beatriz, de su madre y tu ex suegra.

—¿Rodrigo?

—Bingo —ironizó Alex.

Yo ladeé la cabeza. No entendía su resquemor.

—Acaba de llegarme esto. Ahora lo entiendo todo. Tu enemigo, José Miguel, duerme en tu misma cama.

¿Qué estaba diciendo?

—¿Qué dices, Alex? —cuestionó José Miguel.

—Mira esto.

Se acercó a nosotros y nos mostró, en su celular, una foto mía y de Rodrigo... Besándonos.

Capítulo 39

¿Qué significaba todo esto? No podía ser cierto. Miranda y Rodrigo no podían estar coludidos. ¡¿Por qué?! Tenía a mi prometida tomada de los hombros todavía. Busqué su mirada. Ella me miró con los ojos aguados.

—No sé de dónde salió esa foto, pero no es verdad —dijo con voz suplicante.

—¿Estás segura? —inquirió Alex—. ¿Estás segura que no tienes contacto con ese hombre?

—Estoy segura, Alex. ¿Qué crees, que voy a poner en peligro a mi familia? Tengo una hija y otro que viene en camino, tendría que ser una mujer muy desgraciada para ponerlos en riesgo de esta manera —se justificó.

—¿Ese hijo es mío? —pregunté con culpa y dolor.

Ella me miró con una tristeza infinita. Abrió la boca para responder, pero no lo hizo. Pestañeó muy rápido para no llorar.

—Lo siento, soy un imbécil —me disculpé.

—No. No lo eres. Cuando quieras, nos podemos hacer un examen de ADN.

—No digas eso.

—Sí. Sí. Yo entiendo y quiero que estés seguro. Yo no tengo nada que ver con Rodrigo. Como dije, él me acosaba cuando éramos niños, él era mayor que yo y a mí no me gustaba las cosas que me decía o hacía y, por más que intentaba avisar a mis papás, ellos no me creían, decían que eran juegos de niños. Yo creo que si mis tíos no hubieran sido tan sobreprotectores, Rodrigo... Cuando crecí y me fui con Lorenzo, le conté... —Bajó la cabeza—. Él nunca me lo perdonó y cuando su hermana se casó con él...

—¿Él te culpaba a ti?

—¡Claro! Para Lorenzo, yo lo provocaba. Como a todos.

No pude no abrazarla. Sabía que aquello no era cierto. Ella no era una mujer coqueta, al contrario, aunque su rostro ya había adquirido más expresión, la coquetería, excepto conmigo, no era una de ellas.

—Yo no tengo nada que ver con él. —Lloró al sentirse entre mis brazos.

—Lo sé, mi amor —la consolé tomando su cara entre mis manos para contemplar sus ojos—. Lo sé, eres mi mariposa de alas rotas, no puedes estar con ese tipo.

Roberto se acercó a mirar la fotografía.

—Esa foto está trucada, Alex, me extraña. Puedo entenderlo de mi hermano, de mi cuñada, pero ¿de ti? Por favor.

—¿Por qué lo dices, Roberto? Me la acaban de mandar de la estación.

—Bueno, ellos no están haciendo bien su trabajo. O quieren inculpar a Miranda.

—¿Qué quieres decir?

—Mírala bien, Alex, y verás de qué te hablo. Hay alguien dentro de la Institución que está remando del lado equivocado. ¿Cómo lo sé? Quien haya sido que dejó salir a esas mujeres está comprado.

Alex miró otra vez la foto un poco más de cerca.

—Alex, tú no tienes la presión de la emoción. No puedes no ver los errores que tiene.

—Es verdad. Lo que pasa es que este caso me tiene...

Se volvió a sentar con gesto cansado.

—Alex..., tú sabes algo que no nos has dicho, ¿verdad? —consultó Miranda.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu actitud. Si no viste el error en esa foto, es porque tus nervios te están jugando una mala pasada, acabas de decir que este caso te tiene... ¿Qué te tiene? ¿Qué pasa?

—Miranda.

—Dímelo, por favor.

—Tu mamá y Rodrigo se han visto muy seguido. Por eso descubrí todo esto. Pero además, mucho me temo que en la Institución hay alguien que está vendiendo información y está haciendo cosas que no debe.

—¿Qué harás?

—Ahora tengo que descubrir quién está detrás de todo esto y por qué.

—¿Y si no están detrás de Elena, si no de Miranda? —comenté.

—¿De mí? —Me alarmé al escuchar eso.

—Sí, si tu primo está detrás de todo esto y sigue enojado porque no consiguió nada contigo...

—Pero ¡él estaba con Gabriela!

—Sí, y la mató.

—Oh, por Dios.

Miranda se tambaleó en mis brazos y la tuve que afirmar para que no se cayera. La llevé hasta el sillón y me senté con ella allí.

—¿Y si ahora quiere matarme a mí?

—Esperaba que tú tuvieras respuestas.

—No tengo respuesta. No sé qué quiere, no sé por qué hace daño, no sé por qué mi mamá se ha estado viendo con él —contestó Miranda casi desesperada.

—Tranquila, amor —le dije—, no te exaltes.

—Lo siento, Miranda, lo siento, de verdad —se disculpó Alex realmente apenado.

—Está bien, es normal que dudaras de mí si tienes una foto mía con Rodrigo, pero te aseguro que no entre él y yo no hay nada. Nunca lo hubo. Y nunca lo habrá.

—Te creo, sí, te creo. Fue una idiotez. Lo siento.

Yo mantenía a Miranda abrazada a mí, no entendía bien qué estaba sucediendo, sin embargo, no podía desconfiar de mi novia. Lo de preguntar si era mi hija fue una estupidez de mi parte. Ella era sincera, lo sentía. Me equivoqué con Beatriz, es cierto, pero dentro de mí siempre había una cuota de duda... Aunque no lo quisiera admitir. Con Miranda, no. Con Miranda era distinto. Yo confiaba plenamente en ella. Y sabía que lo seguiría haciendo por siempre. Yo la había visto en el suelo, derrotada. Y peor que eso. Ella no mentía. No me mentía.

ΨΨΨ

¿Qué podía hacer para que me creyeran? Yo quería proteger a mi hija y con Rodrigo cerca sabía que no podría. Ese tipo era un psicópata. Era un abusador. Jamás lo dejaría cerca de mis hijos. Por eso no entiendo que Alex hubiera pensado que él y yo... Bueno, él tenía pruebas. Yo, nada. Así y todo José Miguel me creía. Lo podía sentir. Estaba a mi lado preocupado por mí.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó mi cuñado.

—Bien —mentí a medias. No me sentía del todo bien.

—Tienes que estar tranquila. Encontraremos a ese hombre y le haremos pagar por todo —dijo Alex.

Y la rabia creció en mí.

—¿Lo encontrarán? ¡Saben dónde está! Lo han seguido a la casa de mi mamá, descubrieron todo de él, saben que mató a su esposa, sin embargo, sigue libre, como si no hubiera hecho nada. ¡No me digas que lo van a capturar! Pasará igual que con esa mujer. ¿Cuánto tardará en estar libre? Nada. Así. —Chasqué los dedos—. Saldrá libre. Con todo el dinero que tiene, puede comprar a quien quiera.

—Cálmate, Miranda —intervino mi cuñado—, haremos todo lo que esté a nuestro alcance.

—Pero no es suficiente, Roberto. Piensa. Si ese tipo tiene santos en la corte...

—La justicia hará su trabajo.

—Ojalá, porque si le pasa algo a mis hijos...

Me levanté y me fui a la biblioteca donde Elena seguía viendo televisión con Sonia.

—Mami, ¿puedo comer?

—Claro, mi niña, voy a preparar algo y lo traigo para acá, ¿sí?

—Yo voy, señora Miranda —dijo Sonia.

—No, no, quédense a terminar de ver la película, yo ya vengo, si está todo listo en la cocina.

—¿De verdad? —consultó mi suegra detrás de mí.

—Sí, sí. No se preocupen. Ya vuelvo. Quédense aquí.

Me dirigí a la cocina, no quería que mi pequeña saliera de la seguridad de la biblioteca. Le temía a Rodrigo. Si estaba de acuerdo con Beatriz y esa mujer nos estaba vigilando para saber cuándo estaríamos más vulnerables para atacarnos y matarnos a todos...

Sacudí la cabeza. Estaba siendo paranoica.

—¿Qué haces, mi amor?

—Preparando la comida para llevarla a la biblioteca, Elena, tu mamá y Sonia están viendo una película.

—Te ayudo.

—No, no hace falta.

—Sí que lo hace.

—Cuñadita, me voy —Roberto apareció en la puerta de la cocina y se acercó a mí—. Cuidate y quédate tranquila. Quedará un policía fijo en la entrada. —Me abrazó y me dio un beso en la cabeza.

—Gracias. Cuidate. Con esa gente no se sabe. Dale besitos a los niños.

—En tu nombre. Y a propósito de niños... El resto de la semana no los vamos a enviar al colegio. Será más seguro que se queden en casa.

—Opino lo mismo. Cada día quedo con el corazón en la mano de pensar que les pueda pasar algo allá, solos.

—Rodrigo ya está cercado y Beatriz traspasó la barrera de los cien metros —explicó Alex—, creo que pensaba que era menos la distancia, por lo que está detenida de nuevo. No sé cuánto tiempo, intentaré retenerla lo más posible.

—Yo voy a llamar a mi mamá. Si ella está hablando con Rodrigo... —Volví a sacudir la cabeza ante mis emergentes pensamientos.

—Qué —instó Alex.

—No quiero pensar que ella se acercó a nosotros...

—¿Para hacerles daño?

—Para darles información. Eso es lo que quiere ese tipo: información. Algo quiere y no sé qué es.

—Si se te ocurre qué puede ser, me avisas. De todos modos, creo que de mañana no pasa que lo apresemos.

—Ojalá.

—Chao, Miranda, y de verdad lo siento. —Alex se acercó también a mí y me abrazó—. Yo no quiero que les pase nada malo.

—Lo sé, Alex, y te lo agradezco.

Se fueron y con José Miguel terminamos de preparar la cena y la llevamos a la biblioteca. El ambiente estaba tenso. Yo estaba tensa.

Al terminar, nos fuimos a dormir. Mi mamá se fue a su cuarto con Elena. Yo hubiese querido llevarla con nosotros, pero no podíamos asustar a la niña, además, se suponía que no había problema, estábamos protegidos, ¿no?

—Miranda... —habló José Miguel al rato de estar acostados en completo silencio.

—Dime. —Me volví hacia él y acaricié su rostro.

—Yo confío en ti.

—Lo sé.

—Lo que dije allá abajo...

—No me des explicaciones. Sé el daño que te hizo esa mujer y también me imagino la sorpresa que significó para ti saber que Rodrigo es mi primo y que está detrás de todo esto.

—Aun así, yo no tenía ningún derecho a...

—No te tortures, mi amor.

Me besó con suavidad, con temor. Un beso diferente a todos los besos que me había dado antes. De pronto, una lágrima salada llegó a nuestras bocas. Me aparté sorprendida.

—¿Qué pasa, amor?

—No quiero perderte. Tengo miedo.

—¿Tienes miedo que te deje?

—No me hagas caso.

Verlo así, llorando, me rompió el corazón. Lo abracé lo más fuerte que pude.

—Te amo, José Miguel Cedeño. Te amo. Eres el único hombre al que amo. Eres el hombre que me enseñó lo que es el verdadero amor. Eres el padre de mis hijos. Serás mi esposo.

—Te amo, te amo, te amo, te amo.

Me besó con desespero, como si aquella noche fuera nuestra última noche.

—No me dejes, mi mariposa... y si lo vas a hacer...

—No quiero dejarte. Ni ahora ni nunca.

Me volvió a besar con profundo amor y así me hizo suya.

Por la mañana, me fui al dormitorio de mi suegra y me acosté con ellas en la inmensa cama.

—¿Por qué no voy a ir al colegio hoy día? —consultó algo adormilada mi princesa.

—Porque hubo un problema, mi niña, cuando se solucione, volverás a ir —le expliqué.

—¿Y las tareas?

—No te preocupes, tu papá va a pasar a buscar tus tareas y a hablar con la profesora —respondió mi suegra.

—Entonces, ¿puedo dormir otro ratito?

—Claro que sí —contestamos a una vez mi suegra y yo.

Mi pequeña cerró los ojos y se durmió casi enseguida.

—Durmió muy mal anoche —me contó Inés—, tuvo pesadillas.

—¿Y eso?

—No sé, quizás siente que las cosas no andan bien.

—Puede ser. Ya quisiera yo ahorrarle todo esta tensión; aunque no lo diga, ver a su mamá todos los días no debe ser fácil.

—Ya lo creo que no. Ella le teme y ayer se dio cuenta que estuvo mucho más tiempo del usual.

—¿Le dijo algo?

—Sí. Bueno, no. En realidad no sé. Dijo que era un poco tarde para que siguiera afuera "esa señora" como le dice ella. Y justo después, llegaste tú a decirnos que fuéramos a la biblioteca a ver una película. La niña sabe que vamos a la biblioteca cuando sentimos que hay peligro.

—No debería pasar por todo esto.

—No, no debería.

Nos quedamos en silencio.

—Por qué no te duermes otro rato, no tienes buena cara —sugirió mi suegra.

—Tampoco dormí bien anoche.

—Duerme. Mientras no despierte Elena, ninguna de las dos nos vamos a mover de su lado —afirmó con una sonrisa—. No la dejaremos sola ni un solo minuto.

—No, no puede estar solita.

—Duerme y descansa. Ya verás que todo se soluciona.

—Sí. ¿Usted también va a dormir?

—Sí. Es temprano y hoy no hay clases para mi nieta.

Y nos dormimos. Ambas tomamos una mano de Elena. Era como si temiéramos que se nos escapara. O que nos la robaran.

Capítulo 40

Miranda quería hablar con su mamá y yo no se lo permití. No podía arriesgarla a emociones más fuertes. Ya suficiente y demasiado era tener que lidiar todos y cada uno de los días con la presencia de Beatriz rondando la casa. Aunque, claro, ya no volvería a molestar. Estaba presa por desacato a la orden de restricción. Esperaba que ni el dinero ni las influencias de Rodrigo la sacaran esta vez.

Rocío me avisó que Miranda estaba al teléfono y me pasó la llamada.

—Mi amor, ¿por qué no me llamaste al celular? —pregunté antes de saludar.

—Tienes buzón de voz —respondió.

Miré mi móvil y funcionaba sin ningún problema.

—Qué raro, está bien, de hecho, acabo de hablar con un cliente.

—Ah, no sé, intentaba llamarte. Mi mamá habló conmigo...

Y se cortó.

Marqué su número, pero no entraba la llamada. Me preocupé. Le avisé a Rocío para que le avisara a su esposo y me fui directo a la casa. Esta situación nos estaba sobrepasando. O me estaba volviendo paranoico o tenía razón para alertarme.

Llegué en pocos minutos. Todo parecía en orden. De todos modos, solo respiré tranquilo cuando vi a mi familia sin problema.

—¡Papi! —gritó Elena corriendo a mis brazos.

Todo transcurrió en cámara lenta. El vidrio que reventó de la ventana. Un ruido sordo que nos desorientó. El grito de Miranda y mi mamá. Sonia que salió corriendo de la cocina. Y mi niña que cayó al suelo ensangrentada.

No podía creer que esto estaba pasando. Mi niña no. Mi pequeña...

Me acerqué a ella y la tomé en mis brazos. Estaba desmayada.

Los ruidos en la calle no se hicieron esperar. Carreras. Gritos. Y más disparos. Y no eran fuegos artificiales.

Alex entró acelerado y nos miró.

—La ambulancia espera. Vamos.

Fuimos los dos con Miranda acompañando a nuestra hija en la ambulancia. Mi niña no podía morir. Su cuerpo estaba tan lleno de sangre que ni siquiera sabía dónde había sido herida. ¡Era tan pequeña!

Con una mano, tenía tomada la manito de mi bebé y con la otra, la de Miranda. Llorábamos. Rogábamos. Suplicábamos a quien fuera que nos escuchara que no se fuera de nuestro lado. Tenía tantos sueños. Tantos planes.

—Papi... —habló con voz tan débil que casi fue un sueño escucharla.

—Mi pequeña, tienes que estar tranquila, ¿sí?!

—Papi, me duele.

—Sí, mi vida, ya vamos a llegar al doctor para que te sane. Todo estará bien, mi pequeña.

—Papi...

Y se durmió. Me abrazé de Miranda y lloré como un niño. Mi pequeña había sido herida. La habían querido matar. ¿¡Quién mierda le hace eso a un niño?!

Una vez en la clínica la llevaron directo a pabellón. Nos quedamos afuera con el alma en un hilo esperando que todo saliera bien.

—Lo siento, chicos —dijo Alex acercándose a nosotros.

Me levanté y le di un puñetazo que lo dejó tambaleante.

—¡José Miguel! —gritó Miranda.

—Se lo dijimos. Le dijimos que podían estar en peligro. Que Elena podía estar en peligro —apostillé asustado.

—Pero no es su culpa, él hizo lo mejor que pudo. —Miranda me tomó del brazo y me volteó para abrazarme.

—Mi pequeña no... —Volví a llorar aferrado a mi prometida.

—Familiares de Elena Cedeño...

Una enfermera nos llamó y casi corrimos donde estaba ella en la entrada de la puerta de Pabellón.

—El doctor quiere hablar con ustedes.

Nos guio hasta un pequeño box donde nos esperaba el médico.

—¿Cómo está mi pequeña? —consulté antes de nada.

—Ella está bien. La bala entró por su hombro derecho y salió, lo que fue bueno. Ella tendrá que quedarse aquí unos días, eso dependerá de su evolución.

—¿Podemos verla?

—Sí, de hecho uno de ustedes se puede quedar esta noche con ella.

—¿Uno solo?

—Sí. La idea es que la acompañen, pero no entorpezcan nuestro trabajo.

Miranda me miró y tomó mi mano.

—Será mejor que te quedes tú con ella —me dijo—. Yo estoy embarazada y tú le servirás más de apoyo que yo. Ella se sentirá más protegida contigo que conmigo.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que es lo mejor. Tal vez mañana o pasado, cuando ella esté un poco mejor, me quede yo con ella.

Acepté sin más. Necesitaba estar con mi pequeña.

—Pueden verla los dos aunque está dormida. Solo quince minutos.

—Gracias, doctor.

La enfermera nos condujo hasta la habitación de mi pequeña. La vimos ahí, dormida, con su carita relajada y con una sonda en su pequeña nariz. Tomé su mano.

—Mi bebé... —sollozó Miranda poniendo su mano sobre la nuestra.

Elena se movió un poco, pero siguió durmiendo. Miranda le dio un beso en la cabeza y luego en su mano. Le habló mucho, le cantó y le contó un pequeño cuento antes de que saliéramos de allí para que se fuera a casa. Roberto la llevó.

—Mi pequeña, aquí estoy yo —le dije a mi hija cuando volví y estaba solo con ella—. Yo te cuidaré y ya no permitiré que nadie más te vuelva a hacer daño.

En ese momento tomé una decisión. Mi pequeña y mi mariposa estarían a salvo. Nunca más, nadie, absolutamente nadie, las volvería a lastimar.

ΨΨΨ

Mi suegra estaba desesperada esperando noticias.

—José Miguel se quedó con ella, él iba a ser de más ayuda que yo —dije desolada luego que le expliqué la situación.

—Miranda... —La mujer me abrazó maternal, como siempre—. Sé lo difícil que tiene que haber resultado eso para ti, pero es lo mejor. Tú estás embarazada y tienes que descansar.

—No sé si podré dormir.

—Debes estar cansada.

—Me duele la cabeza.

—¿Quieres comer algo?

—No. No.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que llame a un médico?

—No. Creo que me iré a acostar.

—¿Estás segura?

—Sí.

No lo estaba. Me sentía sola. Me sentía vacía.

—Buenas noches —me despedí de todos modos.

—¿Quieres dormir conmigo? —preguntó dulce.

La miré... La miré con esperanza. Pero ¿cómo iba a dormir con mi suegra?

—Ven, vamos a tu cuarto a buscar tu pijama, dormirás conmigo esta noche. Yo tampoco quiero estar sola. Me hace falta mi nieta.

Era verdad. Ella estaba acostumbrada a dormir con Elena. La casa se sentía tan vacía sin ella.

La cama de mi suegra era enorme. Ella tomó mi mano y acarició mi frente.

—Todo saldrá bien. El doctor les dijo que la niña estaría bien. Tienes que estar tranquila. Mi nieto también necesita estar bien. Descansa, hija, mañana temprano nos iremos a la clínica.

—Gracias, Inés, gracias. No sé qué haría sin usted.

—No me agradezcas nada.

Cerré los ojos y una lágrima se escapó de mis ojos.

—Hija...

Me abrazó. Sé que ella estaba tan mal como yo, pero no podía evitarlo. Hubiera deseado que mi madre alguna vez me hubiese abrazado, consolado, contenido así. Y ahora lo estaba recibiendo de otra mujer, mientras mi mamá también era sospechosa de todo lo que estaba pasando. Lloré hasta dormirme.

Desperté antes del alba. Me salí de la cama y me metí al baño. Sentí mi ropa interior húmeda y cuando me vi... Me aterró. Tenía sangre.

—¡Inés! —grité angustiada.

—¿Qué pasa, hija? —Llegó a mi lado y me vio—. Llamaré una ambulancia, levántate de ahí y acuéstate —me ordenó con suavidad.

Yo obedecí. Estaba aterrada. No podía ser que ahora, además de sufrir por Elena, perdiera a mi hijo.

—Ya viene una ambulancia. No te muevas, todo estará bien.

—No quiero perderlo —lloré.

—Escúchame, Miranda —me habló algo golpeado—, tienes que estar tranquila, has sufrido demasiadas emociones y eso no le hace nada bien a tu embarazo. Ahora vas a tener que poner de tu parte y estar tranquila. No sacas nada con llorar. Debes estar tranquila.

Yo hice un puchero y dejé de llorar. Sabía que ella tenía razón, pero no podía evitar sentir todo un cúmulo de sentimientos en ese momento. Los recuerdos de mi otro embarazo fallido acudieron a mi mente como torbellino. El pensar que Elena estaba en una cama recuperándose de un ataque de bala, esas mujeres que andaban sueltas quizás con qué propósito, Rodrigo, que quería destruir a mi familia...

Y volví a llorar.

—Hija...

Inés me abrazó y lloró conmigo.

—No puedo evitarlo —expresé con pesar.

—Es tan injusto...

Llegaron los paramédicos y me pusieron unos sueros, me subieron a la camilla y me llevaron a la misma clínica donde estaba Elena.

—Mejor no le diga a José Miguel —supliqué a mi suegra en la ambulancia—. Se pondrá muy mal. Esto es mi culpa.

—No es tu culpa y él tiene que saberlo, hija, no te preocupes, él lo entenderá. Llamé a Roberto para que viniera también. Y a tu mamá.

—No. Yo no quiero ver a mi mamá —protesté.

—No va a venir, no te preocupes —me dijo con un tono algo duro.

—¿Qué pasó?

—Nada. Simplemente dijo que estaba muy ocupada, que iría a verte cuando estuvieras en la casa.

—Claro. —No puedo negar que igual me dolió.

Llegamos y me pasaron a maternidad donde me monitorearon y me hicieron una ecografía.

—Ahí está su bebé, se ve bien, no parece afectarle el sangrado que tuvo.

—¿No lo perdí?

—No, claro que no. Solo fue un susto. Creo que está con una carga emocional demasiado grande. Yo sé que no se puede evitar del todo los problemas, pero debe intentar que no la agobien demasiado. Esto fue una advertencia. Hoy su bebé está bien, sin embargo, la próxima vez que pase, tal vez la historia termine distinta.

—Está bien, doctor.

—¿Cómo están? —José Miguel entró como desaforado.

—Lo siento, doctor, no lo pude detener —se justificó la enfermera.

—No te preocupes. Acérquese, José Miguel.

—¿Cómo están?

—Bien. Afortunadamente, como le explicaba a Miranda, el bebé de ustedes se encuentra bien, pero esto fue una advertencia. Podría haber terminado en un aborto.

—Miranda... —Se dolió José Miguel.

Se acercó a mí y me besó en la frente.

—Tienes que estar tranquila.

—¿Cómo está Elena?

—Mañana la darán de alta. Ella está bien, está despierta, mi mamá se quedó con ella.

—Por lo que veo están con problemas graves. Tendrás que estar lo más tranquila que puedas y con mucho reposo, si no puedes estar del todo tranquila en lo emocional, el descanso ayudará.

—¿Puede viajar? —consultó José Miguel.

—En este momento no, debe estar unos días con reposo absoluto y luego de eso, deberá tener reposo relativo. Le daré una receta de un medicamento para sujetar el bebé y evitar un posible aborto. —Escuchar esa palabra me ponía mal y sollocé—. Más adelante, dependiendo de cómo marche todo, lo veremos.

—No te preocupes, mi amor, eso no pasará.

—Es lo que queremos evitar, así que de ahora en adelante, tienes que ser muy obediente y dejarte regalonear (*mimar*). No te dejaré internada porque no lo veo necesario y puede ser más perjudicial por tu estado anímico.

—Muchas gracias, doctor.

—Vístete, te espero en el box. —Se levantó y se iba cuando se volvió a mirarnos—. Ella hará el reposo en casa ¿verdad? ¿O es mejor que se quede un par de días aquí?

—No, doctor, ella hará todo lo que usted le ordene —respondió José Miguel por mí.

—Bien, porque las mamás a veces no son capaces de quedarse quietas en la casa.

—No yo. No quiero perder a mi hijo.

—No lo harás —me aseguró el ginecólogo.

Respiré un poco más tranquila y miré a José Miguel.

—Estarás bien, amor —me consoló.

—Sí. ¿Supiste algo de quién fue o por qué?

—No vale la pena ahora. Alex y su equipo están trabajando en ello y Hernán hizo la denuncia correspondiente... Ellos se están encargando, tú y yo nos haremos cargo solo de nuestros hijos.

—Sí.

Me salí de la camilla y me vestí. El doctor nos esperaba en su box. Nos extendió una receta y unas indicaciones para mí.

—No te olvides que en una semana debes venir a control.

—No, claro que no —respondí.

—Muchas gracias, doctor. Hasta luego.

José Miguel me llevó hasta el cuarto de Elena donde había una cama a su lado.

—Acuéstate. Supongo que no quieres irte a la casa sola.

—Supones bien. —Sonreí.

Le di un besito en la mejilla a mi niña y me acosté, obediente y tratando de relajarme.

—Descansa, ¿sí? —José Miguel me dio un delicado beso.

—¿Qué les dijo el obstetra? —preguntó mi suegra.

—Está bien, solo fue un susto, pero ahora tiene que guardar reposo y la próxima semana tiene control —respondió mi prometido.

—Con todo lo que ha pasado... Ahora a rogar que no sigan pasando más cosas.

—Eso espero. De todas formas, el médico dijo...

Eso fue lo último que oí, ni supe en qué momento me quedé dormida.

Capítulo 41

Me junté con Alex poco después de dejar a Miranda dormida y a mi mamá con Elena.

—¿Supieron quién fue?

—Rodrigo.

—¿¡Rodrigo?! Pero ¿qué tiene ese hombre en contra mía?

—No sabemos. Lo llevamos detenido, pero no va a hablar y su abogado se acogió al derecho al silencio.

—Va a tener que hablar en algún minuto, ¿no?

—Obvio.

—¿Y Beatriz?

—No ha aparecido.

—¿Cómo no ha aparecido? ¿No estaba presa?

—La dejaron libre por falta de méritos. —Alex se pasó la mano por el pelo—. Lo siento tanto, José Miguel, estoy atado de manos, no puedo hacer nada.

—No es tu culpa, siento mucho haberme desquitado contigo ayer.

—No te preocupes, era una reacción lógica.

—¿Qué podemos hacer?

—Estoy haciendo algo, espero que funcione.

—¿Qué cosa?

—Voy a desarmar la red de corrupción de la Institución. No puede ser que casos como este queden impunes. El Juez quiere cerrar el caso...

—¿Cerrarlo? Si apenas empieza todo.

Resopló.

—Si el Juez no está metido hasta el fondo en esto, es muy tonto.

—Sobórnalo. Dinero tengo de más.

—No, José Miguel, yo no haré eso, no entraré en ese juego.

—Estoy desesperado, Alex, no sé qué hacer. Quiero sacarlas de aquí, irme lejos. Si ellos van a seguir libres, prefiero escapar yo.

—¿Y a dónde te irías?

—No lo sé. Donde no puedan encontrarnos.

—Escúchame, no hagas nada todavía. Esperemos un poco más. De todas formas, no puedes viajar con la niña así.

—Ni con Miranda —repliqué.

—¿Qué le pasó a Miranda?

—Ayer fue a dar a urgencia, comenzó a sangrar; por suerte, fue solo un susto, todo está bien con su embarazo, de todas formas, tiene que guardar reposo, tomarse unas pastillas... Y estar tranquila.

—Lo siento.

—Sí. Y es bien difícil que esté tranquila con todo lo que está pasando y con esos delincuentes sueltos. ¿Pudiste averiguar algo de la mamá de Miranda?

—Sí. Hablé con ella ayer, dice que su sobrino fue a verla para saber cómo estaba, que tanto tiempo que no se veían, que él había estado mal después de la muerte de su mujer...

—¿Él la mató!

—Sí, eso lo sabemos, pero la justicia no encontró pruebas suficientes.

—Desgraciado —murmuré impotente.

—Según ella, eso fue todo. Quiso saber por qué le hacía tantas preguntas acerca de él, yo le dije que cualquiera que se acercara a ustedes, a cualquiera, era objeto de investigación. No le dije lo que sabemos.

—No confío en esa mujer.

—Yo tampoco. ¿Qué dice Miranda?

—Ella está dolida, mal que mal, es su mamá. Anoche le dijo mi mamá que la había llamado para que fuera a la clínica y dijo que estaba ocupada. De todas formas, Miranda le había dicho que no quería verla, pero sé que igual le dolió.

—Es lógico. Ha tenido muchas desilusiones y lo peor es que ha sido de gente muy cercana.

—Así es, por eso quiero llevármelas. No sé, por último irme al norte. Al sur no, porque a Elena no le gusta el frío.

—¿Y tu trabajo?

—Tengo sucursales en Antofagasta, Copiapó y La Serena. Podría buscar ampliarme a las zonas intermedias y pueblos aledaños.

—Tú eres bueno para los negocios. Y de todas formas, aquí quedan tus hermanos, no es que vayas a quedar en la calle.

—Por supuesto que no. Pero tengo que tener la autorización de los médicos, primero.

—Claro que sí, ojalá la obtengas pronto. De todas formas, espero descubrir pronto quién está remando del lado contrario en mi unidad.

—¿No tienes un sospechoso?

Alex bajó la cabeza.

—No me digas que crees que es Mauricio. —Mauricio era el compañero y mejor amigo de Alex en la unidad.

—Sí, era el único que vio una de las pruebas en contra de Rodrigo, y esta desapareció de la nada.

—¿Has hablado con él?

—No. Estoy esperando a tener más pruebas y, sinceramente, espero que no sea él.

—¿Por qué no hablas con él? ¿Qué tal si están tratando de inculparlo?

—¿Para qué?

—Para des...

Su celular sonó.

—Mauricio —saludó—. Estoy en mi oficina. Trae todo para acá. Gracias.

Colgó la llamada y me miró.

—Recuperé las pruebas perdidas y sabe quiénes son los corruptos.

Yo me sorprendí. Él estaba tan sorprendido como yo.

—Hola, José Miguel —me saludó al llegar el oficial—. Mira. —Le puso unos papeles en el escritorio.

Estaban tratando de ponernos en contra.

—¿Quién?

—Maritza.

—¿Maritza? ¿Por qué haría una cosa así?

—Mira tú mismo. Es amante de Rodrigo Valdebenito.

La palidez en el rostro de mi amigo me preocupó.

—Te traigo todos los documentos y una copia se está enviando al Juez.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Porque estaba seguro que tú no confiabas en mí. Y yo también dudaba de ti. Eso era lo que querían, así ganaban tiempo.

—Eres muy hábil. A mí me costó descifrarlo —respondió mi amigo bajando la cabeza.

—Estabas muy involucrado emocionalmente, no te culpes. Y te aseguro que ese solo hecho me hacía dudar que tú quisieras hacerle daño a tus amigos vendiéndote al enemigo.

—Gracias, Mauricio.

—Nada que agradecer. Ahora vamos, porque tenemos una reunión con el Juez que está muy molesto. Le cambiaban las carpetas de los archivos en el camino. Ahora está dispuesto a escucharlo todo.

—Necesitaremos al abogado.

—Ya llamé a don Hernán, va a enviar al abogado que tiene a cargo del caso. Ya viene en camino.

—Pensaste en todo.

—Este caso es importante para ti. Y tú eres casi mi hermano.

Sé que Alex se sintió culpable de dudar de él, se le notó demasiado.

—No te sientas mal. No es tu culpa. Es lo que querían.

—Yo esperaba que no fueras tú.

—Lo sé.

Mauricio abrazó a su amigo y todo quedó como si nada hubiera pasado.

ΨΨΨ

Dejar a mi niña en el hospital aquella noche me destrozó el alma.

—Tienes que estar tranquila, hija, y a te lo dijo el doctor —me consoló mi suegra.

—Segunda noche que Elena no estará en casa y yo enferma. Justo ahora tenía que pasarme esto —protesté.

—Sí, justo ahora te pasó por el impacto de lo que sucedió, querida, no es tu culpa. Tienes que estar tranquila para que te recuperes lo antes posible.

—Sí...

—¿Puedes subir las escaleras? —me consultó Inés, al pie de ella.

Yo miré a mi suegra.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí —dije en un hilo de voz.

—Vamos —aceptó con una sonrisa.

Me llevó abrazada hasta el dormitorio y me acosté enseguida. Sonia llegó poco después con un caldo de pollo para mí.

—Esto hará que se sienta mucho mejor.

—Muchas gracias, Sonia.

La mujer se sentó en la cama y acarició mi cabello.

—Todo irá mejor de aquí en adelante, niña, tiene que estar tranquila.

—Gracias, eso espero.

—Así será, niña. Así será.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Escúcheme, quédese tranquilita, no pasa nada, ya todo lo malo pasó.

—Sí, pero ellos siguen vivos.

—Ya pagarán sus culpas.

—No me sirve que algún día paguen sus culpas si ahora andan sueltos y pueden volver a hacernos daño.

—No lo harán. Yo se lo aseguro, niña.

—Ojalá se cumplan tus palabras.

—Ya hicieron demasiado daño y no pueden seguir haciendo más.

—Nadie está seguro de cuánto daño pueden hacer, ya ves, ¡quisieron matar a Elena! Y es una niña pequeña. Eso es maldad pura.

—Lo sé, niña, pero no se preocupe usted.

—Sí. Gracias, Sonia.

Sonia salió del cuarto. Ella era parte de la familia. Era la compañía de mi suegra, la otra abuela de Elena y, aunque era una mujer muy discreta, todos la queríamos mucho.

Dos semanas más tarde nos dieron de alta a las dos. A Elena y a mí. Lo que nos alegró mucho. Sin embargo, debo confesar que seguir en esa casa, me ponía nerviosa. A todos en realidad. A Elena más todavía. Durante varios días después que volvió a la casa, no podía entrar a la sala.

Una noche, después que se había dormido la niña, José Miguel nos llamó para hablar con nosotras tres, mi suegra, Sonia y yo.

—He estado pensando en algo —comenzó a decir—, quiero que nos vamos de esta ciudad.

—¿¡Qué?! —Exclamamos todas a un tiempo.

—Nos vamos a Antofagasta. Ya tengo todo arreglado.

—¿Por qué? —me atreví a consultar.

—Porque a pesar de haber descubierto la red de corrupción, las pruebas en contra de Rodrigo se perdieron y la mamá de Beatriz seguirá libre. No han vuelto a molestar y tampoco voy a esperar que lo hagan.

—¿Se van a llevar a la niña? —preguntó mi suegra con tristeza.

—Eso es lo que quería conversar. Yo quiero que ustedes se vayan conmigo. Hablé con Roberto, Joaquín y Victoria, ellos están de acuerdo en que se vayan con nosotros. Al menos un tiempo. Después de todo lo que pasó en esta casa, todos necesitamos un descanso.

—¿Quieres que nos vamos a vivir con ustedes?

—Claro, igual vivimos juntos, ¿no? Allá tengo una casa que la tengo casi lista para comprar. Si ustedes aceptan irse, nos vamos.

—A mí me gustó esa ciudad cuando fuimos. Pero Elena no querrá irse sin sus abuelas.

—¿Mamá? —exhortó mi novio.

—No podría dejar a mi nieta —contestó con una sonrisa.

—¿Sonia?

—Donde vayan ustedes, voy yo, ustedes son mi única familia —contestó la mujer.

—Hecho. Entonces, nos vamos. Después de casarnos, nos vamos. Será nuestra Luna de Miel.

Me abrazó y me besó. A mí me daba vergüenza que me besara en frente de su madre y me aparté.

—No te avergüences, vamos a ser marido y mujer y vamos a ser papás, nos hemos dado mucho más que un beso. —expuso con descaro.

Me puse roja y lo miré con ganas de ahorcarlo. Él se largó a reír feliz.

—Hace mucho tiempo que no me mirabas con cara de querer asesinarme. —Me tomó la cara entre sus manos y me contempló un momento con los ojos brillantes y una dulce sonrisa—. Me encanta que tu rostro tenga vida y no como cuando te conocí, que solo cobraba expresión cuando me querías matar.

—Es que antes de ti no tenía vida.

—Me alegra saber que ahora sí. A pesar de todo lo malo, estamos saliendo adelante y seremos muy felices, hemos salido de esto, podremos salvar cualquier obstáculo de aquí en adelante.

¿Cómo no amarlo?

Miré donde estaba las mujeres, pero ya no estaban. Estábamos solos en la biblioteca. Entonces lo besé con auténtica pasión.

—Qué lástima que estemos con restricción —comentó él besándome el rostro.

—Sí. Todo sea por nuestro bebé.

—Todo sea por nuestra familia —agregó y me volvió a besar con amor.

Con auténtico amor.

Capítulo 42

Yo sabía que mi prometida y mi hija le temían a la casa. También mi mamá, a pesar de haber vivido toda su vida allí, sentía desasosiego en ese lugar. Por eso tomé la decisión de partir con ellas en cuanto fuera el matrimonio, lo que ocurrió dos semanas después.

La noche anterior a la boda, las mujeres se juntaron en casa para la despedida de soltera de Miranda. Y la despedida de todos, ya que partiríamos el domingo a media tarde. Nosotros, los hombres, fuimos a un bar cercano, a menos de cinco minutos de la casa. Mientras los que quisieran hacer daño a mi familia estuvieran libres, no estaría tranquilo.

El día sábado fue de locos. Preparando los últimos detalles de la ceremonia. Esperando que mi novia no se arrepintiera.

—Papi, mami está muy linda. —Mi hija entró a la biblioteca como un torbellino, como era ella—. Y está muy nerviosa. Se ríe sola —se burló.

—¿Sí? Yo también estoy nervioso.

—Es que tú sí, porque las mujeres a veces decimos a última hora que no.

Abrí mucho los ojos. ¿De dónde sacaba esas ocurrencias? ¿Y cómo se le ocurría decirlo justo en ese momento? Eso me puso más nervioso.

—Pero mami no lo hará. Ella sí está muy enamorada.

Sonreí. Extendí mis brazos y mi pequeña corrió hacia mí.

—Papi, te quiero.

—Yo te amo, mi pequeña, te amo mucho.

—Voy a ir con mami, no se vaya a estropear su vestido si no la cuido.

Me largué a reír y le di un apretado beso en su cabecita.

—Ve con mami, pequeña.

La bajé y ella me dio un beso antes de salir corriendo a ver a su mamá. Parecía más entusiasmada que todos nosotros juntos con el matrimonio.

La boda se llevó a cabo de manera muy sencilla en casa de mi mamá. Había pocos invitados, solo los amigos más cercanos. Aun así todo se veía hermoso. Sobre todo mi mariposa. La vi caminar lentamente hacia mí, que la esperaba en el altar. Traía un hermoso vestido estilo gótico. Era escarlata y negro con largas mangas, vuelos y una falda larga que caía suave, como los vestidos de princesas. Se veía preciosa. Yo también me vestí con un negro traje gótico. Hacíamos un lindo juego los dos, sin parecer novios de torta. A mi pequeña también la vestimos de gótica. Daban ganas de comérsela. La jueza nos miró algo extrañada, pero no dijo nada.

Después de la comida, me levanté y me paré en el escenario. Tomé el micrófono y miré a mi esposa.

—Esta canción, *Busco encontrarte* de Tarifa Plana, está dedicada a mi bella mariposa, ya no de alas rotas, si no, una hermosa mariposa llena de vida. Esta canción me identifica cada día contigo... Incluso cuando te quiero besar delante de mi mamá —repuse con un dejo de burla.

Ella rio y se sonrojó.

—Te amo, esposa mía—. Le lancé un beso a la distancia—. Y también esta canción va para mi hija a quien busqué por tanto tiempo hasta que, por esas casualidades que tiene la vida, la encontré y hoy está con nosotros, lo que agradezco infinitamente.

Mi pequeña rio avergonzada y me tiró un besito desde donde estaba, sentada con mi mamá y su prima.

Sin dejar de mirarla, comencé a cantarla.

El silencio me incomoda, tu ausencia me desgarras.

El tormento no perdona, mi cuerpo se dilata.

Y mis sentidos se distraen, el viento me susurra.

La luz me oscurece y yo busco encontrarte.

Los caminos me desvían, el sueño me despierta.

Los ojos se adormecen y esta puerta se me cierra.

Mi memoria me atormenta, tu recuerdo me maltrata.

La llave se me pierde y yo busco encontrarte.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

Ahora miré a mi bella mariposa que me miraba enamorada.

La comida se me enfría, el azúcar se disuelve.

Deseo es agonía y tus sueños son tormentos

o quizá son pesadillas. No está mal que me recuerdes

o me llames algún día porque yo ya no te encuentro.

Bajó la cabeza recordando, tal vez, ese horrible episodio cuando se me escapó mientras yo estaba tan lejos de mi país.

El calor de este verano se me hace más pesado

No verte en tanto tiempo, parece que pasen años.

¿Pero sabes qué, mi vida? Nací para encontrarte

y si tengo mil heridas no hay con qué sanarme.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

No encuentro el momento, no comprendo el incendio.

No escucho el susurro de tu voz.

No exculpo mis pecados, ya no vuelvo al pasado.

No premio al ingenio ni al dolor.

Busco encontrarte en aquella parte donde te tuve aquel día.

Busco decirte millones de cosas que tú no quieres oír.

Terminamos cantando todos. Mi mariposa y mi pequeña se acercaron a mí y me abrazaron. Después de tanto tiempo y de tantos sufrimientos, estábamos juntos. Nos amábamos. Y eso era lo más importante.

Aunque no podía apartar de mi mente la amenaza de Rodrigo.

ΨΨΨ

Un mes más tarde nació Sebastián, mi hijo. Fue muy pequeño. Nació con apenas veintiocho semanas de gestación. Y hubo que llevarlo al Hospital Regional de Antofagasta, donde tenían la tecnología para atenderlo. Recuerdo que yo me puse muy mal, no entendía por qué tenía que pasar esto. Estuvo tres meses allí. Cada día era más desesperante, había días en los que amanecía muy bien, otros en los que parecía que ya no tenía fuerzas para luchar. Las matronas, las enfermeras, su doctora y todos en general, se portaron muy bien con nosotros y nos dieron mucho apoyo. Estamos y estaremos por siempre, muy agradecidos. Ellos dieron todo para salvar a mi bebé, como a todos los bebés que se encontraban allí, a pesar de ser un hospital público.

Cuando mi pequeño salió de alta, viajó casi toda la familia a conocerle. Menos mi mamá. Ella se excusó diciendo que no le gustaba viajar en avión. Y dieciocho horas en bus, era demasiado para ella. Quizás debí sentirme mal y enristecerme por eso, sin embargo no fue así. No me importaba. Con Inés y Sonia era más que suficiente para mí. Ellas eran mis madres. Tenía dos en vez de una.

Llegó diciembre y celebramos las Navidades en familia. Los gemelos viajaron para pasar con nosotros y Roberto viajó entre Navidad y Año Nuevo para pasar el fin de año en nuestra casa y quedarse en las vacaciones. Nosotros no volveríamos a Santiago. Por lo menos no hasta que el peligro pasara.

Antofagasta era una ciudad diferente. Era mucho más tranquila. Parecía que el tiempo pasaba más lento. El nuevo colegio de Elena era muy bueno, su profesora, Ximena González, era una excelente profesora y la adoraba. La había ayudado mucho a superar los traumas que arrastraba a causa de todas las cosas que había vivido. Y mi niña se veía realmente feliz. No solo por fuera, también por dentro. Y eso se notaba en el amor y calidez en el ambiente. Sebastián, mi hijo, amaba a su hermana y la buscaba todo el tiempo. Mi suegra y Sonia seguían viviendo con nosotros y viajaban regularmente a Santiago a ver a la familia. Ellos también viajaban muy seguido a vernos. Las vacaciones de invierno las pasaron acá y Soledad fue la más feliz, estaba con su prima y hacía mucho menos frío que en la capital. Y aprovecharon de hacer sus tareas juntas, como les gustaba.

Podía decir que éramos felices. Sin olvidar que el riesgo no había pasado. Y eso quedó demostrado una mañana que José Miguel llegó más temprano de lo usual. Él iba a almorzar a casa, pero no a las diez y media de la mañana. Y mucho menos con esa expresión en el rostro.

—¿Pasa algo malo? —le consulté algo nerviosa.

—Alex me llamó.

—¿Qué pasó?

—Rodrigo tomó un avión a Antofagasta a las siete y media de la mañana.

—¿Qué? ¿Nos descubrió?

—Así parece.

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Murió. Tuvo un accidente, su auto chocó contra una barrera de contención entre el aeropuerto y la ciudad.

—¿¡Qué?! ¿El accidente cerca de la Portada fue de él?

—Sí. Murió. Ya no nos molestará más.

Me sentí culpable de respirar aliviada. Casi sonreí. Lo que se me pasó de inmediato.

—Pero viajaban dos personas más con él en el automóvil que no murieron. Solo murió el conductor y una mujer quedó grave. La otra quedó con heridas leves —atiné a decir una vez que me repuse del feliz impacto.

—Sí...

—¿Beatriz venía con él?

—No. Según Alex, Beatriz murió poco antes de la Navidad en una rencilla callejera.

—¿Entonces?

—Venía con tu mamá.

Eso no me lo esperaba y caí sentada en el sillón.

—¿Es la que se salvó?

—No. Ella quedó muy mal. Está en el hospital. ¿Quieres ir a verla?

—Sí —respondí sin dudar.

—¿Segura?

—Sí.

Nos fuimos de inmediato, mi mamá estaba en urgencias. Me dejaron pasar al poco rato de llegar.

—Está grave —me informó una enfermera—. Su corazón no está respondiendo y sus heridas son de gravedad, por lo que no tiene muchas expectativas de vida.

—¿Cuánto tiempo...?

—No mucho.

Entré al box donde la tenían y la vi conectada a un montón de máquinas. Me miró y abrió mucho los ojos.

—Hola —saludé algo parca.

Ella intentó tomar mi mano, yo no la acerqué a ella.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Tan poco me querías? ¿Cómo pudiste decirle dónde estábamos? ¡Ese hombre estuvo a punto de matar a mi hija!

—No es tu hija —comentó con dificultad.

—Lo es.

Ella meneó la cabeza negativamente.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

No contestó.

—Bueno, yo solo vine a verte para decirte que si sales de esta, no vuelvas a buscarme.

—Soy tu madre. —Le costaba mucho articular las palabras.

—¿Lo eres?

Ella negó con la cabeza.

—No. Ya no. Adiós —concluí enojada.

Vi una lágrima correr por sus mejillas y no me dolió. Muchas más había derramado yo por culpa de ella.

Me di la vuelta y salí de allí. Por fin había cerrado ese círculo. Esa mujer que yacía allí, en esa cama, no era mi madre. Mis únicas madres eran Inés y Sonia. Las máquinas comenzaron a sonar y las carreras de los profesionales también. Mi mamá se estaba yendo de este mundo y no me importó.

—¿Estás bien? —inquirió José Miguel preocupado cuando llegué a la sala de espera.

—Sí.

—¿Cómo estaba?

—Mal. No creo que sobreviva.

—Lo siento.

—Yo no. ¿Vamos?

—¿No te vas a quedar a ver cómo sigue?

—No.

—¿Pasó algo?

—Para ella Elena no es mi hija. Y no le importó traer a ese hombre hasta acá.

—¿Ella te dijo que lo trajo? —preguntó extrañado.

—Aparte de tu familia, nadie más que ella sabía dónde estábamos. ¿Quién más podría haberle dicho dónde estábamos?

—Si estás enojada con ella, ¿por qué viniste?

—Solo quería cerrar esta etapa. Y ya lo hice. No tengo nada más que hacer aquí. Vamos.

No tuve que volver a repetirlo. Me tomó de la mano y salimos de allí.

Alex llegó a mediodía. Venía con su equipo a buscar los cuerpos, era parte del caso que llevaba. Además, la otra persona que viajaba era la mamá de Rodrigo y fue ella la que dio aviso a la policía y la que provocó el accidente.

—¿Cómo que ella provocó el accidente? —interrogó José Miguel al oír aquello.

—Sí. Ella se enteró del viaje y le pidió venir con él. Rodrigo no sabía que su mamá sabía las atrocidades que había hecho, sin embargo, ella estaba al corriente todo. Sospechaba lo de su nuera y cuando se dio cuenta de que algo andaba mal, fue a verme a la comisaría. Le conté todo lo que ocurría con su hijo.

—¿Y te creyó?

—Sí. Le rompí el corazón, pero no podía ocultarle lo que había hecho su hijo. Ahora tengo que ir a hablar con ella.

—¿Puedo acompañarte? Me gustaría hablar con ella —pidió José Miguel.

—Yo también quiero ir. Mal que mal es “mi” tía —añadí.

Alex nos permitió ir con él a verla.

—Él quería terminar lo que no logró antes —nos explicó la mujer luego de los saludos.

—¿Matarnos? —inquirí.

—Sí.

—¿Por qué? ¡Él era primo de Miranda! Eran familia —replicó mi esposo.

—Mi hijo no era primo natural de Miranda. Mi esposo no era su padre. Él me conoció cuando yo ya estaba embarazada y se hizo cargo de Rodrigo como si fuera su propio hijo. Lamentablemente, él sacó el carácter de su verdadero padre... Y su maldad.

—¿Por qué nunca nos dijeron nada? —cuestioné—. Nos criamos juntos.

—Sí, pasábamos mucho tiempo en tu casa cuando eran pequeños, cuando tu abuela todavía vivía y mientras ella estuvo, las cosas fueron bien, pero cuando murió... Tu mamá me reprochó que Rodrigo no era su sobrino. Por eso nos alejamos. Tu tío no aceptaría que tu madre lo tratara de esa forma, mucho menos cuando tú...

Se calló de golpe.

—Cuando yo qué, tía —la insté a continuar.

—Cuando se suponía que tu abuela me había aceptado sin reservas.

—No, tía, no me mienta. Cuando “yo” qué.

—Cuando tú eras adoptada —lo dijo sintiéndose culpable.

—¿Adoptada?

—Sí, tu madre no podía tener hijos. Y como yo estaba embarazada de Rodrigo y ella no quería ser menos, te adoptó. A la mala. En realidad, pagó un vientre de alquiler.

Tragué saliva. Ahora lo entendía todo. No me molestaba ser adoptada, me sorprendían los motivos. Ahora entendía su actitud para conmigo. En realidad, nunca me quiso. Pero me surgió una duda.

—¿Y mis hermanos?

—Eran hijos de tu padre. Él era separado, su esposa lo había abandonado con sus dos hijos, uno recién nacido y el otro de poco más de un año. Ella los adoptó como propios, pero quería un hijo más.

—No entiendo, no necesitaba adoptar a nadie.

—No. Pero cuando yo tuve a Rodrigo, tus hermanos ya estaban grandes. Ella quería un bebé... como yo.

—Mi mamá siempre sentía envidia de todo mundo —comenté apenas.

Mi tía hizo un gesto de compasión. Hizo una pausa y luego continuó con su explicación.

—Rodrigo tenía la misma maldad que su padre —continuó diciendo—. Él era mi hermano y me... abusó. Cuando quedé embarazada, mi papá me echó de la casa, dijo que yo había seducido a mi hermano... Conocí a tu tío porque cuando quedé en la calle, fui a dar al hospital donde trabajaba él y nos enamoramos. Tu abuela me aceptó de inmediato, pero tu mamá, no. Cuando tú llegaste, todo iba bien, pero cuando tenías quince, me di cuenta de las miradas de mi hijo hacia ti, y no me gustaba. Lo hablé con tu tío e intentábamos no dejarte sola con él. Poco después murió tu abuela y nos apartamos. Debo confesar que respiré. Tenía miedo que mi hijo te hiciera lo mismo que su padre a mí.

—Para ser sincera, era muy desagradable...

—Me imagino.

Se generó un pequeño silencio. Mi tía bebió un poco de té y alzó su vista a José Miguel.

—Mi esposo fundó la empresa inmobiliaria y se la regaló a mi hijo, pero él no era bueno con los negocios, ¿saben? Y cuando apareció usted en escena, se sintió amenazado. Sintió que le estaba robando los clientes y quería “vengarse”. Yo creí que solo era una cuestión de negocios. Después ocurrió lo de esa joven, Beatriz. Una vez los escuché discutiendo y me enteré que ella había sido su novia. Y temí que fuera parte de su venganza. Cuando supe que él la había echado a la calle con su bebé, la busqué, pero no la encontré. Mi hijo se enteró que la buscaba y casi me golpea... Era muy violento a veces.

Mi tía agachó la cabeza, se sentía culpable, nerviosa y muy triste.

—Poco tiempo después se casó con la hermana de Lorenzo Fábregas. Sospeché de inmediato que era por estar cerca de Miranda y me alegré cuando supe que los hermanos Fábregas no se trataban. Ella no era feliz con mi hijo. Y yo no sabía cómo ayudarla. Gabriela perdió un hijo, ¿saben? No puedo asegurarlo, sin embargo, no puedo quitarme de la mente que él le hizo algo para que lo perdiera. Llámenlo corazonada de madre, si quieren. Como la muerte de mi nuera... siempre sospeché que mi hijo estaba detrás de eso.

La expresión de mi tía era de puro dolor y creo que ninguno fue capaz de hablar al verla así, con las palabras atrapadas en su garganta.

—Lo siento tanto. Siento mucho el daño que te hizo mi hijo y, aunque su muerte me duele, no podía permitir que siguiera lastimando gente —se disculpó con vergüenza.

—Tía, sé que debe ser doloroso para usted.

—Sí, pero más doloroso hubiera sido que él hubiera logrado su cometido. Quiso matar a la hija de ustedes, eso colmó el vaso. No sabía qué hacer para ayudar a terminar con eso, más aun sabiendo que él quería terminar ese “trabajo”. No podía permitirlo, y a te lo dije.

—Muchas gracias.

—Espero que me perdonen.

—No tenemos nada que perdonarle, tía, usted salvó a mi familia.

—Rodrigo era mi hijo.

—Y usted no tiene la culpa de cómo era ni de lo que hizo.

—¿Va a volver a Santiago pronto? —consultó mi esposo.

—Tengo que quedarme unos días, me fracturé la rodilla y no puedo viajar por lo menos en unos días.

—Puede quedarse en nuestra casa si necesita un lugar...

—No. Tal vez algún día pueda conocer a su familia, y a la niña, mal que mal, yo viví el embarazo con Beatriz y pudo haber sido mi nieta...

En ese momento se le quebró la voz y dejó caer las lágrimas que tenía retenidas en sus ojos, se notaba que ese tema le dolía.

—Usted hizo por mi familia lo que la justicia no pudo. Y mi oferta queda en pie, si quiere ir a nuestra casa, las puertas están abiertas para usted, también si quiere ver a Elena. Ella estará feliz de tener otra abuela, es una niña muy tierna y amorosa.

—Les agradezco que me hayan perdonado y su amabilidad, pero no creo que sea bueno que me quede con ustedes después de todo lo que ha pasado. Sí me gustaría conocer a Elenita.

—Cuando usted quiera.

—Muchas gracias, joven.

—Tengo que interrogarla —intervino Alex algo incómodo.

—Sí —acepté y le di un beso—. Chao, tía, nos vemos.

—Cúidese, mi niña, la quiero mucho.

Le di un abrazo. Gracias a ella entendía todo. Y gracias a ella mi familia estaba en paz. Ahora sí podíamos vivir tranquilos.

En la casa nos esperaba la familia en pleno. Sonreí. Parecían una hermosa postal. Saqué mi celular y les saqué una foto.

—No las subas a ninguna parte si no la veo primero —sentenció Victoria.

—Sales preciosa —aseguré—. Todos se ven muy lindos.

—Es que yo arreglo cualquier foto —alardeó Joaquín.

Todos nos echamos a reír.

—Claro, hermano, pero no tanto como yo —replicó Victoria.

—Gracias a nosotras salen lindas las fotos —afirmó Elena tomando del brazo a su prima Soledad.

Todos le dimos la razón.

—¿Vamos a la playa a tomar once (*el té de la tarde*)?

—¡Siiii! —contestaron al unísono Elena y sus primos. Hasta Sebastián se puso a aplaudir y reír al ver a los niños felices.

Y fuimos sin miedo. Ya no había nada qué temer.

Epílogo

Sentí en mi cara la mano de José Miguel...

Su caricia me volvió a la realidad.

—¿Lista?

—Sí.

—¿En qué pensabas?

—En nada.

—¿Segura?

Enlacé mis brazos alrededor del cuello de mi guapo marido.

—Segura.

—¿No me quieres decir? —Me abrazó de la cintura, me apegó a su cuerpo y rozó su nariz con la mía.

—Solo pensaba en todos estos años desde que estamos juntos. En lo feliz que soy.

Me besó con pasión. Con la misma pasión con la que me besaba desde hacía más de diez años.

—¿Vamos? Si nos quedamos un minuto más, Elena tendrá que celebrar sus quince años sin nosotros.

Me reí en su boca.

—Vamos. Mira que conociéndote, eres muy capaz de dejar plantado a nuestra hija.

Él se rio conmigo y volvió a besarme.

—Tú me provocas, mi bella mariposa.

Me tomó de la mano y nos dirigimos al lugar de la fiesta.

Mi pequeña hija era una hermosa señorita. Ella estaba allí con mi suegra, con Sonia y su hermano, que la tenía del brazo, protector a más no poder.

También estaban mis cuñados y sus familias. Nuestros amigos, aquellos que estuvieron apoyándonos en nuestros tiempos malos.

Y mi tía Rosa. A pesar de sus culpas y su dolor, aceptó nuestra hospitalidad y se quedó en casa unos días después del accidente. En cuanto conoció a Elena la amó y la sintió su nieta, aunque no lo fuera. Y no podía faltar a esta ocasión tan importante.

A medida que avanzábamos, pensaba en todo lo ocurrido. Habíamos tocado fondo. Y cuando ya no se puede bajar más, no queda más que subir.

Por eso hoy, vivimos a concho, agradecidos que tenemos, cada día, un día más de vida. Con lo frágil que es la vida y con lo cerca que estuvimos de la muerte, vivir y ser felices es nuestro propósito de cada mañana al abrir los ojos y ver un nuevo amanecer.

ΨΨΨ

Ver a mi hija celebrar sus quince años. Ver a mi hijo tan protector de su hermana a sus cortos nueve años, como si llevara en su ADN el recuerdo de lo vivido por ella y en el peligro en el que estuvo mientras él crecía en el vientre de mi mujer, me hace el padre más orgulloso que pisa la tierra.

Y mi mariposa...

Esa mujer que me conquistó desde el mismo instante que la vi. Esa mujer a la que tuve que buscar. Y buscar. Y buscar...

Esa mujer que me hizo descender al infierno mismo y que cada día me lleva a la cima del cielo.

Esa mujer a la que todavía, a pesar de los años, como si recién la conociera, busco encontrarla en cualquier parte. En el ascensor, en el negocio, en el estacionamiento. Y creo que siempre, siempre, hasta el último día de nuestras vidas... Buscaré encontrarla.

Fin

Freya Asgard es una autora chilena, que vive actualmente en la ciudad de Antofagasta.

Escritora de romance, ha incursionado en otros géneros, como lo paranormal y la fantasía.

Sus otras obras son:

- Vendida como una mercancía
- Acusada
- Una tarde especial
- Extraño destino
- Las Lunas de Abril
- El precio de tu amor
- Terror: Brujos en Chiloé
- De la serie Posesión: Tú eres Mía, Por siempre tuyo y Solo mía.
- Siete años

Sígueme en Facebook:

<https://www.facebook.com/FreyaAsgard>

En mi blog:

<http://freyaasgard.blogspot.com/>